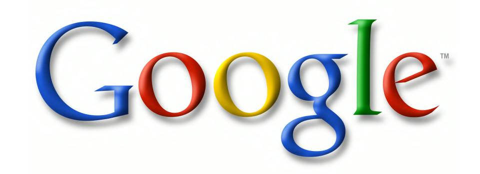
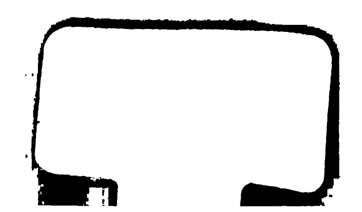



SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE





Plácido
Poesías
Completas
OTT RODELLA 902

PLÁCIDO

POESÍAS COMPLETAS



Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente:

PLACIDO *Muerte de Gesler.*

PLÁCIDO

(Gabriel de la Concepción Valdés)

POESÍAS COMPLETAS

CON DOSCIENTAS DIEZ COMPOSICIONES INÉDITAS

Nueva edición ilustrada
por ocho láminas fotograbados y en color

CASA EDITORIAL
MAUCCI HERMANOS É HIJOS
BUENOS-AIRES

MÉXICO
MAUCCI HERMANOS
Primera del Relox, N. 1

HABANA
JOSÉ LÓPEZ RODRIGUEZ

1903.

PRIMERA PARTE

SONETOS

INVOCACION. (1)

Fuente Castalia, donde solamente
Basta probar tus aguas cristalinas,
Para ser de las musas peregrinas
Siempre acogido con amor ardiente:
Dame tus aguas ¡oh Castalia fuente!
Y verás que pinturas tan divinas,
Tan sencillas, tan claras, y tan finas,
Hace mi fácil númen elocuente.
Pero si acaso á la plegaria *mía*
De tus aguas el curso has enfrenado,
No por eso acibaras mi *alegría*,
Y así, mundo, si estoy equivocado,
Bien puedes perdonar, pues *todavía*
De Castalia las aguas no he probado.

LA PRIMAVERA. (2)

Llega el Marzo feliz, y los pastores
Celebran su verdor como embajada
Precursora de Abril, y á la alborada
Tañen flautas y suenan atambores:
Embalsama Favonio con olores
El aire, y Flora su deidad amada,
Aparece seguida y rodeada
De mil aves, mil plantas y mil flores.
Llena su vid de pámpanos la *uva*
Crece la piña, extiéndese la higuera,
Y el ave extraña, por veloz que *suba*
Midiendo lista la espaciosa esfera,
Baja en los campos de la fértil Cuba
A gozar de su eterna Primavera.

LA PRIMERA SENSACION DE AMOR.

De la vida en la dulce primavera,
Ora llámese acaso, ora destino,
Hay un solo momento peregrino
Que fija nuestra suerte venidera.
Más rápida que el rayo en su carrera
Nos hiere el corazon con raro tino
En un fuego inflamándolo divino:
Tal es de amor la sensacion primera.
Chispa sublime, emanación sagrada
Del Supremo Hacedor, que el cuerpo inerte
Abandona al morar la tumba helada;
Pero el alma inmortal eterna y fuerte
Lleva al cielo su imágen adorada,
Que no puede arrancarle ni la muerte.

A DORIS

En la muerte de Fela.

Ya ves, Doris, los hados cuán contrarios;
No minorar intentes mis martirios
Al suave aroma de fragantes lirios
Ni al grato son de alondras y canarios:
Píntame oscuros bosques solitarios,
Lóbregas tumbas, funerales cirios,
Adaptables más bien á mis delirios,
Que aves y flores de colores varios:
Pues de amor anudaste el lazo fuerte
Ciñendo á Fela con el mirto de oro
En el próspero tiempo de mi suerte,
Riega, amigo, tambien doliente lloro
Y hondos lamentos sobre el polvo inerte
De una mujer que aún en la tumba adoro.

RECUERDOS.

Cual suele aparecer en noche umbría
Metéoro de luz resplandeciente,
Que brilla, parte, vuela, y de repente
Queda disuelto en la region vacía;
Así por mi turbada fantasía
Cruzaron cual relámpago luciente
Los años de mi infancia velozmente,
Y con ellos mi plácida alegría.

Ya el corazón á los placeres muerto
Parécese á un volcan, cuya abrasada
Lava tornó los pueblos en desierto;
Mas el tiempo le holló con planta airada
Dejando solo entre su cráter yerto
Negros escombros y ceniza helada.

A UNA INGRATA.

Basta de amor: si un tiempo te quería
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Celia, tu cándida hermosura
Como la nieve, deslumbrante y fría,
No encuentro en tí la extrema simpatía
Que mi alma ardiente contemplar procura,
Ni entre las sombras de la noche oscura,
Ni á la espléndida faz del claro día.
Amor no quiero como tu me amas,
Sorda á los ayes, insensible al ruego;
Quiero de mirtos adornar con ramas
Un corazón que me idolatre ciego,
Quiero besar á una deidad de llamas,
Quiero abrazar á una mujer de fuego.

A MI AMADA. (3)

Mira, mi bien, cuán mústia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada.
Dentro de poco tornaráse en nada:
No verás en el mundo alguna cosa
Que á mudanza feliz ó dolorosa
No se encuentre sujeta ú *obligada*.
Sigue á las tempestades la *bonanza*,
Síguenle al gusto el tédio y la tristeza;
Mas perdona que tenga desconfianza
Y dude de tu amor y tu terneza,
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza
¿Solo en tu corazón habrá firmeza?

EN LOS DIAS DE FELA

Después de su muerte.

Brilla la aurora, dulce Fela mía,
Y no me encuentra tu natal cantando
Al grato son de tiplecillo blando
Como en un tiempo cuando Dios quería.
Sobre los bordes de tu losa fría,
Coronado de adelfas, suspirando,
Hállame triste y pálido, anhelando
De mi vida infeliz el postrer día.
Tú, cariñosa y pura, me ofreciste
A despecho del hado y cruda suerte,
Amarme hasta morir... ¡ay!... lo compliste;
Y yo imitando tu constancia fuerte,
Ante el Ser que gobierna cuanto existe
Juro amar tu memoria hasta la muerte.

A MI AMIGO NICOLAS AYALA

En la muerte de Fela.

Brilla el Sol en Oriente, reina el dia,
Marchando llega al fin de su carrera,
Húndese en el ocaso, y la ancha esfera
Cubre la noche de tiniebla fría:
Sigue al Invierno rica de alegría
La risueña y felice Primavera,
Y Otoño aguarda que el Estío muera
Para extender su blanda monarquía.
Todo tiene su fin; la risa, el llanto,
Y el placer, Nicolás; pero mi suerte,
Mi crecido dolor y mi quebranto,
Mi terrible afliccion y pena fuerte
Por el perdido bien que adoré tanto,
Solo puede aliviarse con la muerte.

ADIOS. (4)

Partes, amor, y en soledad impía
Dejas al triste que infeliz te adora,
Como violeta que brilló á la aurora
Y mústia muere en la mitad del día;
No olvides ¡ay! que la fineza mía,
Con tu imágen presente, á cada hora
En número mayor lágrimas llora
Que el alba perlas al nacer rocía.

Adiós, y si en la ausencia tus sentidos
Buscan de nuevo amor la dulce palma,
Asordarán mis quejas tus oídos,
O turbarán tu indiferente calma
Mis ayes dolorosos, impelidos
Desde lo más recóndito del alma.

A DAMASO GARCIA.

La partida.

Adiós, orilla del San Juan serena,
Sembrada de conchuelas elegantes,
Blancas, menudas, limpias y brillantes,
Como los ojos son de mi morena.
Adiós, Dámaso, adiós, que ya resuena
La prora entre las olas inconstantes,
Y al buscarte con ojos anhelantes
Partido va mi corazón de pena:
No te aflija mi suerte, ni te asombre,
Que la fina amistad anuda el lazo
Si el hombre sabe lo que vale el hombre.
Hoy reiré de amor en fiel regazo,
Y á mi hechicera le daré en tu nombre
Un tierno beso y un estrecho abrazo.

A MI CUMPLEAÑOS.

No quiero que de púrpura y de nieve
Vista el oriente en mi natal la aurora,
Ni que Erato en su cítara sonora
Mi nombre al Pindo generosa lleve,
Ni que el Eterno mi canción eleve
Al sacro Empíreo donde reina y mora,
Ni que me brinde mi adorada Flora
Que el dulce beso de sus lábios pruebe:
Ni que mueva mi voz los troncos rudos,
Ni que alaben mis obras los discretos,
Ni en la guerra ganar bandas y escudos:
Todos mis gozos quedarán completos,
Con que se vuelvan ciegos, mancos, mudos,
Cuantos piensen mandarme hacer sonetos.

A ELINO

En la muerte de Fela.

Ven, Elino, á llorar: ya murió Fela:
Ya acabó para siempre mi ventura,
Y yo espiro de pena y de amargura
Si tu tierna amistad no me consuela.
¡Ay! cómo el tiempo de la dicha vuela;
Rayo parece que el pesar augura,
Hollando al paso de su planta dura
Cuanto se guarda con mayor cautela.
Yo no puedo vivir sin ser amado,
Ni espero más amar, ni ser querido:
Moriré triste de dolor postrado;
Pero ántes quiero, por tu fé traído,
Un fúnebre ciprés dejar plantado
Sobre la tumba de mi bien perdido.

A VILLACLARA. (5)

Si por fortuna abandonando Apeles
El sueño eterno de la tumba oscura
Nos mostrase en fantástica pintura
La magia divinal de sus pinceles;
Si una virgen dormida entre claveles,
Nos presentase, candorosa y pura,
Cercada en torno por feraz llanura,
Montes, arroyos, palmas y laureles;
Y, si trinando entre las plumas de oro
Con que su índica frente coronara,
Se vislumbrase el ruiseñor canoro;
De Cuba el bardo entónces exclamara
Al contemplar tan celestial tesoro:
«*El génio, entiende al génio.*» «*Es Villa-Clara.*»

¡TRISTES MEMORIAS!

A Doris.

Amigo Doris, cuando el cielo santo
De Fela hermosa á mi sabor veía,
Todo á mi vista plácida reía
Porque gozaba su amoroso encanto;
Mas la noche eternal tendió su manto,
Y mi lira infeliz desde aquel día,
En vez del dulce acento que solía,
Canta pesares y respira llanto.

Las aves, y las flores, y las plantas,
Testigos fueron ¡ay! de los favores,
De las célicas dichas, y de cuantas
Gracias me prodigó; y ora las flores,
Las plantas, y las aves, otras tantas
Tristes memorias son de mis amores.

LOS TRES ANATEMAS.

Maldito una y mil veces el instante
En que te vi, mujer; ¡mujer impía!
Y encendí, sin temer tu alevosía,
La llama fiel de mi pasión constante.
¿Forcé yo acaso, hiena devorante,
Tu voluntad infiel que fuese mía?
¿Porqué, alma dura, corazon de harpía,
Robaste mi quietud, pérfida amante?
Cérquente, cruel, las sombras aflictivas
Con que has nublado mi apacible estrella,
Y en premio á tu maldad, de Dios recibas;
Que jamás te oigas alabar de bella,
Que treinta lustros sin amores vivas,
Y que te lleven á enterrar doncella.

A UNA JOVEN.

Virgen incauta, por tu suerte mira,
Huyendo el lazo que falaz te tiende
Profano seductor, cuando pretende
Mostrarte amor y finje que suspira.
Torna airada la faz velada en ira,
Si su eco impuro tu modestia ofende,
Y el fuego vil á sofocar aprende,
Que su perverso corazón respira.
Mas si escuchares su mentido halago,
Cuando quieras hacer en la indigencia
De tus virtudes un recuerdo vago,
Perdido habrás tu cándida inocencia,
Y la mofa del mundo será el pago
De tu triste y fatal condescendencia.

EL CANARIO

A los días de Selmira.

El éter surca, pajarillo raro,
Y de Selmira ante la faz desciende,
Mientras por cielo, tierra y mar se extiende
La eterna lumbre del inmenso faro.
Díla que en su natal, al mundo caro,
Mi fé su llama sacrosanta enciende
Entre cáliz de nacar, que suspende
Corintio pedestal de mármol Paro.
Cubre aquel seno con tus alas de oro,
Donde oculto el amor, placer respira;
Abre tu pico de marfil sonoro,
Cuéntala el gozo que su edad me inspira
Y entrega para siempre á la que adoro,
Mi corazón, mis versos y mi lira.

A LA VIRGEN DEL ROSARIO.

Load, cofrades, con sonoro canto
A la fúlgida estrella matutina,
Mística rosa, cándida ambarina,
Risa del cielo, del Averno espanto.
Un Sol contemplareis bajo su manto
De vivísima lumbre peregrina,
Y un globo inmenso de virtud *divina*
En cada *cuenta* del rosario santo.
Su protección es signo de *alegría:*
Ella os afianza en vida la victoria,
Y cuando llegue de la muerte el día,
Leyendo el Rey de Reyes vuestra historia,
Por el excelso amparo de María
Os abrirá las puertas de la Gloria.

A UNA HERMOSA. (6)

La diosa de este *templo* es tu persona
Y nuestras almas *tórtolas cautivas*
Que vuelan á juntarse en las olivas
Con que mi fé constante te *corona.*
Arden las *piras,* y en la rubia Zona
Te dán *cestos de flores ninfas divas,*
Y mi lira en sus cuerdas expresivas
Himnos de gloria embelesada entona.

Los *cupidos* con dardos de diamante
En tus *ojos* bellísimos admiro
Que penetran tu pecho palpitante.
Los génios son el gozo que recibo,
Jurando en tus natales ser tu amante,
Hasta exhalar el último suspiro.

—

A LA S[RTA.] JUANA RUIZ DE LA PLAZA. (7)

¡Oh! tú á quien cubre funerario manto,
Angel de paz, que en majestuoso vuelo
Solo á darme bajaste desde el cielo
El agua pura del bautismo santo.
Sol de belleza, de virtud encanto,
Con faz de gloria y corazón de hielo
Váste al empíreo, y déjasme en el suelo
Absorta de dolor, sumida en llanto!...
Doncellas de Sion, en vuestro coro
Festejad á la vírgen escogida
Con palmas divas de esmeralda y oro,
Que yo en la tierra, triste y afligida
Su tumba inerte regaré con lloro,
Hasta el último instante de mi vida.

DECEPCION. (8)

Improvisado.

A querer con delirio una enemiga
Me condujo fatídica mi estrella,
Y el esquivo desdén que encontré en ella
Acrisolaba mi mortal fatiga.
¡Inhumana! la dije: ¿no te obliga
La llama de mi amor? Pues eres bella,
Indícame, por Dios, cuál es aquella
Senda que quieres que en amarte siga.
Así la dije, y ella desdeñosa,
Volviendo el rostro en ademan severo,
(Esquivéz natural de toda hermosa)
Me dijo: no te canses, majadero,
¿Quieres verme contigo cariñosa?
Regálame un quitrin, dame dinero.

A UN INDIVIDUO

Que triunfó de sus adversarios en una contienda judicial.

Como cuando se empaña el rey del día
Con la niebla invernal de la mañana,
Callan las aves su cancion temprana
Y tristes vagan por la selva umbría;
Pero luego que á rayos la desvía,
Al verle coronado de oro y grana,
En música festiva y soberana
Su triunfo cantan ébrias de alegría:
Así nosotros con semblante adusto
Contemplamos tu pena, aunque ilusoria,
Y al volver por tu honor, llenos de gusto
Damos loor á tu brillante historia,
Porque siempre al varon que es grande y justo
Le corona el laurel de la victoria.

SOBRE LA SEPULTURA DE ROCINANTE.

No sacudas la crin, no te alborotes,
¿Piensas resucitar, ver escuderos,
Hallar las dulcineas, los guerreros,
Los escudos, las armas, y los motes? . . . .
¡Cuántos verás follones en tus trotes,
Y cuántos malandrines embusteros,
Que más rocines son que caballeros,
Y ménos caballeros que Quijotes . . . .
Es verdad que tus nietos tan temidos
Van con hermosos diges de diamante
En riquísimos carros conducidos;
Mas como ya, *por cuanto vos mediante*,
Son del bestial linage esclarecidos,
Te niegan ¡ay! descansa, Rocinante.

UN USURERO. (9)

Cuando encontréis á un hombre distraído
Que no le place el ámbar de las flores,
Sin parientes ni amigos, sin amores,
Pobre de gusto y falto de sentido;
Siempre en demandas, siempre compungido,
Protestando á los jueces y asesores
Que dió su plata por hacer favores
Sin interés á quien halló afligido:

Y si le oís hablar bajo y confuso,
De letras, premios, pérdida y dinero,
Medrando á espensas de fatal abuso:
Temedle como al mismo Cancerbero,
Por que si no es procurador intruso
Será su equivalente: un usurero.

A CELINA.

¿Has visto alguna vez, tierna Celina,
Un moribundo á quien el mal devora,
Y al docto alumno de Galeno implora
Temiendo triste su cercana ruina?
Este llega, le palpa, le examina,
Y si el remedio en aplicar demora,
Espira el infeliz, quizá á la hora
Que esperaba tomar la medicina!
Así, mujer, cuando mi amor requiera
Un remedio á su mal, dirás que aguarde,
Dejando al corazón herida fiera;
Y cuando tu bondad, haciendo alarde,
Verter el bálsamo de vida quiera,
Le habrá el cáncer picado, y será tarde.

EL LOCO CUERDO.

«¡Nada, hombre, nada!» en la sonante orilla
Del mar gritaba un loco, y los curiosos
A él se llegaban, de saber ansiosos:
Los vé, sonríe, y más demente chilla.
Era de ver absorta la cuadrilla,
Mujeres, niños, viejos perezosos,
Y tontos, y pedantes fastidiosos,
(Que en todas partes hay esta polilla.)
Todos buscan al fin de aquella fiesta
Algun viviente entre la mar salada,
Y no viendo asomar humana testa,
¿Qué diablo es? la turba dice airada;
Mas él en tono grave les contesta:
«Nada, Señores, ya lo he dicho, nada.»

IMITACION DEL PORTUGUES.

A retratar la imágen de tristeza
Prestáronse dos hábiles pintores,
Y aprestando fatídicos colores
Uno y otro mostraron sutileza.
Quien mejor imitó á Naturaleza
Ignoro, pues no he visto sus primores;
Pero sé que apuraron inventores,
Del arte la sutil delicadeza.
Mas si lúgubres cipreses dibujaron
Y al nocturno Chacal, Buho agorero,
Y viudos sáuces que el sentir *colmaron;*
Quedóse lo mejor en el tintero,
Pues un hombre feliz no retrataron
Con esposa, hijos, suegra y sin dinero.

LAS FALTAS.

Fáltale, Silvio, paz al bandolero,
Talento al tonto, suerte al desgraciado,
Ropa al poeta, gloria al condenado,
Sanidad de conciencia al usurero;
Bonanza en la borrasca al marinero,
Vida al difunto, gusto al mal casado,
Quietud al inesperto enamorado,
Y amigos al hinchado caballero;
Razon al pobre, pesadumbre al rico,
Protección compasiva al indigente,
Velocidad al mísero borrico,
Al enfermo salud, juicio al demente,
Novia al soltero, á la pelada trenza,
A tu esposa virtud, y á tí vergüenza.

LA ENVIDIA.

En un lago infernal de lava ardiente
Un mónstruo horrendo con furor nadaba,
Que al agitar el líquido mostraba
Garras de tigre y boca de serpiente:
Cuando el Sol levantábase en Oriente,
En su ígneo disco manchas encontraba;
Cuando la Luna espléndida brillaba,
Tambien huía de su luz fulgente.

Cansado Dios de su eternal perfidia,
Como á Luzbel, por maldición le manda
Que yazga siempre en impotente lidia;
Era aquella pasión sangrienta, infanda,
Que nació con Cain, era la Envidia:
Aún no se ha muerto: por el mundo anda.

A LOS PASAJEROS DEL VAPOR NATCHES. (10)

Improvisado.

Gloria al Señor, al Dios Omnipotente,
Que por salvar su pueblo protegido,
Hizo que de los vientos impelido
Tragase el Rojo mar la Egipcia gente:
Gloria al Dios de Israel que en transparente
Nube, de ángeles bellos circuído,
Dejó al Jordan su curso suspendido
Y el calor mitigó de un horno ardiente.
¡Hossana! Hossana al hijo inmaculado,
Unico Rey del universo entero,
Al que de gloria eterna coronado,
Siempre clemente, santo y justiciero,
Mirándoos con piedad, no os ha dejado
En las ondas morir del Ponto fiero.

A MI AMADA

En su día.

Adorada y hermosa prenda mía,
Fin de mis penas, dueño á quien amantes
Holocáustos ofrezco por instantes,
¿Qué sacrificio haré por tí en tu día?
Como estilo de toda poesía,
Pudiera coronarte de diamantes,
Y ofrecerte záfiros y brillantes,
O en copas de oro el nectar de ambrosía;
Pero no quiero hallarme confundido
Entre la multitud que con orgullo
Brindaron todo lo que no han podido,
Porque nunca ofrecieron nada suyo;
Y tan solo consagro, á tí rendido,
Mi corazón que siempre será tuyo.

A DORILA DE ALMENDAR

En su día.

Indicos vates cuyas liras de oro
En torno suenan del excelso Pindo,
Bajo un verde y copado tamarindo
Te saludan con cántico sonoro.
Yo que al hechizo de Desval adoro,
En llanos versos mi homenage rindo,
Y con plácida voz salud te brindo,
Fúlgida estrella del celeste coro.
¡Viva! dicen las aves sonrientes
Cual la de Abril recien-abierta rosa:
¡Viva! dice Almendar en sus corrientes,
Y alzando el almo Sol su faz gloriosa,
Alumbró con sus rayos esplendentes
Los dulces ojos de Dorila hermosa.

CONSEJOS A FABIO.

Quéjate, Fábio, de la cruel Belinda;
Idolatrar sintiendo á quien te enoja,
Y de consejos darte en breve hoja,
No será bien que mi amistad prescinda.
Tu amor, ni inciensos ni holocáustos rinda
A la que todo en el olvido arroja;
La que siembra desdén, desprecios coja;
Tósigos beba, quien venenos brinda.
Sé con la amante fiel, blando, apacible,
Mas no te venza el lloro de la ingrata,
Ni te aflija el pesar de la insensible;
Y maltratando á quien tu fé maltrata,
Cumple del Talïon la ley terrible,
«Que á hierro muera, quien á hierro mata.»

A D.ª ISABEL SEGUNDA

En su día.

«Tu reinarás en paz; con pena extraña
Pondré del Orco en la mansión profunda
Al traidor que con alma furibunda
Mi ley ofende y á su patria engaña:
Libre por tí respirará la España,
En talentos y en héroes tan fecunda,
Y el viva solo de Isabel Segunda,
Valdrá por un ejército en campaña.»

Dijo el Eterno, el templo de Memoria
Resonó con mil ecos de alegría:
Brillante Sol de libertad y gloria
La parte iluminó del Medio-día,
Regia gala ostentó la hispana corte,
Y temblaron los déspotas del Norte.

A AMIRA.

Cual subterráneo cóncavo que alienta
Las materias eléctricas que guarda,
Y cuanto más en reprimirlas tarda
Con ímpetu mayor arde y revienta;
Así mi ávido pecho experimenta
Fuego interior al ver tu faz gallarda,
Y exhalará centellas cuando arda
La voraz llama de mi amor violenta.
Violenta, ardiente, cariñosa y pura,
Puesto que el alma por virtud notoria
Con muda voz sacrificar te jura
Mi corazón y vida á tu memoria,
Adorando tu célica hermosura
Más que la libertad, más que la gloria.

EN LOS DIAS

De S. M. la Reina Gobernadora.

¿Veis aquella Matrona peregrina
Que á un númen celestial sus brazos tiende,
De diamantes en muro se suspende,
Y un bizarro adalid por él camina?
Esa es la pátria, el ángel es Cristina,
La gran muralla que el poder comprende
Es el Pueblo Español que la defiende,
Y aquel guerrero generoso es Mina.
¡Salud, oh Reina! á tu natal entona
Un vate libre de la ardiente Antilla,
Mientras la Fama tu virtud pregona,
«Viva Cristina», de una en otra orilla
Suena del mar, y en su imperial corona
De libertad un rayo santo brilla.

UNA SUPLICA. (11)

El fruto soy de vuestro amor pasado,
Hechura vuestra soy, padre querido,
Vos me dísteis el sér, yo lo he sabido,
Y á vuestras plantas me tenéis postrado.
¿Cuál delito, de vos me ha separado?
¿Qué crímen contra vos he cometido?
¿La culpa tengo yo de haber nacido?
Para eso no me hubiérais engendrado.
Que me *reconozcáis* solo os exijo,
Que mi existencia á vuestro pecho cuadre,
Que me miréis con un amor prolijo,
Y aunque olvidéis á mi infelice madre
No me neguéis el título de hijo,
Pues vos siempre, Señor, seréis mi padre.

EN LOS DIAS DE D.ª CRISTINA DE BORBON.

¿Oís, oís el cántico sonoro
Que alzan lòs génios en acorde acento
Y acompaña en el sacro firmamento
La heróica Fama con su trompa de oro?
¿De las aves oís el son canoro,
El belicoso obus que ajita el viento,
Y esparcir por doquier vida y contento
Las bellas ninfas del Castalio coro?
Pues cuadro tal con célicos pinceles
Trazó el Eterno; cuya voz divina
Manda inmutable en sus decretos fieles,
Paz á la Iberia, á la Discordia ruina,
Dicha á los buenos, á Isabel laureles,
Y honor y gloria á la inmortal Cristina.

DESENCANTO.

En otro tiempo vime colocado
Bajo el rico dosel de la alegría:
A un lado la ilusión leda tenía,
Y el divino placer al otro lado:
Entonce en el deleite enajenado
Mi corazón sin padecer latía,
Y mi existencia plácida corría
Bajo un cielo bellísimo y dorado.

Pero todo voló cual débil humo,
Y hoy tenaz me persigue la desdicha
Y en bárbaro tormento me consumo:
Por eso ya no canto, y no te asombres,
Que si amor de los hombres es la dicha
Ya no quiero la dicha de los hombres.

AL SR. D. MANUEL FRANCISCO GARCIA

Cura Parroco.

Por la difícil y escarpada vía,
De la inmortalidad diva y sagrada,
Iban, las Casas, Fenelón y Espada,
Y otro varon egregio les seguía.
Un querub del Empíreo descendía,
Y al posarse en su frente inmaculada,
De laurel celestial dejóla ornada,
Exclamando al partir—«salud, García.»
Disfruta el lauro que te dá la historia,
De la casa de Dios, ministro santo;
Y cuando vueles á la eterna gloria,
De cada boca escucharás un canto,
Siendo de la virtud sublime ejemplo,
Y en cada corazón tendrás un templo.

A D. FRANCISCO JAVIER FOXA

Autor del drama histórico «D. PEDRO DE CASTILLA».

Génio fecundo en cuya frente brilla
Clara estrella de lumbre inspiradora,
Inmensa y pura, como el sol que dora
El cielo azul de tu paterna Antilla.
Vate y guerrero, cual moderno Ercilla
Diadema de laurel tu sien decora,
Y al eco de tu cítara sonora
Torna á vivir D. Pedro de Castilla.
Si arde tu corazón en viva llama
Por morar en el templo de Memoria,
Si la inmortalidad tu pecho inflama,
Pide asuntos sangrientos á la Historia,
Y harás tu nombre digno de la Fama,
Que así se arrancan palmas á la gloria.

EL AGUINALDO (12)

A Amira.

En el jardin de Vénus los amores
Revolaban con plácida alegría
Cuando el dios de los astros esparcía
En Oriente sus vivos resplandores:
Las fuentes y los pájaros cantores
Sonaban con acorde melodía,
Y un dulce acento entre ellos me decía
Que te brindara el *Aguinaldo en flores.*
Vénus misma me dió con rostro ledo
Aquesta pucha que al mandarte admiro,
Ni aguinaldo mejor brindarte puedo
Que en ramo de esmeralda oro y zafiro,
Cuyos colores en las flores cedo;
Y en fin, en cada flor pongo un suspiro.

A JOSÉ JACINTO MILANES

Autor de «El Conde Alarcos».

Salve á tu nombre, trovador preclaro,
De inspiración y de modestia lleno,
Más que las ondas del San Juan sereno,
Como el cielo de Cuba terso y raro.
El «Conde Alarcos», á tu patria caro,
Ensalza un vate de lisonja ajeno,
Como del Nilo al desemboque ameno
Cantaba Homero de Roseta el *Faro;*
Y Matánzas después que te bendiga
Cual Grecia á los Esquines y *Plutarcos,*
Si el hado injusto á perecer te obliga,
Viendo en tí sus *Flumisbos,* sus Inarcos,
Pondrá en tu losa una inscripción que diga:
Aquí yace el autor del Conde Alarcos.

A D. ANTONIO HERMOSILLA.

Ayes de pena la vivaz Thalia,
Velado el rostro en funerario manto,
Daba á los aires con fatal quebranto
De Talma y Maiquez en la tumba fría.
«¿Quién honrará mi templo?» repetía
La triste musa con doliente canto,
Y regaba las flores con el *llanto,*
Y la esfera su acento estremecía.

Un génio entonces del Olimpo, *alado*,
Bajó trayendo dulce y complaciente
Aurea diadema del laurel sagrado:
«Al que ciña este emblema refulgente»
Dijo, y cruzó por la cubana Antilla
Coronando la frente de Hermosilla.

EL ENTUSIASMO

Al pianista Miro.

Al verte, artista hispano, modulando,
Mi corazón de gozo se adormece,
Y que están en tus dedos me parece
La Gracia, el Génio, y el Amor jugando.
No ceses por piedad, sigue extasiando
Al concurso que víctores te ofrece,
Que no tan grato el céfiro se mece,
Entre jazmines con susurro blando,
Cual el dulce raudal de esa armonía
Que arranca tu arte del marfil sonoro,
Revelando que en májica poesía
Encierra tu alma un celestial tesoro,
Así todos te brindan á porfía,
Diademas de laurel, coronas de oro.

A D. EDUARDO TORRES

En el aria de Asur.

Eres el mismo Asur, cuando se lanza
Donde los manes, que terror le imprimen
Del Régio esposo envenenado, gimen
Deseosos de sangre y de matanza.
Espectro horrible tu cabeza afianza,
Y en confuso tropel tu pecho oprimen
La desesperación, la rabia, el crímen.
Los celos, la ambición, y la venganza.
Tu mirar imponente y gesto adusto
Deja al espectador suspenso, helado
De admiración, de pena, espanto y susto:
Aclamándote el pueblo entusiasmado
Al concederte inmarcesible palma,
Rival de Prieto, imitador de Talma.

A UN AMIGO

En sus Natales.

En la márgen de un límpido arroyuelo
Que entre dos alas de clavel camina,
Y retrata la estrella matutina
Sobre su linfa de luciente hielo,
Templé mi lira, cuando en raudo vuelo
Un planeta á la tierra se avecina,
Y risueña tras él, Temis divina
En áureo carro descendió del cielo.
«Salve á la Fuente que mi nombre acata»
«Gloria al natal del que mi templo adora,»
Tal dijo, y ¡Salve!.... repitiendo grata,
Perdióse la visión encantadora
Tras los celajes de esplendente plata
Que velaban el rostro de la aurora.

A LA Sra. D.a TERESA ROSSI

En el papel de Fausta.

¿Quién no se rinde al armonioso canto
Que en tu pecho dulcísimo atesoras,
Si alegre expresas el placer, ó lloras
Herida el alma de mortal quebranto?
¿De dónde hubiste el celestial encanto
Y la tierna expresión con que enamoras,
Sensible Rossi, en las felices horas
Que arrancas vivas mil y aplausos tantos?
¡Oh fuerza de tu mágia peregrina!
El entusiasmo férvido no calma
Y esa nueva corona te destina:
Que en Fausta obtienes merecida palma
Cuando al acento de tu voz divina
Se inflama el pecho, se enagena el alma.

A LA Sra. ROSSI.

Trasunto fiel de Erato peregrina
Que viertes tanto gozo en tus canciones
Cual de un tierno rosal en los festones
Perlas llueve la estrella matutina,
Yo en el *Tasso* te ví, mujer divina,
Cubierta de loor y aclamaciones,
Cautivando en la «Norma» corazones,
Almas arrebatando en «Parisina.»

Tus encantos los númenes revelan,
Y los mortales que tu voz extásia
Con inefable gozo dar anhelan
Más lauros á tu sien, moderna Aspasia,
Que tiene olas el mar, y arenas vuelan
Por los desiertos áridos del Asia.

A LAS SRAS. ROSSI Y PANTANELLI

En el tercer acto del «Montechi.»

Rie el Eterno, el huracán serena,
Si vuestro acento su potencia adora;
Si vertéis llanto, el firmamento llora,
Si estáis airadas, el olimpo truena.
Un ¡ay! profundo en el sepulcro suena
¡Julieta! ¡vive aun! ¡funesta hora!
Y al explicar la llama que os devora
Dejáis de conmoción el alma llena.
Lesvia preciosa que con rostro fijo
Estática os estaba contemplando,
Por que es su pecho de las musas hijo,
Con sus ojos de fuego señalando
A *Teresina* y á *Clorinda*, dijo:
«Así se muere por amor, cantando.»

A CLORINDA CORRADI PANTANELLI. (13)

Si es grato el bello Sol, al claro día
Un cielo puro, un aire embalsamado,
No menos place el eco regalado
Que tu voz ¡oh Clorinda! al alma envía.
Ya reina te aclamó de la armonía
El público de gozo enagenado,
Ora inspire el placer tu canto osado,
O la música tétrica y sombría.
Y al ver como tu mérito descuella,
Los que tú llenas de entusiasmo ardiente,
Te ofrecen hoy esa corona bella.
¡Oh! que ella ciña tu apacible frente
Y luzca acaso como hermosa estrella
Que domina en el cielo refulgente.

A LAS SRAS. PANTANELLI Y ROSSI.

¿Qué deidades, qué acento melodioso,
Alumnas de la sacra Mnemosina,
Suspenden mi corriente cristalina
Y al borde suena de mi cáuce undoso?
Ya dulce, ya apacible, ya impetuoso
Es vuestro canto; y á su acción divina,
El Etna esencias de azahar fulmina,
«Para su marcha el Niágara espumoso.»
Dijo el sereno Yumurí: las flores
Perfumaron de aromas sus riberas,
Vuelan á coronaros los amores
Seguidos de sus ninfas hechiceras;
Y llevó vuestros nombres la memoria
Al olímpico templo de la Gloria.

A MARIETA ALBINI DE VELLANI.

Del Abril con las flores coronado,
Suspendiendo apacible su corriente,
Oyó el San Juan con entusiasmo ardiente,
Hija de Italia, tu cantar arpado:
Alzó hasta el cielo de placer colmado
El himno al Génio que brilló en tu frente;
Y al «Mai Più» celestial, plácidamente
Meciera el Arno su raudal plateado.
Resonaron las arpas con su acento:
Morlachi absorto se admiró, y Rossini:
Callan las aves, se detiene el viento;
Y la sombra inmortal del gran Bellini,
De su fama dejando el réjio asiento,
Clamando ¡Gloria! coronó á la Albini.

A D.A VICENTA DE LA PUERTA

En el papel de Ginebra.

Amor pedías, cuando «¡amor!» clamabas,
Ginebra hermosa, al derramar tu lloro,
Y al salir de tu boca un «yo te adoro»
Amor y gloria al corazón mandabas:
Cuando pálida y yerta te encontrabas
Flotando al viento tu cabellos de oro
En las tumbas tristísimas, en coro
Lloraron todos, porque tú llorabas.

Lloraron ¡ay! y tu aflicción sintieron
Allá en el alma como un dardo ardiente,
Que de tus ojos desprenderse vieron,
Y á tus miradas, de dolor vehemente,
Y á la expresión que á tu pesar le dieron.
Bajó el amor y se posó en tu frente.

A. D.A MANUELA MARTINEZ

En Raquel.

De una trama terrible y horrorosa,
Víctima de tu amor cayó tu anhelo,
Como del austro al furibundo vuelo
Cae deshojada purpurina rosa.
La homicida cuchilla desastrosa
En tí descarga de la pátria el celo,
Y al fanático golpe tiñe el suelo
Sangre inocente de Raquel hermosa.
Melpómene iracunda el cintio coro
Deja por contemplar tu amante llama,
En tu muerte vertiendo triste lloro;
Fija en tu fruente inmarcesible rama,
Y te suspende con sus alas de óro
Al olímpico templo de la fama.

A D.A LUISA MARTINEZ

En el papel de la Gitana del Trovador.

Salud, la de los ojos centellantes,
La del color quebrado y mirar ledo,
La del pelo rizado y sin enredo
Suelto à la espalda en crenchas ondeantes.
Tú pintastes con rasgos más brillantes
Que los puso el autor, el susto, el miedo;
Y empapada en las sales de Quevedo
Has bebido el aliento de Cervántes. (14)
Terciado el manto, afables zalameras
Todas son en la alcurnia bohemiana:
—«¡Esa es bruja!»—clamaban mil parleras
Voces al ver tu gracia sobre-humana:
Y dijo el vulgo bien, que bruja eras;
Pues lo hechizaste en forma de Gitana.

A D.ª VICENTA DE LA PUERTA

En el «Conde de Alarcos».

¡Eres Leonor! .... la que amorosa un día
Mostróle á Alarcos su pasión ardiente,
Y tu lábio divino solamente
Copiar su lábio y su expresion sabía:
Solo en tus ojos destellar podía
Puro el candor da un angel inocente
Y la mirada plácida, vehemente,
Del fuego amante en que Leonor ardía.
Y al entusiasmo que tu voz derrama,
Y á tu expresión y à tu ademan divino,
Henchida el alma de placer te aclama;
Y de las flores que adornó la zona
Con larga mano su feliz destino,
Manda á tu frente tropical corona.

A LA ACTRIZ D.ª MANUELA MARTINEZ

En la comedia «Un año después de la Boda».

¿Dó vas? ¿Qué vas á hacer, desventurado?
Oye á tu esposa suplicar doliente;
Mírala en el abismo que imprudente
Tu imbécil ambición la ha sepultado;
De un seductor astuto alucinado,
Y sumiso à la voz de un insolente,
Insultas la virtud de esta inocente,
Siendo tu corazón solo el culpado.
Así clamara yo; mas tu desmayo
Corta el duelo y obtiene aplausos miles:
¿Qué mucho, pues? si tu feliz ensayo
Hecho en tiempo de bélicos gentiles,
Contuviera de Júpiter el rayo,
Suspendiera la cólera de Aquiles.

MUERTE DE JESUCRISTO.

Torva nube que arroja escarcha fría
Rayos aborta que al mortal espantan;
De las tumbas los muertos se levantan,
Treme la tierra y se oscurece el día:
Las crespas olas de la mar bravía
Cabe las duras rocas se quebrantan,
Ni el río corre, ni las aves cantan,
Ni el sol su luz al Universo envía:

Cuando en el monte Gólgota sagrado
Dice el Dios-Hombre con dolor profundo:
«Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandato»
Y á la rabia de un pueblo furibundo,
Inocente, sangriento y enclavado,
Muere en la cruz el Salvador del mundo.

A LA RESURRECCION.

¿Qué nueva luz más fúlgida que el día
Gloriosa nube de esplendor radiante,
De ámbares, y querubes, y diamante,
Puebla del aire la region vacía?
Es Jesucristo, el hijo de María,
Es el Rey de los Reyes que triunfante
Alza el divino cuerpo centellante
Del polvo inmundo que su faz cubría.
¡Salve, Dios de Israel! ya Magdalena
Albricias pide á vuestra virgen madre
Tornando en gozo la pasada pena;
Y por más que Luzbel rabioso ladre,
Subir os vé con majestad serena
Al Trono excelso del Eterno Padre.

AL ANIVERSARIO

de la muerte de Napoleon.

El Aguila caudal dejando el Sena,
Bate sus alas al rayar el día,
Y de los aires la región vacía
Mide veloz con majestad serena:
Baja, y tiende la garra en Santa Elena
Con que á la Europa un tiempo estremecía,
Pugnando por alzar la losa *fría*
Que yerto cubre el vencedor de Jena.
Suspende al fin el mármol *atrevida*,
Mirando absorta con turbada frente
¡Tanta grandeza en polvo convertida....!
Y aunque el estrago de sus triunfos siente,
De Bonaparte el nombre al Sol levanta,
Su muerte llora, y sus victorias canta.

MUERTE DE GESLER.

Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada
Muestra Guillermo Tell la heróica frente.
Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente:
El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al oceano:
Tórnanle á echar las ondas y los vientos,
No encuentra humanidad el inhumano...
Y hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos del tirano.

LA SOMBRA DE MINA

Delante de Bilbao.

Mientras la fiera horda de canallas
Con algazara súbita fulmina
A la invencible gente bilbaina
Lluvia horrenda de bombas y metrallas,
Partió de sus numánticas murallas
La heróica sombra del invicto Mina,
Pura cual rayo de la luz divina,
Tremenda como el Dios de las batallas.
—«Añada en mi sepulcro el vate Ibero
Un triunfo más á mi brillante historia»—
Dijo la sombra del audaz guerrero;
Y fijando el laurel de la victoria
En las sienes del ínclito Espartero,
Voló serena al templo de la Gloria.

A GRECIA.

Como las olas de la mar sombría,
Tal es la libertad, pues por un lado
Un pueblo cubre, y deja abandonado
Otro pueblo á la horrenda tiranía.
Grecia fué centro del saber un día,
Muerto Alejandro, el griego degradado
Vió el país de los dioses subyugado,
Y del turco sufrió la ley impía.

Tornó á llenar su página en la historia;
Y si de Navarino en las arenas,
Al ver las llamas, símbolo de gloria,
Que abrasaban las naves sarracenas,
Cantó la Grecia el himno de victoria,
Pasaron á Polonia sus cadenas.

A POLONIA.

Calma, nación heróica, tu agonía,
Y contempla olvidando tus horrores,
Que mil pueblos se hicieron opresores
Y sufrieron después la tiranía.
Medio siglo cabal no há todavía
Que en Moscow y Marengo tus señores
Delante de los galos vencedores
Abatieron sus águilas un día.
Si andando el tiempo con la Europa embiste
Horda inmensa de bárbaros armada
Y ves al Czar doblar la frente triste,
Exclamarás á su enemiga aliada:
«Esas son las cadenas que me diste,
Tuyas son, te las vuelvo, estoy vengada.»

A VENECIA.

Voló aquel tiempo, de la mar Señora,
Que de Lepanto en la batalla fiera
Descogida á los vientos tu bandera
Tremolaba, del turco vencedora:
Desde el Hercúleo Calpe hasta la Aurora
Por tus naves el Ponto se cubriera,
Entónces fuiste como Albión guerrera
Y como ella tambien conquistadora.
Mas ¡ay! seguiste con presteza suma
El ejemplo fatal de Roma y Grecia;
Quizá el viajero que observar presuma
Recorrerá la patria de Lucrecia,
Y al ver tus ruinas entre blanca espuma
«Hé aquí, dirá, los restos de Venecia.»

UNA LAGRIMA DE SANGRE.

César al ver la testa descarnada
De Pompeyo, sintió mortal quebranto,
Y entre los pliegues de luciente manto
Veló su faz en lágrimas bañada.
Algun tiempo después, Roma cansada
De tan larga opresión y oprobio tanto,
Hizo á Julio caer lleno de espanto
A los piés de su efigie laureada.
Al herir Bruto con el duro acero,
Saltó á la estátua de Pompeyo fría
Una gota con rumbo tan certero,
Que brotar de sus ojos parecía,
Pagando en sangre á su rival guerrero
El llanto que por él vertido había.

MUERTE DE CESAR.

«En cadenas mis palmas se han trocado,
«En pesares mis dichas, y en afrenta;
«Y nadie osado restaurarme intenta
«De Emilio y Numa el esplendor pasado.»
Así exclamaba Roma; cuando armado
Ante mónstruo feroz que la atormenta,
El vencedor del Ponto se presenta
Con torvo ceño y ademan airado.
«Depon ¡oh pátria! el ominoso luto,
«Un hijo tienes que el acero vibre;
«Hoy muere César ó perece Bruto:
«Mientras exista yo, tu serás libre.»
Dijo, y alzando la potente mano,
Descargó el golpe, y espiró el tirano.

A TEREVISA.

En sus Natales.

Igneos rayos de púrpura brillante
Derrama el sol en el rosado oriente,
Mientras yo pulso por mi dueño ausente
Las dulcísonas cuerdas de diamante.
De gloria el himno al cielo se levante,
De rosas orne Amor tu bella frente,
Tuyo es en vida mi cariño ardiente,
Tuyo será mi corazón constante;



Dirijese á un grupo informe,
que advierte en la selva oscura,
de almenados torreones
y garitas puntiagudas:

 El hijo de Maldición: El Caballero.

Y cuando de la Parca rigorosa
Al fiero golpe mi existir sucumba,
Alzando entónces mi mármorea losa
El blando alisio que entre palmas zumba,
Salve, tres veces, Terevisa hermosa,
Dirá mi sombra y volverá á la tumba.

LA FATALIDAD. (15)

Ciega deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuiste
Cual fuente clara, cuya márgen viste
Maguey silvestre y punzadora tuna;
Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste,
Y acaso hasta los cielos me subiste
Por verme descender desde la Luna:
Sal de los antros del Averno oscuros,
Sigue oprimiendo mi existir cuitado....
Y si sucumbo á tus decretos duros,
Diré como el ejército cruzado
Exclamó al divisar los rojos muros.
De la Santa Salen «Dios lo ha mandado.»

DESPEDIDA A MI MADRE. (16)

Si la suerte fatal que me ha cabido
Y el triste fin de mi sangrienta historia
Al salir de esta vida transitoria
Deja tu corazon de muerte herido;
Basta de llanto; el ánimo aflijido
Recobre su quietud; moro en la gloria,
Y mi plácida lira á tu memoria
Lanza en la tumba su postrer sonido.
Sonido dulce, melodioso, santo,
Glorioso, espiritual, puro, divino.
Inocente, espontáneo, como el llanto
Que vertiera al nacer.... Ya el cuello inclino,
Ya de la Religion me cubre el manto....
¡Adiós, mi Madre! ¡adiós!—El Peregrino.

A LA SRA. D.A CARLOTA ARMENTA

en el desempeño de la protagonista en el drama «Catalina Howard».

Torna á dormir, preciosa Catalina,
Jóven actriz, sensible, encantadora;
Tu sueño es semejante al de la Aurora,
Que cada vez despierta más divina.
Habla y torna á dormir: la faz reclina,
Dilata por piedad la horrible hora
De escuchar la sentencia aterradora
Que el hado adverso contra tí fulmina;
Mas si no es dado á nuestro voto ardiente
Librar tu vida de la muerte airada,
Recibe esa diadema refulgente,
Del San Juan por las ninfas dedicada;
Orna con ella tu serena frente,
Y desciende á la tumba coronada.

A LA SRA. D.A C. E.

Después de haber cantado cierta canción.

Cuando tu dulce y peregrino acento
Hiere y hechiza mi anhelante oído,
Contemplando tus gracias embebido,
Me juzgo transportado á otro elemento.
No sé que especie de enagenamiento
Me deja el corazon de gozo henchido
Con tal extremo, que mi pena olvido
Y dudo á veces de mi propio aliento.
Es tan grata tu voz, que cuando trinas
El mar sus olas procelosas calma,
Endulzas mi existir, mi pecho inclinas
Al Sumo bien arrebatando el alma,
Y admirando esas gracias tan divinas,
De tu tierna aficion te dá la palma.

NOTAS DE LOS SONETOS

(1) Este soneto es uno de los primeros que hizo **Plácido** á la edad de 15 años cuando aun no se había dado á conocer públicamente. Aunque bello en la forma poética, no así en la artística, pues los alternos en *ía* del sexteto son asonantes con los de las dos estancias ó cuartetos, lo cual lo demerita y despoja de la severa armonía que las justas reglas del arte exijen á esta clase de composición poética.

(2) Algunos preceptistas repugnan que se estimen como consonantes palabras cuyas terminaciones difieren en una letra equívoca al sonido de la pronunciación, tal como aquí sucede en *uva* y *suba*, pero en realidad bien pueden estimarse como consonantes, siempre que no se exajere la acentuación que es defecto que rechaza el génio suave de la lengua castellana.

(3) Este soneto se halla en la **América Poética** (página 322) impresa en Valparaiso en 1846, incluido en las composiciones poéticas de Heredia y con la fecha de 1818. No sabemos qué fundamento tuviesen los editores de la citada obra para insertar esta producción de **Plácido** como de Heredía, pues á ser obra del segundo, éste no habría dejado de insertarla en la edición de 1832 que él mismo hizo en New-York, y en la cual insertó correjidas y aumentadas todas las producciones felices que su musa le inspirara hasta aquella época. El estilo, los jiros, y el fondo de las ideas revelan desde luego la lira del infortunado **Plácido**, y además, fué publicado en 1837 bajo su firma, en cuyo caso el poeta lo habría rechazado siempre que no hubiese sido de él. En dicha **América Poética** aparece este soneto con algunas variantes y correcciones que en verdad lo demeritan. Así pues, téngase por original el presente, y no el inserto en la citada obra.

Hay que notar sin embargo los defectos que aparecen en el primero, tercero y quinto consonantes de los endecasílabos del sextillo, asonando en *a a* con los correspondientes de la octava ó estrofas.

(4) Copiado para **El Album** en 4 de Julio de 1882.

(5) Pensamiento de Byron que el poeta ha contraido, aunque muy defectuosamente, para acomodarlo á su idea; mas no es original del poeta inglés, pues antes que él había dicho Montaigne (Essais) «Il faut presque du génie pour comprendre le génie.»

(6) El poeta D. Ignacio María de Acosta nos ha favorecido con este soneto, asegurando que fué escrito por **Plácido**, cuando era aprendiz de *peinetero*, y no tenía aún doce años.

No encontramos en él aquel estro valiente que distingue las concepciones del inspirado cantor de Jesucristo; empero lo insertamos como una muestra de los primeros ecos de aquella lira que después arrojara tan divinas armonías. Las frases subrayadas son simbólicas.

(7) Hecho por el autor á nombre de una ahijada de dicha señorita.

(8) Hallándose el poeta en una reunión diósele el verso décimo-cuarto para asunto de un soneto, y con tal motivo hizo éste, *cálamo currente*.

(9) Este soneto en su carácter de epigramático, sería uno de los buenos

que la lira de **Plácido** ha producido, si su interesante causticidad no decayese en el símil que hace entre un procurador y un usurero. El primero es un accidente, y no una prenda moral, y por tanto ninguna analogía tiene con el ente llamado usurero, que moralmente considerado es una especie de parásito animal que vive á espensas de la dura necesidad y á la sombra de la desarmonía de la máquina social.

Nosotros nos hemos aventurado á hacer en el sexteto la siguiente variante que no hemos agregado al soneto temiendo desfigurarlo:

«Y si oís que habla en tono misterioso
De letras, premios, pérdida y dinero,
Medrando á expensas del abuso odioso,
Temedle como al mismo Can-cerbero,
Que si no es un hipócrita ambicioso
Será su equivalente: «un usurero.»

(10) Con motivo de haber sufrido un fuerte temporal el vapor americano «Natchez» en su viaje de New York á la Habana en 1842, retardó su entrada, ó bien los pasajeros tuvieron que trasbordarse á otro buque que los llevó al segundo de los puertos expresados, y con tal causa improvisó **Plácido** este soneto al verlos desembarcar salvos.

(11) Hecho á peticion de un joven mulato, cuyo padre, por cierto peninsular segun la verdad histórica, no lo quería reconocer por haberlo tenido con una mujer de la raza negra.

(12) Aplícase en la Isla de Cuba este nombre á varias especies de lianas pertenecientes á los géneros *Ipomea y Convolvulus* que florecen por «Pascua de Navidad» con flores monopétalas, campaniformes de bellísimos colores. A esta circunstancia deben la expresada denominación, por concurrir en la época en que se dedican los regalos ó propinas como presentes ó felicitaciones de salida y entrada de años.

(13) Hecho para la coronación de la artista á quien se dedica.

(14) Los dos que con más gracia y tino han sabido pintar el carácter de los gitanos.

(15) Este soneto lo escribió **Plácido** en la prision pocos dias antes de ser condenado á pena capital.

Los versos 5.° y 6.° del 2.° cuarteto revelan al mundo el secreto de su nacimiento.

(16) Este soneto lo escribió el infortunado **Plácido** en la capilla el dia 27 de Junio de 1844.

Vivía aún la desventurada Concepcion Vazquez, cuando su preclaro fruto fué á pagar en el suplicio el delito de haber nacido en Cuba y de poseer talento.

Grande fué su dolor al saber el triste fin de su hijo. Hoy ya entrambos se han reunido en la eternidad.

S. A. M.

SEGUNDA PARTE

LEYENDAS

EL HIJO DE MALDICION.

Leyenda caballeresca del tiempo de las Cruzadas.

I.
EL CABALLERO.

Por las tendidas riberas
que el Segre undoso fecunda,
sobre un corcel arrogante
de lustrosa piel oscura,
tan lijero en la carrera
que ni la yerba menuda
ni la fina arena sienten
sus pisadas cuando cruza;
en su ancha capa revuelto,
bajo cuyo centro oculta
el noble cuerpo forrado
de reluciente armadura,
sueltas las doradas riendas
manchadas de blanca espuma,
un cruzado caballero
caminaba á la ventura:
á los macilentos rayos
de la ya espirante Luna,
b ló su casco luciente
c do de negras plumas.
D jese á un grupo informe,
q advierte en la selva oscura,
d almenados torreones
y aritas puntiagudas:
— Quién al rastrillo se acerca?»—
(el centinela pregunta)
«Aléjese si le traen
amorosas aventuras.
Apártese el malandrin
antes que el señor acuda;
pues entónces ni en el bosque
se librará de su furia.»
—«Calla, charlatan pechero,
á tu señor luego busca,
y dile que un paladin
que le iguala en noble alcurnia,
que espuelas doradas calza,
vibra espada y lanza empuña,
con más fortuna en las lides
que en las zambras y en las justas;
al volver de Tierra Santa
pasando por Cataluña
le demanda el hospedaje,
si es que concederlo gusta,
y si nó, le desafía
como entre nobles se usa,
por descortés, y le tacha
por hombre de baja cuna,
mal caballero y cobarde,
si antes que un hora transcurra

de todas armas no viste
y al campo sale en su busca.»
Dice, y la siniestra mano
del grueso guante desnuda,
y al fuerte muro le arroja
que ajitando el aire zumba.
Alzóle presto el peon,
miróle con faz adusta,
y fuese.... Quedó el guerrero
solo entre viejas columnas,
y algunos ayes lanzaba
como fantasma nocturna
que suspirando aparece
sobre el mármol de las tumbas.

II.

EL LAUD.

Rara vez logra un poeta
pulsar el plectro tranquilo,
porque el diablo se aparece
á turbarle en su retiro.
Mirando estaba el guerrero
aquellos muros antiguos,
llanto vertiendo abundoso
y exhalando hondos suspiros:
—«Quién me dijera, exclamaba,
¡oh palacio en que he nacido!
que al salir de tí cual dueño
cubierto de acero fino,
volviera á pedirte albergue
cual miserable mendigo,
como fullero de amores,
ó ambulante peregrino!»—
Entonces sobre las ancas
del bélico bridon listo,
con majestuoso ademan
la capa descender hizo,
y mostró en su espalda hercúlea
un bello laud pulido.
Era de azabache y nácar
la caja, con embutidos
de amatistas y topacios
que daban temblantes brillos,
como el mar visto á lo lejos
del naciente Sol herido.
Hecha la tapa, de Holanda
con blanco y sonoro pino,
y el milagro del Mar Rojo
en ella estaba esculpido.
Moisés guiaba á su pueblo
por el enjuto camino,
serena frente mostrando
en medio de los peligros.
Israel cantaba «¡Hosanna!»
de Faraón perseguido,
y á tardo paso marchando
entona gloriosos himnos:
algunos vuelven el rostro
del mar horrendo al bramido,
y ven cien mil combatientes
armados, y al punto mismo
cien montes de hirviente espuma
con atronante mujido
caballos y caballeros
sepultar en su hondo abismo.
Solo petos, cascos, picas,
acá y acullá esparcidos
dicen con acento mudo:
—«Aquí fueron los Egipcios.»—
El diapasón es de ámbar,
las clavijas de zafiro,
el templador de granate,
plectro y cuerdas de oro fino.
Descoje el cordon de plata
con que lo llevara asido,
y apenas en triste tono
á un preludio dá principio,
cuando bajar con estruendo
oye el puente levadizo,
y luego en él vé diez pajes
con hachones encendidos.
Cala al punto su visera,
vuelve el laud á su sitio,
torna á embozarse en la capa,
y espera firme y tranquilo
á los pajes y escuderos,
que de armas bien prevenidos,
en su demanda aparecen
con el señor del castillo.

III.
EL CASTELLANO.

Con lanza, espada, laud,
alma fuerte, buen caballo,
un corazón sin mancilla
y un firme y robusto brazo,
no teme el hombre, aunque venga
copioso ejército armado;
porque Dios está con él,
y para Dios no hay contrario.
Sobre su silla el guerrero
como una estátua clavado,
acorta al bridon las riendas
y marcha lento á encontrarlos.
Pára al enfrentar con ellos,
que humildes le saludaron
y en dos alas divididos
dieron á su Señor paso
—«Dios os guarde, caballero,»—
(dijo el noble castellano.)
—«Y sea con vos, hijo de Hugo»—
(dijo el guerrero avanzando.)
—«Admito, siguió el primero,
el guante que me ha entregado
este paje en vuestro nombre
para dároslo en el campo;
y el hospedaje os concedo
esta noche en mi palacio,
porque veáis que no solo
son valientes los Cruzados.
Hijo me llamais de Hugo,
luego estais bien informado
que al morir en Palestina
por el Evangelio santo,
de Mata-plana heredero
en forma me ha declarado;
y que heredé su valor
tambien ofrezco probaros.»—
—«A Hugo, vuestro padre ilustre,
le conocí demasiado,
y más os conozco á vos,
apesar que os soy extraño.
Sé que publicais su muerte
sin tener seguros datos,
y que estais en posesion,
contra ley, de sus estados;
que sus bienes y valor
heredárais, no es muy raro,
pero su virtud.... se dice
que no la habeis heredado.
Mañana en la lid seremos,
donde os mostrará mi brazo,
que nobleza sin virtud
es lo mismo que oro falso.»—
—«Basta! adelante pasad,
y Dios dictará su fallo.»—
—«Si ha de ser lo que Dios haga,
mal pié llevais, Castellano.»—
Hablando así, por la puerta
del fuerte palacio entrambos
entraron. Subió el rastrillo
cuyos goznes rechinaron,
y todo en silencio y sombras
tornó á quedar sepultado.
Solo á intérvalos se oía
del nocturno buho el canto,
ó las ráfagas mujientes
del ábrego batallando
con las soberbias encinas
de los distantes collados.

IV.
EL CASTILLO.

¡Cuántos viles tiranos, con el velo
de hipócrita virtud cubren su frente,
sin acordarse que los vé del cielo
un juez incorruptible, omnipótente!
Grandes, temblad, los que oprimís el suelo.
Dios es justo, y aterra al delincuente

que de la impunidad medra al abrigo,
cuando menos espera su castigo.
A la diestra del noble Castellano
el incógnito iba: un escudero
llevaba por las riendas, de la mano,
el corcel del Cruzado caballero:
sus carrillos inflando un grueso enano
la vocina ajitaba placentero,
y el fulgor de las hachas, amarillo,
iluminó la plaza del castillo.
Un corredor al frente se mostraba
sobre siete arcos de árabe estructura,
en el marmóreo pórtico se hallaba
de un armado guerrero la figura:
una torre en el centro se elevaba
de enorme grueso y prodijiosa altura,
y en el átrio interior, tranquila fuente
murmuraba sonora y transparente.
Despues que hubieron el portal pasado
y treinta ó más subieron escalones,
parecieron á vista del Cruzado,
del palacio los góticos salones:
en uno, de damascos adornado,
entraron á la par los dos campeones,
dó estaba una matrona, que al sentirlos
levantóse cortés á recibirlos.
Tras ocho lustros que corrieron breve
y la honda pena que le aflije insana,
aun en beldad á competir se atreve
con el claro nacer de una mañana:
no supo Urbino con carmin y nieve
formar un tinte de azucena y grana,
como al carmin mezcló naturaleza,
nieve, azucena y grana en su belleza.
Tornó el Cruzado, deteniendo el paso,
el fiel saludo á la beldad lucida;
al cumplimiento, de ficción escaso,
la capa de los hombros desprendida,
sonó una cuerda del laud, acaso
por algun broche al descender herida,
y el eco del sonido en consonancia
volvió tres veces la vecina estancia.
—«Ya que venís, Señor, de Tierra-Santa
y os he visto un laud precioso, infiero
que quien le tiene es trovador y canta;
y pues sois trovador y caballero,
si algun voto mi ruego no quebranta,
que me canteis algun pasaje espero
de aquel lugar sangriento y milagroso,
dó yace por la fé mi caro esposo.»—

Dice, suspira, y sin poder tenerlas,
de lágrimas su faz llenó angustiosa,
cual se mira del alba con las perlas
aljofarada la purpúrea rosa:
con finísimo lienzo á recojerlas
acude presto, y su semblanza hermosa
más bella tras el llanto, se presenta
como el iris despues de la tormenta.
—Tened, clamó el extraño, la agonía;
calmad el llanto por piedad, señora,
no parezca en la tierra noche umbría
la que es del cielo estrella brilladora;
que no está bien al Sol de medio día
bañarse con las perlas de la Aurora,
y el que á la tumba fué con honor tanto,
mas os pide laurel que estéril llanto.
Muertos lloran Cruzados, que andan vivos
en heróicas empresas militares,
ó los hados contrarios, siempre esquivos,
los impelieron á remotos mares;
y en diez años, errantes ó cautivos,
aun no han vuelto á pisar los pátrios lares;
pero, alguno vendrá que muerto crean,
y muchos.... temblarán cuando le vean.
Temblarán, repitió, por ésta juro;
la cruz tocando con la diestra mano,
y vió en su rostro, intérprete seguro,
la oculta turbación del Castellano.
Desenvuelto el laud del manto oscuro
requirió el temple, y con estilo llano,
—«Si vos gustais, (á la matrona dijo)
os cantaré de «Maldicion el Hijo.»
—«Cantad lo que gusteis, que ya os atiendo,
(contestóle la bella consolada)
mas ante todo que acepteis pretendo
una oferta que os hago delicada.»—
É hizo señal á un paje, que saliendo,
en fuente hermosa le sirvió dorada
una copa brillante, que traía.
de balsámica y dulce malvasía.
—«¡A la salud (le dijo la matrona)
de la virtud y el conyugal decoro!»
—«Esa es del hombre la mejor corona,
(repuso él) y divinal tesoro.»—
Acercóle otro paje una poltrona
de terciopelo azul con clavos de oro,
y sentándose allí con gracia extrema,
dió principio al romántico poema.
Como al oir al ruiseñor que canta
abandonan los pájaros sus nidos,

las miradas fijando en su garganta
por gozar con la vista y los oidos,
así no bien el Trovador levanta
la voz, cuando quedaron suspendidos
escuchando sus tonos hechiceros,
damas y pajes, guardias y escuderos.

V.

LA CITA.

Hallábanse los Príncipes cruzados
en la conquista de la Santa-Tierra:
era «Urbano segundo,» Papa en Roma,
y de Jerusalem en las almenas,
por Godofredo el Grande tremolaban
victoriosas de Cristo las banderas.
Entre los adalides que lucian
la roja cruz en sus invictas diestras,
hubo un hombre sin pátria, sin amigos,
y aun sin divisa, al cual por su extrañeza,
«Tristan» llamaban los Cruzados todos,
y los creyentes: «Rayo de la guerra:»
con ninguno reía, á nadie hablaba,
jamás vióséle alzada la visera;
y pendiente su espada cortadora
lleva día y noche, de una faja negra.
Entrar por los infieles batallones
y cubrir de cadáveres la tierra,
tan breve ejecución era á su furia
sobre una árabe alfana oscura y presta,
como tragarse el Tigris una hoja
ó abrasar una palma la centella.
¡Infeliz el campeon que le aguardara
seguro en su valor ó en su destreza!
Nada le aprovechaban cotas dobles,
los yelmos de Damasco y las rodelas
fuertes de triple piel de cocodrilo
que envejeció del Nilo en la ribera;
todo está blando, de su espada al corte:
los duros troncos si los toca quiebran,
y si las peñas con su punta alcanza,
tambien saltan las puntas de las peñas.
No lleva cruz y va con los Cruzados,
no asiste al templo en las solemnes fiestas,
ni de los fieles las victorias canta,
ni en los torneos ni en las justas entra.
En tanto que descansan los soldados,
él de las tiendas sin cuidar se aleja
y va á sentarse solo y pensativo

sobre una tosca ensangrentada piedra.
El codo izquierdo en la rodilla apoya,
cruza pausado las nervudas piernas,
la diestra inclina al puño de la espada
y descansa la barba en la siniestra.
Al notar los suspiros que le ahogan
y su inmóvil mirar, diria cualquiera
que en sus campos la sacra Palestina
algun triste suceso le recuerda.
Ya el ejército entero murmuraba
á este varon de incomprensible secta,
hasta dar en oidos del Patriarca,
que con santa piedad á hablarle llega.
—«Has recibido el agua del bautismo?»—
—«Sí, venerando padre, (le contesta)
Soy bautizado, y en la *Santa-Casa.*»—
—«¿Luego naciste de sus muros cerca?»—
—«He nacido en Belen, mas... me ha proscripto:
yo pequé contra Dios...! soy... una fiera.»—
—«¡Ah! su misericordia no conoces,
la puedes alcanzar como interceda
la *mujer fuerte,* de José la esposa,
la que salvara tantos hijos de Eva,
su Santísima Madre...!—«Callad, hombre...
Ese nombre terrible me atormenta;
para un crímen tan grande como el mío
no hay perdón en el cielo ni en la tierra.»—
—«Todo puede alcanzar de Dios, quien todo
de su infinita caridad lo espera.»—
Estas voces reaniman su esperanza:
es el trece de Agosto, y ámbos quedan
para avistarse entre tercero día,
de la Asunción en la sagrada fiesta.
Mujeres, niños, príncipes, soldados,
muy más curiosos que devotos, vuelan
solo por ver entrar al Templo santo,
un hombre que jamás pisó la Iglesia.

VI.

LA PROCESION.

1.°

espués de la ostentación,
n que nuestra Iglesia el día
lebra de la Asunción,
ntan salves á María
marcha la procesión.
ibe un trono majestuoso
va la casta Eva tendida
velada en fulgor glorioso,
como *la esposa escojida*
al tálamo del esposo.
Entre cuatro querubines
la sigue el ángel Gabriel

con un ramo de jazmines
que hubo el pueblo de Israel
del Eden en los jardines.
Un sayal color de cielo
de brillante seda siria
viste, y un manto hasta el suelo
de canario terciopelo
manchado en púrpura tiria.
Ciñen su jubon luciente
piedras de colores varios,
tres plumas ornan su frente,
y al pié los tres solitarios,
más ricos de todo Oriente.
¡De Hosanna..! ¡Hosanna..! al clamor
Hácenle al pasar la salva,
porque va dando esplendor,
como el lucero del alba,
la *Madre del Redentor*.
Más refulgentes que estrellas
cerrados sus ojos son,
y á su divina Asunción
los diáconos y doncellas
entonan esta canción.

2.º

«Venid, hijas de Sion, á ver al rey Salomón el día de sus desposorios.»
(CANTICO DE LOS C.)

Con el laud sacro del pastor David,
hijas del Carmelo Belen y Sión,
los místicos salmos cantando, *venid*
á los desposorios del rey Salomón.
Moisés llegó á orillas del mar Rojo, y él
á Moisés dió paso, muerte á Faraón,
porque el pueblo santo fuera, de Israel,
á los desposorios del rey Salomón.
Con sus arpas de oro, Solima y Saul
cantando discurren la etérea región,
y van, como el cielo, vestidos de azul
á los desposorios del rey Salomón.

3.º

Así pasaron el día
desde el Calvario á Sión,
y ya cuando anochecía
á Jerusalem venía
de vuelta la procesión.
Uno solo no gozaba
la sagrada diversión;
tras el Patriarca marchaba,
y en su diestra sustentaba
el más opaco blandón.
Pinta en la faz congojosa
las penas que su alma oprimen,
y era su presencia hermosa;
mas, fúnebre y pavorosa
como la imágen del crímen.
Su cuerpo en cada pisada
suena cual ronco cencerro,
y era su voz atronada,
y era su mano de hierro;
pero de hierro animada.
Sus ojos sin variedad
brillan, cual tizones rojos,
con funesta claridad,
como de un tigre los ojos
rabioso en la oscuridad.
A las siete horas cumplidas
en Jerusalen entró,
y las vírgenes lucidas
llevan sus sienes ceñidas
con rosas de Jericó.

4.°

El coro pregunta:
¿Qué buscan los fieles
con esos laureles
en la procesión?
Y á la tríbu junta
las vírgenes todas
dicen en unión:
—«*Vienen á las bodas*
del rey Salomón.»—

5.°

Mas del sepulcro divino
la losa sonando salta,
y tras silencio contínuo,
como el fallo del destino
se percibe en voz bien alta
un eco de proscripción
que dice:—«Hijas de Belen,
de Carmelo y de Sión,
echad de Jerusalen
al Hijo de Maldición!
A ese mortal inhumano
que porque un culpable yerro
reprendió su padre anciano,
puso en su rostro *esa mano*,
que se le ha vuelto *de hierro*.
Y su madre malhadada
cubrió su crímen ¡qué horror!
De él tambien será pisada,
quedando así castigada
de un mal entendido amor.»—
Dice, y cuarenta Cruzados
que cerca del templo están,
entran como arrebatados
y sacan, sin ser notados,
al maldecido Tristan.
Huye el pueblo en confusión,
guárdanse cirios y cruces,
de los salmos paró el son,
y acabóse con las luces
la fiesta y la procesión.

VII.

LOS ESQUELETOS.

1.°

En mudo silencio que solo interrumpe
el toque lejano de un triste esquilón,
marchando camina sobre árabes potros,
aquel de Cruzados nocturno escuadrón.
Ya que cinco millas habian traspasado,
uno, envuelto en manto de blanco algodón,
á Tristan se acerca riyendo, y le dice:
—»¿Ibas tú á las bodas del rey Salomón?
Vente con nosotros à Belen, amigo;
¡allá...! cenaremos; ¡verás que función!
verás malas madres, y pésimos hijos
que al cielo no temen, ni su maldición.—»
A Belen llegaron, de cenar pidiendo
donde un renegado tuviera un mesón;
sentáronse todos, las caras cubiertas
con dadas viseras de negro pavón.
Sirviéronle en platos de extraña figura
asados menudos de ingrato sabor,
y en jarros informes, hendidos, verdosos,
un fétido amargo purpúreo licor.

—«Entrañas son éstas de pérfidos hijos,»—
le dice un judío de gesto feroz:
y al ver que los jarros son cráneos humanos,
y el vino era sangre, se hiela de horror.
Vestida una vieja de inmundos andrajos
y el rostro velado de oscuro mantón,
á Tristan suplica le dé una limosna
con eco tan flébil que inspira aflicción.
Él no vé ni oye, la empuja, la pisa:
recobra al instante su muerta razón,
¡conoce á su madre...! Los cruzados mira....
¡Cuarenta esqueletos los cruzados son!
—«¡Hijo ingrato, tiembla! soy tu padre (dice
aquel de la capa de blanco algodón)
que aqui te abandono purgando tus culpas,
y vóime á las bodas del rey Salomón.»—

2.º

Cual volcan que estremece los montes
tembló el suelo con tal explosión,
como el trueno que rueda en las nubes
retumbando en la etérea región.
Cae la venda, Tristan con su espada
se atraviesa el fatal corazón,
y una voz aterrante, en el aire
siete veces gritó ¡Maldición!!!

VIII.

EL ENTIERRO.

Más de treinta adalides esforzados
defensores del *Templo* y de San Juan,
de fino acero relumbrante armados
tras él lijeros por salvarle van.
Tancredo ilustre, que ante todos vuela,
aguija presto un súbito alazán,
y al «¿quién vive?» del turco centinela,
—«Somos, dicen, sectarios del Korán.»—
Encontraron al alba los guerreros
yerto el cuerpo del mísero Tristán;
cargáronle enlutados caballeros,
y enterráronle orillas del Jordán.
Los réptiles sus miembros desgarraban,
temblar hizo á la tierra el huracán,
y de gozo infernal, al verlo, ahullaban
los horrendos ministros de Satán.

IX.

EL ARBOL NEGRO.

Hallaron en su tumba unos cautivos
que lograron despues su redención,
un árbol rudo de cortezas rojas
con aquesta inscripción
precedida de puntos suspensivos,
y acabada con triple admiración,
en sus extrañas renegridas hojas,
que dice....«¡Maldición!!!»

X.

LA FANTASMA.

1.°

Es fama que en los contornos
cuando alguna madre dá
alas á su tierno hijo
para á su padre faltar,
así que solo murmuran
la paterna potestad,
el espectro se aparece
del maldecido Tristan:
lívido el rostro, y envuelto
el cuerpo en negro cendal,
brotando por boca y ojos
un fuego azul infernal;
crinada la sien de sierpes
cuyo silbo hace temblar,
que asoman por bajo el gorro
de forma piramidal;
lleva el cendal en el pecho
transparente claridad,
por dó se le ven los huesos
desnudos de piel mortal;
color de bronce encendido
tienen á medio apagar,
y el corazón que le muerde
un negro enorme alacran.
Rechina airado los dientes,
sobre los hombros les dá
y sacudiéndolos dice
con eco descomunal:
—«¡Yo soy Tristán, conocedme...!
¡Madre é hijo, escarmentad!
sino, *«maldición eterna»*
vuestra sentencia será!!!»—

2.°

Hace entonces sonar un trueno horrendo,
mide el aire cual presto gavilán,
y...¡¡¡maldición eterna!!! repitiendo,
va á caer en las rocas del Jordán.

XI.

LA PETICION.

«¡Salve! ¡Salve! ¡Salve! ¡Salve!»
claman todos á la vez,
cuando el laud del Cruzado
lanzó el tono postrimer.
La venerable Matrona
le observa con interés,
y tras una larga pausa
dícele con timidez:

—«Si os alzárais la visera....
si el rostro os pudiera ver....
algo os debiera, Cruzado,
por las marcas de la tez.»—
—«Señora, dice el guerrero
fingiendo no la entender,
hiciéralo, á no estorbarlo
un juramento de fé.»—
—«Por lo que me interesais
no os lo exijo deshacer.»—
—«Quien no me pide un perjurio
muestra que me quiere bien.»—
—«Bien, y nada más, Cruzado.»—
—«Perdonad si os agravié.»—
—« Hablásteis bien, caballero,
y no me ofendísteis, pues
sé que sois hombre de honor.»—
—«Que sois dama de honor sé.»—

XII.

LA CENA.

En el centro del castillo
ha sonado una campana,
á cuyo toque, «*la cena*»
«*la cena*,» todos exclaman.
El castellano Rujero
solamente observa y calla,
y, como aquel que no quiere,
á cenar tras todos marcha.
De la diestra una poltrona
lleva, que irónico arrastra,
y con la siniestra al hurto
requiere el puño á la espada.
Iba á pasar de la puerta
que el ancho salon separa
del corredor espacioso
donde las mesas se hallan;
cuando es tocado su hombro
de misteriosa palmada;
el rostro torna, y tras sí
un viejo escudero cata.
—«Señor, le dice en secreto,
aunque en Barcelona estábais
estudiando mientras niño,
y volvísteis á este alcázar
seis años despues que Hugo;
el padre que os adoraba,
con heróico aliento había
partídose á las Cruzadas,
y aunque se afirma que es muerto,
puede ser noticia falsa.
Os advierto que tenía
un lunar negro en la cara
sobre la derecha sien,
otro en la oreja contraria,
y tiene en el ojo izquierdo
como nieve seis pestañas.
Decís que con vuestro huésped
os vais á batir mañana,
que no hagais tal os suplico,
si la visera no alza;
porque ese laud fué mio,
él lo llevó á Tierra-Santa:
el ademan...! la presencia....
y el eco de la voz...»—Basta,
Ramon Vidal, yo sé hacer,
presumo.... No importa, anda,
dí á mi primer escudero
que me prepare las armas.»—

XIII.

EL PRESAJIO.

Entre las negras furias infernales
hay alguna sin duda, cuya esencia
es obsecar los míseros mortales
á desoir la voz de la prudencia,
y les arrastra á términos fatales.
compensando su estólida obediencia,
con mostrarles un fiero desengaño
cuando es tardo el remedio y cierto el daño.

No bien marcaba el cíprico lucero
la breve vuelta del vecino día,
y la noche fugaz con pié lijero
envuelta en sombras á Occidente huía;
cuando cubierto de bruñido acero
ya el jóven Castellano aparecía
cruzando del castillo la esplanada
con lanza fuerte y damasquina espada.
No fué bastante el ruego fervoroso
que le dirije el escudero anciano,
teniendo humilde del corcel brioso
las áureas riendas con su débil mano:
á sus plantas postrándose lloroso.
—«Pisad, le dice, mi cabello cano,
y no cumplais del trovador el duelo;
temed, Señor, la maldición del cielo.»—
Más fácil es parar el rayo ardiente
una vez de las nubes desatado,
hacer que retroceda el Sol á Oriente
habiendo del zenit ya declinado,
y ver calmar al Ponto de repente
su furia, por los vientos azotado,
que variar de su intento á un poderoso
temerario, inesperto y ambicioso.
—«Calla, viejo insensato y novelero,
bueno para formar coplas de amores,
no te busco yo á tí por consejero
ni me asustan Cruzados trovadores;
mi palabra empeñé, soy caballero,
quizá te habrán ganado los traidores
domésticos que velan en mi ruina.»—
Dice, monta el bridon pica y camina.
Partir le mira el escudero y llora,
y alzando el rostro en lágrimas bañado,
dijo con voz profética y sonora
cual si un ángel hubiéralo inspirado:
—«Anda, infeliz, tu lanza matadora
podrá verter la sangre del Cruzado,
pero Luzbel prepara á tu delito
condenación eterna.... adios, maldito.»—

XIV.

EL DESAFIO.

...eina el silencio en Oriente,
...mpieza á rayar el alba,
...el suave céfiro apenas
...ueve las sutiles ramas.

Plácido.

El Cruzado trovador
apuesto de todas armas,
sobre su corcel espera
allende la barba-cana:

cabe su lanza se apoya;
mas no le cubre la capa,
ni el misterioso laud
lleva colgado á la espalda.
Contemplando está el castillo,
y ya acusa la tardanza
de Rujero, cuando éste
se presenta en la campaña.
—«Cruzado, á cobrar el guante;
gastemos pocas palabras,
que son vanos los discursos
en donde los hechos hablan»—
—«Despacio, seor caballero,
dijo el Cruzado con pausa,
porque exijo me escucheis
ántes de entrar en batalla:
y alzándose la visera
prosiguió—¿Veis esta cara?
¿en ella no hallais señales
que os deben ser respetadas?»—
—«¡Impostor! (gritó Rujero)
he adivinado tus tramas.
¿Quieres que te tome yo
por Hugo de Mata-plana...?
Fácil es finjir lunares
y blanquearse las pestañas,
y seducir escuderos,
porque el oro á todo alcanza:
pero á quien como yo entiende
las intrigas cortesanas,
con toscas estratajemas
no fácilmente se engaña;
y para darte el castigo
que merecen tus infamias,
no quiero escucharte más:»—
dice, y súbito le ataca.

XV.

LA BATALLA.

Aun no estaba el Cruzado apercibido
para este choque repentino horrendo;
pues hablaba tranquilo al Castellano
descansando en la fé de caballero:
así, que el jóven con traidora furia
dió tal lanzada en su costado izquierdo,
que falseando las armas y la cota
introdujo en la carne el duro hierro,
y de su mano, estremecida al golpe,
saltó la lanza descendiendo al suelo.
Cual leon de Numidia que se halla
picado á hurtas de maligno insecto,
que brama estremecido de coraje
mirándole con rabia y con desprecio,
y ni descoje las tajantes uñas
ni la melena se le eriza al verlo,
porque si quiere confundirlo, basta
un leve soplo de su altivo aliento:
así el Cruzado que se siente herido
y vé su sangre sin razon corriendo
y tendida su lanza sobre el campo,
para probar su generoso esfuerzo
saca la espada, arrójala, y aguarda
á su adversario en ademan sereno.
Torna á embestirle el jóven temerario,
y al verle desarmado y sonriendo,
crece su enojo, porque á burla toma

lo que era certidumbre de vencerlo.
Tres veces, y otras tres se lanza airado
sobre el inerme impávido guerrero,
que, sin temblar, los golpes que le asesta
evita siempre con ardides nuevos.
Hecho el Cruzado á batallar en Siria
con gallardos ginetes sarracenos,
habíase visto en medio de los campos
herido por cien partes é indefenso,
y triunfó con su astucia de enemigos
menos rabiosos sí, pero más diestros;
por tanto determina fatigarlo
haciendo escaramuzas y rodeos,
y cuando considera que ya es hora,
vuelve á esperar que le acometa, quedo.
Al tener inmediato á su enemigo,
como de equitación hábil maestro
rápido impele su corcel de un lado
y tras él de repente revolviendo
le persigue, le alcanza, y de pasada
cerrado el puño en la manopla envuelto,
con indecible fuerza dióle un golpe
tan bien sentado en la mitad del yelmo,
que bamboleando el jóven, sin sentido
soltó las riendas, del bridón cayendo,
y enredada la espuela en el estribo
quedó pendiente y arrastrado á un tiempo.
El indómito bruto ya azorado
y libre al par del poderoso freno,
dilata la nariz, la crin eriza,
las orejas levanta, enarca el cuello,
tiende la cola, relinchando brotan
su boca espumas y sus ojos fuego,
y corre desalado en la llanura
tras sí llevando al infeliz Rujero.
En vano el caballero dando espuelas
cual relámpago acude á socorrerlo.
porque el fiero animal, al sentir pasos
con más velocidad se aparta de ellos.
No es tan súbita el águila rapante
cuando, medido de la presa el vuelo,
á prenderla voraz se precipita
con las alas cerradas desde el cielo,
como impelido el volador caballo,
quizá por algun soplo del infierno,
lanzándose en el foso del castillo
reventado cayó sobre su dueño.
Al punto mismo apareció el Cruzado
que desmontando se arrojó lijero,
en sangre tinto sin sentir la herida,

por ver si salva á su rival del riesgo.
—«¡Piedad, Señor, para este desgraciado»—
clamó impetrando la merced del cielo;
pero una voz terrible le responde
despues de un sordo y prolongado trueno:
—«¡Hasta cuándo piedad; caiga el maldito....
Dios no tiene piedad para perversos!
Aquese mónstruo á su mayor hermano
la existencia arrancó con un veneno;
tirano del castillo y de su madre
emplea con frecuencia el propio medio,
deshaciéndose á fuerza de delitos
de cuantos niegan que su padre es muerto;
y aun tiene repartidos emisarios
para hacerle morir ¡Crímen horrendo!
Solo á Vidal de Besalú tolera
ávido siempre de gustar sus versos;
pero ni le respeta ni le estima,
y le condena á perecer tan luego
como un eco pronuncie en mengua suya
ó sacar piense del castillo un dedo.
Tú, que pides piedad para el malvado,
¡si supieses que albergas en tu seno
un tósigo fatal que én breves horas
te hará morar la tríbu de los muertos!
¡Y demandas piedad? ¡caiga el maldito;
Dios no tiene piedad para perversos!»—
Y era así la verdad: ya en sus entrañas
advertía èl Cruzado un dolor lento,
y un calor abrasante que por grados
íbase apoderando de sus miembros.
—«¡Hijo infeliz! (gritó mirando al jóven
que aun vivo estaba, á la sazon muriendo)
¡qué espíritu maligno te ha tentado?
¡De dónde hubiste un corazon tan negro?
Mi facultad de padre no me alcanza
sino á enmendar y perdonar los yerros;
pero crímenes tantos, no es posible;
ni lo quiere mi Dios, ni yo lo debo.»—
—«¡Ay! mi madre... mi madre me ha perdido;
yo era... ¡infeliz! el hijo predilecto,
ocultó desde niño mis maldades
para probarme su cariño extremo;
al fin... fuí criminal y soy maldito!!»—
¡Sí, sí, maldito...! respondióle un eco
y tras él un relámpago y un rayo
que llenaron el foso de humo denso,
y un ruido de cadenas y de ahullidos,
y una turba de mónstruos y de espectros
que dejaron atónito al Cruzado

envuelto en niebla sombras y silencio.
Cuando volvió del éxtasis horrible,
como quien sale de un pesado sueño
tendió la vista en derredor del sitio,
y ni caballo vió ni caballero.
Solo un ropaje blanco divisara
que al lugar mismo se acercaba presto:
se aproxima... descubre á una Matrona,
se acerca más—«¡Rosaura, Dios eterno...!»—
—«¡Hugo... mi esposo...! (dijo, y desmayada
cayó en los brazos de su antiguo dueño).
Vuelve en breve y prosigue:—«Vamos Hugo,
sígueme por piedad... sígueme luego,
no hay que tardar, estás envenenado,
aun te puedes salvar, no pierdas tiempo.»—
Mientras marchan unidos al castillo
encontraron los pajes y escuderos
que sumisos ante Hugo se postraron
con muestra de obediencia y de respeto.
Uno, que fuera de Rujero hechura,
dijo con tono humilde:—«Caballero,
¿qué ha sido de mi amo y vuestro hijo?»—
—«Ya no es mi hijo ni tu amo: ha muerto.»—
—«Decidme donde está, voy á buscarlo.»—
—«Anda, vé á encontrarlo en los infiernos.»—
Dijo lanzando la acerima adarga
en las sienes del mísero pechero,
que le arrancó la vida: con su muerte
quedó cercado de un maligno menos,
y siguió recitando estas palabras:
—«Dios no tiene piedad para perversos.»—
con vacilante planta y rostro triste
hasta ocultarse del castillo adentro.
Solo yace en los fosos el cadáver
abandonado á multitud de cuervos,
que antes de anochecer ya presentaba
la armadura fatal de un esqueleto.

XVI.

LA MUERTE.

1.°

—«Ya es tarde..! ya es tarde..! Ay..!
Déjame morir en calma...
Ay...! esposa... adiós... adiós...
Oye, acércate, Rosaura.
Tu extremo amor á Rujero
ha sido... oh dolor...! la causa,
que en los profundos abismos
habite su cuerpo y alma...!
Adiós, esposa infeliz,
adiós, mis glorias pasadas,
adiós, Cataluña, adiós,
castillo de Mata-plana.»—

Dijo, y espiró el guerrero
invencible en las Cruzadas,
en la sala dó naciera,
y sobre la misma cama.
No de otro modo un laurel
que á mil héroes coronara
con la divisa precoz
de sus envidiables ramas,
agostado del estio,
y cubierto por la escarcha,
muere sobre el mismo campo
que fué su cuna sagrada.
Suelto el undoso cabello,
de su garganta abrazada,
su mísera y triste esposa
copioso llanto derrama.
—«Unico y dulce amor mío,
Hugo...! qué... me desamparas...?
Hugo...! te vas y me dejas...?»—
Dice, reclínase, y calla.
Ningun sirviente aparece,
paje, escudero, ni dáma;
solo un anciano lloroso
postrado á sus piés se halla:
éste, despues que los mira,
al cielo su faz levanta,
y en Dios los sentidos puestos
así sollozando exclama:

2.°

—«Sér Eterno que rijes el Orbe,
de los astros y mundo Señor;
tú que alzaste del polvo al caido
y humillaste á Luzbel por traidor;
tú que oculta en columna de fuego
contra el déspota Egipcio cruel
condujiste en el santo desierto
á la tribu feliz de Israel.
Por su noble virtud, por la sangre
derramada en su gloria y honor,
haz que goce su alma en el cielo
paz eterna á tu lado, Señor.»—

3.°

Vueltos los ojos al lecho
dó el yerto guerrero estaba,
mira á la matrona inmóvil,
se aproxima, toca, habla.
Espera un espacio, torna
á decir; pero ella calla.
Palpa su frente ¡es de nieve...!
—«¡Santo Dios, murió Rosaura!
¡Rosaura, mi único amparo...!
¡Hugo, amigo de mi infancia...!
¡Apoyo de mi vejez...!
De vuestra alcurnia esperanza...!
¿Son éstas las alegrías
y las fiestas preparadas
que esperábais disfrutar
al volver de Tierra-Santa?
¡Ay! aun no cumplen tres horas
que con belicosa planta
pisaste el umbral funesto
de tu ilustre antigua casa,
cuando ya las siempre frías
marmóreas urnas te aguardan
del fúnebre panteon,
dó tus abuelos descansan.
¿Porqué estoy vivo? porqué
no he muerto en una batalla;
ó al saltar de Balaguer
por las soberbias murallas
no me partió el corazon
alguna morisca lanza,
ó dividió mi cabeza
furibunda cimitarra?
¿Para esto lleno de heridas
entre las mortales ánsias,
me usurpaste á la muerte,
Alberto de Mata-plana?
¡Alberto, digno heredero
de tu ya extinta prosapia,
víctima de la ambición
De Rujero, que mal h [illegible]!
¡Alberto, espíritu puro
que habitas la gloria santa,
recibe allá mis lamentos,
y de tus padres las almas.»—
Corre, pero inútilmente;
grita, y suena la campana,
¡él, es el solo viviente
que habita la fuerte estancia!
Todos fugaron temiendo,
unos, la justa venganza,
y otros, en la noche ver
aterradores fantasmas.
¡Hé aquí la instabilidad
de las venturas humanas!

Ayer á tal hora era
todo el castillo algazara.
Una multitud de pajes,
peones, escuderos, dámas,
por todas partes lucian
libreas, plumas y galas.
¡Y hoy moran en él dos muertos;
y un viejo los acompaña!
que en su venerable rostro,
blancos cabellos y barba,
parece imágen del tiempo
que con inmutable calma
de algun disuelto planeta
entre los fragmentos anda.

XVII.

EL ENTIERRO.

1.º

Era la noche: un anciano
de luctuosa vestimenta,
con sombrero de castor
ornado de plumas negras,
sobre el báculo apoyado
y tirando de una cuerda,
cruzaba una galería
marchando con planta lenta.
Tras él sigue un ataud
sobre cuatro toscas ruedas,
y la capa del Cruzado
en su fúnebre cubierta;
espada, lanza y escudo
terciados encima lleva,
de laurel una corona
y otra de blancas adelfas.
Tiene inscrito el ataud
este rótulo—«*Requies cant
in pace*»—á los piés, y un Cristo
de plata en la cabecera.
Del conductor en la espalda
el místico laud cuelga,
que desata fatigado;
y mientras descansa, suena:
así en tanto que camina
ó que á reposar se sienta
agudos suspiros lanza
ó canta tristes endechas.
Es ya más de media noche
cuando á la jigante puerta
del sombrío panteón
lloroso y cansado llega.
Sola una lámpara arde,
cuya escasa luz apenas
tiembla oscilando, y parece
que hasta las paredes tiemblan.
Su testa descubre, cruza
los brazos, fija en la tierra
sus rodillas, y tres veces
el suelo que pisa besa.
Lleva tendida á la espalda
la nevada cabellera,
mira con inquietos ojos
las urnas que le rodean,
alza la marmórea losa
de la sepultura hueca,
los dos cadáveres baja
que el féretro condujera:
siéntase al borde, aflijido,
y, á par que en llanto los riega,
en trova triste cantóles
esta despedida eterna.

2.º

—«Paz á tu alma, impávido guerrero,
del cristiano pendón espejo y luz,
que sustentar supiste con tu acero
el glorioso estandarte de la Cruz.
Paz á tu alma tambien, Rosaura hermosa,
víctima de tu afecto maternal,
que espiraste, infeliz, cual fresca rosa
que arrebata mujiente vendabal.

Ya más no te verán los campos, Hugo,
de Valsarell, Cardona y Sampadós,
dó en mejor tiempo solazarnos plugo.
¡Tiempo dichoso cuando quiso Dios!
Ni ya más nos verá cruzar Fontesa
la vuelta de Carrill y de Malgrat,
ni á Castell-gali descender Manresa
dó se juntan el Suria y Llobregat.
El Suria ¡ay!... que en nuestra edad temprana
nos viera sus orillas remontar,
por gozar los festones de Oliana,
de Bassella, de Urjel y Castellar.
Ya de tanta victoria y tanta hazaña,
tumba pudiste apenas alcanzar...!
¡Todos te huyen, nadie te acompaña...!
¡Ni aún siquiera un ministro del altar...!
Dejabas una esposa, noble amigo,
pero la muerte os reunió á los dos....
Tambien la tumba me unirá contigo.
Recíbeme, sepulcro... ¡mundo, adiós!»—

XVIII.

EL ANGEL.

Dice el anciano así, suspira triste,
y alzó la losa con su mano enjuta;
era de mármol negro, y tan pesada,
que dos mancebos de una fuerza hercúlea,
si probasen de acuerdo á suspenderla,
pudiéranlo alcanzar con pena mucha.
¡Tanto es verdad que un corazón sublime
rejuvenece al borde de la tumba!
¡Adiós, mundo...! repite, y delirante
iba á lanzarse en la mansión oscura,
cuando un ángel, hermoso como el cielo,
adornada la sien de blancas plumas,
le asió del hombro, y dijo con voz suave:
—«Cristiano trovador, detén tu furia.
Para vivir es tuya la existencia;
pero para arrancártela no es tuya.
¿Quieres que Dios, suicida te maldiga,
y el fuego del infierno te consuma?
¿Quieres, despues que está la gloria abierta
esperando tu alma noble y justa,
tus méritos borrar con un delito
y labrarte la eterna desventura?
Vuelve á la vida, tu misión no es esa;

deja este albergue pavoroso, nunca
humana planta volverá á pisarlo.
Huye, no se desplome y te confunda.
Si de Tolosa en los florales juegos
ya aromas de oro, disputar no gustas,
mayor corona á tu cabeza aguarda.
Con santa inspiración tu laud pulsa,
vé á cantar á los hombres esa historia,
hija infernal de la ambición impura:
haz saber á los hijos descarriados
que un padre es como Dios, que aun muerto triunfa;
que no espere del cielo la clemencia,
el que viola su ley eterna, augusta,
y á los débiles padres, que escarmienten;
pues la debilidad de un padre, es culpa.
¡Toma presto el laud, deja este alcázar...!
¡Huye, no se desplome y te confunda...!»—
Dijo y desapareció. Cayó la losa.
—«¡Huye y deja este alcázar...!»—voz oculta
gritó en el panteón, y el eco ronco
se dilataba en las marmóreas urnas.

XIX.

LA DESPEDIDA.

Resignado y obediente
á las órdenes divinas,
deja el anciano, llorando,
su infeliz morada antigua;
antes, á orar fervoroso
sobre el sepulcro se hinca,
forma una cruz en su frente
con el polvo de la orilla,
y entonces con planta incierta,
triste y confuso camina,
dejando en llanto regada
la cara tierra que pisa.
Vase al paso despidiendo
de las urnas ceneríceas:
en cada columna pára,
y á suspirar se reclina,
semejante á un arroyuelo
que dá cien vueltas distintas,
como temiendo alejarse
para siempre de las guijas
y de las silvestres flores
que cultivó con su linfa.
Así llega hasta la puerta
por donde en más faustos días
entrara, de aplausos lleno,
ó de gloriosas heridas.
Allí pretende, aunque en vano,
dar la postrer despedida;
pero fáltanle palabras
con que explicar su agonía;
«que no el elevado acento
concede al dolor Polimnía
ni roba al laud sus sones
la mano desfallecida.» (*)
Siente un trueno subterráneo,
fosfóricas luces giran
sobre las altas almenas,
y vé fantasmas que gritan:
—«¡Huye de este alcázar...! huye...!
Sálvate en esa colina,
no esperes que se desplome
y te sepulte en sus ruinas...!»—

(*) Lista.

XX.

LAS RUINAS.

Dios sabe lo que hace. Hay en la tierra
existencias que corren breve espacio;
pero que á la centella parecidas,
duran, brillan, y acaban, arruinando.
Forzado por la voz de los sepulcros
su incierta planta dirijió el anciano
á una altura distante milla y media,
y allí paróse á contemplar el cuadro
funesto y horroroso, que á su vista
presentaba el alcázar inmediato.
Al sombrío fulgor de las azules
y verdes llamas que por puntos varios
se alzaban flameantes, divisaba
un jigantesco espectro, que azorado
ya cruzaba vagando, ya corría,
con paredes y escombros tropezando.
Cada lamento que al caer lanzaba,
era un trueno sonante y dilatado;
si un capitel tocaba, descendía
tras sí impeliendo los vecinos arcos.
Un nuevo incendio pavoroso estalla
allí dó fija su mirar de rayo.
Era un Luzbel en medio del infierno;
monarca de las furias sanguinario.
Sigue tras él una fantasma negra
que asido le asegura por el manto,
con la cabeza destocada y lisa,
ojos hundidos, rostro descarnado;
esqueleto infernal de piel vestido,
seco el cuerpo las piernas y los brazos.
Antorcha funeral de roja lumbre
sacude sobre el hombro del malvado;
y cada vez que pugna por librarse,
ó su mal se levanta lamentando,
con sardónica risa y ronco acento
le grita:—«Miserable...! es tarde, en vano
intentas escapar...! Ya tú eres mio...!
Solo Dios te liberta de mis manos,
y él... *no tiene piedad para perversos...*
No te puedo dejar, Dios lo ha mandado.»—
Y entónces agitando más furiosa
la satánica antorcha, al desgraciado
martiriza, y destroza, y descoyunta
con horrible impiedad. En torno de ambos
sin cesar un enjambre se veía
de negras mariposas revolando,

y lechuzas, murciélagos y tinges,
que entonaban un himno endemoniado.
Es Rujero el espectro furibundo,
y la fantasma asida de su brazo
la eterna *maldición* que le seguía
hasta el fin de los siglos.
Sonó en tanto
una explosión terrible y pavorosa:
su forma el mundo recobró del caos
cual si estuviese entre una bomba inmensa
el globo de la tierra, y con su mano
un dios ó un génio el polvorin prendiendo,
en los aires hubiérale lanzado:
así cuanto existiera en aquel punto
todo se estremeció, fué sombra y pasmo.
No empero el trovador cerró sus ojos,
antes, ardiendo en entusiasmo santo
dijo—«Dios me lo manda cantar todo,
todo lo debo ver, Dios lo ha mandado.»—
. . . .
. . . .
. . . .
Cuando el Sol esparció su luz primera
no quedaban vestigios del palacio,
ya era un páramo yermo mal cubierto
de áridas rocas y silvestres cardos.

XXI.

EL POETA.

Bajó de la colina
el venerable bardo,
y los pueblos le vieron
de cipreses y adelfas coronado.
Así corrió el poeta
las villas y los campos
de la antigua Barcino,
el trágico suceso discantando.
Los padres á sus proles
mostrábanle admirado,
los hijos le adoraban,
y unos y otros le llamaban Santo.
Y le acataban todos
la rodilla doblando;
semejante á un profeta
que entona en su laud divinos salmos.
Su glorioso instrumento
dejó al morir, colgado
de un laurel floreciente
en los siempre fecundos verdes ramos.

¡La indolencia del hombre...
¡Los siglos que pasaron...
¡Las tormentas y guerras...
Con el laurel y el plectro han acabado...!
Pero, todos los justos
entre sus pechos castos
con ígneas letras tienen
Ramon Vidal de Besalú grabado.

El poeta no muere;
pues del tiempo y los hombres
la Historia está en su lira,
y la inmortalidad està en sus cantos.

EL BARDO CAUTIVO.

I.

Desde que hicieron á Tarfe
Gobernador de Almería
Cubrió de miseria al pueblo
Y de luto las familias,
Era el alarbe tirano
De faz adusta y sombría,
De alma baja y sanguinaria,
Y de *complexión* maligna.
Finjiendo amar á Mahoma,
Los cristianos perseguía;
Mas del Corán, los sectarios
Tambien feroz extermina
Cual arrasante aquilón
Que lanza de Dios la ira,
Y al rápido paso yerma
Las florecientes campiñas;
Así con sus férreas garras
Aquel sarraceno Atila
Dado á la crápula, al hurto
Y las lúbricas orgías,
Todo lo tala y destruye
Con pérfida hipocresía,
Sin perdonar la inocencia,
Ni el oro de las mezquitas.
Al ruido de las cadenas
Sus ojos de tigre brillan,
Y por su pálido rostro
Discurre infernal sonrisa.
Entre los míseros séres
Que en las prisiones yacian
Sufriendo el bárbaro enojo
De aquel moderno Calígula,
Hallábase un bardo jóven
Que al lamentar la injusticia
Del tirano, recordaba
A su Granada querida.
Solo un compañero tiene,
Unico bien que no quitan
Los déspotas de la tierra
Mientras el hombre respira.
Era su laud, que á veces
Tocar el triste solía.

II.

¡Cuán caro me cuesta, Granada querida,
Eterna morada del plácido Abril,
Haber, ¡ay! dejado tu vega florida
Y el diáfano cielo del claro Genil!

¡Cuán caro me cuesta por ver una zambra
Haber, ¡ay! dejado tu bello Albaicin,
Tus muros, tus palmas, tus templos, tu Alhambra
Y el verde paisaje que cerca á Coin!
Cual cisne creyente viajé á Andalucía
En místicos himnos cantando al Corán;
Jamás presumiendo que en mí cebaría
Sus uñas de hierro voraz gavilán.
En honda mazmorra, cercado de horrores
Padezco sin culpa ¡tremenda maldad!
¡Así me arrebatan mis dulces amores!
¡Así, mi adorada feliz libertad!
El moro, Almería, que se halla á tu frente,
Injusto, perverso, sangriento y cruel,
Ni Dios ni ley tiene ¡mentido creyente!
Su ley es la fuerza.... no hay Dios para él.
Mas ¡guay del profeta! Yo he visto soñando
Marchar por la vega los hijos del Cid,
Y al mágico acento de Isbela y Fernando
Los fuertes guerreros volar á la lid.
He visto á ese Tarfe retar con pereza
Los héroes que estaban de Isbela en redor,
Y en sangre empapada rodar su cabeza
Al golpe de un bravo doncel trovador.
He visto en tus muros, preciosa Granada,
De los Nazarenos ondear el pendon,
Y sobre la Luna menguante, apagada,
Triunfante y altivo rugir el Leon.
He visto cautivas tus lindas huríes,
La planta al cristiano tus reyes besar,
Y al Libio desierto partir los zegríes
Dó nunca tus torres podrán divisar.
Allí tendrán sólo su sol fulgurante,
Su potro, su alfange, su mar mugidor,
É inmensos espacios de arena abrasante,
Si árbol, ni arroyo, ni planta, ni flor.
¡Granada! Granada! tus baños y fuentes
Llorando abandonan los nietos de Agar,
Y en Generalife sobre astas lucientes
Las cruces de Cristo se ven tremolar.
¡Mas... cómo! ¿me engaña falaz la memoria
Creando en mi mente fantasma de luz...?
¡No cantan mil ecos: «¡A Isbela victoria!
¡Victoria á Fernando! Victoria á la Cruz!»

III.

Dijo el bardo algo dudoso,
Mas no le engañó el oido;
Pues derribando las puertas
Con alabardas y picos,
Por libertar sus hermanos,
Al fulgor de rojos cirios
Entraron en las mazmorras
Los defensores de Cristo.

De los católicos luego
Rompieron los duros grillos,
Y ya vueltas las espaldas
Abandonaban el sitio,
Cuando con sonora voz
El jóven árabe dijo:
—«Libertadme, caballeros,
Y dadme el santo bautismo.»—
—«Loado sea Dios»—clamaron
Dos valerosos caudillos,
Que eran Aguilar y Ponce.
—«Libre estás, él sea contigo.»—
—«No, repuso el prisionero
Quiero al combate seguiros:
Dadme armadura y espada,
Justicia y venganza os pido.»—
«¡Ay de tí Tarfe!» exclamó
Blandiendo el acero fino,
Y rápido como el rayo
Partió al palacio morisco;
Mas no le halló, que el tirano,
De los combates al ruido,
Antes que salvar la pátria
Toma cobarde el camino.

IV.

Poco tiempo despues, creyendo Tarfe
Que aparecer en bélica palestra
Fuese lo mismo que oprimir al debil
Y encerrar en mazmorras la inocencia,
Arrogante llegó pidiendo campo
De Isabel y Fernando á la real tienda,
Y blasfemó del nombre de María
Con negro corazón y torpe lengua.
Ante los reyes un doncel postróse
Aunque nuevo adalid, de cuna tersa,
Y pendón especial, la gracia obtuvo
De entrar con Tarfe en la marcial contienda.
Tornó en breves instantes victorioso,
Del bárbaro trayendo la cabeza,
Y su garzota de mecientes plumas
Fija en la punta de su lanza enhiesta.
El campo al verle entrar clamó «¡Victoria
Por el ilustre Lasso de la Vega!»
Y el árabe cantor entusiasmado
Los piés besó del español poeta.
Algun tiempo pasado, al cielo plugo
Que la sin par Granada se rindiera,
Y sucedió cuanto el cautivo moro
Profetizó cargado de cadenas.
. . . .
. . . .
. . . .
¡Ay del mortal que sin razón oprima
Al que ilumina inspiración suprema!
Si lanza en él la maldición, se cumple
Porque bajan del cielo sus sentencias.

TERCERA PARTE

ROMANCES

A LOS NATALES DE DELIO. (1)

La náyade más hermosa
Que orna del Pindo la falda
Descojido el manto azul,
Suelta la crencha dorada
De que prendado Favonio
Agita en torno sus alas,
De Helicón voló á la orilla
Pulsando cítara blanda.
¡Salve! dijo, y nació Delio
Coronado de guirnaldas.
Oro le brinda fortuna,
Flores amor le regala:
Él, apenas vé la luz,
Las rosas de Chipre gratas
Toma, despreciando el oro
Con que fortuna le halaga.
Corren los años veloces;
Mas la deidad, enojada
Del desaire que al nacer
La hiciera, pide venganza.
Persíguele hasta lograr
Verle ausente de su pátria
Y en los extranjeros ríos
Beber las aguas amargas;
Hasta que piadoso el cielo
Salvo á Cuba le tornara
Donde complaciente vive
Colmado de honor: y es fama
Que cuando anuncia el Octubre
La cuarta vuelta del alba,
De Helicón los dulces cisnes
Y las vegueras cubanas,
Aquellos con áureas liras
Y estas con índicas arpas,
Cantan la *luna del Cuzco*
Y las ruinas de la Alhambra. (2).

EL EVANGELIO.

Camino de los Güines,
Dulce tiple tañendo,
Todo entregado á Baco
Iba un jóven montero,
Con tarda incierta marcha
Recitando estos versos.
No hay para el hombre pobre
Tan eficaz remedio
Como el de emborracharse;
Pues así el pensamiento
Vé objetos muy distintos
De cuando se halla cuerdo.
Quizá por eso á Baco
Lo pintaron en cueros;

Y á fé, que si él estaba
Cuando el feliz encuentro
De aquella hija de Minos
Que abandonó Teseo
En las costas de Naxos,
Como estoy yo; bien pienso
Que al rehusar su amor
Fué sin duda temiendo
Fuera tan loco amando
Como era desatento.»
Esto el jóven decía
Mil monadas haciendo,
Lanzando sendas piedras
A gallinas y á perros,
Sin reparar los charcos
Que estaban en el suelo.
Llegó, por fin, á uno
Donde era el paso estrecho:
Paróse, observó un poco,
Y echóse al lado izquierdo.
Era apenas un vado,
Y lo cruzó tan diestro,
Cual quizá no lo hiciera
El más práctico y cuerdo.
Volvió á su anterior paso
Y yo, el caballo hiriendo,
Con él llegué á juntarme,
Y dije:—¿Cómo es eso
Que ha pasado, buen hombre,
Sin mojarse ni un dedo?—
—«Nosotros los borrachos,
(Me dijo sonriyendo)
Perdemos la vergüenza;
Más no el conocimiento.»—
De mi rocin al trote
Seguí yo así diciendo:
«¡No hay duda que este diablo
Me ha dicho el EVANGELIO!»

COMPAÑIA PELIGROSA.

Iban en compañía
Una tarde de invierno,
Corriendo gran borrasca,
Un jóven habanero
De zapatito bajo
Sin medias; un isleño
De levita y cachucha,
Y un andaluz de aquellos
De ¡sonci...! va... la otra!
¡Pó... geche osté lo mesmo...!
A una taberna entraron,
Pita larga pidieron,
Y como tres distintos
Sin medio verdadero,
Sobre cuál pagaría
Se armó el contrapunteo.
Llegáronse á las manos
Y á botellazos luego.
Conque salió el más libre
Con media cara menos,
Y alcanzaron las chispas
A los que estaban viendo.
—En viendo estas compañías
Huye, Favio, muy lejos,
Que de tal gente junta
No sale nada bueno.—

CORA.

Hondos suspiros lanzando
Del Sol las sacerdotisas
Fijos los ojos en tierra
Con tardo paso caminan.
Cien guerreros las rodean,
Que al son de roncas vocinas
Cantando marchan, armados
De mazas, arcos y picas.

¿Cuál es criminal entre ellas....?
¿De cuál yerro la castigan...?
¿Porqué no vá, como debe.
Junto al Soberano Inca...?
¡Ay! que son sus tristes padres
Los dos ancianos que miras,
Quienes tragará la hoguera
Por la vestal fugitiva.
¿Veis con palmas de alcanfor
Sus canas frentes ceñidas,
Y los codos que á la espalda
Atados, sangre destilan?
¿Veis en el centro de aquella
Arboleda semi-círcula,
De plátanos y bambúes
Que el viento apenas agita,
La fosa profunda y cóncava,
Sedienta de humanas víctimas,
Arrojando al Eter vano
Llamaradas infinitas?
Pues allí van inocentes
Por Cora á perder la vida:
Por Cora, que tanto amaron,
Y que adoran todavía.
Ya llegan, ya les desnudan
Las blancas túnicas limpias...
Ya los cánticos de muerte
Suenan, y eterna partida.
Hablar el anciano intenta.
—«Habla»—le contesta el Inca,
Y acude á enjugar el llanto
Que corre por sus mejillas.
Cruza en el pecho los brazos,
La vista en el cielo fija,
El corazón en la Gloria,
Y en tierra las dos rodillas.
«¡Manco Omnipotente, (exclama)
Sagrado Dios de las Indias!
Nuestras almas con placer
Ante tí se sacrifican;
Empero permite ¡oh Sol!
Que humildemente te pida
Una merced que hacer puedes
Por tu potencia infinita:
Y es que cual tú quede claro
El honor de mi familia,
El lustre de tus altares,
Y la virtud de mi hija.
¡Ay! mi Cora es inocente,
El corazón me lo dicta,

Que no es malo nunca, quien
Con buen ejemplo se cria.»—
Ha dicho con firme acento,
Y con el alma oprimida
Abraza á su esposa y vuela
Hácia la funesta pira.
. . . .
¿Por dónde, ignota fantasma,
Fué tu invisible venida...?
¿De dó sacaste ese manto
Bordado de plata fina
Que te cubre, y esa espada
Nunca de estos pueblos vista,
Relievado el guarda-monte
Con las armas de Castilla?
¿Porqué entre los dos y el fuego
Defiendes el paso, á guisa
De una sombra que separa
La eternidad de la vida...?
—«¡Teneos!» dice, y el manto
Cae, retrocede el Inca,
Y absorto y convulso exclama:
—¡Cora...! ¡Alonso de Molina..,.!—
«Cora...!» «¡Alonso...!» el campo suena,
Y amante, padres é hija
Abrazáronse y «¡perdon...!»
El pueblo y guerreros gritan.
Postróse Alonso á los piés
Del gran Príncipe Atalibas,
Y alcanzó de su bondad
Abolir la ley impía;
Por la que, á la menor falta
Que en el templo cometían,
Eran aquellas vestales
Llevadas á quemar vivas.
Así de amor fuéles dado
Gozar la inefable dicha,
Pasando á esposas y madres
Del Sol, las sacerdotisas.

EL PESCADOR DE SAN JUAN. (3)

I.

SALUTACIÓN.

Lleno de gozo y amor
De San Juan junto á la orilla
Cual amante ruiseñor,
Cantaba así en su barquilla
Un cubano pescador.

«Dulce y adorada Amira,
Escucha á tu fiel cantor,
Que solo por tí suspira,
Y te saluda en su lira
Aunque le ves pescador.

Sé que tu pecho no esquiva
Mi fino y rendido ardor,
Y que con canción festiva
Siempre repites «¡que viva
De San Juan el pescador!»
Si alguna blanca desdeña
Con genio murmurador
Tu virtud, que tiene es seña
Envidia de la trigueña
Que celebra el pescador.
Tendrán quizá algun amante,
Más aparente Señor,
Más rico y más elegante;
Pero no que así les cante
Como á tí tu pescador.
Díles que son como estrellas
Los ojos de tu cantor,
Y aunque se alaben por bellas,
Vale más que sus querellas
Un beso del pescador.
Díles que el juicio perdieran
Al contemplar su esplendor,
Y que de envidia murieran
Si solo una vez te vieran
Abrazando al pescador.
Díles que tiene por vela
De Vénus el ceñidor,
Y que las alas de amor
Son los remos con que vuela
La barca del pescador.
Así quedaran confusas
Al ver el almo candor
Con que su maldad rehusas,
Y que tejieron las musas
Las redes del pescador.
En fin, mi gozo inefable
Recibe, preciosa flor,
Mi cariño incomparable
Y el corazón invariable
De tu amado pescador.»
Dijo, y levó su potala
Marmórea de albo color,
Luciendo, mientras que hala,
Como el oro de Zempoala
La frente del pescador.
«Amor» cuando se movían
Dicen los remos, «amor»
Los pececillos decían,
Y las olas repetían
Los ecos del pescador.

II.

EL CANGREJO Y LA GARZA.

Ya en los mares de occidente
El Sol su luz ocultaba,
Mientras que yo discurría
Por las riberas de Sagua
Cortando los tibisies
Con que fabrico mis nasas.
Sobre un manglero frondoso
Posádose había una garza,
Y el envidioso cangrejo,
D e el cieno así le hablaba:

«¿Presumes que eres hermosa,
H il, ligera y gallarda,
P ue el aire veloz mides,
Y esta en el suelo andas?
P sabe que me incomodas
Y s desproporcionada,
Que toda te vuelves piernas,
Pescuezo, plumas y alas:
Yo tambien por tierra corro,
Y sé nadar en el agua.»—

—«Nunca tu enemiga fuí,
Contestó el ave bizarra;
Mas pues la naturaleza
Te prohibe el vér tus faltas,
Quiero decírtelas. Eres
Bestia inmunda, informe, extraña,
Emblema de los chismosos
Por tu boca extraordinaria:
Tu cara (si es que la tienes
Donde nadie te la halla)
Es horrible, grande y dura,
Y toda tu forma es rara.

Por despellejar á otros
Al aire tus huesos andan;
Vives siempre desconfiado,
Porque quien á todos daña,
Teme que le dañen todos.
(Unica razon que alcanza)
Sí, nadas y corres; pero
Para a trás corres y nadas.
Murmuras mis muchas piernas,
Sin ver que todo eres patas,
Y en fin, el que te crió,
Por humillar tu arrogancia,
Hace que nazcas en lodo
Y en él mueras, esto basta.»

El cangrejo, sin vergüenza,
(Que tenerla es cosa rara
Quien sin mirarse la suyas
Murmura de agenas faltas)
Huyó á esconderse en su cueva:
Fuese á otro mangle la garza,
Y yo á cortar tibisies
Para fabricar mis nasas.

III.

LA SARDINA.

«Al que no te enseñe plata
No le dés ni una sardina.»
Esto me gritaba un jóven
Del mar parado en la orilla,
Y curioso por saber
La causa que le movía,
Viré de prora, y en tierra
Hice embicar la barquilla.
Le ví el pantalón tan roto,
Tan sin sombra de camisa,
Y en fin, tan flaco y descalzo,
Que un espectro parecía.
—«No extrañes que asi te hable:
Aunque me ves sombra viva,
Yo en un tiempo fuí poeta
Todos versos me pedían,
Dándome en cambio alabanzas
Que en verdad no merecía;
Falté á mis obligaciones
Por andar loando ninfas
De amartelados amantes
Que visto en mi vida había,
Y me han puesto en el estado
De mendigar la comida
Y vivir entre los montes
Como bestia fugitiva.
Adios, sigue mi consejo,
Desgraciado si lo olvidas.»—
Mas yo, que tambien la vena
De generoso me pica,
Y que del tonto la plaza
Pagué veces infinitas,
Contesté—Dios te lo premie—
Volviéndome á la barquilla,
Jurando que en adelante
Aunque las bote podridas,
«Al que no me diere plata
No le doy ni una sardina.»

IV.

LA FRAGATA Y LA BARQUILLA.

Infladas las anchas velas
Al soplo de fresca brisa,
Una alígera fragata
Del puerto ufana salía:
Desde la dorada popa
Burlando de mi barquilla,
El capitan y el piloto
—«¡Ah de la real!»—me decían,
Y con silvos y risadas
Insultaban mi desdicha.
Yo los miré con paciencia
Desenredando mis pitas,
Y ellos se alejan ligeros
Casi á perderse de vista.
Era cerca de la noche,
Mi rostro al norte se fija,

Y sus verdi-negras nubes
Próxima tormenta indican.
Suelto la potala, y corto
Mis cordeles, remo aprisa,
La palanca clavo en tierra
Y llego salvo á la orilla.
  Cúbrese de luto el cielo,
Ráudo el relámpago brilla,
Restalla horrísono el rayo,
Ruge el mar, el Bóreas silba,
Y su ímpetu horrible arranca
Las palmas de las colinas.
  Allá lejos, de las ondas
Y los vientos combatida,
Roto los cables y velas
Y sin timon, se divisa
La desventurada nave,
Do quier volando las drisas,
Ya bamboleando en las ondas,
Ya en los abismos se hundía:
Aquí un cañon, suelto rueda
Y á muchos deja sin vida;
A otros allí por librarse
Les coje el mar cuando huían:
Así bajando y subiendo
A la tierra se avecina,
Hasta dar con una roca
La no bien compuesta quilla.
Cuál asegura una tabla,
Cuál á una flotante pipa
Pasa la noche aferrado
Esperando el nuevo día.
Calma el viento, el mar serena,
Y los que ayer burla hacían,
Hoy su salvación debieron
A mi bondad compasiva,
Que desmayados á tierra
Los conduje en mi barquilla.
  Así, conozca los llantos
Que vienen tras de la risa,
El que se burla del pobre
Por ser de alta gerarquía.

V.

LAS DOS OLAS.

  De blanda brisa impelidas
Como dulces compañeras,
Dos olas del mar salado
Marchaban á la ribera,
Cuando impaciente la una
Acusando la pereza
De su amiga, así le dice:
  —«Atrás, taimada, te queda;
Así nunca medrarás
Por andar con las pequeñas:
Verás como ahora me junto
Con otras olas soberbias,
Y me levanto del Ponto
En la superficie tersa,
Y sumerjo los navíos
Y me trago hasta la tierra.»—
  o bien húbose engrosado
xtendido, cuando envuelta
  su misma pesadumbre
ló en espumas deshecha,
sí acabó; mas la hermana
 alzarse la vió tan hueca,
ió callada y tranquila
Burlando de su demencia.
Ya un pintado pececillo
Saltando la sigue y juega,
Ya en ella el suave Favonio
Su planta toca ligera;
Así se vá deslizando
Hasta que á la orilla llega,
Donde abraza la cintura
De una preciosa doncella,
Y sube á su rostro, y moja
Su flotante cabellera,
Pasando á morir tranquila
En lecho de blanca arena.
Yo que mis redes cuidaba
En tanto que el Sol las seca,
Y he dado en ambas locuras
De pescador y poeta,
Creí que el mundo era el mar,
Y hombres las olas. Aquellas,
Que de la calma se apartan
Desdeñando la pobreza
Y con los grandes se juntan
Por ostentar preeminencias,

Son trasuntos de los vanos
Amantes de la opulencia
Que mueren sin alcanzarla
Entre el ánsia y la miseria,
Desprendidos de los suyos
Por seguir quien los desprecia:
Y éstas, que caminan mansas
Y no ambicionan ni anhelan
Más bienes que aquel estado
Que les dió naturaleza,
Son los pacíficos hijos
Del Deber y la Prudencia,
Que ni murmuran ni envidian
Ni de los suyos se alejan,
Ni distinguen por colores,
Ni casan por conveniencia,
Ni se envanecen, ni tienen
El trabajar por afrenta,
Y solo precian acciones,
Y viven de lo que pescan.

INÉS Y ROSA.

La mañana de San Juan
Cuando sus largos cabellos
Salpican de lindas flores
Las jóvenes con esmero;
Cuando se cuelgan los patos
Untados en grasa el cuello,
Y los ginetes se afanan
Para disputarse el premio;
Cuando brilla una sortija
Que codician los cortejos,
Y cada bella ambiciona
Ornar con ella su dedo;
Entre el grupo de hermosuras
Que presenciaban los juegos,
Hallábase la preciosa
Inés de Rebacadero,
La que se lava los piés
De Sagua en el nacimiento,
Y pisa los granos de oro
Bajo el Escambrai soberbio;
La que cuando canta y toca
En el arpa el *zapateo*,
Tiene las manos de ángel
Y la garganta de cielo;
La que cuando lleva al baile
Su chal de púrpura puesto,
Es la envidia de las damas
Y el pasmo de los vegueros:
Y en fin, la que jugó el pollo
Malatobo espueli-negro
En Arimao, y ganó
Al de Iznaga jiro-prieto.
Iba sobre un alazan
Con sillon de terciopelo,
Y las cintas de su gorra
Sueltas á merced del viento.
De azul-celeste vestida
Estaba con cabos negros,
Y negros eran los guantes,
Blanco y bordado el pañuelo.
Varios ya, corrido habían
La sortija sin efecto,
Cuando el gallardo Narciso,
El que vive en *Sitio-viejo*,
Picando desde *Anton-Diaz*
Cual relámpago ligero,
Sobre su potro gallado
Entró á la marcha en el pueblo.
Todos corren á porfía
Antes que emprenda el mancebo
Su carrera, porque saben
Su pulso y ojo certero;
Mas él del triunfo seguro,
Llegó á Rosa, no advirtiendo
Que disimulada Inés
Le observaba no muy lejos.
—«Por verte, y porque me vieras,
Doncella de la *Pastora*,
He venido en media hora
Desde *San Juan de las Yeras*.
Si ser desairada esperas
Con pesar, por las que aquí
Tienen sus amantes, dí
Que no puede suceder,
Porque voy, niña, á cojer
La sortija para tí.»—
Dijo, y picando el gayado
Llamó el animal al freno,
Que dió un salto, relinchó,
Y todos campo le hicieron.

Llegó Narciso á la raya,
Lanzó un doblón en el suelo,
Sobre el aro imperceptible
Fijó sus ojos de fuego.
Y partió... mas cual saeta
Parte tambien á su encuentro
Una amazona aguijando
Su fuerte alazan ligero.
Cejan los brutos al choque,
Y alegre el concurso inmenso
Aplaude el terrible arrojo
Con silbos y palmoteos.
Miróle Inés un instante,
Rabiosa de enojo y celos,
Y luego con falsa risa
Dijo en irónico acento:
—«Permítame usted que corra
Delante yo, caballero;
Compre sortija si quiere
Cumplir con su ofrecimiento:
Vaya á decirle amoríos
A Rosa la de *Cienfuegos;*
Que ésta no se la pondrá,
Porque tiene mejor dueño.»—
Dijo, y mientras que Narciso
La contemplaba suspenso,
Alarga las riendas, pica,
Llega y arrebata el premio.
Rosa, al verla que volvía
Ufana del buen suceso,
Mordióse sus rojos lábios
Y bajó la vista al suelo.
—«*Señorita, dijo Inés,*
Tenga, porque no se aflija,
La prenda de su interés.»—
Y rompiendo la sortija
Arrojósela á los piés.
Marchóse al punto jurando
A Narciso un odio eterno.
. . . .
Mas cuenta despues la historia
Por boca de todo el pueblo
Que murió la pobre Inés
Devorada por los celos

EL DESENGAÑO.

Cansado un marido pobre
De ver miseria en su casa,
Sin dinero, sin salud
Ni encontrar quien le fiara,
Ya que no le era posible
Tener carne sin dar plata,
Dijo:—«Pues gocen los ojos
Lo que el estómago ánsia.»—
Dirijióse al matadero,
Sentóse sobre una tabla,
Y allí aguardando se estuvo
Que empezase la *matanza,*
Donde de varios sujetos
La reunion contemplaba,
Y al ver sus hondos bolsillos
Llenos de monedas varias
Aunque ambicioso no era,
Pudo su fiera desgracia
Hacer, que la suerte de ellos
Más de una vez envidiara.
Llegó el momento terrible
En que las reses se sacan
Llenas de cuerdas y heridas
Para darles muerte aciaga.
Entónces como adalides
Que en las justas se adelantan
Aguijando los corceles
En ristre puestas sus lanzas,
Armóse entre todos juntos
Una confusa algazara:
Cuál afirma que es ternero
El que de matar se trata;
Cuál si la moneda debe
Ser sencilla ó columnaria,
Y cuál, en fin, si la edad
Se vé en el corte del asta.
El contratista y el fiel
Trabaron disputa brava,
No porque viesen las reses
Diez días, sin beber agua;
Que aunque ello un descuido sea
Que á todo el público daña,
El públicó para ellos
Vale lo mismo que nada.
Era su propio bolsillo
El que cada cual miraba,

Desatendiendo las leyes
Que sus atributos marcan.
En fin, el juez que nombrado
Allí de mes se encontraba,
Como hombre justo falló
Imparcialmente en la causa.
Mas no por eso quedaron
Los contendientes en calma,
Porque con ojos torcidos
El uno al otro miraba.
Reflexionando el buen hombre
Los disturbios que allí pasan,
Dijo—«Si tantas fatigas
Cuesta tener carne y plata.
Como no encuentre otra cosa
En que poder agenciarla,
Si ha de ser por este estilo
Jamás las habrá en mi casa.»

LA SATISFACCIÓN.

CUBANO.

Una encapotada noche
Del Diciembre, oscura y fría,
Lisio, veguero que mora
Del Ay en la verde orilla,
Sentado sobre una piedra
A la puerta de Selmira,
La más apuesta beldad
Que con planta breve pisa
Las alfombradas praderas
Bordadas de florecillas
Que argenta la blanca aurora
En los campos de Güinia,
Al son de su tiple blando
Cantaba con voz melíflua,
Para acallar con sus trovas
Las quejas de su querida.

———

«Prenda de mi corazón,
Ya que arrebatar te dejas
De la amorosa ilusión,
Te probaré que tus quejas
En todo infundadas son;
Dices que un pesar agudo
Sientes, que amor no te tengo,
O que de tu afecto dudo,
Toda la vez que no vengo
A visitarte á menudo.
Mil ejemplos te dará
Mi pecho fiel, cariñoso,
Por ser bien sabido ya
Que el rio más caudaloso
No siempre crecido vá.
Hace la lluvia favor
A los renuevos lozanos;
Mas si es con mucho rigor,
Mueren los tallos temprano
Sin dar una sola flor.
De una potencia infinita
Las llena el Sol refulgente;
Pero tambien las marchita
Si es muy contínuo y ardiente,
Y su belleza les quita;
Y como los amadores
Apasionados y rectos,
Si no templan su ardores
Sienten los mismos efectos
Que el Sol, el agua y las flores.
Por eso, prenda querida,
De mi esquivez aparente
No debes estar sentida;
Puesto que tú solamente
Eres el bien de mi vida,
A tí sola, amada hermosa,
Todos mis intentos van
Con marcha rauda y gozosa,
Como el acero al imán,
Como el céfiro á la rosa.
Calma, pues, el sentimiento
De que en nada tengo parte,
Y acoje el leal acento
De éste, que sabrá adorarte
Hasta su postrer aliento.»
— Dijo y calló; de repente
Abrióse sin ser sentida
Una ventana, en la cual
Un blanco pañuelo brilla.
Acércase Lisio á ella,
Reconoce, se aproxima,
Y después... ¡«Era una noche
Del Diciembre, oscura y fría!»

EL SANTO DE NISE.

CUBANO.

1.°

De Santa-Clara en el hato,
A orilla de un arroyuelo
Que de Sur á Norte jira
Con caprichosos rodeos;
Y luego sigue al poniente
Entre *purios* jigantescos,
A entrar en Camajuaní
Limpio, bullicioso y terso:
Por la Luna iluminados
Que decora el firmamento,
Al son de sus tiples cantan
Los más gallardos vegueros.
A un rincón del colgadizo
Yacen los machetes quedos,
Sus bien domados caballos
Pacen por el campo sueltos;
Forman un informe grupo
Las albardas y aparejos,
Y los jóvenes descansan
En fuertes bancos de cedro.
Todos el natal de Nise
Van á celebrar contentos,
Y llevan puchas de flores,
Y cintas en los sombreros:
Pañuelos á la cintura
De olan, y de seda al cuello,
Finas camisas bordadas,
Y joyas de mucho precio.
Es Nise la más graciosa
Trigueña de *Tierra-dentro*,
Tiene el cuerpo como un ángel,
La cara como un lucero,
Canta como un ruiseñor,
Es de canela su aliento;
Pero su gracia enamora
Más que su cara y su cuerpo.
a décima á cantar
«Juanico el Cayero,»
nocido por «Sinsonte»
San Juan de los Remedios.
ando cercano los pasos
un caballo se sintieron;
aron á la vez todos
La vista al punto volviendo,
Y al reconocer el bulto
A recibirle partieron,
Dejando puesto sus tiples
Sobre los bancos de cedro.

2.°

De limpio y blanco vestido,
Sobre una jaca soberbia,
Tan fuerte y suave de paso,
Como gallarda y ligera,
Un jóven de negros ojos,
Rostro afable y talla esbelta,
Sin esperar que descorran
Los palos de la *tranquera:*
—«Por felicitar tu santo
Vengo, Nise, de las Huertas;
Dios te dé un siglo de vida.»—
Dice, pica, salta y entra.
Volaron de su corbata
Las puntas al aire sueltas,
Y las espuelas punzantes
Al tiempo de bajar suenan.
De carey, y plata fina
Su machete el puño ostenta,
Y en él lucen incrustadas
Finas y brillantes piedras.
Todos le tienden la mano,
Y él á todos recompensa
Diciendo—«Mandar, amigos,
A Marcial el de las Huertas.»—
Nise agradecida entonces,
Y sus padres que se acercan,
Dieron á Marcial las gracias,
Y mandan á abrir cerveza.
Claudio solo en el bullicio
De los otros no se mezcla;
Tomó su tiple, y á Nise
Miró de piés á cabeza;
Puso una prima, templólo,
Preludió *el punto* en sus cuerdas,
Y cantó con voz sonora

Estos cuatro *piés* por tema.
«He de morir ó vencer,
O has de ser mi amada prenda,
O todo lo he de perder
Con tal que tu amor no pierda.»
—Canta, *hermano*, (Marcial dijo
Poniéndose á su derecha)
Que aunque vengo sofocado,
No te faltará contesta.
Y golpeando con el *mocho*
En el canto de la mesa,
Impaciente que le llegue
De cantar su turno, espera.
El viejo en tanto se ocupa
Ordenes dando diversas;
Manda que del huésped guarden
El machete y las espuelas,
Que el lechón tostado viren,
Poner el vino en botellas,
Limpiar vasos, y quitar
La albarda á la jaca negra.

3.°

Como los celos sin duda
Son enjendros de Luzbel,
Que el que ama y llega á sentirlos
No los puede contener,
Claudio con Marcial al lado
Y Juanico frente á él,
(Que en pretensiones de Nise
Eran rivales los tres.)
Y todos tres con sus humos
De poeta tal cual vez,
Esta improvisó cantando
Segun lo ha dicho después.
—«Se afanan dos ruiseñores
Por una rosa de Abril,
Que es aurora del pensil
Y emperatriz de las flores;
Mas otro que sus favores
Tambien quiere merecer,
Jura firme y sin temer,
Por el Supremo Hacedor,
Que en defensa de la flor
Ha de morir ó vencer.»—
Menos Juanico y Marcial,
Todos contestaron—«¡Bien!
Ya está caliente, veremos
Quien le pone el cascabel.»—

Viendo que todos callaban,
Claudio con más altivez
Siguió por el mismo tema
Y cantó las otras tres.
A cenar, dijo el anciano;
Y no hubieron menester
Repetición, pues los plátanos
Pavos, lechon y pastel
Fueron cual real de enemigos
Asaltados á la vez,
A cuchillo, diente y *mano*
Sin dar á nadie cuartel.
—«¿Y Marcial?—preguntó uno»—
—«Con Claudio y Juanico fué
A tomar agua al arroyo,
Segun dijeron»—«Ya sé...
(Repuso el primero) y faltan
Sus tres machetes tambien...»
—¿Ir al arroyo por agua
Habiéndola en casa...? pues
Esos han ido... ¡qué diablos...!
Dios quiera... vamos á ver.—
Dijo, y tomando sus quimbos
Salieron todos tras él.

4.°

Dispersos por entre el monte
Que cubre el opuesto lado
Del arroyuelo, caminan
Los que la cena dejaron.
Tambien el padre de Nise
Ha querido acompañarlos;
Síguenle el *guincho* y el *trueno*,
Dos perros de casta bravos.
Al pié de una vieja seiba
Lucir machetes notaron,
Y á la vez exclaman todos:
—«¡Ellos son..! allí están..! alto..!»—
Todos á la seiba corren,
Y antes de llegar sacaron
Los unos sus *calabozos*,
Los otros sus *toledanos*.
Apartáronse al momento
Juanico, Marcial y Claudio,
Cada cual su acero tinto
En sangre de su contrario.
El capitán del partido
Rondaba por allí acaso,
Y las voces de JUSTICIA....

¡Darse presos....! resonaron.
Como tomeguin que viendo
Voraz gavilán cercano
Abre las alas y huye
Con la rapidez del rayo;
Así los promediadores,
Y contendentes dejaron
El puesto, y desparecieron,
Distinto rumbo tomando.
Al entrar en casa el viejo
Con sus dos perros cansado,
Sentóse sobre un serón
Y llamó á Nise, ignorando
Que si un *tercero en discordia*
Dió á Breton asunto tanto,
Nise aventajó al poeta,
Porque escapó con un cuarto.
Buscóla en el gallinero
Y bajo los emparrados
De jazmines, presumiendo
La hubiese el susto llevado
A ocultarse, temerosa
De algun imprevisto daño;
Mas viendo que sus desvelos
Y sus gritos eran vanos,
Ya comenzó á presentir
Diferente resultado,
Y lanzó tristes suspiros
Vertiendo abundoso llanto.
Mientras esto sucedía
A los dos padres ancianos,
Y unos huían, y los otros
Se estaban quizá curando;
Un hombre en su capa envuelto,
Con un trabuco cargado,
Puesta delante una jóven,
Aguija un moro mosqueado.
Como del Camajuaní
Ya la corriente cruzaron,
Y dirijen su camino
De la *Guadalupe* al *Cayo;*
La Luna, que solo á un tercio
De su carrera ha llegado,
Refleja en sus negros ojos
Y dá en su rostro de plano.
Era Nise, y Rafael
Aquel en discordia cuarto,
Que casó con su trigueña
De tres semanas al cabo.
Un día de buen humor
Ante Nise contó el paso,
Y no me pareció mal
La historia de los tres guapos
Que despues de haberse herido
De Nise por los encantos,
Ni han vuelto á pensar en ella,
Ni en la noche de su santo.
Bien que por parte de Nise
Están los matones pagos;
Pues jura que jamás quiso
A Marcial, á Juan, ni á Claudio.

FAJARDO.

MORISCO.

Era la noche; en silencio
Estaban montes y valles,
Solo del viento el silbido
Resonaba entre el ramaje.
Del Genil por la ribera
Caminaban cuatro alarbes,
Armados de largas picas
Y damasquinos alfanges.
Cabalgan prestos corceles
Más negros que el azabache,
Y doradas medias lunas
Ornan sus rojos turbantes:
Detienen al par los brutos,
Observan por varias partes
Y ocúltanse cautelosos
Al pié de unos verdes sauces.
No léjos vése una quinta
En cuyo centro se esparcen
En ternísimos coloquios
Dos misteriosos amantes;
Embelesados respiran
El puro impregnado aire
Con el perfumado aroma
De alejandrinos rosales.

Del alba al lucir la estrella
Se abrazan, míranse, parten
Y hasta perderse de vista,
Hablando por señas vanse.
Las tapias salta ligero
El mancebo, y sin curarse
De peligros que desprecia,
Monta en su potro arrogante.
Gruesa lanza de dos hierros
Segura en la cuja trae,
Y del tahalí pendiente
Derecha espada cortante.
Roja cruz luce en su yelmo,
Y de la cimera caen
En varios giros, seis plumas
Cual la nieve de los Alpes.
—«Adiós, Zelindaja bella,
Presto podré bautizarte.»
(Iba diciendo á sus solas)
Y serás mi esposa»—«Dáte!...
«Dáte á prisión, nazareno,
O perecerás!»—«Aparte,
Perros, que lo que decís,
No es tan fácil realizarle;
Y si os empeñais en ello,
Sabreis quien soy.»—«Ya se sabe
Que eres Fajardo el de Murcia,
Y venimos á llevarte.»—
Dijeron, cuando il guerrero
Les embistió, semejante
Al rayo que inflama el éter
Y cuanto encuentra deshace.
Rota su lanza en los choques
De dos que en la tierra yacen,
Por la espada apela, y cierra
Con los que tiene delante.
Mas al son de las bocinas
Que los dos á la vez tañen,
Nuevo tropel de agarenos
Se presenta en el combate.
Cada vez que el bravo joven
Alza la diestra incansable,
Descarga un golpe de muerte,
Y un cuerpo, sin vida cae:
Pero tambien de sus vasos
La noble púrpura sale,
Y ya las hercúleas fuerzas
Van empezando á faltarle:
Cuando tres nuevos guerreros
Ve de improviso lanzarse
Sobre la turba, vibrando
Sus cimitarras cortantes.
Al choque de los aceros
Retumba el vecino valle,
Y en chispas al aire vuelan
Metéoros de fuego y sangre.
Ninguno cede ni huye,
Un ¡ay! no se escapa á nadie;
Quien, con su contrario cierra,
O muere, ó pasa adelante.
Ya de los asaltadores
Uno solo hay de combate,
Herido, en pié, sobre un grupo
De hombres muertos ó espirantes.
De sus caballos desmontan
Los cuatro para acercarse
Y suben con pasos prestos
Aquel muro de cadáveres.
—«Ríndete, Fajardo, gritan.»—
—«¿Sólo yo seré el cobarde?»—
Dijo el moro,—Ven; cristiano,
Toma otra prenda de Azarques,
Y alzando el acero corvo,
Tan terrible golpe dále
Que á no ser el yelmo fino
Le hiciera el cráneo en dos partes.
Bamboléase el guerrero;
Mas volviendo en sí al instante,
Cual pino que el viento dobla
Y torna súbito á alzarse,
Acometióle de cerca,
Y diciendo—«¡Alá te ampare!»—
Quitó de un revés al cuerpo
La cabeza y el turbante.
De los tres aparecidos,
Aquel de mejor talante,
Levantóse la visera,
Y el rostro mostrando afable,
Dijo—«Fajardo el de Murcia,
Cerca de aquí me salvaste,
Cuando á Zoraida cautiva
Condujeran tus infantes.
Y yo, á tu nobleza atento,
Sabiendo que el fiero Azarques
Que siempre, sin ser querido,
Fué de Zelindaja amante:
Ardiendo en celos rabiosos
Procuraba muerte darte;
Vine como caballero
A rendirte el homenaje

Que hice de servirte en todo
Lo que á la pátria no dañe.
Tarde llegué, mas no tanto
Que fuese á tu vida tarde.
Do enemigos te persigan
O necesidad te asalte,
Que yo soy Aben-Zulema
Y vivo en Granada sabe:
Ven á vendar tus heridas
A un ADUAR poco distante,
Donde estar podrás seguro
Hasta que sano te halles.»—
—«No son tan hondas, amigo,
Que me impidan á que marche,
Y pues como caballero,
Sabrás secreto guardarme;
Sirve á Zelindaja, y díla
Si la vieres... no la hables.
Seamos amigos por siempre,
Noble Gazul y Aben-Zayde;
Tal vez volvamos á vernos,
Y hasta entonce, Alá te guarde,
Valeroso Aben-Zulema»—
—«Nazareno, Dios te salve.»—
Abrázanse, y montan luego
Sus corceles arrogantes:
Él vá en vuelta de Coin,
Y ellos á Granada parten.

ESPECULACIÓN MODERNA.

Lucio entre los figurines
Es el jóven más apuesto,
Tan medido en sus acciones
Como agradable de genio:
Toca la flauta al primor
Y alguno que otro instrumento,
Y en fin, con sus buenas dotes
De todos gana el aprecio;
Pero tiene una extrañeza,
Y es, que nunca fuerza ha hecho
Por acercarse á una hermosa
Para decirla un requiebro.
Cuando con viejas y feas
Que parecen esqueletos
Enreda la pita, entónces
Está Lucio en su elemento.
Preguntéle una ocasion
La causa de tal efecto,
Y él me contestó—«El motivo
Es bien fácil conocerlo:
A mí, como á cada cual,
Me gusta tambien lo bueno;
Mas á la vez que una esposa,
Busco mujer, y dinero:
Despues que halle lo que he dicho
Verás como me manejo;»—
No es hoy el único Lucio
Que especula en casamientos.

EL JAQUETÓN.

Érase el guajiro Alberto
El mozo más arrogante
Que ha recorrido los montes
Desde la Mocha á Tapaste:
Su machete (segun él)
Era el más fino y cortante
Que ha entrado en vaina de cuero
O haya manejado un jaque.
Era el coco de los mozos,
El factotum de los bailes,
El temido de los jueces,
De las bellas el amante.
Todos contaban de Alberto
Mil hazañas singulares;
Mas nunca se vió que hubiese
Reñido solo con nadie.
Cierta ocasion que Narciso
Mayoral del Aguacate,
Entonaba al son del tiple
A Celinda sus cantares,
Trozóle Alberto las cuerdas
Con un cuchillo cortante:
Aquel alzándose al punto
Le dijo—«Te la encontraste.»—

Y se lo deshizo encima
Dejándolo tinto en sangre:
Despues montó en su rocillo
Y gritó—«Voy á esperarte.»—
Todos creyeron que Alberto
Tambien al punto montase;
Pero, ¡Dios lo libre! estuvo
Seis horas sin menearse.
Al cabo de cuyo tiempo
Dijo—«Agradezca el tunante
Que tengo padre y familia
Y quiero mucho á mi madre;
Que sinó... yo le diría
Lo que merece un infame:
Prudencia he tenido, y no
Lo maté... porque... Dios sabe».—
Y yo digo: «Dios nos libre
De guapos que mucho hablen
Para escudarse despues
Con disculpas de cobardes.»

UN AÑO Y UN DÌA.

MORISCO.

1.º

En torva noche lluviosa
Del Diciembre oscura y fría,
Sobre arrogantes corceles
Ligeros como la brisa,
Blandiendo potentes lanzas,
Del Guadalquivir á orillas
Dos apuestos caballeros
Con presta marcha caminan.
Bajo los verdes gabanes
Que el Bóreas furioso agita,
De las cortantes espadas
Aureos puños se divisan.
Rojos turbantes los cubren,
Cuyas tocas amarillas,
A la vez que el rostro adornan,
El casco de acero afirman.
Departiendo van los dos
En buena paz y armonía,
Sobre las civiles guerras
De Leon y de Castilla.
—«No temáis que os falte nada,
Mientras Almenón exista.»—
El más vivaracho y jóven
Al otro adalid decía:
Este como aquel que lleva
La mente en cosa distinta,
Distraido suspiraba,
Y rara vez respondía.
A la voz de: «alto Abenzaide»
Que un cercano árabe grita,
Tienen las doradas riendas
Mientras aquel se aproxima.
—«Mil años os guarde Alá»—
—«Él venga en tu compañía»—
Y llegando junto á ellos
Les habla de aquesta guisa:
—«Alfonso, rey de Leon,
El que hoy en Toledo habitas,
Zaida, mi infanta y señora,
A noticiarte me envía:
Que si de veras la amas
No pongas el pié en Sevilla,
Porque Benabet juró
Tres veces en la mezquita,
Que si te prende en su tierra,
Para lo cual tiene espías,
Te manda ciego á la córte
De Don Sancho de Castilla.»—
El príncipe de Toledo
Que con Alfonso venía,
Alzó entónces su visera
Y ardiendo en rabiosa ira
Dijo—«Vuelve y dile á Zaida,
Que en aquesta noche misma
Hablará Alfonso con ella:
Y si alguno con su vida

Tan disgustado se halla
Que quiera perderla aprisa,
Venga á buscar el descanso,
Y encontrará con dos picas,
Dos potros árabes fuertes,
Dos espadas damasquinas,
Y dos amigos leales
Que de corazón se estiman:
Con los cuales basta y sobra
Para llegar, verla, oirla,
Degollar á Benabet
Y darle fuego á Sevilla.»—
Marchóse al punto el esclavo,
Y ellos, sin volver las bridas
Embrazaron las adargas,
Reconocieron sus picas,
Requirieron las tizonas,
Y, con heróica osadía,
Del claro Guadalquivir
Prosiguieron por la orilla.

2.º

En los jardines que adornan
De Sevilla el régio alcázar,
Entre dos filas de almendros
Que entretegiendo sus ramas,
Y ostentando en sus ràcimos
Corazones de oro y grana,
Forman estrellas las flores,
En bóvedas de esmeralda;
Hablando está un caballero
Con una vírgen de Arabia,
Y por no ser sorprendido
Desnuda tiene la espada.
Otro montado guerrero
Con una cuerda delgada,
Cuyos dos extremos tienen
Para hablarse sin palabras:
Con un corcel por la brida
Fuera del jardin le aguarda,
Una pica empuña, y otra
tá en el muro apoyada.
Más de cien armados moros
n sigilo se adelantan,
loblados hasta el suelo
ra no ser vistos, andan.
eguro cuentan el triunfo,
¡vive Dios! que se engañan
Porque han de correr primero
Rios de sangre africana.
Y aunque en almeleques grises
Ocultas llevan las armas,
Sus ojos de lince han visto
Brillar una cimitarra.
Tira tres veces la cuerda;
El de los jardines salta,
Y se escuchán estas frases:
-«Adios Alfonso...»-«Adios Zaida.»-
Ya sube al muro, y ligero
Al suelo rápido baja,
Monta el indómito bruto,
Y empuña la fuerte lanza.
Los moros apercibidos
Sus alfanges desenvainan...
—«O las armas, ó las vidas»—
El gefe dice y avanzan.
Como torrente impetuoso
Que rompe el dique, y sus aguas
Las florecientes campiñas
Destrozan yerman y talan;
Así los dos adalides
Cuantos encuentran atacan,
Sin que resistirle puedan
Las cotas, petos, ni adargas.
Mas cual cilíndrico muelle,
Que al primer impulso amaina,
Y al mismo cuerpo impulsivo
Volviendo á su estado lanza:
Así los moros, repuestos
Con tal ímpetu les cargan,
Que ellos la sangre vertida,
Tambien con su sangre pagan.
Caballos y caballeros
Con cien heridas se hallan;
Pero entónces son más fuertes
Los golpes de sus espadas.
Auxilio piden los moros,
No hay de salvarse esperanza,
Porque en las mezquitas tocan
A rebato las campanas.
Para designar el punto
Una gran pira levantan,
Y el Capitan advertido
Que la pongan fuego manda.
Ya acude toda Sevilla
Con tumultuosa algarada,
Y el campo es un monte espeso
De picas y cimitarras.

—«Vamos á morir, Alfonso;
Mas conozca esta canalla,
Dice el Príncipe, que deben
Comprar nuestras vidas caras.»—
—«No morireis, caballeros,»—
Dijo una voz castellana.
A este inesperado grito
Volvieron ambos la cara,
Y vieron á un campeon
Sobre una acanea blanca,
De sin igual apostura,
Con dos hierros en su lanza.
Al enfrentar con la hoguera
Reverberaron las llamas
En el espejo bruñido
De sus refulgentes armas.
Hasta seis más le seguian,
Que el terror y muerte airada
Volaban cien palmos siempre
Delante de sus espadas.
Despavoridos los moros
El combate desamparan;
Y con los siete adalides
Alfonso y su amigo marchan.
—«Con qué podré, caballeros,
Pagaros aquesta gracia?»—
Dijo Alfonso, y contestóle
El de la cándida alfana:
—«Con qué un guante me entre-
Y empeñarme la palabra [gueis
De no salir de Toledo
Hasta que os avise Zaida.»—
—«¿Y podré saber quien sois?»—
—«Cuando Zaida esté casada
Con Alfonso»—«¡Ella conmigo..!»—
—«Sí, con vos: será cristiana.»—
Vendadas ya sus heridas,
Mudan bestias, y se apartan,
Los unos para Toledo,
Los otros para Granada.

3.º

Bajo un purpurino dosel,
De oro y perlas adornado
Y tantas piedras preciosas
Que deslumbra al contemplarlo;
Almenón Rey dey de Toledo
Está en su silla sentado;
Descansa los piés el moro
En cojines de damasco;
Brillante corona ciñe,
Y adornan su régio manto
De seda azul de atanjia,
Margaritas y topacios.
En otras dos sillas hay
Dos caballeros sentados;
El de la siniestra es
Su hijo, el príncipe africano,
Y el que la derecha ocupa
Es Alfonso el destronado
(Séptimo Rey de Leon)
Por la ambición de su hermano.
—«Mire al amigo, le dice
Almenón al huésped caro,
Benabet el de Sevilla
Esta contesta me ha dado.»—
Y un árabe manuscrito,
De Alfonso puso en las manos,
«Salve, Almenón de Toledo,
Supuesto que habeis tomado
A empeño casar á Zaida,
Con el huésped castellano;
La bendicion del profeta
Los haga bien desposados.
Decidle que venir puede
Sin armas á mi palacio,
Que Zaida se lo suplica
Bajo mi fé descansando.
Y holgaréme en llamar hijo
A un guerrero tan bizarro.
Salve, Almenon de Toledo,
Guárdete Alá muchos años.»
Seis veces repasó Alfonso
Lo dicho, con entusiasmo;
Mientras su jóven amigo
Estaba atento mirando
Los arneses y pendones
Por las paredes colgados,
Que en Tarifa y Guadalete
Sus ascendientes ganaron.
—«¿Partís á Sevilla, Alfonso?»—
Dijo el moro, y escuchando
Esto el príncipe, así exclama:
—«¿Dejaréisme acompañarlo?»—
—«Alá vuestra marcha guie.»
Dice el Monarca, y entrambos
De allí salen presurosos
En busca de sus caballos.



. . . .

que bamboleando el jóven, sin sentido
soltó las riendas, del bridón cayendo,
y enredada la espuela en el estribo
quedó pendiente y arrastrado á un tiempo.

PLACIDO-6 *El hijo de Maldición: La Batalla.*

Pero resuena un clarin,
Y un caballero cristiano
De negras armas cubierto,
Llega ante Alfonso, y alzando
La visera, una rodilla
Fija en tierra—«Levantaos
Dice el Leonés, ved si puedo
Servir á mi pátria en algo.»—
—«Sí, señor, en que su Alteza
Vuelva á regir sus vasallos,
Que en el cerco de Zamora
Perdió la vida Don Sancho;
Y los nobles os esperan,
Porque no debe el Estado
Estar sin Rey, cuando tiene
Tan ilustre soberano.
Dejad, Señor, esta córte,
Y en prueba del holocausto
Que la nobleza os tributa
Dadme á besar vuestra mano.»—
Dióle la diestra, y la otra
A ocultar subió, aunque en vano,
Dos lágrimas de dolor
Que por su rostro rodaron.
Para partir, ocho dias
Alfonso fija de plazo,
Porque quiere ver su amor
Primero que sus estados.
Y en verdad que anduvo cuerdo;
Porque ¡á quién no le es más grato,
Ver la frente de una vírgen,
Que las honras de un tirano!

4.°

Mientras se entrega Sevilla
Al regocijo y contento,
Porque Zaida se desposa
Con el régio nazareno:
Mientras ostentan sus galas
Los gallardos agarenos,
Unos en danzas, y otros
En las justas y torneos:
Y en fin, mientras la ciudad
Vista en la noche de lejos
Al resplandor de las luces,
Parece un lago de fuego:
Alfonso á Zaida pregunta
Quienes son los caballeros
Que le salvaron, la noche
Que sorprenderle quisieron.
—«Son unos cautivos, dice,
A quienes en otro tiempo,
Procuré la libertad:
Caballos y armas pidieron
Para tornar á su pátria,
Con tal de no verse expuestos
A los ultrajes que sufren
Los cristianos indefensos.
Felizmente, aquella noche
Para partir escojieron:
Yo que su marcha sabía,
Mandé un eunuco á su encuentro.
Aquel de la blanca alfana
Me dijo:—«Infanta, os prometo
Salvar de Alfonso la vida,
Aunque es enemigo nuestro
Por civiles discensiones;
Mas concededme primero,
Que os habeis de hacer cristiana
Si cumplo lo que os ofrezco.
Que os llamaréis Isabel,
Y el primer fruto de vuestro
Amor, si es varon sea Sancho,
Y si es hembra Elvira.»—«Bueno.»
«Salvadle, y tomad mi vida
Que daros juro á más de eso,
(Dije) volad, por la sangre
De Jesús, no perdais tiempo.»—
—«Bendito tal nombre sea,»—
Exclamó de gozo lleno,
Montó en su alfana, picóla,
Y los demás le siguieron.»
—«¿Mas cuál es, repuso Alfonso,
El nombre del caballero?»—
—«Durante un año y un día,
Juré guardarle el secreto.»—
En esto difunde el alba
Su nítido y blanco velo,
Anunciando el quinto sol
Del plazo que Alfonso ha puesto.
Zaida con llanto de amores
Despide á su esposo régio.
Ya preparados relinchan
Los alazanes soberbios:
El príncipe está á caballo,
Baja Alfonso y monta presto,
Tristes dejan á Sevilla
Y dan la vuelta á Toledo.

REBATO DE GRANADA.

MORISCO.

Sembrado de hermosas plumas
Los purpurinos turbantes,
Y ornados de azules tocas
Y amarillos capellares,
Sin petos de limpio acero,
Ni damasquinos alfanjes,
Entrando van en la Alhambra
Los nobles Abencerrajes:
En las lides tan valientes
Como en las danzas galanes,
Y en el campo tan temibles
Como en el festin amables.
Cada cual lleva su mote
En una banda ondeante,
Colocada entre un emblema
Puesto en caractéres árabes.
Dos donceles que quizá
Por su bien llegaran tarde,
Vienen departiendo alegres
Y en sus dos divisas traen:
El uno entre un sol de oro
Un corazón de brillantes:
«Este, de Granada, y tuyo.»
Dicen las letras del márgen.
Una lanza tiene el otro
Con un brazo que le blande,
Y en dorados signos dice:
«Por mi pátria y por mi amante.»
Ya del régio alcázar moro
Estaban en los umbrales,
Cuando—«Por Alá, no entreis»
Exclamó saliendo un paje,
Ved que los fieros zegries
Dentro os esperan, ¡infames!
Llorad á vuestros amigos,
Esta que veis es su sangre.»
—«¡Su sangre ¿y llanto nos pides?
Hierro y fuego... zuz, ¡cobardes!
Abenzulema, á la lid...!»—
—«A las armas Abenzayde.»—
Una hora despues Granada
Estaba al mar semejante,
Cuando con montes de espumas
Las soberbias rocas bate.

EL ACREEDOR ADVERTIDO.

Há tiempo qué á nadie pago,
De muchos á quienes debo,
Y la razon es sencilla:
Por la falta de dinero.
Y aunque no sea yo el solo
Que de tal fiebre padezco,
Pues otros con más posibles
Están como San Lorenzo;
Sin embargo, no me toca
Hablar de asuntos ajenos,
Trataré pues de los mios;
Harto he dicho, y vaya el cuento:
Uno de mis acreedores,
Bastante agudo de ingenio,
Segun lo vereis despues
Por el cálculo que ha hecho,
Viendo que ya es imposible
Que un poeta tenga medio,
Me dijo—«Placido, amigo (4)
¿Cuándo salimos de aquello?»—
Este «aquello» en sí no es nada,
Mas para mí que lo entiendo,
Se supone que equivale
A «¿cuándo me paga?»—«Luego
Que tenga modo, le dije»—
Y él me repuso muy sério:
—«Yo sé un modo que usted tiene
De pagarme en el momento:
Déme algunas poesías...
Que equivalgan...»—«Sí, por hecho,
Yo escaparé de este apuro
Y usted quedará contento.»

La cosa está de ley *brava*,
Mirad como anda el pandero,
Que ya donde no hay *conquibus*
Sirven de paga los versos.
Dios se lo pague, que ya
Tendré un acreedor de menos,
Y juro cumplir con todos
Si se conforman con ésto.

MI PRISIÓN.

Triste se muestra mi esposa
Des que supo mi prisión,
Y es justo que con verdades
La convenza de su error.
Suponeos que aquí moro
Libre de toda traición,
Y fiebres y tabardillos
Que causan de Julio el Sol.
Para guardar mi morada
Viene un oficial de honor,
Diez y ocho infantes, dos cabos,
Un sargento y un tambor.
Ya por mi oficio, un ochavo
No ganaba; pues señor,
Sin querer me han hecho bien
Trayéndome á tal mansión.
Aquí se aprenden mil cosas
Que el mismo diablo ignoró,
A sacar sin que se sienta
La cadena y el reloj.
A vivir sobre los pueblos
A atinar con precisión
Como un puñal, por la espalda
Llega recto al corazón.
Así mientras se averigua
Si soy inocente, ó nó,
Me ensayo para ser útil
A la pátria, que es primor,
Jamás negar me fué dado
A nadie que me pidió,
Y ya, daré un *no* á mi padre,
Más redondo que una O.
Soy feliz, pues por fortuna
No vienen en pelotón,
Tontos á pedirme versos,
Pedantes á dar lección.
Como Dios pintó á Perico,
Salgo de este taller yo,
Puro, flexible y quemando
Como el oro del crisol.
Mirad si tendrá mi esposa
Para alegrarse razón,
Cuando comprenda la ganga
Que al camino me salió.
A nuestra primera vista
¡Qué bullanga! ¡Qué abrazón....!
Vamos, á pedir de boca,
No fuera el viaje mejor.
Si su interés conociera,
Rogárale siempre á Dios,
Que de cada cuatro meses
Me tuviesen preso dos.
Y quedara convencida,
Como una y una son dos,
Que cual hay bienes malditos,
Hay males de bendición. (5)

OTROS TIEMPOS.

Si los hombres de otros tiempos
No eran como los de ahora,
¿Cómo es que los mismos vicios
Critican antiguas obras?
Cuando la edad, el ardor
De las pasiones minora,
Y con más reflexión damos
Su valor propio á las cosas,
Parece que le avergüenzan
Al hombre sus faltas propias,
Y entónces busca el recurso
De contradecirlas todas.
Así se vé que las viejas,
Si creemos las historias
Que de su tiempo nos cuentan,
Eran todas unas monjas:

Entonces no había maldades,
Ni muertes, ni hurtos, ni bromas,
Ni mujeres prostitutas,
Ni quien robara sus honras;
Pero si se habla de guapos
(Aserción contradictoria)
Cada uno ha sido un rey
Desiderio sobre Roma.
Cualquiera que los escuche
Dirá abriendo tanta boca;
¡Caramba! aquel era el siglo
De la paz y la concordia.
Mas ¿cómo los que escribían
En aquella edad dichosa,
Afirman que había ladrones
Asesinos y alquilonas?
Yo no gocé ciertamente
Esas épocas de gloria,
Pero á los que las defienden
Haré una pregunta sola:
Si los hombres de esos tiempos
No eran como los de ahora,
¿Cómo es que los mismos vicios
Critican antiguas obras?

MI CASA.

Quiero á los que me procuren,
(Que hartos son por mi desgracia)
Para evitarle molestias,
Dar las señas de mi casa.
No indico calle ninguna;
Pues cual marabú que vaga
Errante por el desierto
Con su tienda de campaña,
Suelo mudarme á ocasiones
Tres veces á la semana;
Y así tengo por más cuerdo
Bosquejarles mi morada.
Supuesto che ella es la misma
Do quier que PLACIDO vaya,
Pintando la que ahora vivo,
Están las demás pintadas.
Cuando veáis una puerta
Que jamás esté cerrada,
(Porque donde nada existe
¿Para qué llaves ni aldabas?)
Dirijid la vista al centro,
Encontrareis una cama,
Tres sillas, que fueron nuevas
En tiempo de Doña Urraca,
Una mesa tan ruinosa
Que solo tiene tres patas;
En un cordel, que es la percha,
Vereis dos piezas colgadas;
¡Es mi ropa de más lujo
Para los Córpus y Páscuas!
Son dos camisas ¡oh amigos!
Guardaos bien de tocarlas.
Juro que en el Escorial
No hay más puertas y ventanas,
Que claraboyas en ellas
Del hombro á la boca-manga.
No por eso presumais
Que estén por el cuerpo sanas,
Básteos saber que un poeta
Las desterró de su arca.
De pantalones, ni indicios,
Porque el uno está de guardia,
Y es centinela perpétuo
Mientras el otro se lava.
Vereis fijo en un rincón
Un perno de media vara,
Donde á guisa de despensa
Pende una pequeña jaba:
En ella está un peine roto,
Una escobilla pelada,
Y tres ó cuatro mendrugos
De pan, que parecen balas.
Sin duda que algun ratón
Los embistió; mas la chanza
Le costó dejar tres dientes
Y emprender la retirada.
¡No vió que el pan de un poeta,
El que de morderlo trata,
Debe tenerlo primero
Tres horas y media en agua!
Tengo por tintero un vaso
De la bodega inmediata,
Y el agua en una botella
Que con la vela se tapa.

No barro muy á menudo,
Porque una vecina anciana
Me presta su escoba vieja
Una vez al mes, y gracias.
Por eso, y porque me llena
La botella, no hay mañana
Que no me pida un soneto
Para saludar á Olalla,
A Rita, á Rosa, á Petrona,
A Celestina, á Mariana....
Pues, *un soneto chiquito,*
Que así á las décimas llama.
Amen de algunas colillas
De tabacos que me apaña,
Y cuando voy á la imprenta
Quiere siempre alguna estampa.
«¡Qué más estampa que tú!
Digo yo para mi capa,
Si eres la misma heregía
Que penas en cuerpo y alma.»
Varios duendes me visitan
Además de esta fantasma;
Unos que van á cobrarme
Sin ver que no tengo blanca,
Y otros que van á buscar
Sonetos por toneladas;
Nada me dan, y me piden,
Yo lo hago de buena gana;
Pero cuando llega el día
Que yo pido y no doy nada,
Ponen el grito en las nubes
Y olvidan *la vez de marras.*
Ahora tengo un penitente,
Que quiere le saque un drama,
Porque le mordió una oreja
Las otras noches su amada.
Direis que ya mi discurso
Del propósito se aparta,
Quiero que esteis al corriente
De mis salidas y entradas.
Y pues ya sabeis las señas
Que distinguen la mi casa,
Id allá cuando querais,
Pedidme lo que os dé gana;
Mas si yo os pido algun día
Porque pique la *carpanta,*
Y me salís con pretextos,
No vayais nunca á mi casa.

LA GUIRNALDA HURTADA.

Tomó el guajirito Claudio
De flores una guirnalda
Para llevarla á Florencia
A quien tiernamente amaba;
Y en señal de sufrimiento,
Y en prueba de su esperanza,
Solo de amarillas moyas
Y de verdes albahacas
Quísola tejer; mas plugo
A su enemiga desgracia,
Que no saliera aquel día
La jóven, tan de mañana
Cual ella solía salir
A gozar de la fragancia
ue los céfiros risueños
sparcen á la alborada,
más que todo, por ver
Claudio que la aguardaba,
lo por decirla «adios»
volverse á su labranza.
í el amante guajiro,
En tanto que su amor tarda,
Dejó la guirnalda puesta
Al pié de una verde mata,
Y fuese á ver sus novillos
Que alegres triscan y saltan.
Pasaron en esto algunos
Vegueros que iban de caza,
Y tan presto como vieron
La presa, cayó en sus garras.
Pusiéronlas al sombrero
Y con bulla y algazara.
Entráronse por la villa;
Lo que viendo las muchachas,
Preguntáronles, de dónde
Aquellas flores sacaban,
Y ellos dijeron que eran
De sus jardines y casa,
Donde cuidaban macetas
Por lucir y regalarlas.
Miráronse unas á otras,
Y luego con risa falsa

Exclamaron de esta suerte:
—«¿Dónde están vuestras estancias?
Nunca vimos estas flores
Tan fragantes y lozanas,
Ni sabemos qué macetas
Son las que mentais con tanta
Vanidad; mas bien creemos
Serán de algun camarada,
A quien las habeis hurtado,
O pedido por confianza.»—
Colérico Claudio llega
Gritando—Soltad, canallas,
Esas flores que tenía
Para coronar mi amada.—
Ellos confiesan el robo
Y ellas con silbos los marchan.
Del propio modo los tristes
Poetas que andan á caza
De los conceptos ajenos,
Tomen leccíón de esta falta;
Porque cuando más presuman
Que sus talentos alaban,
Pueden encontrar alguno
Que le dén con ello en cara,
Como pasó á los vegueros
Del hurto de la guirnalda.

AMOR CURADO.

En la elevada cima
De la fértil Managua
Estaba Anselmo jóven,
Mirando así á la estancia
Donde habitaba Antonia,
Bellísima zagala
De quien un tiempo fuera
Anselmo la esperanza
El placer y el consuelo;
Mas hoy Antonia ingrata
Con recelos simulados,
Con desden y con falsas
Suposiciones, busca
Alguna leve causa
Para dejarle solo
Porque ya no le ama.
Allí sentado el triste
Sobre una peña, canta
Con su rústico tiple
La siguiente sonata:
—«Querida Antonia mia,
Término de mis ansias,
Origen de mis penas,
Móvil de mis desgracias;
¿En qué te ofendió Anselmo
Para que tan tirana
Me dés así la muerte?
Si acaso no me amabas
¿Porqué cuando era menos
La mi amorosa llama
Soplaste? ¿Porqué entónces
No escondiste esa cara
De purpurada rosa
Y esa frente agraciada
Más blanca y más luciente
Que el centro de la nácar?
¿Porque entonces tus ojos
No cerraste á la clara
Luz de amor, que en mi pecho
Depositada estaba,
Sino que con los rayos
De tu luz soberana
Más y más encendiste
Su volcánica llama?
En fin, ya no me quieres.....
Claro es que tu inconstancia
Olvidó los cariños
Que aun la memoria guarda.
Olvidó aquellas noches
Que al sereno me estaba
Sin pestañar un punto,
Hasta que las pintadas
Y simples avecillas
Saludasen al Alba,
Que tambien con mi tiple
Rico entonces de gracia
Porque estaba en la tuya,
Mi amor te saludaba;
Y escojiendo entre flores
Aquellas delicadas,
Coronaba con ellas
Tus sienes... pero calla
Calla lengua confusa,
Deja, deja pasadas

Memorias que no sirven
Sino de llanto y rabia,
Y sentimiento, y pena
Para abatir el alma
Y tu oprimido pecho,
Llora, llora, derrama
La amargura que tienes
Dentro depositada,
Y salga en llanto envuelta
Por la vereda incauta
De los ojos que fueron
Los móviles de tantas
Desventuras, tormentos
Y desdichas infaustas.
Engañados del ciego
Capricho de esperanza;
Que si así consiguieras
Olvidar esa ingrata,
Tranquilo quedarías
Y sin zozobra el alma....»—
Así cantaba Anselmo
Cuando dió la campana
El golpe de las ocho,
Y luego al punto salta.
Y dice—«Esta es la hora
Que yo solía hablarla,
Pero ya no es posible,
Ya no es la Antonia amada
Sino la aborrecida,
Ya no es posible amarla
Ni quiero sus memorias,
Que hay otras mil zagalas
Más dignas de mi esmero.»—
Diciendo estas palabras
Rompió en la peña el tiple,
Bajó la cuesta ingrata,
Y con sereno paso
Se encaminó á su casa
Como quien soñó muchos
Pesares y desgracias,
Y despierta gozoso
De no padecer nada.

Á D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Al ejemplo de *Dorila*,
Florinda, Isolina, Isaura,
He de cantar á Martino
En tanto que brilla el Alba.
Escuchadme, ninfas bellas,
Lustre y honor de la Habana,
Prestadme atención ¡oh vates!
Gloria de mi dulce pátria.
¿Veis el aquilón cuán bravo
Los campos fértiles tala,
Y los gigantescos pinos
De sus cimientos arranca?
¿Cómo la robusta seiba
Sin temer su furia airada,
Con serena faz le mira
Y espera con firme planta,
Hasta que aclarado el cielo,
Sosegada la borrasca,
Torna á revestir de hojas
Sus tristes desnudas ramas;
Y aclamándole las aves
Como rey de la campaña,
Forman en ella sus nidos
Y trinan canciones gratas?
Así de Martino, un tiempo,
Noble revistiera el alma
Fiero aquilón de infortunios,
Desterrado de su pátria,
Y cuando en el Cielo hispano
Lució el nuncio de bonanza,
Subió al eminente puesto
Que su genio conquistara.
¡Viva Martino! el Genil
Que miró su oriente, canta;
Y al eco mueven sus flores
Los jardines de la Alhambra,
¡Viva Martino! dijeron
Del Turia y Tajo las aguas.
¡Viva! dijo el Manzanares.
¡Viva! contestó el Guadiana,
Duero, Ebro, Guadalquivir
Y Miño ¡qué viva! exclaman.
Los hijos del Almendares
Oyendo voces tan gratas
¡Viva Martino! repiten
Al son de bélicas arpas,
Y con fúlgida aureola
De adornar su frente tratan,

Nosotros tambien gustosos
Al son de tiples y flautas
Decimos ¡viva Martino!
De Iberia dulce esperanza,
Brindando á su héroico aliento
De incultas flores guirnaldas,
Que ciñan sus claras sienes;
Y al pié de las verdes palmas
Cuando el albo Sol se ponga
Y cuando fulgente salga,
Entonarémos alegres
Himnos mil en su alabanza. (6)

UN REMEDIO.

Para cierto mal antiguo
Que casamiento se llama,
No hay más remedio en el mundo
Que morirse, y santas-páscuas:
Pero un poeta endiablado
Que de médico echa plantas,
Hame dado esta receta
Que no me parece mala:
Porque á diabólico mal
(Como este de que se trata)
De perlas han de venir
Las drogas endemoniadas.
Dice así:—Primeramente
Pulvorízanse unas raspas
De asta de macho cabrío,
Y refriéguense en la cara
Del paciente: esto endurece,
Refresca, lustra, y ensancha.
Tómese luego dos libras
De esencia de buena pasta,
Otras dos de vista gorda,
De disimulo diez dracmas,
Échese un grande cuerno
Como de buey ó de vaca;
Téngase al sereno un mes
Con una segura tapa:
Disuélvanse doce gotas
En cuatro vasos de agua;
Tómese en vez de café
Por dosis la parte cuarta;
Con las otras tres, lavarse
El rostro á noche y mañama.
Déle á menudo la esposa
Sonantes besos de plata,
Hasta que sendos pitones
Entre sien y sien le salgan.
Con esto y hacerse sordo,
No tomar cuenta de nada,
Pasar el tiempo en paseos,
Ver, oir y callar, basta.
A todo haragán marido,
Que sin comprender la santa
Virtud del casto himeneo,
En pasear la vida pasa.

JICOTENCAL.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
Lamentando de sus dioses
El poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquin de oro
Que finas perlas dibujan,
Tan brillantes, que la vista,
Heridas del Sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El jóven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean,
Y el pueblo que le circunda;
A que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras
—«Baldon y afrenta al vencido,
Loor y gloria al que triunfa.»—

Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe
Atropellando la turba,
Del palanquin salta y vuela
Cual rayo quel el éter surca?
Es, que ya del caracol
Que por los valles retumba,
A los prisioneros, «muerte...»
En eco sonante anuncia.
Suspende á lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúlgida,
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mústias.
Llega: los suyos al verle
Cambian en placer la furia,
Y de las enhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
—«¡Perdon!»— excláma, y arroja
Su collar: los brazos cruzan
Aquellos míseros séres
Que vida por él disfrutan.
—«Tornad á Méjico, esclavos;
Nadie vuestra marcha turba,
Y decid á vuestro dueño
Vencido ya veces muchas,
Que el jóven Jicotencal
Crueldades como él no usa.
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda.
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta
Tropas dispersas é inermes,
Sino con aromas, y juntas.
Que arme flecheros más bravos
Y me encontrará en la lucha,
Con solo una pica mía
Por cada trescientas suyas:
Que tema el instante aciago
Que mi enojo á punto suba;
Entónces, ni sobre el trono
Su vida estará segura:
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la Laguna.»—
Dijo, y marchóse al banquete
Dó está la nobleza junta,
Y el néctar de las palmeras
Entre víctores apura.
Siempre vencedor despues
Vivió lleno de fortuna;
Mas como sobre la tierra
No hay dicha completa nunca,
Vinieron atrás los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte,
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava
Barreada de áureas puntas
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

EL AMOR VIAJANDO.

(IMITACIÓN DE UNA POESIA CASTELLANA DE INCIERTO AUTOR).

Despues que por largo tiempo
Causaron mil tropelias,
Un médico recetando,
Y el amor abriendo heridas;
Algo inmediato á Jaruco
Los dos se hallaron por dicha
Ya despues de puesto el Sol,
A tiempo que anochecía.
Iba el médico á Matanzas,
Y Amor á la Habana iba.
Dijo el uno—«Buenas tardes.»—
Y el otro—«Felices días.»—
Reconociéronse al punto
Los dos, por lo que mentían;
Dado que nada haya cierto
En amor, ni en medicina.
Unidos, al pueblo entraron,
Y siendo la noche fría
Determinaron de acuerdo
Pasarla en una botica.
De suerte, que á estar vinieron
En nocturna compañía,
Un médico, un boticario,
Y el Amor ¡brava familia!

Aquellos á poco tiempo
Roncan á pierna tendida;
Mas Amor, como no duerme,
Vé sin luz, y sombras pisa,
Levantóse á paso quedo,
Tomó su punzante vira,
Y por jugarles un chasco
Sutilmente á los dos pica.
El médico no echó sangre,
Aunque de sobra tendría:
Le halló al boticario el pecho
Duro cual piedra de chispa.
Viendo el rapaz que sus dardos
A tal gente no ofendían,
Dijo—«Si no sois fantasmas
No hay cosas más parecidas.»—
Desconsolado acostóse;
Y como el hijo de Cipria,
De los insensibles huye
Hasta perderse de vista.
Impaciente ya, del alba
Esperaba la venida,
Por evitar el disgusto
De tan dura compañía.
Finalmente, cantó el gallo,
Dió el templo el Ave-María:
Era víspera de fiesta
Y el médico gritó—«¡A misa!»—
Cada cual, al tiento coge
Lo que ser suyo imagina,
Y de las puertas afuera
Opuesto rumbo caminan.
El médico entró á rezar,
Segun su costumbre antigua,
Por las almas que de cuerpos
Antes despojado había.
Al dejar éste la iglesia,
Amor bajó la colina,
Cuando la fúlgida Aurora
Su manto de oro tendía.
Al ver su caña el galeno
Se halló de amor con la vira,
Y Amor sobre sus espaldas
Un recetario tenía.
Levántase el boticario,
No halla sus huéspedes: mira
Y vé del Amor la aljaba,
Y del doctor la varita.
Tienen moda y novedad
Influencia tan activa,
Que hasta en las ciencias y drogas
Ejercen su tiranía.
El farmacéutico tal
A quien la experiencia dicta,
Pensó á costa de las feas
Tener su bolsa provista.
Forma de la aljaba un cubo,
Saca del pozo agua limpia,
Dála olor, color, y puesta
En bellos pomos de china,
Por los diarios espender
Agua de Vénus publica,
Clamando ufano —«ahora sí
Que hay de todo en la botica.»—
Mas volvamos á los dos
Causas de estragos y ruinas,
Que así Dios me libre de ellos
Como de pleitos y riñas.
Es el caso, que constantes
Prosiguen sus correrías,
Y aunque con el propio intento,
Son las resultas distintas.
El médico por curar
Mata, ordenando sangrías;
Y Amor, lanzando recetas,
En vez de matar dá vida.

MI AMOR.

El diablo tentóme un día
A saber lo que es amor:
Digo que me tentó el diablo,
Y voy á dar la razón,
Dios no inspira cosas malas,
Y ésta tan mal me salió,
Que estoy medio condenado;
Luego no pudo ser Dios,

Como nunca las resultas
Un jóven reflexionó,
Y yo era jóven, sin juicio,
Y de ardiente complexión;
Convertido en un Tenorio
Me metí á galanteador,
Sin conocer á mi luna
A mi estrella ó á mi sol.
Vamos que despues de muchas
Que me lanzaron un NÓ,
Alcancé el sí de una *iguana*
Con sus picos de escorpión.
La hice quintillas, sonetos,
Octavas y... que sé yo:
Ella al fin las aplaudía
Sin entender un renglón.
Gozamos de paz un año,
Por la sencilla razón
Que éramos feos y pobres,
Mandados á hacer los dos.
Mas Barrabás que no duerme,
Quiso que cierta ocasión
Me encontrase en un festin
Con María de la O.
Redonda como su nombre,
Sangrienta como Nerón,
Mujer, en fin, de *ley brava*...
Harto he dicho. Pues señor,
Encélaseme la niña,
Dióme arañazos, gritó:
Hubo accidentes, suspiros
Y males de corazón.
Salí del festin rabiando,
Arreciósele el dolor,
Volví con tal de aliviarla,
Y entonces era peor.
Fuíme á dormir. Otro día,
Y un mes, y otro mes pasó:
Por un billete me dijo:
«Concluyóse nuestro amor.»
Como si fuera precisa
Aquesta declaración,
Para dar por terminada
Cosa que nunca existió.
Y cuando yo más alegre
Que una páscua en mi interior,
Por verme libre de ella
Le daba gracias á Dios;
Cáteme aquí á mi Eloisa
Inquiriendo cuáles son
Las jóvenes que visito,
Y si es á menudo ó nó.
No me deja á sol ni á sombra,
Es como una maldición,
Que á todas partes me sigue
Llenándome de terror.
Ahora que la he visto bien,
Es más fea que un dragón,
Y estoy por salirle huyendo
Lo menos hasta el Mogol.
Y despues de verme en salvo,
Juro con solemne voz
Que no volveré en mis días
A probar lo que es amor.

LAS COSAS DE JUAN JOSÉ.

Cuando Juan José contrajo
Esponsales con Inés,
Juró ponerle la casa
Más florida que un verjel.
Inés siempre le recuerda
La promesa ¡ya se vé...!
Más vale deberle al diablo
Que ofrecerle á una mujer.
Él le contesta:—«Hija mía,
Deja que pase este mes,
Para comprar muchas cosas
Que habemos de menester.»—
Así pasaron diez meses,
Y pasaron otros diez,
Y treinta sobre los veinte,
Y sobre los treinta, cien.
La casa está peor que estaba,
Y en la misma intención él,
Así, que ya Inés se rie,
Y no hay quien la haga creer,

Yo tambien suelo reirme
Cuando escucho alguna vez,
Que se trata de mejoras
Y las artes protejer;
Y aun tengo por estribillo,
Acordándome de Inés,
Decir en chanza—«Estas son
Las cosas de Juan José.»—

AGUDEZA DE UN BORRACHO.

Érase un gobernador,
Hombre afanoso y activo,
Tanto, que con él los malos
Jamás estaban tranquilos.
Su prodigiosa memoria
Era tal, que al descubrirlos
Fácilmente recordaba
Al que hubiese una vez visto.
Sucedió que una ocasion
Halló en la calle á un perdido,
Con los piés llenos de lodo,
Y la cabeza de vino.
—«Escuche usted, desalmado,
(Con torvo ceño le dijo)
Como le vuelva á encontrar
De esa manera, le aviso
Que irá donde no le sea
Dado ejercer ese vicio,
Que para eso tiene el Rey
Buques de guerra y presidios.»—
El ébrio se disculpó
Segun él pudo, ó Dios quiso,
Y el gobernador marchóse
Repitiéndole lo dicho.
Al cabo de cuatro meses
Volvióle á hallar al camino
Con más *aceite* en el cuerpo
Que leña carga un borrico.
Llegó por detrás, y dando
Sobre el hombro un toquecillo,
Exclamó con tono airado:
—«¡Cómo estamos, buen amigo..!»—
Quedó al verle el *aceitero*,
De susto, parado y frío;
Pero repuesto al momento
Contestó—«¿Señor, qué ha sido?»—
—«¿Qué ha sido? ¿no dije á usted
Que si le encontraba chispo,
O tomaba otro *chubasco*,
Iba á parar á un presidio?»—
—«Pues señor, en ese caso
No tengo ningun delito,
Porque desde aquella vez
Ni he vuelto á probar el vino.»—
—«¡Ola...! ¿está como una cuba
Y niega que ha reincidido?
¿Este no es despues de aquel?»—
—«No señor, es aquel mismo.»—

EL GARRAFÓN DE JUANA.

Tiene Juana un garrafón
Forrado de fina paja
Que con un paño de olan
Sacude á tarde y mañana.
Su tapa imita una estrella,
En cuyas seis puntas clava
Puchas de nardos, jazmines
Y adormideras rosadas.
Con galoncillos de oro
Envueltas tiene sus asas,
Y dellas penden graciosas
Pequeñas borlas de plata.
Le adorna los dias festivos,
Para más lucir sus galas,
Con bellas moñas de cintas
Azules, rojas y blancas.
No sabe dónde ponerlo;
Con él sueña, rie, habla,
Y está más hueca con él
Que Salomón con el Arca.

Cierta vez, como ella fuese
A ver una camarada,
Y yo á fuer de buen amigo
Quedé cuidando la casa;
Quise saber qué misterio
El favorito encerraba.
Llego, destapo, le alzo,
Le viro, y encuentro... ¡nada...!
Torné á taparle, y volví
A ponerle como estaba,
Reflexionando despues
El capricho de la dama.
La comparé con el mundo,
Cuando inciensa y rinde parias
Al hombre que vé cercado
De oropel y pompa vana,
Mas si á examinar llegais
El interior de su alma,
La hallareis, hueca, vacía
Como el garrafon de Juana.

LOS CONSEJOS.

Quince ó veinte dias antes
De casarme, daba gusto
Ver á todos los amigos
Tratándome hasta de bruto.
Quizá con más fundamento
Llamáronme loco algunos
Que más amor me tenían
Y el corazón menos duro.
Era de ver los primeros
Con sus semblantes adustos
Decirme—«Amigo, el poeta
No ha de tener más asuntos
En su mente, que los hechos
Heróicos, nombres augustos,
Y pensamientos sublimes.»—
—«Gracias, amigo Hermeguncio:
¿Conque yo por hacer versos
Y que me celebre el mundo
Deberé precisamente
Vivir de yerbas con jugo,
A modo de los Patriarcas?
¿O á manera de los turcos
Morar entre los serrallos
Convertido en un eunuco?
Dios se lo pague, buen hombre,
Vuestro acerto será justo;
Pero así lo sigo yo
Como arrojarme al Vesubio.»—
Por este y otros estilos
Recibí exordios profundos
De varios, que para ellos
Estaban buenos; y hubo
Hombre que por dar su voto,
Sin pedirlo en el asunto,
(Cual suele decirse) vino
En posta desde Jaruco.
En fin, en aquellos días
Me dieron largos y muchos
Consejos; pero ¿dinero...?
Eso no me dió ninguno.

EL DESAFÍO.

Tengo un amigo oficial
Hombre de apreciables prendas,
El cual llamándome á parte
Hablóme de esta manera.
—«Sabes que estoy desafiado
Para esta noche, poeta;
Se me exije vaya solo;
Mas para evitar sorpresas
Quiero que tú me acompañes
Sin mezclarte en la pelea,
Sino de cierta distancia
Observar lo que suceda.»—

—«Estoy conforme, le dije,
Como cuerpo á cuerpo sea;
Pero si entra más de uno
Debo presentarme en ella.»—
Fuimos al punto citado,
Que, por no ocultarlo, era
Los baños del Ojo de Agua,
En punto á las diez y media.
Yo quedé oculto en la esquina
Detrás de una rota cerca,
Y él, en la diestra su espada,
La pistola en la siniestra:
Y al destinado lugar
La vista de lince atenta,
Pisaba como si fuese
Al asalto de Morella.
Dobló y perdióse á mis ojos;
Y como ruido no oyera
De armas, dispuse marchar
Donde viese la trajedia.
Su espada y pistola estaban
Tiradas sobre la yerba,
Y él doblada la rodilla
Ante su enemigo en tierra
—«¡Cobarde! grité, ¿qué haces?»—
—«Lo que tú tambien hicieras:
Ven, acércate.»—Lo hice,
Y ví al contrario: era Lesbia.
Si todos los enemigos
De ese propio temple fueran
No pasara yo seis horas
Sin buscar una pendencia.

LAS BURLAS VIENEN Á VERAS.

Dices, Filena, que tú
Con Licido te chanceas
Cuando te trata de amores,
Por escuchar sus simplezas:
Que le entretienes por gusto
Con esperanzas inciertas,
Hasta que al fin, de aburrido
Se busque otra Dulcinea.
Tú presumes engañarle
Con tan simple estratagema,
Y aun yo tambien me engañara
Si tus palabras creyera;
Pero ya tengo más mundo
De lo que algunos se piensan,
Y sé que tú sola eres
La que te engañas, Filena.
¿No has visto cuando los chicos
Recojen cáscaras tiernas
De melon, y haciendo bandos
Gritan—«Caballeros, guerra?»—
Al principio todo es risa;
Pero despues se calientan,
Y entonces tiran con barro,
Más adelante, con piedras;
Cual baja el hombro de un golpe,
Cual encoje un brazo ó pierna,
Y cual, en fin, cierra un ojo
O le parten la cabeza.
Entonces todos mohinos
Dan á sus casas la vuelta,
Y al que menos lo pensara
Un pan la torta le cuesta.
Pues Amor es un chiquillo
Que de distintas maneras
Aparece entre nosotros.
¡Ay de aquel que con él juega!
Para descubrir el flanco
Primero burlar se deja;
Mas despues que ya le ha visto
Y conoce donde queda,
Empuña el arco temido,
Lanza la ardiente saeta,
Y sin humano imposible
Parte al corazón derecha.
De amor y manos, jamás
Me gustan chanzas, Filena;
Porque de manos y amor
Las burlas vienen á veras.

OCIOSIDAD.

Hallábame yo en un campo
De bellas flores cubierto
Donde mil canoras aves
Ensayaban sus gorjeos.
Deslizábanse apacibles
Clarísimos arroyuelos
Que en sus linfas retrataban
Los astros del firmamento.
De entre unos verdes jazmines
Con rostro alegre y modesto
Salió la más bella ninfa
Que pisa el cubano suelo:
Ante mí llegó la jóven,
Y con insólito acento
Me dijo—«Bardo de Cuba,
Si tú me hicieras un verso
Para grabarlo en la huesa
Del que fué mi amor primero,
Yo te cediera.... un tesoro
Que no lejos de aquí tengo.»—
—Con una mirada tuya
Me conformo, hermoso cielo,—
La dije; y un epitafio
Amoroso la hice luego.
Tomóme la mano entonces,
Que besé con rendimiento,
Con.... amor; pero al instante
Aparecióse un mancebo
Con un puñal en la mano,
Y, más rápido que el viento,
Cual tigre de Hircania horrible
Sobre mí lanzóse fiero.
Yo puse mano á un peñasco....
Entónces cantó el «Sereno»
«¡Las cuatro en punto y nublado!»
Y.... desperté de mi sueño.

ENCUENTRO FATAL.

Salí de mi casa un lunes,
Sin medio real de vellón;
Primero del mes, por cierto,
Para desdicha mayor.
Y como el adajio dice:
«*Para todos sale el Sol,*»
Me hice cuenta «al fin no es malo,
Uno de *todos* soy yo.»
Vamos, que tras una hora
De tonta conversación,
Un pedidor de sonetos
A café me convidó.
Cuando torné á la morada
an ya dadas las dos,
n el estómago lleno
viento como un tambor.
ijéronme mis vecinos
e con mucha precisión
uvo ocasiones varias
en mi busca un Señor;
Con buena caña, casaca,
Cadena de oro y reloj.
Bravo, dije, y encerréme:
Me la hallé, gracias á Dios,
Ese viene á pedir versos;
Y aunque sea Napoleon,
Le diré que no he comido
Y acaso me hará un favor.
Tales medidas echara,
Y ya miraba el jamón
El buen pescado el buen vino
Venir volando á mi voz;
Cuando cátenme que suena
De la puerta el aldabón,
Me levanto, corro, abro,
Y me saluda ¡Gran Dios!
¡Fantásticos sueños míos,
Huísteis cual rayo veloz!
¡Pobre estómago, paciencia!
¡Era... un diablo, un acreedor!

Á FABRICIO.

Toma el consejo de un loco,
Goza la vida, Fabricio,
Deja el mundo como està,
Lo demás es desatino.
Y para que te convenzas
De la verdad que te digo,
Préstame atención un rato,
Y escúchame un cuentecillo.
«En medio de un yermo campo
Ví la piedra de un molino:
Del hueco que había en su centro,
Con fuertes nudos asidos
Estaban varios cordeles,
Que saliendo de aquel sitio
En forma radial, se hallaban
A gran distancia estendidos.
Un número igual de hombres,
De sus extremos prendidos
Tiraban con toda fuerza
Por sacarla de su quicio;
Pero como á la vez todos
Tiran á rumbos distintos,
Contrapesan los esfuerzos
Y ella está en el punto mismo.
Lo propio sucede al mundo:
No te quede duda, amigo,
Todos quieren componerlo,
Y de aqueste laberinto
Resulta lo que á la piedra;
Se afanan, hacen prodigios
Todos por igual, y todos
A la vez quedan rendidos,
Y el mundo está como estaba
En su natural principio,
Y como estará, por fuerza,
Hasta el final de los siglos.
Así, lo más acertado
Es, no andarse en laberintos,
Gozarlo, y dejar que ruede:
Lo demás es un delirio.»

NO SIEMPRE ES TEMIBLE EL FUERTE.

Dos hombres disputaban
Con argumentos miles
Probando: entre agua y fuego
Cuál es lo más terrible:
El del fuego alegaba
Que era fácil hundirse
Cien veces en el agua
Y de ella salir libre.
—«Eso, repuso el otro,
Para probarnos sirve,
Que de los dos, el fuego
Al hombre es más sensible;
Más, que ambos elementos
Con iguales fuerzas lidien,
Y verás cuán fácilmente
El agua al fuego extingue.»—
Convencióse el primero,
Y este ejemplo nos dice:
Que á veces los más fuertes
Son los menos temibles.

EL NOVIO SOÑADO.

—«Déjame casar, papá»—
Dijo la jóven Emilia,
En una apacible noche
Del Enero clara y fría.

—«¿Tienes novio?»—(exclamó el padre
Con irónica sonrisa)
—«¿Cómo si lo tengo? bueno,
Rico y de noble familia.
Me adora como á una imágen,
Su educación es muy fina,
Y hay en su escudo, leones,
Castillos, lanzas y cifras.
Tiene arrogantes caballos,
Coches, carretelas lindas,
Y pajes con sus libreas
De oro puro y plata fina.»—
—«¿Le has hablado alguna vez?»—
—«Ah, sí señor, infinitas.»—
—«¿De qué modo? ¿en dónde? ¿cuándo?»—
—«En sueños»—dijo la niña.
—«¡En sueños...! pues bien estamos;
Eres venturosa, hija:
De ese modo, tambien tengo
Yo del Potosí las minas.»—
Me direis que son simplezas
Las ocurrencias predichas,
Y no merecen contarse,
Tan insulsas niñerías;
Pues yo conozco sujetos,
De todas categorías,
En la realidad tan vanos,
Como el amante de Emilia.

EL PROFESOR FINJIDO.

En un pueblo en que no había
Hombre, niño, ni mujer,
Que conociese los cristos
Ni escribiese mal ni bien;
Buscaban un profesor
Que los enseñase y que
uera bastante instruido
a escribir y leer.
Otro donde todos eran
ás hábiles que Moisés,
donde los preceptores
ganaban que comer,
Estaba á poco distancia,
sabiéndolo, allá fué
Un pillastrón que en su vida
A decorar llegó bien.
Se hizo anunciar con clarines,
Vino la gente en tropel:
Muy grave abrió su cartilla
Y dijo;—«cristo a. b. c.»—
Aplaudiéronle por sábio;
Tomó por nombre Talés
(Que de estos robos visibles
A cada instante se ven.)
Hubo toques de tambor
Y repiques de almirez;
Llamábanle unos «mi amo»
Y los otros, «sumerced.»

Y dedicóle la grey
Hasta artificiales fuegos;
Lo que prueba en buena ley,
Que en la tierra de los ciegos
El que tiene un ojo es rey.

Por eso algunos camellos
Tratarnos quieren de potros,
Con sus ficticios destellos;
Sin advertir que nosotros
Vemos más claro que ellos.

LA RESPUESTA DE UN CURRO.

Con un andaluz de aquellos
Consumadísimos tunos
Que en la escuela de la viña
Cumplieron los cuatro lustros;
Estaba hablando el criado
De cierto doctor intruso,
Que fué educado (así cuenta)
En los colegios de Hamburgo.
Despues que el simple, alabando
Su nuevo señor estuvo
Más de dos horas, é hizo
Relación de sus estudios,

Dijo—«Mi amo es tan gran hombre,
Que porque ramo ninguno
Ignorar quiere, de cuantos
Convienen á un hombre culto,
Tiene hasta de equitación
Conocimientos profundos,
Por eso es que va á caballo
Siempre el doctor, que da gusto.»—
A lo que muy socarrón
Contestó el taimado curro,
Con una risa burlesca,
Y dejándole confuso.

—«En lo que me dices, chico,
Te equivocas de zeguro,
Puez cuentaz que *vá á caballo*
Y él á lo que vá ez á burro.»—

EL PRESTIGIO.

A cierto puerto de España,
(El nombre no importa un pito)
Llegó un jóven extrangero,
De buen porte y modos finos.
Su equipaje, al parecer
Tenía de riquezas viso;
Mas con pretexto de un luto,
Iba de negro vestido.
Pretendió una hermosa jóven,
Hija de un mostrenco rico,
Pidió su mano, la obtuvo
Y casóse de improviso.
Estaba la novia en brasas
Por ver los diamantes finos,
La plata, el oro y los trajes
De su adorado marido.

Cumplióse la boda, y ella
Empezó á abrir cofrecillos
Y baules ¡Dios eterno!
¡Estaban todos vacíos...!
—«Me has engañado,»—exclamó
La novia dando un suspiro;
Y él contestó muy sereno:
—«Te equivocas, amor mío,
Rico te he dicho que soy,
Y es tan verdad lo que he dicho,
Que con tu mano soy dueño
De tus bienes ¿quién más rico?»—
Cuantos hay en este mundo
Negociantes por el brillo,
Que no tienen una blanca
Y medran con el prestigio.

EL CONSEJO DE UN ANCIANO.

Empeñóse un jóven docto,
De corazón muy benigno,
En hacer bueno á un malvado
Y tornar á un tonto en fino.
Al cabo de largo tiempo
De batallar tan continuo,
Pidió consejo á su padre,
Que era un anciano instruido.
Este tomó una canasta,
Y mandó que echase el hijo
Agua en ella hasta llenarla,
Si era dable conseguirlo.
—«Eso es, (contestó el mancebo)
Imposible, padre mío,
Y en tal concepto, es locura
Cuando el trabajo es perdido.»—
—«Pues hijo, repuso el viejo,
Te has sentenciado á tí mismo:
Querer que sea bueno un malo,
Y hacer á un tonto entendido,
Es gastar tiempo, y perder
Trabajo, paciencia y juicio;
El malo y el tonto, quieren
Leña como los borricos.
Los virtuosos ejemplos
Y los discursos floridos,
Tan pronto como los oyen
Los condenan al olvido.
Y así como en la canasta,
No puede quedar el líquido,
Tampoco en sus almas pára
De moral el néctar divo.
Naturaleza ha creado
Séres de temples distintos;
Hay árboles que dan triaca,
Y otros, venenos activos.
Animales que son nobles,
Otros, traidores malignos,
Y todos son consecuentes
A su estado primitivo.
De las plantas y los brutos
Fieles verdades te he dicho,
Reflexiona y ten presente
Que los hombres son lo mismo.»—

LA PEOR FURIA.

A un octogenario ciego
Y de agudeza exquisita
Que de su edad en la flor
Dado al estudio se había;
Una niña, en cuya casa
Darle limosna solían,
Invitada por su padre
Le dijo—«Hermanito, diga,
¿Si le pregunto una cosa
Usted me respondería
La verdad?»—«Si la supiere
Ofrézcote hacerlo, niña.»—
—«Pues bien, hermanito. ¿Cuál
Es la furia más impía
De cuantas tiene el infierno
Y el diablo abortó en su ira?»—
—«Algunos, que es la soberbia,
No sé porqué causa, afirman;
Otros, que es la vanidad,
Con argumentos publican;
Mas yo segun la experiencia
Con fuertes pruebas me dicta,
Puedo jurar, que la furia
A quien Dios más abomina
Y que maldicen los buenos,
Con muy sobrada justicia,
Porque hasta el diablo la odia,
Es, la negra hipocresía.

LA SOL—FA—A—SI.

Teniendo Martin pendiente
Una cuenta con Don Luis,
Y habiéndole el tal deudor
Engañado en plazos mil,
Sacó el segundo una órden
Y diósela á un alguacil,
Para que al punto embargase
Los bienes del tal Martin.
El catre y baul se sabe
Que están fuera de la lid,
Así como la herramienta
De que pende su existir.
Martin no tenía otros bienes
Además de un mal violin,
Que una yegua vieja y flaca
Como el arpa de David.
Su ceron y el aparejo
Eran su ajuar de dormir;
Toda su loza era un jarro
Y su baul un barril.
Llega el ministro y pregunta:
—«¿Don Martin tal, vive aquí?»—
—«Sí señor»—«¿Y bien, quién es?»—
—«Quien desea á usted servir.»—
—«Pues señor...»—quedó suspenso
Mirando el chiribitil,
Y luego prosiguió—«Nada
Le tengo á usted que decir.
Venía á hacer un embargo;
Mas todo lo que hay aquí
Ni la diligencia vale,
Conque para qué insistir.»—
Dicho esto toma la puerta,
Agarrándole Martin
Por el cuello de la chupa,
Dijo—«Usted no ha de salir
Sin dejarme dos pesetas,
O le rompo la nariz.»—
El alguacil conoció
Que era capaz de cumplir,
Porque despues de tener
La estatura de Amadís,
Miró los hercúleos puños
De su rival adalid.
Sacó, pues, *cuyas* pesetas,
Diósclas al infeliz,
Puso piés en polvorosa
Y escapó como un neblí.
De vuelta en el tribunal
Avistóse con Don Luis,
El cual le dijo al llegar:
—«¿Se encontró el pájaro allí?»—
—«Sí señor, allí le hallé;
Pero yo soy tomeguin,
Y aquel es un gavilan,
Por lo cual tuve de huir.
Me ha quitado dos pesetas;
No tiene un maravedí,
De suerte que fuí por lana
Y trasquilado volví.»—
Oigan este tono en *fa*
Los acreedores de *mí*,
Pues al que me mande un *re*
Le canto *la—sol—fa—á—si*.

A ELINO.

UN CONSEJO.

Demándasme, caro Elino,
Algun eficaz remedio,
Para complacer á tantos
Como te piden sonetos.
Vóitelo en un cuento á dar,
Por ser natural efecto
Que pues hay cuentos de drogas,
Hay para remedios cuentos.
No ignoras que me he criado
Entre alguaciles y viejos,
Que, menos al no mentir,
Para todo hallan remedio.
Cuando la Florida estaba
Bajo el español gobierno,

Sabrás que San Agustín
Era patrono de un pueblo;
Cada vez que algun devoto
Sacaba sus duros pesos
Para celebrar el día
De San Juan ó de San Pedro
Transformaban al patrono
Se hacía la fiesta, y luego
Quedaba el Santo doctor
Como aquel que nada ha hecho.
Sin duda no carecía
El sacristan de talento;
Pues notóle que el semblante
Era igual en todos tiempos:
Así, que se mandó hacer
De caretas buen pertrecho
Y en cada función, ponía
Lo conveniente, discreto.
Siguiendo tal norma, Elino,
Haz quince ó veinte sonetos,
Y cuando te pidan uno
Donde diga Anton, pon Diego.
—Post-data—Pide prestado
Antes de darlo, y con eso
Verás como todos huyen
De mandarte hacer sonetos.

NUEVO ENTRETENIMIENTO.

¿A que no sabeis qué cosa
Debe emprender el taimado
Mortal, que naciendo un zote
Quiere que le llamen sabio?
En otro tiempo solían
Aplicarse á hacer zapatos,
A domar burros ó mulas,
O bien á cuidar caballos.
Pero agora las costumbres
Visiblemente han variado;
Hora fastidian los pueblos
Hablando de asuntos varios.
Y como en cosas profundas
No dan jamás en el clavo
Por la sencilla razón
Que hablan como papagayos,
Los pueblos al fin los burlan,
Y ellos por no estar parados,
Dejan las ciencias, y entónces
Se meten á criticastros.

A UNA CONCHA MARINA.

Bella Concha, que del iris
La purpúrea faja imitas,
Y entre la menuda arena
Cual rosa de fuego brillas.
¿Porqué á la sonante playa
Sin precaución te aproximas,
Y entre pescadores mil
Te muestras leda y tranquila?
Vuélvete ¡oh Concha! del mar
A las ocultas guaridas,
Retorna á la gruta ovosa
Que fué tu morada antigua:
Mira que infinitos buzos
Apostados en la orilla,
La hermosa perla que ocultas
Entre tu seno, codician.
Y si á descubrirte llegan
Eres al punto perdída,
Porque anhelan arrancarte
Tu perla brillante y limpia.
Engastada en joya de oro,
Quizá horadada ó partida,
De una impura palaciega
Acaso será la insignia.
Perderá por fuerza entónces
Su candidez primitiva,
Y en vez de ornar su blancura
Fosfórica luz marina,
Habitará las estancias
De prostitución maldita,
Y brillará amarillenta
Al resplandor de una orgía.

Vuélvete ¡oh Concha¡ del mar
A las ocultas guaridas.
Retorna á la gruta ovosa
Que fué tu morada antigua.
Cércate de tiburones,
Mora entre las peñas vivas,
Donde no logre alcanzarte
De los hombres la codicia.

CON LA VARA QUE MIDES....

Hay ciertas cosas en que,
A saber reflexionar,
No debieran dar consejos
Los hombres de cierta edad;
Por ejemplo: si se quiere
La amante pasión templar,
Puede aconsejar un viejo;
Pero el que es jóven, jamás.
Tengo yo un amigo bueno
De corazón, y capaz
De alzar su frente serena
Sin mancha en la sociedad.
Ya veis que en aquestos tiempos
Es difícil pedir más,
Porque el demonio anda suelto
Y... no hay por donde pasar.
Mas tornemos al asunto
Que iba olvidando ya.
Este tal díjome un día
Con acento magistral:
—«Está usted enamorado,
Y empieza á disparatar,
El hombre no debe nunca
Humillarse á estado tal.
No deja usted á la niña
Ni siquiera respirar;
En fin, es usted un *oso*
Que en todo sueña un rival.»—
Yo conocí que él no era
El médico de mi mal;
Seguí mi amorosa empresa
Y lo dejé predicar.
El tiempo que lo hace todo,
De sus pasos al compás,
Sin precisarse me hizo
De mi locura sanar,
Y á él enfermó de manera
Que es loco de amor, y tal
Que se ha convertido en *oso*,
Y *oso* hidrófobo, infernal.
Diz que trata de casarse
Con su querida beldad,
Y es lo peor, que lo niega
Cuando muriéndose está.
Mirad si hay cosas en que,
A saber reflexionar,
No debieran dar consejos
Los hombres de cierta edad:
Porque es la de las pasiones
Y es infalible verdad,
Que «con la vara que mides
Tambien medido serás.»

A LAURA.

¿Viste, Laura, la rosa,
De los jardines reina,
Que amaneció del alba
Rociada con las perlas,
Cuán lozana y fragante
Se ostentaba risueña,
Burlando de las otras
Flores de la pradera?
Luego del Sol quemada
La viste mústia y yerta
Palidecer su sangre
Al calor de la siesta?
¿Y no viste en el suelo
Su corola dispersa
Al asomar su frente
La vespertina estrella?
Pues eso es un trasunto,
Laura, de tu belleza,
La juventud es alba,
La edad madura, siesta,
Y la vejez es noche,
En que solo te quedan

Memorias de que fuiste,
Para mayores penas.
No te alucines, Laura,
Si perdiste la bella
Edad de los amores.
Llora tu inadvertencia,
Llora, y en tu desdicha
Las jóvenes aprendan
Que el tiempo vuela, y nunca
Se ha visto que atrás vuelva.
Y la que desdeñosa
Por temor ó sistema
Sorprender sin amores
De la vejez se deja,
Dos cosas ciertas solas
En que pensar le quedan;
Que son, Dios... y la tumba
Que su ceniza espera.

LA FELICIDAD.

Algunos moralistas
Dicen que la ventura
Del hombre está en su mano,
Y que él puede crearse su fortuna.
Defiendan tal aserto,
Si quieren, doctas plumas,
Que á mi ver esta máxima
Es falsa enteramente, si no absurda.
¡Cuántos hay laboriosos
Sin mancha en su conducta,
Y que del polvo humildes
La frente á levantar no llega nunca!
¡Cuántos que por la pátria
Su sangre en lides crudas
Vertieron; ignorados,
Tristes, arrastran su existencia oscura!
Mientras otros que solo
En los festines sudan,
Y jamás en sus manos
La espada vieron que el guerrero empuña;
Ni á la pátria sirvieron
De modo ó forma alguna,
Se alzaron de la nada
Sobre la ruina de familias muchas,
Y sobre montes de oro
Que á sus plantas agrupan,
De vanidad henchidos
Al guerrero, al artista, al sabio, insultan.
Yo no soy fatalista;
Pero ¿quién me asegura
Que el hombre no es movido
Por una fuerza irresistible oculta?
Con discursos brillantes
Los doctos nos deslumbran;
Pero esos mismos hombres
De la verdad de sus discursos dudan.

Nada; al mortal cuitado
Que nace sin ventura,
Solo un medio le resta
Para hacerse feliz, y ese es la tumba.

A LINCE.

EN SUS DIAS.

¡Oh tú! que tomaste el nombre
Del nemeroso animal
Que tiene los piés lijeros
Y la vista perspicaz;
El que en cada oreja lleva
Para su testa adornar,
Un pincel de largos pelos
Bien formado, por lo cual
Llamarse con razón puede,
Sin faltarse á la verdad,
El Apéles de los bosques,
Aunque no sepa pintar.
Sigue impávido el sistema
Del cuadrúpedo sagaz;
Que mata cuantos conejos
Le es posible vislumbrar.
Extermina con tu pluma
A tanta liebre infernal
Que aja y destruye las flores
De la culta sociedad:
A tanto escritor conejo
Que con instinto bestial,
Cuando en pública palestra
Se les antoja parlar,
Sin respeto de ellos mismos
Ni de la comunidad,
Así escriben, como comen
Maloja en un muladar.
Péscalos entre tus garras
Y destroza sin piedad
Las filípicas inmundas
Que escribieron por su mal.
Aquesto ¡Oh Lince! te ruega
El que con fiel amistad
Tu noble mision aplaude,
Y felicita tu edad.

EJEMPLOS.

A SELMIRA.

Cual rosa que ostenta al Alba
Su purpurino color,
Y antes de la tarde cae
Abrasada por el Sol:
Cual lijerísima nube
Que en rápida dirección
Desparece á nuestros ojos
En alas del Aquilón:
Cual círculos que en el agua
Forman contacto menor,
Y dilatándose al punto
Se pierden en su extensión:
Cual relámpago luciente
Que ilumina la región
Dejando el éter sumido
En oscuridad mayor;
Y en fin como fuegos fátuos
Que en su corta aparición
Vagando en espacio breve
Ni queman ni dan calor;
Tal es la vida del hombre,
Y tales, Selmira, son
Las amistosas protestas
Y juramentos de amor.

PEQUEÑEZ DEL HOMBRE.

¿Quieres ver lo que vales,
Hombre vano y soberbio?
Sal de tu esfera humilde
Y en alas vuela de inspirado genio.
Torna al mundo los ojos,
Desde el diáfano cielo
Verás correr los siglos
Y las generaciones ir tras ellos.
Verás por una parte
Desparecer los pueblos,
Y opulentas naciones
Cambiarse en tristes solitarios yermos
Mientras por otra nacen
Poderosos imperios,
Y los incultos bosques
Se engalanan de hogares y de templos.
Si Menfis y Palmira
Se tornan eu desiertos,
Pompeyo y Herculano
Cubre el Vesubio con ceniza y fuego
Si Troya es desolada
Por devorante incendio,
La esposa de los mares,
Albion soberbia, se levanta luego.
Lanzado de la Iberia
Por el cristiano esfuerzo,
No ya en gótico alcázar
Duerme tranquilo el árabe guerrero;
El que entónces vivía
Cual Fénix entre inciensos,
Tiene hoy solo una espada,
Un corcel, una lanza y el desierto.
El moscovita airado,
Conquistador cruento,
Hoy triunfa; pero al mismo
De doblar la cerviz le vendrá tiempc.
No te envanezcas, hombre,
Nada en el mundo es cierto,
Y si aun el Orbe es nada
¿Quieres ser algo tú, mísero insecto?

A UN CRITICASTRO.

Salve, literato ilustre,
Erudito á la violeta,
Escritor incomprensible
Y crítico de taberna.
Graduado en una cocina,
Universidad selecta,
Entre cuatro galopines
Dormidos á pierna suelta;
Donde á guisa de tribuna
Subísteis en una mesa,
Y el auditorio de gatos
Aplaudió vuestras sentencias.
Era un fogon derrumbado
El trono de presidencia,
Postrado ante el cual, la borla
Recibísteis de una vieja.
Que si no era la heregía
Segun nos dicen las señas,
Sería la necedad,
Su terrible compañera.
Salve! y no temais, doctor,
Acometed sin clemencia,
Sobre cuanto hablar podais,
La más terribles empresas:
Y si inspiración sublime
Os negó naturaleza,
No solo en la poesía
El poder brillar se encierra.
Si nada nuevo sacar
Podeis de vuestra mollera,
Yo os diré un camino fácil
Que os viene como de perlas:
Y extraño que ignoreis vos
Esa venturosa senda,
Pues no hay bruto que la ignore
Ni tonto que no la sepa.
Si á gritos y puñetazos
Los sabios se convencieran
Como hay Dios que ni Platon
Igualara vuestra ciencia;
Porque teneis, segun creo,
A imitación de las bestias,
La elocuencia en los rebuznos
Y la razon en la fuerza.
Criticad, pues, á destajo,
Y si algun bobo os contesta
Dejad el asunto aparte
Y embestidle á desvergüenzas.
Salve! Doctor, y pues ya
Os dije el rumbo cual era,
Seguid por él, y tendreis
Mucha fama y más pesetas;
Mas líbreos Dios de encontraros
Con uno de vuestra cuerda,
Porque un argumento *en bruto*
Suele ser *convence muelas.*

LA INOCENCIA.

Cuando por el sol de Julio
Agostadas las sábanas
La menor chispa de fuego
Forma horribles llamaradas;
Sin oposicion alguna
El incendio se dilata
Y aniquila cuanto encuentra
Llevado del viento en alas;
Mas en medio de un arroyo
Pequeño islote se alza,
Vestido de enredaderas
Y coronado de palmas.
Allí contempla tranquila
El elemento que tala
Los campos que le circundan,
Y en la opuesta orilla pára;
Así brilla la inocencia
De la vida en las borrascas,
Ni el fuego de las pasiones,
Ni la ambición la anonadan;
Porque duerme en su conciencia,
Y siempre que la amenazan,
Cual manantial cristalino
La cerca la Virtud Santa.

UN CONSEJO A LAS BELLAS.

Sé que es arriesgado asunto
Decir mal de las mujeres,
Y por eso en cosas tales
He jurado no meterme;
Mas es bueno criticarlas
Ciertas manías que tienen,
Que son malas para ellas,
Y para los hombres, siempre.
Verbigracia, cuando niñas
Ningun galan las merece,
Unos son malos por flacos
Y esqueletos les parecen,
Los otros son despreciables
Por bajos y regordetes,
Estos, por ser desdentados
Los otros, por muchos dientes.
Aquél, por hablar con todas,
Por ser muy callado, éste,
El último, es mudo y tonto,
El primero, desvanece;
En fin, ninguno les gusta,
Y si alguna vez sucede
Que correspondan á tal,
Por amor ó entretenerse;
Allí tiene usted los celos
Hasta del agua que beben,
Donde quiera, á cada instante,
Lo acribillan á billetes.
Si el pobre al fin se fastidia,
Y toma el unto de *vete;*
Se avispan y se alborotan
Como las brujas en viérnes.
Para llamar su atención
No saben dónde ponerse,
Y si es de los de alma blanda,
Segunda vez se convierte;
Entónces es cuando ellas
La mano tal vez aprieten;
—«No quiero satisfacciones,
No señor, no se moleste,
Vaya donde está Fulana,
Que es á la que usted más quiere.»—
Y el mentecato le sufre
Razones, muecas, desdenes,
Y se le cae la baba
En presencia de su Hebe;
Hasta que pasan los chicos
Cuando de la escuela vuelven,
Y ven aquel hombre allí
Llorando como un *muleque,*
Y le cercan entre todos
Y le gritan —«¡Huye, Pepe!...»—
Entónces Pepe se escapa
Más ligero que una liebre,
Con tres ó cuatro pedradas;
Y ella, asomándose á verle,
Se rie con los chiquillos
Que en coro exclaman—«¡A ese!..»—
Y alegres como unas páscuas
Gritan tambien—«¡Huye, Pepe!..»—
El tal Pepe, escarmentado,
No verla jamás resuelve,
Llega otro, y la galantea,
Y así sucesivamente
Van cortejando á la niña
Hasta quince ó veinte Pepes;
Pero ya la niña va
Pasando los veinte y siete,
Y en su interior, de sí misma
Un triste fastidio siente
Los treinta llegan, y pasa
Llorando el tiempo que pierde.
Los cuarenta se avecinan
¡Mala la hubísteis, franceses!
Ya las arrugas y canas
En pos de Madama vienen.
Ya va caminando á mona,
Y de tal pelaje al verse,
Por no quedar para tía
Se casa con cualquier Pepe.
Por supuesto, es el peor
De cuantos la amaron fieles;
Mas cual suele el que se ahoga
Asirse á un hierro caliente,
Así llega cierta edad
Que echan mano las mujeres,
De hombres que en su juventud
Habrían tenido por duendes.

¡Pues no es más juicioso, niñas,
Ver que es rosa que amanece
Entreabierta, la hermosura,
Y cerca del cáliz tiene
La vejez, que sobre ella
A marchitarla desciende,
Si ántes no es la tempestad
Que su corola disuelve?

¡Ay! dejad esas manías,
Desterrad esos desdenes,
No sea que cuando esteis
Más allá de los dos veintes,
Os pese haber malgastado
La existencia inútilmente;
Porque hasta los condenados
Lloran el tiempo que pierden.

DESENGAÑO.

Cuando yo era más jóven,
Y de ilusiones locas
Estaba siempre llena
Mi mente bulliciosa;
Pensé que era el amor
Fulgente sol de gloria,
A quien jamás nublaron
Del interés las sombras.
Creí que la alabanza
Dada á ciertas personas,
Eran debidos premios
A su mérito y honra;
Que la divina Astrea
Fuese, segun la nombran
Los sabios y poetas,
Incorruptible diosa;
Y en suma, que la espada
De Témis no se dobla,
Ni al poder de la intriga,
Ni al peso de las onzas;
Mas como llega el tiempo
Que el hombre reflexiona,
Y ya yo voy entrando
Por esa edad dichosa,
Sé que de amor el fuego
Prenden almas muy pocas,
Y que es meteoro fátuo
El que brilla en las otras;
La alabanza es un siervo
Que se vende y se compra,
Y ¡cuántos por trasmanos
Hacen la suya propia!
Que Astrea (tal vez) baja
Su balanza, en la hora
Que con el metal bello
Del Perú se la toca;
Y que Témis imitando
Esa moderna norma,
Los filos de su espada
Tambien con oro embota.
¡Ved si viví engañado,
Cuando de vanas sombras,
Estaba siempre llena
Mi mente bulliciosa!

ÉL PARARÁ.

Moralistas rigurosos,
Los que á fuer de inteligencia
Dais del corazón humano
Definiciones soberbias;
Yo, por lo que más ameis,
Os pido por gracia extrema
Un antídoto que cure
El fiero mal que me aqueja.
Sabed que vivo prendado
De una graciosa trigueña,
Tan dulce, que cuando habla
Parece de miel su lengua.

Con unos labios de rosa,
Unos dientes de azucena,
Unos ojos centelleantes,
Y una cintura de á tercia.
Diréisme:—¡Diantre de hombre!
¿Qué más ventura deseas?
—Señoritos, poco á poco,
Escuchadme con paciencia:
Así pensaba yo ántes
De haberme metido en gresca
Ignorando lo que son
Quebraderos de cabeza.

Mas despues de haber entrado
Tan fatalmente en la feria,
No debo cantar alegre
Por lo mal que me va en ella.
Es mi amor una mujer...
Miento, que es una quimera,
Una miscelánea viva,
Un laberinto de Creta.
Compra novelas y dramas,
Y lée cuantos le prestan;
Vamos, que para instruirse
Muy santo y bueno es que lea;
Pero es lo peor del caso,
Que á costa de mi paciencia
Ha dado en ser la heroina
De dramas y de novelas.
Leicester me llamó un día,
Yo le contesté que ella
Era *Catalina Howard*,
Y se me puso en candela.
Si le digo que la adoro,
Me oye con indiferencia,
Y parece que es de escarcha
Por el yelo que aparenta.
Mas si le hago poco caso,
Entónces se desespera,
Y chilla, que necesito
De un mercader las orejas.
Entónces me quiere más,
Si hemos de seguir la regla
De, *Quien te quiere te aflije,*
Y quien no quiere no cela.
Entónces se vuelve un argos,
Con ninguna hablar me deja,
Y hasta su sombra, presume
Que es una rival tremenda.
Temiendo estoy que algun día,
Con un hombre hablar me vea,
Y que es mujer disfrazada
Le pase por la cabeza.
Diréisme: Pues buen remedio,
¿Porqué la carga no sueltas?
—¡Diantre! si no me es posible
Porque la quiero de veras.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
¿Conque nada respondeis,
Moralistas, los que á leguas
Dais del corazón humano
Definiciones soberbias?
—Hombre, déjanos en paz,
Porque amor es un problema
Tan oscuro, que Dios solo
Es fácil que lo resuelva.
Propon algun otro enigma,
Sobre otro ramo de ciencia,
Y tendrás la solución
Mejor de lo que deseas;
Pero en amor, el que habla,
Y si es de pasión ajena,
Se equivoca, porque el hombre
Ni en el suyo mismo acierta.
Esto los doctos dijeron
De una brillante academia,
Y yo sin aprender cosa
Torné á salir por la puerta.
Estaba un viejo en la calle
Con una bolita negra
Repitiendo «*él parará...*»
Al tiempo que yo saliera.
Tomé la voz por augurio,
Y como pensaba en ella,
Dije: Si ella ha de parar,
No va tan mala la cuenta.
Luego me he desengañado
Que es un juego de mi tierra,
Donde se pára la bola,
Y pierde siempre el que apuesta.
Ahora mi amor va parando,
Y parando en ser enferma,
Con que... peor está que estaba,
Porque se ha puesto más terca.
Y ya que los moralistas
Otro remedio no encuentran,
Sino que suelte la carga,
Y que Idalia no se enmienda,
Ya que ella tan solo pára
En estar más majadera,
Yo pienso tambien párar
En salir huyendo de ella.

A MI TRIGUEÑA.

Aunque te murmure el mundo,
Ponte zarcillos, trigueña,
Que tú del mundo no vives
Ni él tiene contigo cuenta.
¿Presumes que es nuevo acaso
Adornarse las orejas
Con pendientes de oro y plata
Y de relumbrantes piedras?
Díle á los que te murmuren:
Que se emprendaron con ellas,
Sin desdeñar, las sagradas
Deidades de Roma y Grecia.
Con tal que no se te antoje
Hacer conmigo la prueba
De ver ornada mi frente
A guisa de *Luna nueva;*
Todo lo demás que gustes
Hazlo como te parezca,
Bien cierto que para nada
Has menester mi licencia.
Sin embargo, si escuchar
Varios consejos quisieras,
Como hay Dios, te daré algunos
De los que más te convengan.—
Por ejemplo: no critiques
Las mismas faltas que tengas,
Porque no hay vicio mayor
Que ser lijero de lengua:
No caigas en el pecado
(Harto comun en la tierra)
De tenerte por mejor
Que otra persona cualquiera.
Por tu conducta tan solo
Medir debes tu excelencia;
Pero tenlo para tí,
Porque si lo dices yerras.
Estas y otras varias cosas
Que más convenirte puedan,
Es lo que quiero me hagas
Por darme gusto, trigueña.
Y luego aunque el mundo hable,
Ponte el adorno que quieras,
Que á mí no me importa el mundo,
Ni él tiene contigo cuenta.

EL PAJARILLO.

Cual pajarillo alegre
Que entre las verdes ramas
Para el invierno frío
Y dulce Abril aguarda
Gozar en compañía
De su mitad amada:
Pero no bien se esconde
De Apolo la bizarra
Frente en el signo tauro,
Cuando á la primer alba
Le invita la luz pura
De la celeste estancia
Salir por todo el bosque:
Tiende al aire las alas,
Contémplase dichoso
Gozando la abundancia
Que la risueña Flora
Por los campos derrama;
Bajo rosales corre,
Sobre claveles canta,
Entre azucenas juega,
Pósase en albahacas,
Pica las ambarinas,
Por los jardines salta,
Y en la apacible fuente
Sobre la arena blanca
Bebe del agua fresca
Y en su cristal se baña;
Así anda divertido
Por la feráz sabana,
En tanto que la Aurora
Su blanca frente saca

Del nacarado manto
Y el claro oriente esmalta.
Entónces, corre presto
Do viera una guayaba
Cuyo color pajizo
Dice estar sazonada;
Come allí lo que quiere,
Y algunos granos guarda
Para llevar al nido
Donde cuenta encontrarla.
Ya nada le detiene,
Y vuela, ya se alza,
Y rápido y zumbando
Mide la esfera clara:
Va á contarla los goces
Que tuvo esta mañana,
Los amorosos lirios
En que bañó sus alas,
Y los sabrosos granos
Que hallara entre las gramas;
Cómo robó á las flores
Las gotas que guardadas
En sus corolas bellas
De la vista ocultaban,
Cómo en la cristalina
Fuente se revolcaba
Sobre la arena fresca,
Y bebió de sus aguas;
Y en fin, que de su pico
Dulce fruto va á darla
Porque vea que en medio
Del placer gue gozaba
No fueron tantas dichas
Bastantes á olvidarla.
Ella tambien le espera,
De verle, alborozada;
Y en lo más eminente
De una alterosa palma
Llena de amor ansiosa
Gorjea, trina y salta.
Mas ¡ay! gavilan fiero
Con sus sangrientas garras
Sin que estobarlo pueda,
Del árbol la arrebata.
Deja caer el triste
Los granos que llevaba
De aquella dulce fruta
Que más que hiel le amarga,
Y sobre el gajo mismo
Donde perdió su amada
Quiere buscar la muerte
Con dolorosas ánsias;
Pero no tardó mucho,
Que flecha disparada
De oculto cazador
Vino y le partió el alma,
Y ántes de morir, dijo:
—«¡Oh muerte deseada,
Cuán pocos infelices
Tan á tiempo te llaman:
Feliz soy, pues espiro
Al nacer mi desgracia!»—
Cayó en la tierra yerto,
Y así la muerte ingrata
Fuera una vez benigna.
Tambien yo la llamara,
Pues he perdido á Fela.
¡Ay, iman de mi alma,
Tú has muerto y aún yo vivo!
¿Porqué el pesar no mata?

FANTASMAS, DUENDES Y BRUJAS.

En aquellos memorables
Tiempos de Mari-Castaña,
Dicen los viejos que había
Brujas, duendes y fantasmas.
Los modernos no lo creen;
Miradlo bien, camaradas,
Ahora los hay como entónces,
El caso es que se disfrazan.
Y si por la refracción
De la luz solar, que os daña,
Sobre el piso blanquecino,
Teneis la vista turbada:
Yo os iré mostrando algunos,
De los infinitos que andan,
Sin parar en noche y día
Por las calles y las plazas.
En los que os iré diciendo
Vereis que la tengo clara,
Y que para ver á oscuras,
Soy una semi-siguapa.

Es cierto que se extinguieron
Aquellos duendes de marras;
Pero es porque otros más fuertes
Les han ganado la palma.
A un majadero que pide
Versos por pipas y cajas,
Y si pereceis de sed
No os dará una gota de agua.
A un usurero que presta
Con la módica ganancia
De veinte y cinco por ciento,
Exijiendo idónea fianza.
A un hombre que sin oficio
Le gusta manejar plata,
Y hasta el juego de las piedras
Imitando á Moisés saca.
Al procurador intruso
De los tribunales plaga,
Que ajenos créditos cobra
Y nunca los suyos paga.
Al crítico por sistema
Que lo bueno y malo tacha,
Sin otra razón ni prueba
Que por que él lo dice y basta.
Ved si habrá diablos, vestiglos,
Duendes, brujas ó fantasmas
Que le sostengan las fuerzas
A estos duendes de *ley brava.*
No son estos como aquellos
Del tiempo que el Rey rabiaba,
Porque mientras uno vive,
Que rabie, no es cosa rara;
Mas ahora que estos duendes
Tanto estrechan la distancias,
Que mueren de hambre los vivos,
Y despues de muertos rabian.
¿No quereis creer que hay brujas?
Pensadlo bien, camaradas,
Ved esos que os represento,
Y otro millon más que falta:
Y confesad sin ambajes,
Que en este tiempo hay fantasmas,
Y mucho peores que aquellas
De que los viejos nos hablan:
Aquellas la cruz huían,
Por ser medrosas y mansas;
Pero éstas son tan terribles,
Que dellas la cruz se espanta.

UN CUBO.

Los que presumís que un cubo
Es solo mueble de casa,
Sabed que tiene acepciones
Distintas esta palabra.
Al hombre que bebe mucho
(Entiéndase que no es agua)
Cuantos le conocen, dicen
«Aquel es cubo de marca.»
A la mujer que es igual
De los hombros á las plantas,
Si está seca, es una vela,
Si gorda, cubo con náguas.
La aplicación es un cubo,
Que con cuerda de constancia,
En el pozo de la ciencia
Prodigioso néctar saca.
Un cubo es una bicoca;
Pues en una pobre casa,
Por ejemplo de un poeta,
Es cubo, jarro y tinaja.
¿Y cuántos y cuántos hay
Que por no soltar la plata
Piden agua, soga y cubo?
¡Esto sí es vivir de guagua...!
Y para cumplir mejor,
Es una Cuba mi patria,
De materiales tan ricos,
Y de construcción tan rara,
Que aunque tiene el fondo fijo
Dentro de las mares anchas,
Es un manantial inmenso
Donde por más que se saca
Jamás se agota el venero,
De oro puro, y fina plata.
Esta es la Cuba de Dios
Segun pregona la Fama.

LA FALTA IMPERDONABLE.

Adivíname, Selmira,
Cual en el mundo es la falta
Que ningun rey hasta ahora
Se ha dignado perdonarla.
—«¿La pobreza?»—«No, esa es
Enfermedad que contagia.»—
—«¿La avaricia?»—«Mucho ménos;
Porque es veneno que mata.»—
—«¿La mentira?»-«Esa es moneda
Que todo viviente gasta.»—
—«¿La...?»-«No digas más, Selmira,
Estás léjos de acertarla.
La falta que en este mundo
No la perdona ni el Papa,
La tiene hasta en los infiernos
Aquel que debe y no paga.
Yo he visto, siempre que nace
Un príncipe, ó que se casa,
O se obtiene una victoria,
O los partidos se tranzan,
Dar indultos, y en ninguno
He visto conceder gracia
Al que debe, aunque no tenga
Siquiera una sed de agua.
Dicen que una ley vigente
Dispone en la Gran Bretaña,
Que el que debe, si se muere,
Hasta con su restos paga.
¡Terribles deberán ser
Los ingleses cuanto á trampas,
Cuando para conteuerlas
Tienen una ley tan brava!
Pero volviendo al asunto;
Si el tiempo sigue cual anda
¡Cuántos irán sin perdon
Al valle de *Josezafa!*
Págame el beso, Selmira,
Que me ofreciste en la Páscua,
Y sino cuando me muera
Vendré á penar á tu casa.
Y otro más porque te he dicho
Cuál en el mundo es la falta
Que ningun rey hasta ahora
Se ha dignado perdonarla.»

EL BESO DE SELMIRA.

En una oscura noche
De Agosto, solo había
Un astro que brillaba:
Era la estrella del Amor, divina
Sobre el brocal de un pozo,
Mediado de agua fría,
Daban de un cuarto oscuro
Los hierros de una leve ventanilla.
La yedra, que enredada,
Mi pretensión cubría,
Fué la sola tercera
Del mayor gozo que sentí en mi vida.
Y aun me robó una parte;
Pues terciando una espiga
Disfrutó de la gloria
Que mi fiel corazón jamás olvida.
Mas la ventana, el pozo,
Y la estrella Ciprina,
Solos testigos fueron
De aquella celestial y eterna dicha.
Clavó sus labios rojos
En esta boca mía....
¡Abriéronse, y sonaron
Cual un tono del arpa de Corina...,
Tono tan santo y dulce,
Que ningun plectro imita:
Era... el toque de un angel...
El primer beso que me dió Selmira.

YA ME CASO.

Antes era yo enemigo
Terrible del casamiento;
Mas como dice el refran
Que «todo lo acaba el tiempo;»
Con los años voy por grados
De mi oposición cediendo,
Y estoy medio convertido,
A ser un socio del gremio.
—¡Qué diablos! (suelo decirme)
Si me caso nada pierdo;
Cuando estoy rico, me faltan
Siete reales para un peso:
La pobre á quien Barrabás
Infunda tal pensamiento,
Como se me aguante un año,
Que me corten el pescuezo.
En fin, si es tan arreglada
Que no le gusten paseos,
Que lave la ropa, cosa,
Y que cocine (en habiendo.)
Que se nutra de quintillas,
Se vista de diarios viejos,
Y saboree las frutas
Que yo le pinte en mis versos;
Entónces ya es otra cosa,
Viviremos años ciento,
Y soy capaz de llevarla
Junto conmigo en muriendo.
No encontrará en mi baul
Ni memorias de dinero;
Mas si se hace un inventario
Arreglado á mis sonetos,
No habrá tesoro en la Tierra
Que iguale á lo que yo tengo.
No digo todos, con *uno*
Que realice estoy contento.
Ahí es nada: á más del Sol
Palacios de oro y luceros,
Coloco un brillante en él,
De mil quintales, y eso
Que no lo puse mayor,
Porque me faltó el resuello.
Si quiere mantas bordadas
Y trajes de terciopelo,
Le daré cuantos me pida,
Y costosísimos ternos;
Pero daréselo todo
En pintura, por supuesto.
Casarme con una rica
No lo haré, porque más quiero
Ser pobre y libre, que echarme
Por toda la vida un dueño.
Niñas, sírvales de aviso,
A casarme estoy resuelto,
Advirtiendo, que la novia
No traiga muchos inviernos.
Que no ha de tener parientes
Criticastros ni usureros,
Y si es sola en su familia,
Tanto mejor, por aquello
De no casarme con una,
Y me cueste cargar luego,
Con suegra, suegro, cuñados,
Primos, y gatos, y perros.
Ultimamente, según
Estoy de inspirado, creo
Que me caso á ojos cerrados,
Hasta con un esqueleto.
Con que muchachas, al grano,
Acudan todas con tiempo
A hacerme proposiciones,
Porque sino... me arrepiento.

EL HOMBRE DE LA GUAGUA.

Silvio, ¿conoces aquel
Hombre de bella semblanza,
Que alegre sin gastar vive,
Y siempre decente anda?
Aquel que nunca en tabacos
Gastó medio real de plata,
Y sin embargo los fuma
Donde de valde los halla?

El que va siempre al teatro,
Entra en los bailes, y danza,
Come donde se le brinda,
Y bebe donde le llaman?
Aquel que por un cuartillo
Si le ahorcan no lo larga,
Y des que nació al presente
No hizo favor ni por chanza?
Aquel que al prójimo incita
A que gaste cuanto gana,
Y lo que su mano agencia
Bajo cien llaves lo guarda.. ?
—No me dés más señas, Fabio,
Esas que me dices bastan
Para saber que tu héroe
Es el hombre de la *guagua*.

EL PORVENIR.

Todos se consideran
Tener hartas razones
Para probar que auguran
El porvenir del hombre;
Pero sobre este punto
No están, por cierto acordes
Puesto que todos fundan
Sus místicos errores,
Sobre cálculos, unos,
Otros en tradiciones;
Fanatismo heredado
Quizá de sus mayores.
Yo, cuando dar sobre ello
Mi parecer me toque,
Diré, segun alcanzo,
Ajeno de ficciones,
Que el hombre es cómo el leño
Nacido en vírgen monte,
Y será, lo que quieran
Las manos que le corten.
Yo he visto de oro fino
Formar diablos, y flores;
Y santos y querubes
De despreciable cobre.
Yo con cruces y bandas,
He visto á salteadores,
Y en cadenas á héroes
Que honraron sus naciones.
¿Y habrá quien ésto viendo
Vanos cálculos forme,
Para probar que auguran
El porvenir del hombre?

CONSEJOS A UN POETA.

Toma las cosas, poeta,
Segun en el mundo pasan,
Vamos al grano, y dejemos
Heroismos de la Iliada.
Dirás que el amor de aplausos
Tus sentidos arrebata,
Y que por una corona
Sin otro interés trabajas.
Convengo en que es noble idea
La que al cielo te levanta;
Mas esa verás que tiene
Tambien excepciones varias.
Si por ejemplo, celebras
A una ninfa que otro ama,
Y siendo una Mesalina
Como á Lucrecia la ensalzas;
Si héroe llamas á un ladrón,
Si Trajano, á un traga-aldabas,
Si Tito, á un prostituido,
Y humano, á un tigre de Hircania:
El pueblo que los conoce
Y que rara vez se engaña,
Pues sabe por experiencia
Las cosas que por él pasan,
Dirá que eres un vendido
Que tu profesión degradas,
Y como á falso profeta
Te dará con ello en cara.
Al que por hacer negocios
Te pida versos sin tasa,
Dále cien plazos; y nunca
Sus pedidos satisfagas.

Si es de aquellos majaderos
Que hacen diez visitas diarias;
Cuéntales en cada una
Que tienes siete mil trampas
Y necesitas dinero.
Estas dos fieras palabras
Son el «Agnus Dei» que ahuyentan
Los demonios de la *guagua.*
Poeta, en las poesías
Que del corazón te salgan,
Busca imágenes aéreas,
Pinta, si quieres, fantasmas.
Con eso alcanzarás gloria
Y será eterna tu fama;
Mas cuanto á lo positivo,
Visiones á un lado aparta.
Mira que hoy por varias vías
Todos á un asunto marchan,
Y sin reparar se ha dicho:
Que á vivir y á buscar plata.
Poeta toma las cosas
Segun en el mundo pasan,
Vamos al grano, y dejemos
Heroismos de la Iliada.

LA ESTRELLA DEL DIABLO.

El que esté enfermo de muerte
O emprenda un viaje arriesgado
Présteme dinero á mí
Y haga cuenta que está en salvo.
Si es cierto que cada uno
Es dichoso ó desgraciado
Porque nace cuando brilla
Un planeta bueno ó malo;
Yo nací seguramente
Con un diabólico astro
(Se entiende, si es que el en cielo
Conserva su estrella el Diablo).
Llevóme el *cólera* deudos,
Y una mujer, que aun la amo,
Despues me robó la muerte
A un fiel amigo y hermano.
Donde quiera que me mudo
Encuentro vecinos sandios,
Y mis comunes visitas
Son de tontos y arrancados.
Si en el camino me llueve
Y entro en una casa, hallo
Viejas que rezan á gritos
Creyendo espantar los rayos.
Si á un festin voy por sacar
Mi estómago de mal año,
En repartir y hacer versos
Me dejan en cruz y en cuadro.
En cualquier taberna me entra
Por la fuerza un desalmado,
Me pone un vaso en la diestra
Y exclama—«Diga usted algo»—
Yo bien pudiera decirle
Que es un desmoralizado,
Y que con su obligación
No cumplen los comisarios.
Mas como éstos son asuntos
Que no me atañen, me callo,
Y además, que mis costillas
Ningun que sentir me han dado,
Para que así las exponga
A que un monton de borrachos
Descargue una lluvia en ellas
De puñetes ó trancazos.
Cuando me ven en chancletas
Me piden viejos zapatos,
Y otros vienen por dinero
Cuando no tengo un ochavo.
Todas las madres celebran
Sus chiquillos por callados,
Y cuando yo las visito
Se desgañitan llorando.
Si presto algun libro, no
Vuelvo á verlo, ni pintado,
Y si alguno me lo presta
Hasta el alquiler le pago.
Esta es mi suerte en la vida,
Y otras mil cosas que callo;
Porque á relatar el todo
Ni en muchos pliegos acabo.
Ved si es cierto que nací
Con un diabólico astro.
(Se entiende, si es que en el cielo
Conserva su estrella el Diablo.)

EL SIGNO.

¿A qué no sabeis, del año
En cual de los doce signos
Deberá nacer el hombre
Que ha de parar en marido?
Me direis que hay tres tan propios
Para el objeto antedicho
Que cualquiera á la ventura
Puede quedar elegido.
Algunos del manso Aries
Estarán por el partido;
Otros tomarán á Tauro
Fundándose en que es rollizo.
Cada cual nombre el que guste:
Yo con el derecho mismo
De elección que tienen todos,
A Capricornio me inclino.
Porque á más de ser ligero,
Alegre y asustadizo,
Es animal que le apuntan
Los pitones desde chico:
Y como dientes y astas
(Segun me ha dicho un amigo)
Al nacer duelen, y son
Utiles cuando han crecido:
Yo quiero que cuando lleguen
A ser esposos mis hijos
Ya tengan los cuernos duros,
Y de ese modo consigo
Dos cosas: la una, que huyan
Al verse en un compromiso,
Porque ser casado y guapo
No es atributo de chivo:
Y la otra, que no reparen,
Ya sean blancos ó amarillos,
Si los hijos de su esposa
Salen negros ó cenizos.
Hé aquí de qué cualidades
Deben gozar, por su signo,
Los hombres predestinados
Que nacen para maridos.

NOMBRES CAMBIADOS.

En lo muy poco de mundo
Que tengo visto, he notado
Que hay nombres tan contrapuestos
A los que suelen llevarlos,
Que, á pensarlo bien, parecen
Ser de exprofeso buscados,
Para que sean más visibles
Los defectos de sus amos.
Por ejemplo: Pedro es nombre
Que deben llevar los calvos,
Y hay Pedros que pelos tienen
En las palmas de las manos.
Justos que en el mismo infierno
No puede haberlos más malos.
Inocentes hay que saben
Siete veces más que el diablo.
Juanes que con ser Bautistas,
Maldito si son cristianos;
Y Benignos, que en no serlos
Cifran todo su conato.

Prósperos hay ¡vive Dios!
Que nunca tienen un cuarto;
Serafines, horrorosos,
Y Cristóbales enanos.
Hé aquí porque la experiencia
Hace á los viejos ser cautos;
Y dicen algunos de ellos,
Se entiende aquellos más sabios,
Que «á los hombres por sus hechos;»
Pues padece el mismo engaño
El que juzga por los nombres,
Que el que se atiene á dictados.

COMPARACIONES.

Como las alegres flores
Con cuyas colores varias
Se ornan los bellos jardines
Y los prados se engalanan,
Que en las apacibles noches
Pueblan el aire de ámbar,
Que nacen del Sol á puestas
Y mueren á la mañana.
Como las brisas lijeras
Que rebatiendo sus alas
Súbitas desaparecen
Delante de las borrascas:
Como las brillantes chispas
Que voráz incendio lanza,
Que rápidas giran, vuelan,
Y al mismo instante se apagan;
Y por fin, como las olas
Ya soberbias ó ya mansas
Que unas tras otras caminan
A disolverse en la playa;
Así sin parar un punto
Siguen los pueblos la marcha
De los siglos, y con ellos
Las generaciones pasan.

NOTAS DE LOS ROMANCES

(1) D. Francisco Iturrondo.

(2) Bellas poesías de este poeta.

(3) Atendiendo al asunto de esta composición, y no á su forma artística que la expulsa del romance, la colocamos aquí porque ella forma la primera parte de las subsecuentes del mismo título y asunto y las cuales cumplen con las reglas del arte.

(4) Histórico.

(5) Escrito en los primeros días de la última prision que sirvió de pretexto al asesinato del poeta.

(6) Esta composición, que nada tiene de particular, fué hecha por PLACID y suscrita por Fela segun era costumbre en aquella época entre los poeta que cantaron á D. Francisco Martinez de la Rosa, suscribiendo sus ded catorias á nombre de sus esposas ó amadas.

S. A. M.

CUARTA PARTE

POESÍAS VARIAS

A UNA FLOR.(1)

CANCIÓN.

Bella flor, cándida y pura,
Que puedes con el olor
Que te prodigó natura
Eclipsar en hermosura
A la estrella del amor.
Flor que ignorada en el suelo
Te ocultas, por no pagar
De mi pasión el anhelo,
Pudiendo hermosa brillar
Como la aurora en el cielo.
¿Porqué causa, flor preciosa,
En las zarzas del jardin
Escondes tu faz graciosa,
Siendo fresca cual la rosa
Y más suave que el jazmin?
Bella flor, ¿tú desconfías
Al regar el Sol su luz
De aquestas protestas mías?
Yo te juro por la cruz
Regarte todos los días.
No me esquives tus placeres,
Purpúrea reina de Abril,
Y pues sé que nunca mueres,
Siendo siempre-viva, eres
La Sultana del pensil.
Soy un pobre jardinero,
Y solo un bien te aseguro:
Que es un corazón sincero,
Tan claro brillante y puro,
Como la luna de Enero.
Y para que no descuides
En siempre avivar las llamas
De este pecho en que resides;
Tú, «siempre-viva» te aclamas,
Yo me llamo «no me olvides.»

LA GUIRNALDA.

Al S.r Cláudio Martinez de Pinillos.

En la apacible márgen
Del Yumurí tranquilo
Que el aguinaldo adorna,
Y dá perfume el lirio:
Dó vuelan y retozan
Los bellos pajarillos
Cantando la alborada
Con melodiosos trinos.
Apenas el Sol dora
La copa de los pinos

Con los ardientes rayos
De su fulgente disco,
Risueña está una jóven
De aspecto peregrino
Tegiendo una guirnalda
De rosas y de lirios.
Ceñida está su frente
De plumas y zafiros,
Sus brazos, de albas conchas,
Sus plantas, de oro fino.
Por cima de los hombros
Despréndese blanquísimo
El manto primoroso
Del algodon más rico,
En donde muellemente
Confúndense los rizos
De su cabello hermoso,
Que besa el airecillo.
¡Acaso es una Driade
Del bosque aquí vecino,
O bien hermosa ninfa
Del transparente río...!
La jóven es Matánzas
Que en sus manos quiso
Ornar de una *Guirnalda*
La frente de Pinillos.

A CARMINA.

EN SUS DÍAS. (2)

1.°

Ya luce, Carmina Hermosa,
Del cielo el áureo fulgor,
Y mi lira presurosa,
Canta como el ruiseñor
Que trina junto á una rosa.
Junto á una rosa divina,
Cuyo purpúreo botón
Vierte esencia peregrina,
Porque eres la flor ciprina
Que ensalza mi corazón.
Mi corazón, que levanta
Con acordes melodías
Himnos á hermosura tanta,
Como ruiseñor que canta
Felicitando tus días.
Sus jazmines te dé Flora,
Su titilar las estrellas,
La fuente, espuma sonora,
El alba sus perlas bellas
Y sus esmaltes la Aurora.
Y si en la Grecia ofrecieron
Inciensos á una deidad
Que «Vénus» llamar quisieron
Fué porque el astro no vieron,
Carmina, de tu beldad.
Porque si le viesen, luego
Inciensos te hubieran dado
El Indio, el Persa y el Griego,
Y el mundo ardiera postrado
De tu belleza en el fuego.
En ese incendio de gloria,
Que se abrasa el alma mía,
Del cual no guarda memoria
La lírica poësía,
Ni tiene ejemplos la historia.

2.°

En ese fuego refulgente y puro
Muy más que el Sol, espléndido y brillante,
Nombre que el tiempo guardará futuro
En signo de finísimo diamante:
Nombre feliz que vivirá seguro
Del negro olvido y la maldad, triunfante;
Pues como un ángel sacro sin mancilla,
Al fin del trono del Eterno brilla.

Brilla, y su luz por la region derrama,
Y en el espacio su fulgor se extiende,
Cual lumbre excelsa de celeste llama
Que en el altar de la virtud se enciende:
Ni muje el Aquilón, ni el ponto brama,
Cuando esta antorcha en el Empíreo prende
El querub de la paz y bienandanza,
Que te formó de Dios á semejanza.
Salve á tu gracia, jóven adorada,
Suave amapola, angelical doncella,
Como las palmas del Jordan, sagrada,
Más que las rocas del Olimpo bella.
Acoje mi expresión inmaculada,
Cielo de la virtud, de amor estrella
Mientras la márgen de Helicón divina,
Salve entona en tu loor, Carmina.

DECLARACIÓN DE AMOR.

Belleza celestial en cuyo fuego,
Como en lava del Etna abrasadora,
Arde mi corazón de amores ciego
Al fulgor de tu alma encantadora;
Oye benigna el ardoroso ruego
De un infeliz que tu hermosura adora,
Y al eco dulce de tu acento santo,
Consuela su dolor, calma su llanto.
No el imposible en que te ves cercada
Al desaliento mi pasión inclina,
Que aunque nace de espinas rodeada,
No por ello la rosa purpurina
Deja de ser del céfiro besada,
Y la suave azucena y clavellina,
Burlando de sus guardas el intento
Embalsaman con ámbares el viento.
El blanco lirio entre su cáliz bello,
Guarda el licor del alba en el estío;
Mas de la aurora al matinal destello
Si otra diáfana gota del rocío,
Desciende á ungir su vegetal cabello,
No esquiva el tallo del argento frío;
Antes acoge con ufano anhelo,
La nueva perla que le brinda el cielo.
Por tanto, ¡oh bella! de mi amante cuita,
Menos cruel conduélete piadosa,
Ya que tu rostro angelical imita,
Lirio, azucena, clavellina y rosa,
Y si usares bondad tan infinita,

Si un alma abrigas cual tu cuerpo hermosa
Premia la fé de quien será tu amante,
De su existencia hasta el postrer instante.
Prémiala, sí, que un límpido arroyuelo
Entre su linfa de luciente plata,
No se enturbia jamás porque del cielo
Distintos astros á la vez retrata.
Y como cubre de la noche el velo
Las quietas horas de su dicha grata,
Nunca celoso el Sol le dá querellas,
Ignorando su amor con las estrellas.
Lo mismo puede dulce prenda mía;
Nuestro trato simpático, amoroso,
Cubrirse cual la fuente en noche umbría
De un velo impenetrable y misterioso.
No podrá en nuestra plácida alegría
Sorprendernos el astro luminoso;
Pues como estrella dejaré la fuente,
Antes que él aparezca en el Oriente.

RECUERDOS A UNA CONCHITA. (3)

1.°

Oye benigna, refulgente estrella,
Que fuiste un tiempo de mi dulce amor,
Concha de nácar deslumbrante y bella,
Emblema de la gracia y el candor.
Oye benigna el cántico sincero
Que te dedica mi infeliz laud,
Dichosa imágen del amor primero,
Símbolo de inocencia y de virtud.
Cual viudo ruiseñor que entristecido,
Despues que el móvil de su amor perdió
Recuerda el árbol de verdor vestido,
Donde su dicha celestial cantó:
Y allá del monte en la fecunda falda
Sueña mirar lo que su encanto fué,
Y entre sus anchas hojas de esmeralda,
Su blando nido y sus hijuelos vé.
Asi yo en medio del letal beleño,
En que la ausencia me sumió mortal,
Ver me parece en venturoso sueño
De tu frente la lumbre celestial.
El suave labio leve y purpurino,
Fuente animada de ciprina miel,
La leve planta, el rostro peregrino,
De grana y de jazmin, nieve y clavel.

Y esos árabes ojos esplendentes
Que disparan de amor centellas mil,
Círculos de azabache refulgentes
Incrustados en globos de marfil;
Dos iris son tus cejas extasiantes,
Y tus luengas pestañas negras, son
Vivos dardos de ébano punzantes,
Que derechos se van al corazón.
Al corazón que triste y oprimido,
Recuerda el tiempo que olvidando vas,
Tiempo dichoso por su mal perdido,
Que ya no espera contemplar jamás.

2.°

Pero ya que no le es dado
Disfrutar tanta ventura,
Pueda al menos extasiado
Cantar de gozo embriagado
Tu angelical hermosura.
Disfrute el almo placer
De tu vista soberana,
Y alivie su padecer,
Sustentándose mañana
Con los recuerdos de ayer.
Y en su soñada alegría
Consuélese, como el alma
Del que en tempestad sombría,
Se figura ver la calma
De un claro y sereno día.
Mas ¡ay! se dobla el pesar,
Como el que libre en prisión
Se cree, y al despertar,
Disipando la ilusión
Siente los grillos sonar.
Y busca en la oscuridad
El sueño por menos daño,
Pues de su felicidad
Quiere gozar el engaño,
Ya que no la realidad.
Así en mi cruel situación
Dormir el alma no siente,
Como en dulce sensación,
Tus gracias tengo en la mente,
Y el nombre en el corazón.

UNA SUPLICA.

A las S.ras Pantanelli y Rossi.

Si habeis cruzado los rugientes mares
Por desterrar del Yumurí las penas
Y suspender los índicos palmares
Y sus corrientes detener serenas
Con vuestra dulce voz: cantad sirenas,
Y no penseis partir.
¡Cómo! ¿tan presto,
Pantanelli divina,
El suelo de la paz ¡ay! abandonas...?
¿Y tú, cándida Rossi peregrina,
Que de hechicera y de cortés blasonas,
Rigurosas podreis en un momento
Al pueblo dar tan hórrido tormento
Donde os llueven aplausos y coronas?
No, por piedad, tended la vista

A ese grupo imponente de hermosuras
Cuyos afectos vuestro don conquista,
Avidas de escuchar tantas dulzuras,
Concededles la gracia que pretenden
Aquellas que á los cielos os suspenden
¡Oh Julieta y Romeo!
Si no son vuestros pechos de diamante
Duros como el escudo relumbrante
Que hizo Vulcano al hijo de Peleo.
Si el armónico son de los querubes
Que cantan en la gloria reclinados
Sobre alcatifas de plateadas nubes
Es tan grata á los bienaventurados;
Dichosos los que llegan á gozarlos.
¡Infelices de aquellos
Que bajan desterrados al abismo!
Y si producen el efecto mismo
¿Quién no anhela morir por escucharlos?
Cuando tratais de amor, y oye quien ama,
Fundado teme que el placer le oprima,
Su voz desmaya, su color se anima,
Su palpitante corazón se inflama,
Y este deleite santo de la vida
¿Nos quereis esquivar? no seais crueles,
Suspended la partida,
Dejad que os coronemos de laureles,
Confirmad nuestras dulces esperanzas:
Pídenlo así por nuestros votos fieles
Las bellísimas hijas de Matánzas.

JUICIO DEL ANO 1838.

Si dar lo que no se tiene
Un árduo problema implica
Que tal vez no resolviera
El más versado sofista,
Aquí la Naturaleza
Os dá la prueba sencilla,
Pues os voy un juicio hacer
Sin tener de juicio chispa.
No os anunciaré por cierto,
Ni venturas, ni desdichas,
Que en el reino de la Luna
Se engaña quien pronostica.
En lúnes empieza el año,
Preside el zodiaco Cintia,
Buena cosecha os espera,
No perdais el tiempo, niñas,
Estais tan interesantes
Cuando la Luna os domina,
Que pareceis cada una
Una Leonor una Elvira,
Y si entra la Luna en moda
Y á los hombres romantiza,
En cada novio hallareis
Un Trovador, un Macias.
Al propósito de novios;
Les daré una leccioncilla,
Porque hablar de casamientos
Es cosa que me electriza.
Por el aspecto que ofrecen
Las cosas cuando se miran,
Se sacarán consecuencias
Exactas de lo que indican.
Así, jóvenes amantes,
Los que mis consejos sigan,

Casaos, y observad las leyes
Que os voy á dar en seguida.
No os caseis en luna nueva,
Que trae cuernos por insignia;
Y aunque son de oro, son cuernos
Que hasta el nombre mortifica.
Tampoco es bueno en creciente,
Que Vénus del mar es hija
Y suele andar la hermosura
En la creciente, crecida.
En *la llena* ni por pienso
Caseis con pobres y ricas
Porque pueden venir llenas
Y tardar en ser vacías.
En menguante es disparate
Casarse por vida mía;
Pues lo que empieza menguando
Muy malamente principia.
¿Es cerca la conjunción?
Casaros si es bella y rica,
Que al fin os dejará plata,
Y puede morirse aprisa.
Perdonad si tardo en estas
Que parecen boberías,
Y pasemos á otras cosas.
Quiero, Luna, que me digas,
¿Qué habrá de nuevo este año
En nuestra fecunda Antilla?
«Habrá (contestóme queda,
Entre nubes escondida)
Habrá máscaras, ¿me entiendes?
Es decir, hipocresía
Que en público te celebran,
Y en secreto te asesinan.
Habrá quien por parecer
Hombre de conducta limpia,
De la opinion de los otros
Hable mal de noche y día.
Habrá enamorados gatos
Las noches de Enero frías,
Que las pasarán sin capas
Si alguno no se las fía.
Habrá quien para un tomate
Cuarenta sonetos pida,
Aunque se lleve el demonio
Al que hace las poesías.
Comerá el que trabajare,
El que nó, que coma espinas;
Y al que fuere vagabundo
O quiera pasar la vida
Cual tú haciendo malas coplas
Sin utilidad maldita,
Hay veinte leguas de aquí
Una fábrica exquisita
Donde siempre sobra un mazo
Y hace falta un parte-chinas,
Que al cabo de los diez años
Salen todos diamantistas.
Adios, y cuenta que yerras
Si mis sentencias olvidas.»—
Dijo la Luna, ocultóse,
Y hora mi voz os suplica,
Me dejeis quieto este año
Sin buscar las coplas mías,
No sea que me toque el mazo
Sobrante entre diamantistas
Y vaya á pagar mis deudas
(¡Me estremezco!) en romper chinas.

DESPEDIDA.

A las S.ras Doña Manuela y Doña Inocencia Martinez
Primeras Actrices de nuestro Teatro.

CANCIÓN.

Dadme el arpa de nácar, bañada
Con las gotas del Alba, que brilla
Cual la rosa, que argenta en su orilla
La corriente raudal de Helicón.
¿Oís...? Está por las musas templada,
De sus sones los campos se llenan,
Y Maisí los repite, y resuenan
Por la vasta celeste región.

Bellas ninfas, que en mundo abreviado
Ya en terribles, ya en suaves lecciones,
Retratando distintas pasiones
Las haceis conocer y sentir:
Mi sincera amistad os he dado,
(Don bien raro en el tiempo presente)
Mas ¿qué os puedo ofrecer? solamente
Un adiós pesaroso al partir.
Sí, un adiós, cual sinsonte canoro
Que posado en un alta palmera
Vé al marchar la feliz Primavera,
De los prados marchito el verdor.
Ya no habrá quien con gracia y decoro
En la escena dó el alma se eleva
Con imágenes vivas nos mueva
Ya inspirando placer, ya dolor.
A tí, grata y sensible Hormesinda, (4)
Por sufrir libertando á tu hermano,
Mortal golpe de acero tirano
Que tu bárbaro amante vibró:
Mi arpa fiel en sus cuerdas te brinda
Discantando en la trágica historia,
La aureola celeste de gloria
Que tu cándida frente ciñó.
Y á tí, dulce y amable *Inocencia*,
Si lejana repites un día
El sublime papel de María,
Con más tino que quiso el autor:
Al volver del desmayo, en presencia
De tus padres y amante, que admiro,
Cuando exhales el hondo suspiro,
Hazlo en prez de tu ausente cantor.

LAS PALMAS DEL YUMURÍ.

A la S.rta Ursula Deville.

Ninfa del Yumurí, vírgen hermosa
Cual la del alba matinal sonrisa
Cuando en el cáliz de un clavel se posa
Llevada por el céfiro y la brisa,
Y en quien ostenta Cuba venturosa
La pompa y gala de su rico suelo,
El eco de sus gratos ruiseñores,
La brillantez de su encantado cielo
Y el balsámico aliento de sus flores.
Salve mil veces, cándida Ursulina,
Cuya voz dulce, musical, descuella
En la patria de Heredia peregrina,

Como en las ruinas de la Alhambra bella
El canto de la alondra matutina.
¡Qué esperas, dí...? ¿Legar á la memoria
Vagos recuerdos? páginas confusas
Quieres dejar á la cubana historia
Subir debiendo al carro de las musas
Y lanzarte en la senda de la gloria?
¿No ves, rosa de Idalia,
Angel preciado de la rubia zona,
Que las artistas célebres de Italia
A las que solo su renombre abona,
Si á tí las une su feliz destino
Contigo acuerdan su expresar divino,
Parten contigo su genial corona...?
¿Quién podrá marchitarte las sagradas
Diademas que te adornan, casta Hurí,
Puras, como las conchas nacaradas
Que el mar regala al sesgo Yumurí?
Nadie, por Dios, á disputar se atreve
Ese don que disfrutas celestial:
Nadie, por Dios, marchita en lo más leve
Tu artística guirnalda tropical.
Y si es del cielo tu inspirada gracia,
Dí á los potentes que en tu torno están:
«Ola, ricos de la alta aristocracia
Ved en mí la Cubana Malibran.»
Y es así la verdad: Pues por ventura
Cuando mil almas de tu voz pendían
Y diademas y aplausos te llovian,
¿No eras la reina, tú, de la hermosura
De tu mérito y gracia admiradores
¡Cuántos quedaron por tu amor muriendo,
Y cuántos te colmaron de loores
Y bendiciones al partir, cubriendo
Tu sien de lauros y tus piés de flores...!
Cuando tu acento divinal sonaba,
El lejano Canímar que entreoía,
Su cristal en la arena reclinaba,
Y la onda tersa que á morir corría
Sobre las duras peñas se rompía;
Mas por nó interrumpirte, no sonaba.
El San Juan apacible, su sonora
Linfa detuvo: en nube transparente
Veló su faz la Luna brilladora,
Y el Pan quebró seis palmas de su frente
Para ceñir á su inmortal cantora.

LA FAMA.

Algunos moralistas
Quieren que aquel que haya
De escribir censurando
Costumbres degradadas,
En burlador estilo,
Con jocosas palabras,
Para enseñar riendo,
Sus reprensiones haga.
Convengo en que es la senda
Más fácil y trillada,
Y si se quiere, dulce,
Para ligeras faltas;
Mas tambien es preciso
Que los que tal aclaman,
Confiesen que esta regla
Tiene excepciones varias.
Hay épocas terribles,
Costumbres depravadas
En que los vicios medran
Con fuerza extraordinaria.
El mal, la risa entónces
A remediar no alcanza;
Pues la ambición es ciega,
Y es ciega la ignorancia.
Entónces es preciso
Con vigorosa alma
Decir á los mortales
Verdades muy amargas.
Ellos verán con odio
Al que con noble audacia,
Sin vacilar les eche
Sus defectos en cara;
Mas aunque le persigan
Cebando en él su rabia,
¿La vida qué le importa
Si nació de la nada?
Si injusto el mismo mundo
A la muerte le arrastra,
Él al sepulcro, alegre
Con su victoria baja;
Seguro que algun día,
Los nietos de esa raza,
Irán á regar flores
Sobre su tumba helada:
Y las doctas sentencias
Que proclamó, grabadas
De la gloria en el templo,
Publicará la FAMA.

AL S.R IGNACIO MARTINEZ.

Venga á mis manos por la vez primera
El arpa de oro de acordado acento,
Y en su armónica voz mi pensamiento
Suba entre aplauso á la azulada esfera
Bañado de contento.
Dénme los campos de mi patria amada,
Sus claras fuentes, y sus flores bellas,
La dulce inspiración que encuentra en ellas
El alma del poeta apasionada,
Y canta entre querellas.
Que más sublime la emocion que siento,
Más casta y pura que el amor tirano,
El arpa de oro colocó en mi mano
Y dió á mi labio el melodioso acento
Del canto soberano.



.... y espiró el guerrero
invencible en las Cruzadas,
en la sala dó naciera,
y sobre la misma cama.

El hijo de Maldición: La Muerte.

Sobre el Oriente fúlgido en su coche,
El padre de la luz se alzó triunfante,
Al poder de su antorcha rutilante
Plega su manto tímida la noche,
Trina el pájaro amante.
La extensa vega entre variadas flores
La luz rielando con placer, dilata
Claros arroyos de huyente plata
Que en su curso reflejan los colores
Que el Iris nos retrata.

Y mi canto y mi armonía
A par del dulce contento,
Saludan tu nacimiento
En ecos de bendición.
Que es la amistad sacrosanta
Un punto que puso el cielo
Entre la gloria y el suelo
Como lazo de su unión.

Y la mente enaltecida
Con su llama ardiente, pura,
Preconiza tu ventura,
¡Oh mi amigo! en el laud,
Que es dulce deber sublime
Del pecho que amor rebosa
Dar entre aplauso una rosa
Al talento y la virtud.

JUICIO DEL AÑO DE 1841.

¡Albricias, preciosas niñas!
Que Vénus, benigna Diosa,
Entre embelesos y amores
Del año va á ser Señora,
Y diz un viejo agorero
(Que aunque nécio tiene borlas)
Que vendrá sobre una nube
Coronada de albas rosas
En un carro de marfil
Tirado por dos palomas,
Emblema que simboliza
(Segun concibe su cholla)
Que habrá tempestad de amantes,
Chubascos de lindas mozas
Con ventiscos de vejetes
Que tambien harán la ronza;
Que habrá yelos de maridos,
Y granizadas de esposas;
Y que *Sol* en *Capricornio*
Será *signo* de las bodas.
Que habrá niñas de dos siglos
Fresquecitas como momias,
Teniendo más tizne encima
Que una cocina de monjas,
Que celosas de un amante
De éstos formados de alcorza,
Con un alma de Macias,
Se nos cuelguen de una soga.
Mas yo infiero, ninfas bellas,
Que el vejete de las borlas
Nos sopla sendas mentiras
En conjeturas erróneas;
Y apostar un real me atrevo
Que es embustera su boca,
Por las sencillas razones
Que á mostraros paso ahora.
Yo que soy por mis pecados
Zurcidor de malas coplas,
Y como vate comprendo
Las verdades más recónditas,
No estoy con el chocho anciano
Por las ideas diabólicas
Que en el siglo diez y nueve
Son tenidas por exóticas.
Y con más sencillas frases
Y sin figuras retóricas
Probaré á formar mi juicio
(Que en verdad no es poca cosa)
Santiguado, como debo,
Y es costumbre religiosa
Al comenzar un cualquiera
Una buena ó mala obra,
Diré, mis queridas niñas,
Que si fueron provechosas

Las lecciones que un pedante
Me ha encajado de astrológia,
En el año que principia
Habrá cosas portentosas.......
Habrá.... ¡Jesús...! me espeluzno
Al mentar las tales cosas....
Habrá... escribanos...—(bajito)
Y... pleitos... ¡calla! y camorras,
Boticarios.... refacciones,
Y autos... y vistos... y... Costas!
Petardistas y.... tramposos....
Y limosneros en tropas.
Abrenuncio! ¡qué rosario!
Y aun no es todo, mis señoras;
Que habrá tambien mil *pedantes*
Y literatos de moda
Que mil dramas nos parfullan
Con tal mágia y bataola,
Que la dama muera ahorcada,
El galan se vuelva loma,
El gracioso un para-rayos,
Y los demás culebrotas....
Saliendo el apuntador
Un espectro de su concha
Que á sus lúgubres graznidos
El teatro se desploma.
Habrá tambien pelagatos
Que las echen de personas,
Y niñitas inocentes
Que á quererlos se dispongan
Porque llevan pantalones
Y casaquitas de Anglona,
Y espejuelos y patillas,
Y una guadaña con borlas.
Y *mamitas* indulgentes
Que duerman en sus poltronas
Mientras los chicos ¡qué gracia!
Pelan la pava á sus solas
(Con modestia, se comprende)
Al compás de lo que ronca....
Mas ¿qué digo? frioleras
Por corriente tales bromas
No se han hecho ya? y merecen
Se les llame portentosas...?
Pues borrarlas, mis queridas,
Que voy á la *Filarmónica*
A bailar una *mazurka*
Gran *rigodón* ó *gavota*....
¡Ay, cuántas lindas muchachas!
Toda el alma me la roban...!
—Señorita, si usted gusta,
Esta danza que se toca...—
—Estoy ya comprometida.—
(Pasaremos á esta otra.)
—Quién viene á citar á un baile?
Esa es costumbre ranciosa
Aquí baila cada uno,
Entiende usted, con su novia,
Y el que nó, *comiendo pavo*
Paga su incuria amatoria.—
En esto rapante pifia
Del clarinete y la trompa,
Que repite el contrabajo
Con sus *tremolantes notas*
(Que dá todos los sonidos
Menos lo que indican solfa)
Me estremecen y... despierto
Rebujado con mi colcha.
Limpiéme muy bien los ojos,
Y abriendo un palmo de boca,
Y pensando en lo soñado
Me dije yo acá á mis solas:
—Esta visión que he tenido
Del año nuevo es chistosa...!
Y merece la publique
En sus columnas la *Aurora*
Por sus puntas de verdades
Con sus ribetes de bromas,
Con el más cumplido juicio
Que con arpa sonorosa
Pudiera formar del año
El poeta de más nota;
Con advertir que los sabios
A los astros acogotan
Y que mande Dios pesetas,
Y dejar rodar la bola.

DESPEDIDA A SELMIRA.

CANCION.

Adiós, Selmira amada,
Mi dulce y cara amiga,
Pura, cándida y bella,
Cual de un arroyo la serena linfa.
Adiós, que triste dejo
La tierra peregrina
Donde están mis amores,
Mis amistades, mi existencia misma.
Ignoro á dó me lleva
La triste suerte mía,
Mas nunca de mi mente
Se apartará tu imágen peregrina.
Cual tórtola asustada
En noche oscura y fría,
Del arcabuz al eco
El arbol deja dó su amante habita;
Y luego que la Aurora
Los cielos ilumina,
Torna al nido gozosa
Y arrullando salúdale festiva;
Así yo arrebatado
De la desgracia impía,
Voy á vagar incierto
Mientras pasa la noche de mis cuitas.
Y cuando la fortuna
Más plácida me ría,
Vendré, para ser tuyo
Hasta el último instante de mi vida.
Mi corazón te queda,
Y hasta ese feliz día
En que á vernos volvamos
No me olvides; adiós... adiós Selmira.

EL POETA.

En tanto que el mundo velado en su sombra
Nos hace en el lecho dormir y soñar,
Vagar solitario le es grato á un poeta,
En vírgenes montes, á orillas del mar.
Y si es donde el monte vecino á la playa
Sus pinos gigantes se ven descollar,

Mecerse los ramos, lucir las estrellas,
La arena bullirse, las ondas sonar;
Entónces no es hombre que huella la tierra,
Es genio que mide la etérea región,
Es arpa sagrada que suena en las nubes,
Proféticos himnos sus cánticos son.
El globo, tan solo parécele un punto
Opaco, invisible, de mera ficción,
Y vé entre los astros su sien coronada
Con palmas y olivas del monte Sión.

Mira de allí con horror
Este suelo engañador
Y advierte que es una feria
De falsedad y miseria
De tormento y de terror.
Y al ver la suerte fatal
Que en esta vida le toca
Exclama ¡infeliz mortal!
Y se escapa de su boca
Un bajo y cortado «¡mal...!»
Maldición, iba á decir;
Pero un trueno le sujeta
Que hace esta voz percibir;
«¡No ultrajes á Dios, poeta,
Tu misión no es maldecir...!»
Él entónces ledo mira
La nube que lanza el trueno,
Calla, obedece, suspira,
Y con ánimo sereno
Requiere su blanda lira.

Y canta á Jehová sagrado,
Unico bien que percibe
De los hombres olvidado;
Porque el hombre mientras vive
No merece ser cantado.
¡Ay! cuántas veces cantó
A muchos que justos fueron
Porque el mundo se engañó;
Y sus cantos se perdieron
Y él despues se arrepintió.
Ni á las beldades procura
Embellecer su arrebol,
Pues sabe por desventura
Que no es fijo como el Sol
El favor de la hermosura.
Ni ensalza en dulce canción
Las aparentes virtudes
Que mentidas sombras son;
Pues tiene de ingratitudes
Harto lleno el corazón.

Él solo dirije su canto al Eterno
Al Rey de los reyes, al Dios de Judá
Al Santo de santos, al justo, al sagrado,
Al fuerte, al glorioso divino Jehová.
Y el mundo le burla su cántico oyendo,
Y él quiere del mundo tener compasión,
¿Qué sabe la tierra lo que es un poeta?
¿Qué saben los hombres lo que es corazón?
Tan solo un poeta desprecia los bienes,
Él solo á las nubes levántase en pos
De lauros, de glorias, de eternos aplausos,
Tan solo el poeta comprende á su Dios.

UN SUEÑO.

A UN AMIGO.

La víspera de tu día
Que es signo de mi fortuna,
El Sol marchádose había;
Solo brillaba la Luna
En tanto que yo dormía.
Como dormí vacilando
En la deuda que te estaba,
Mi ineptitud lamentando,
Soñé que te saludaba,
Y te saludé sonando.
Mi corazón presumí
Ver desnudo del amor
Que siempre muestra hácia tí,
Y agobiado de dolor
Interrogábale así.
«¿Donde está, corazón, el fuego santo
Que en más próspero tiempo te animaba?
¿Dó el dulcísimo encanto
Que en los opuestos polos resonaba,
Cuando con blanda lira
Del hado osaste desdeñar la injuria,
Como peñasco altivo que resiste
Del huracan horrísono la furia,
Y aparecer supiste
Claro, puro, luciente y sin mancilla?
Alegre y candoroso
Como el rey de los astros luminoso
Cuando despues de la tormenta brilla;
¿Qué, se extinguió la celestina llama
Innata y pura que en tu centro ardía?
Cuyas ígneas partículas, más llenas
Estaban de sagrada poesía,
Que los desiertos líbicos de arenas,
Que el cielo de astros en la noche fría,
Que el mar de oleadas y de luz el día.»—
«¡Extinguirse un volcan...! no se quebranta
Jamás un don que el cielo dá propicio.
¿Quieres loar el bello natalicio
De tu incansable protector? levanta
La frente sin temor, y en grato verso
Por la vasta extensión del Universo
Rápido vuela y sus natales canta.»
Esto dijo una voz en el espacio,

Que inmenso gozo al corazón inspira.
Abrí los ojos, percibí una lira
Con cuerdas de oro; un plectro de topacio.
Tomé sin despertar maquinalmente
Estos objetos que encontré á mi lado,
Y de mágico contento arrebatado
Canté soñando tu dichoso oriente.
Canté tu nacimiento,
Símbolo de ventura y de contento,
Como el Ságua sonoro,
Que extasiando las almas,
Nace entre verdes palmas
Y se desliza sobre arenas de oro.
Canté tu edad lozana,
Cándida como estrella en la mañana,
Y tu lealtad sincera,
Tu trato afable y fino,
Cual jazmin peregrino
Que embalsama la dulce Primavera.
Mas al cantar ansioso
Tu natural modesto y generoso,
Lo sentí sin pintarte,
Pues aunque el alma mía
Inspiración tenía,
Faltábame la voz para alabarte.
Desperté alborozado
Creyéndote de lauros coronado,
Mas torné el gozo en ira
No hallando el canto pleno,
Y de inspiración lleno,
Quise romper las cuerdas de la lira.
Arrepentíme luego
De mi iracundo intempestivo fuego;
Pues si faltan laudes
Que te ensalcen dichosos,
Sobran hechos gloriosos
Que proclaman al mundo tus virtudes.

A LA REINA DE LA HERMOSURA.

IMPROVISADA.

De oro al bordar la tropical cortina
No es tan bella la Aurora transparente
Ni tan hermosa se mostró Corina
En olímpica lid resplandeciente,
Cual tú en brillante carrosel divina
Entre el clamor de la cubana gente,
Y ámbares derramando como Flora,
Diste envidia á Corina y á la Aurora.

EL ECO DE LA GRUTA.

«Hijo de Hatuey, salud! dijeron ledas
Las altas cumbres y arenosas playas
Que ornan los campos de la vírgen Cuba;
Cuando el bajel velero divisaran
Conductor de su bardo, el dulce Heredia,
A quien cubriera de laurel la Fama.
Las bellas sienes de jazmin ceñidas
Sus Ninfas muestran y azucenas blancas,
Y al son del plectro que los vates pulsan,
En sacros himnos tus lóores cantan.
No de otra suerte de Fingal las hijas
De Morven por las selvas solitarias,
Cánticos gratos de placer vertiendo,
Al palacio de Selma se acercaban
A victorear la deseada vuelta
De Osian, famoso por la voz y el arpa.
Yo, el más humilde y débil de los hijos
Que del índico mar la reina halaga,
En tu prez canto de lisonja ajeno;
Y cual la gota líquida que el Alba
Destila sobre el cáliz de una rosa,
Así mi voz será pura y sin mancha.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
Admite, pues, de quien tu ingenio admira
El Eco de la Gruta, que en las aguas
Del sesgo Yumurí cantan nereidas,
De aguinaldos y güines coronadas,
Y en la serena noche lo repiten
La voz de sus arroyos y sus palmas. (5)

A LA S.RA D.A C. E.

con motivo de cantar la Canción Habanera «La Bella Imágen.»

Tierna vírgen modesta y candorosa,
Rica de gracias, de atractivos llena,
¡Quién á tus labios de purpúrea rosa
Prestó esa risa celestial graciosa
Que á las almas sensibles enagena;
Y esa voz suave, dulce y armoniosa,
A tu garganta, tropical Sirena?

Si al hombre de los hombres olvidado,
Si al mortal que se mira combatido,
Por doquier de pesares asaltado,
Como bajel perdido
En borrascoso mar le fuese dado
Que un ángel diese á su canción oido:
Yo mi cítara entónces templaría
De tu guitarra al tono embelesante,
Y tu nombre feliz resonaría
Al agitar el plectro de diamante,
Como el himno del místico monarca,
Cuando al Rey de los reyes ofreciera
El sacrosanto templo en que debiera
Loar su gloria y conservar el arca.

Sí, Concha del mar, y del cielo
Concha divina y humana,
Emblema de la hermosura
Y compendio de las gracias.
A tí sola dió el Eterno
Esa incomprensible mágia
Que acomete, lidia y vence
Con una sola mirada.
Tú pulsas el instrumento
Creyendo que él te acompaña,
Y en tu entusiasmo no adviertes
Que le dan tus ecos alma.
Tú cantas «La Bella Imágen,»
Al compás de la guitarra,
Sin saber que eres tú misma
La «imágen bella» que cantas,
Y en verdad tú sola puedes
Con tan extrema abundancia
De celestiales virtudes
Pintar tu deidad sagrada.

Eres parecida al Sol
Que no hallando semejanza
En toda la creación
Cuando en el Zenit se halla,
Al ver que su imágen juega
En las cristalinas aguas,
Fúlgidos rayos le envía
Como signos de alabanza:
Y reverbera en las ondas
Figurando ígneas escamas,
Por complacerlas, sin ver
Que él mismo se rinde párias.
Goza, inocente deidad,
Tu primavera dorada;
Jamás su mano de hierro
Imprima en tí la desgracia.
Y en tanto que tu ventura
Mi acento al Olimpo alza;
Templa, toca, rie y vence,
Mira, triunfa, vive y canta.

A LOS OJOS DE MI AMADA.

Como en mitad de noche pavorosa
Que no alcanza la vista estrella alguna,
Por entre torvas nubes magestuosa
Serena asoma la brillante Luna,
Y aclarando su luz la selva hojosa
Ofrece al hombre célica fortuna;
Tal lucen en mi alma acongojada,
«Los negros ojos de mi prenda amada.»

Como la aurora de frescor vestida
Perlas regando en el pensil de Flora
Con alta frente de jazmin ceñida
Los verdes campos apacibles dora,
Y las aves con música lucida
Saludan á su cándida señora;
Así mi voz celebra entusiasmada
«Los negros ojos de mi prenda amada.»
Como á principios del Diciembre helado
Luce en el campo solitaria rosa
Siendo envidia del bosque deshojado,
Empírea gala de la amante Diosa,
Y en su cáliz Favonio enamorado
Plácido besa, y susurrante posa;
Así tienen mi lira electrizada
«Los negros ojos de mi prenda amada.»
Cual descubre en sus alas negra pluma
La blanca garza al suspender el vuelo,
Y finge alzada con belleza suma
Sutil lunar en la mitad del cielo;
O de un arroyo en la nevada espuma
Pinta una mancha si se abate al suelo;
Tal brillan en su frente delicada
«Los negros ojos de mi prenda amada.»
Como aspira balsámico tesoro
De flor en flor la mariposa linda
Que sobre rasgos de zafir y oro
Púrpura y plata á los claveles brinda,
Y entre azucenas, para más decoro,
No halla color que su hermosura rinda;
Así admiran las bellas, y me agrada,
«Los negros ojos de mi prenda amada.»
Ellos son mi placer, ellos mi gloria,
Mi único bien, mi dios, mi luz, mi guía:
Si risueños me miran, ¡qué victoria!
Si me ven con desden ¡desgracia impía!
Ellos solos ocupan mi memoria;
Pues lucen para gérmen de alegría
Como azabache en concha nacarada
«Los negros ojos de mi prenda amada.»

A LESBIA.

LA SEPARACION.

Adiós, Lesbia, el instante terrible
Muestra el tiempo voráz ya en su ala,
Y la hora temida señala
En su rápido, eterno, reloj.

Dulce amiga, mi pecho sensible
Tiembla, llora, y destierra el contento,
Al pensar en el fiero momento
«De pedirnos el último adiós.»
¡Cuál se pasan los tiempos de gloria!
Es el bien un fantasma embustero,
Como el Bóreas, fugaz y ligero!
Como el rayo, luciente y veloz!
A penar con la triste memoria
Nos condena la suerte enemiga,
¿Y tendremos valor, cara amiga,
«De pedirnos el último adiós?»
Cuando ardiente juramos; yo amarte,
Y tú serme constante y rendida,
«Hasta el fin, hasta el fin de la vida,»
Desde el cielo nos dijo una voz;
Mas si es fuerza ¡oh dolor! el dejarte,
Dulce Lesbia, sea pronto y gimiendo
Y evitemos el lance tremendo
«De pedirnos el último adiós,»
Dáme el chal que llevabas rosado,
Cuando el sí pronunciaste querido,
Y mil veces se vió humedecido
Con el llanto infeliz de los dos;
Volveré por morir á tu lado,
Cumpliré con el alma mi oferta,
Y del hondo sepulcro en la puerta
«Nos daremos el último adiós.»

EL SÍ.

A LESBIA.

Bien de mi vida, Lesbia adorada,
Juró mi pecho morir por tí,
Desde el instante que como Vénus
Ante mis ojos brillar te ví;
Pero el deleite que siente el alma
Es inefable desde que oí
Que pronunciabas aquel sagrado
Una y mil veces dichoso *Sí*
La clara luna que ostenta Enero,
La rosa bella del blondo Abril,
Están distantes de compararse
A tu precioso talle gentil.
Estabas linda cual prado y cielo
Cuando serena te conocí,
Y más que el cielo y el prado bella
En el momento de darme el *Sí*.

Como envidiosas miran las flores
Triunfante alzarse dentro el jardin
Laurel frondoso que halaga y besa
Las áureas alas de un serafin;
Así celosos hombres y genios
De mi ventura sin igual, ví
Que te observaban, divina Lesbia,
En el momento de darme el *Sí.*
Te contemplaba de gozo absorto,
Y ofreció el alma que te rendí,
Ser, mientras viva, fiel y constante,
Y si se ofrece, morir por tí.
No estaba en cielo, ni en mar, ni en tierra,
Ni estaba... vamos, no estaba en mí.
Y hasta las penas tornaste en gloria
En el momento de darme el *Sí.*
Hasta la tumba seré tu amante;
Mientras notares constancia en mí,
Jamás apagues el almo fuego
Que en tus dos soles brillantes ví;
Y estos dos versos pondrá mi afecto
Con esmeralda sobre rubí;
«Te amaré siempre cual te adoraba
En el momento de darme el *Sí.*»

LA ATALA.

CANCION.

Cese el Sol de brillar, cese el prado
De volar, cefirillos ligeros,
Y la Luna y fulgentes luceros
No más vuelvan su luz á esparcir.
Ronco silvo de Bóreas airado
Suene, en vez de trinar los jilgueros,
Y en lugar de sus cantos parleros
Fieros mónstruos se sientan rugir.
Pues ha muerto mi Atala ¿Qué importa
Que los astros despidan fulgores
Y se sequen las plantas y flores,
O el mar quiera la tierra invadir?
Mal los llantos mi pecho reporta:
Gocé un tiempo ¡infelices amores!
Y hoy desdichas, tormentos, rigores,
Sin mi Atala no puedo vivir.
Nunca ¡oh Dios! de mi alma se aparta
La dichosa y fatal noche fuerte
Que mis lazos cortó, ingrata suerte,
Causa eterna de eterno gemir:

¿Porqué tanta ¡ay de mí! pena harta
Me costára su mísera muerte?
Pues segun el dolor me lo advierte,
Sin mi Atala no puedo vivir.
Fué la hija de Lopez, mi cielo,
Cara amiga, dulcísima hermana,
Bella flor, que una sola mañana
Vió la Aurora nacer y morir.
Nada, nada me ofrece consuelo;
En la tarde, en la noche tirana
Crece más mi desdicha inhumana:
Sin mi Atala no puedo vivir.
Simagàn, mas quisiera haber muerto
En el fuego voraz devorado,
Que no ser por Atala librado
Para tantos tormentos sufrir;
Pero ya que en mitad del desierto
Lloro un bien que perdí no gozado,
Mi momento postrero es llegado:
Sin mi Atala no puedo vivir.
Adiós, padre, mi cuerpo te queda,
Haz que siga de Atala el sendero,
Y este breve epitafio ligero
Manda tú en mi sepulcro inscribir:
«Dios á Chaetas descanso conceda;
Aquí yace un amor verdadero;
Murió Atala su hechizo primero,
Y él sin ella no pudo vivir.»

A LA INGRATITUD DE SELMIRA.

CANCION.

Dulce tirana de mi existencia
A quien el alma toda rendí,
Oye los ayes que por tí vierto,
Y los suspiros que doy por tí;
Mas no insensible mi triste acento
Escuchar quieras por más rigor.
No seas ingrata con quien te adora,
Paga, Selmira, paga mi amor.
Yo ví tus ojos más relucientes
Que el fulgurante Sol tropical,
Y son tus labios y breves dientes
Nítida nácar, fino coral.
Quedé cautivo de tus virtudes,
Y de tus gracias y tu candor.
No seas ingrata con quien te ama,
Paga, Selmira, paga mi amor.

¿Cómo pudiera dejar de amarte
Si por tí el fuego de amor sentí?
¿Sino me canso de contemplarte?
¿Si me es gustoso morir por tí?
¿Y á tantos ruegos te muestras dura?
¿No te condueles de mi dolor?
No seas ingrata con quien te adora,
Paga, Selmira, paga mi amor.
Ni el soplo fiero de muerte airada
Extingue el Etna de mi pasion;
Estos acentos que oyes, Selmira,
Nacen del fondo del corazón:
Cuanto más tardes en ser mi amada
Más se acrecenta mi fino ardor.
No seas ingrata con quien te ama,
Paga, Selmira, paga mi amor.
El Sér Supremo que ol orbe rige
La llama inflama que yo encendí:
Luego Dios mismo mi afecto aprueba
Cuando me inspira pasión por tí.
Virtud, dulzura, gracia y belleza,
¿Quién las resiste? ¿dónde hay valor?
Ten de mis males piedad, bien mio;
Paga, Selmira, paga mi amor.
Si un rosal miro, tú eres la rosa
Más elegante que encuentro allí;
Si bailo y canto, si rio y lloro,
Todo, tirana, lo hago por tí:
¿Y tanto anhelo no tiene premio?
¿Cuándo se calma tanto rigor?
¿Quieres mi muerte? no seas ingrata;
Paga, Selmira, paga mi amor.

LA CONCHA MARINA.

A Don Eduardo Torres, Artista.

No siempre á la opulencia y la hermosura
Ha de ensalzar la pobre musa mía;
Hoy libre el plectro de lisonjas quiere
En prez sonar de un distinguido artista.
Perdona, pues, si tu modestia ofendo,
En premio del objeto que me anima.
Jamás músico fuí por regla ó arte,
Ni yo la estimo condición precisa,
Que en las artes de gusto, lo que agrada
Bueno ha de ser por consecuencia fija.
De la regia Semíramis al lado
En vano un español buscó mi vista,

Ora soberbio despreciando á Idreno
Belicoso Monarca de las Indias,
Rival sangriento del guerrero Arsaces
Desconociendo al encubierto Ninias,
O ya de insana rabia arrebatado
Vas á insultar de Nino las cenizas:
Su imágen horrorosa te amedrenta;
¡Acero aterrador su diestra vibra!
Y te cerca, y te aterra, y se estremece...!
Y haces estremecer á quien te mira.
Empero vuelves cual leon furioso
De la fiebre voráz que te intimida,
Jurándote vengar; triunfar del hado,
Y de las sombras, y la muerte misma.
Ira exhalan tus ojos centelleantes,
Solo venganza, destrucción respiras...
Allí no eres un hombre, eres un rayo
Asur furioso, semi-dios de Asiria.
Vuelvo á buscarte Montalvan en Clara,
Y un grande veo que al engaño aspira;
Pero un grande instruido y de talento,
Aunque perverso de intención maligna.
El ayuda de cámara de un príncipe
Te hallo en la Cenicienta, á la vez misma
De éste el noble carácter sosteniendo,
Y mostrando su clase y gerarquía.
Fígaro interesado y complaciente
Vivaz y alegre en el teatro brillas;
Pues fingiendo en la escena, no eres Torres
Sino el mismo barbero de Sevilla.
Conozco que mi aplauso no es de moda
Por no ser de Parténope á las ninfas;
Pero el mérito es digno de alabanza,
Y doquiera que esté suene mi lira.
Una banda tejer puedo de rosas
Con que tu blanca frente ceñiría,
Mas son flores de amor, y como tales
Se deshojan en breve ó se marchitan.
Bríndote solo esta graciosa concha
En que del Iris los colores brillan,
Brotada en donde corre al mar sonante
La espumosa corriente del Canímar.
Que en su espalda, sus bordes, y su centro,
Presenta como tú, formas distintas,
Sin desmentir por ello la hermosura
Con que la ornó Naturaleza misma.
Tómala pues, y mi amistad con ella.
Concha es emblema de la patria mía,
Por ser vírgen que vive entre las ondas
Cual la reina feliz de las Antillas

LA AUSENCIA.

Como vuela arruyando entre las flores
La solitaria tórtola afligida,
Desoyendo á los dulces ruiseñores
Que al Sol entonan cánticos de vida;
Y solo busca al bien de sus amores
Llorando por las selvas escondida;
Lejos yo así de la que fino adoro,
Las amarguras de la ausencia lloro.
Cual cándida azucena separada
Del verde tallo que á brillar la incita,
Sin fuerza y sin fragancia deshojada,
Triste, deshecha, pálida y marchita,
Sobre la seca yerba abandonada
Llora el destino que su bien le quita;
Así yo que merced del cielo imploro,
Las amarguras de la ausencia lloro.
Como aparece en el rosado oriente
Velado el rostro de purpúreo manto
La blanca Aurora, que á Favonio siente
De ella apartado, y en fatal quebranto
De perlas orna el campo floreciente
Con las límpidas gotas de su llanto;
Así yo entre los velos del decoro
Las amarguras de la ausencia lloro.
Oye, imán de mi amor! oye mi acento,
Ven presto, ven si quieres que yo exista;
Mira que soy sin vida y sin aliento,
Tórtola amante, lejos de tu vista,
Blanca azucena que destroza el viento,
Y nueva aurora que su bien conquista;
Pues como estrella en el celeste coro,
Las amarguras de la ausencia lloro.

LAS VENTURAS DEL TRABAJO.

Dedicada al Doctor Don Manuel Gonzalez del Valle.

Por tí solo el trabajo ensalzo tanto,
« Tuya es la inspiración, tuyo es el canto. »

Hijos felices del virgíneo suelo
Que Flora cubre con su blondo manto,
Y en que derrama generoso el cielo
Copiosa lluvia de fecundo llanto;
Si gratos me escuchais, con ráudo vuelo
Plegue al Eterno que mi humilde canto

Al alto Empíreo resonante suba,
Y en perlas torne convertido á Cuba.
No es por cierto al guerrero belicoso
Destructor de su propia semejanza
Que en medio de las huestes sanguinoso
Con plomo horrendo y homicida lanza,
Turbando fiero del pastor bondoso
La envidiable quietud, vence y avanza
Y con muertes y ruinas se engrandece,
Quien ser loado por mi voz merece.
Sino el santo trabajo, don sublime,
Emanación del Dios Omnipotente,
Cuya alta mano celestial imprime
Sello de gloria en la industriosa gente:
Jamás el hombre laborioso gime
Acosado del hambre ó sed ardiente;
Pues aunque duerma sobre humilde lecho,
Está en cambio tranquilo y satisfecho.
Paréceme que hendiendo la ancha esfera
Al disco de la Luna me remonto,
Y desde allí como águila altanera
Miró á mis piés las márgenes del Ponto;
Del Tiber sacro la feliz ribera,
A Éufrates, Nilo, Vístula y Oronto,
Y llorar de las guerras el estrago,
Troya, Palmira, Menfis y Cartago.
Cuando aquellos antiguos moradores
Los campos afanosos trabajaban,
Eran cubiertos de risueñas flores
Que en dulcísimos frutos se tornaban:
Las gracias, los placeres, los amores,
En sus templos y quintas habitaban;
Mas todo lo ha tornado en hondo abismo
La guerra, la ambición, y el despotismo.
Torno la vista al Támesis undoso,
Y á las orillas frígidas del Sena;
Todo imponente; todo majestuoso
En ambas partes de placer me llena:
Ora advierto un camino prodigioso
En el fondo del mar sobre la arena,
Y los hombres cruzar el centro frío
Bajo la inmensa mole de un navío.
No son los rayos de doradas teas
Que los grandes palacios ilumina,
Ni las ofrendas ricas de preseas,
Ni ámbar quemado sobre plata fina,
Ni la aparente pompa de libreas,
Los que honra dan á la bondad divina,
Que solo dislumbrar pueden la vana
Humilde y débil condición humana.

Las llamas en la frágua del herrero,
El compás de la sierra y el martillo
Con que gana su vida el carpintero,
Los escritos de un sabio, el tiplecillo,
Que al alba tañe el cándido veguero
Loando las gracias de su amor sencillo,
Estas son del Eterno las canciones,
El culto, los inciensos y oraciones.
Trabaja el grande que en la córte vive,
El artesano ajeno de pesares,
El buen jurista que derecho escribe,
El navegante en repasar los mares,
El mercader que utilidad recibe,
El poeta que entona sus cantares;
Y así en la sociedad por varios modos
Todos trabajan, y consumen todos.
Si cada hombre por distinta vía
Lejos de sociedad buscara suerte,
Los bienes que adquiriese otro ansiaría
Y con dura ambición diérale muerte:
El más débil por fuerza cedería
Al bárbaro designio del más fuerte,
Al fin con otros débiles se uniera
Y de esta suerte á sociedad volviera.
Insensato el que envidia al hombre culto
Porque el oro le cerca en los palacios,
Dando precio á las cosas por el bulto
Y ansiando respirar en sus espacios:
¡Ay! que allí cada paso es un insulto,
Funerales antorchas los topacios,
Y la santa verdad de ellos se aleja
Como del lobo la inocente oveja.
Nos hizo á todos Dios; todos hermanos
Al nacer somos, y al morir lo mismo:
Aquellos que se muestran más humanos
Rebeldes á la voz del despotismo,
Ya sean reyes, pastores, ó artesanos.
Contrarios del estólido egoismo,
Y solo formen de virtud proyectos,
Esos serán sus hijos predilectos.
Cuando los hombres por Jehová despiertos
« *Esto es tuyo,* » dijeron, y « *esto es mío,* »
Surcaron mares, descubrieron puertos
Desde la zona ardiente al polo frío,
Hicieron por los páramos desiertos
Correr las aguas del lejano río,
Y poblóse la tierra, de canales,
Templos, jardines, plantas, y animales.
Creció la población, alzóse el lujo,
La ambición abortó conquistadores,

Y el amor al trabajo tuvo influjo
Para cortar el vuelo á sus furores.
La política luego se introdujo
Haciéndose señora de señores,
Y ya, ser el talento se colije
Quien la balanza de los pueblos rige.
  Es justo que haya séres ilustrados
Cuyo cuidado es la mayor fatiga,
Que ejerzan la función de magistrados
Y hagan cumplir lo que la ley les diga:
Ministros preserven los Estados
De una agresión extraña y enemiga;
Y estos trabajan en un campo lleno
De puñales, intrigas y veneno.
  Y si es razón, pastores y artesanos,
Que pague un rey quien es su centinela,
¿Porqué no han de pagarse aquellas manos
Que siempre están por vuestra hacienda en vela?
Más tranquilos alegres y lozanos
Vivís vosotros libres de cautela,
Que el que entregado va desde la cuna
Al capricho fugaz de la fortuna.
  Trabajad y vivid en paz serena,
Disfrutad de los campos la alegría,
Donde se pasa sin temor ni pena
En regazo de cándida armonía;
Mas si por armas de potencia ajena
Veis la patria amagada en algun día,
Tomad presto la lanza en vez de asada,
Soltad la reja y empuñad la espada.
  Ya veis que todo cuanto dable ha sido,
Y aunque falto de gala, he cordinado
Lejano del saber; y harto atrevido,
Del trabajo las dichas he cantado.
Ahora, vegueros, lo que sólo os pido
Por esto, (que tambien he trabajado)
Es, que sigais, si voluntá os inspira,
Los preceptos que os dá mi tosca lira.
  Y si por colmo de placer me es dada
La dicha, de mirar alegre un día
A una cubana recitar sentada
Mi acento al márgen de una fuente fría,
Y al son de su guitarra bien templada
Cantar un verso á la ocurrencia mía,
Escucharé su tono delicioso,
Y diré con razón que soy dichoso.
  Y si obtienen por suerte mis consejos
Lugar feliz en vuestros corazones,
Pudiendo, al ser de la virtud espejos,
Dar ejemplo y envidia á las naciones.

Cuando la Luna pálidos reflejos
Vierta en mi tumba, fúnebres canciones
Entonad con el tiple: esa es mi gloria,
Y plantad una seiba á mi memoria.

EL SUEÑO.

A DESVAL.

(En su día).

Las dulces horas célicas volvieron
Que ledas remecieron
Tu cuna tropical,
Y murmurando la apacible fuente
Dá salves á tu oriente,
Carísimo Desval.

Esas que miras, nubes de colores
Como alzados vapores
Del insondable mar,
Votos son de salud que al cielo envía
En tu *natalio día*
Dorila de Almendar.

La víspera de tu *día*
Tan llena de gozo estaba,
Que discernir no podía
Si es que despierta dormía,
O si dormida soñaba.
Soñaba ver de azahares
Tus gratas sienes ceñidas,
Y entre los verdes palmares,
Las vírgenes escondidas
Consonando mis cantares.
En el sereno horizonte
Brotar torrentes de lumbre
El padre de Faetonte,
Y yo, sentada en la cumbre
Del más elevado monte.
El campo, desde su falda
Hasta el opuesto confin,
Era un golfo de esmeralda,
Con sus isletas de gualda
Y sus olas de jazmin.
Entonaba mi canción
Bajo un árbol de virtud:
Sus ramos de gracias son,
Su corteza, de salud,
Sus frutos, de bendición.
Por brindarte el mar primores
Es campo de espumas bellas,
El Sol, un mar de fulgores,
El cielo, un campo de estrellas,
Y el campo un astro de flores.
Las aves trinando saltan
Y con sus trinos se asombran,
Porque tu dicha levantan
Los bosques cuando te nombran,
Los valles cuando te cantan:
Los valles, bosques y flores,
Que ensalzaron otros días
Con aromas y verdores,
Tus nacientes poesías
Y tus primeros amores.
El monte á sus piés desata
Un río con gracia suma,
Dó el Favonio se dilata
Bordando rosas de espuma
Sobre alcatifas de plata.
«Goza á tu amante,» del hondo
Cáuce escucho murmurante,
Y hasta la arena sonante
Parece que desde el fondo
Repite «goza á tu amante.»
Hay en la orilla espumosa
Un signo móvil de lamas
Que dice, «Ninfa dichosa.»
Y de un yarey en las ramas
Grabado «Dorila hermosa.»
Mas allá, donde el raudal
Rara vez creciendo moja,
Hay un arbusto especial
Que este lema en cada hoja
Contiene: «Gloria á Desval.»
Mas yo anhelante
Junté los versos
Que ví dispersos,
Y dicen tal:

«Goza á tu amante,
Ninfa dichosa,
Dorila hermosa:
Gloria á Desval.»
Por tres veces dulcemente
Díjome una voz: «Dorila:»
Y sintióla mi alma ardiente,
Tan pura como el ambiente
Que el Alba al nacer destila.
Clamé—«Deidad singular,
Driada de este bosque umbrío,
Ninfa de Cuba sin par,
Náyade del patrio río,
Sacra Nereyda del mar.
Con el más fiel rendimiento
Yo te suplico ¡oh vestal!
Que por tu divino acento
Oiga Cuba el nacimiento
De mi adorado Desval.»—
Naturaleza reía,
El ruiseñor gorgeaba,
Galas el Pindo vestía,
Ella tus dichas cantaba,
Y yo soñaba y dormía.

Desde el manso Almendar la bella ninfa
Tu oriente ensalza entre su clara linfa
De límpido cristal.
Su manto de zafir, su faz riente,
De oro sus rizos, de jazmin su frente,
Su carro de coral.
Su nevado cendal ciñen claveles,
Orna su sien de auríferos laureles
Con ademán gentil;
Y en tu natal las almas enagena
Pulsando así con dedos de azucena
Su plectro de marfil.

Al nacer Agnicio brillaba en su frente
Un rayo fogoso del Sol tropical;
Por eso con plectro sensible, hechicero,
Ninguno primero cantó que Desval,
Erato su cuna cubriera amorosa,
De olivo, de rosa, de mirto y laurel:
Algunas bellezas con plácida calma
Brindáronle el alma, penaron por él.
Empero, Dorila, de todas triunfara;
Ninguna igualara su ardiente pasión,
Y un himno de gloria le ofrece mi lira
Que todo lo inspira su fiel corazón.
En tanto que al cielo mi cántico suba,
Será, Vírgen Cuba, tu bardo inmorta
Aves, fuentes, prados, placeres y amore
Dad por mis loores salud á Desval.
Voló el sueño, y la ilusión
Pero la Ninfa al marchar,
Grabó su diva canción,
En el fino corazón
De Dorila de Almendar. (

A LA S.RA TERESINA ROSSI

En la ópera «Nina loca por amor».

¡Cuál, célica, alba Rosa,
Cuál de los dos apurará el postrero
En pugna deliciosa
Los armónicos ecos de su arte?
¿Quién de los dos se cansará el primero?
¿Tú de extasiarme, ó yo de celebrarte?
El que infelice con las penas luche,
A oirte, vuele con lijeras plantas;
Nadie puede penar donde tú cantas,
Nadie puede morir mientras te escuche.
Tu acento al de los ángeles igualo
Que grato al alma dulcemente toca,
Porque el poder de tu divina boca
Es del cielo, es de Dios: nada haces malo.
¡Ay! cuando dices á tu caro Enrique:
«*No admito escusa,*» de placer me inflamo;
Que antes ya en tu locura manifiesta
Le cantaste en el bosque, y por respuesta
Repitieron los montes «*yo te amo.*»
Nina, si el brazo alguna vez levanta
La parca aleve, al descargar la herida
Muéstrale, en vez de intimidarte, erguida
Tu divina garganta,
Y si no quieres que te hiera, canta.

A «EL PAN» (7)

Atalaya del golfo mejicano,
Que erguido brillas, gigantesco altar,
Donde te colocó de Dios la mano
Sobre el nivel de espumoso mar.
Soberbio Pan, de cañas coronado,
Cuyas hojas, con voz repiten fiel
El himno que un ilustre desterrado (8)
Te cantara en alígero bajel.
Salve, monte feráz, viva memoria
De un tiempo inmemorial que feneció,
Vago recuerdo de ignorada historia
Que entre místicas sombras se ocultó.

Los vivientes que algun día
Triscaban en tu espesura,
Hoy salen como las hadas
Al resplandor de la Luna.

Entre las palmas esbeltas
Y las flexibles *yagrumas*,
A recordar lo que fueron
Sus simples sombras se agrupan.

Dorados carcaxes llevan;
Y sus cabezas circundan
De garzas y tocoloros
Con blancas y rojas plumas.
Ya se apartan, corren, ríen,
Callan, bailan, ó se juntan
A discantar sus amores,
O á llorar sus desventuras.

Así las bellas fantasmas
En la noche te saludan,
Hasta que el alba en oriente
La vuelta del Sol anuncia;
Entónces rápidas vuelan,
En la inmensidad se ocultan,
Y solo se oyen sus ecos
Que repiten «¡Cuba...! Cuba...!»

La Aurora esclarece tu aspecto sombrío,
Tu faz colorando de tinte sutil,
Y el céfiro blando con fresco rocío
Salpica tus flores de Marzo y Abril.
Cada cocotero de verde esmeralda
Un coro de aves que te alaba, es;
Y cada arroyuelo que corre á tu falda,
Sandalia de plata que adorna tus piés.
Los náuticos diestros que en viajes penosos
De ver cielo y agua cansados están,
Tu cumbre divisan, y exclaman gozosos:
¡Albricias! ¡Albricias! ¡La tierra! ¡Es el Pan!

Tú has visto los nubarrones
A tu cima descender,
Y cien mil generaciones
Cual ráudas exhalaciones
Brillar y desparecer.
Mientras fuerte, indestructible,
Con agreste majestad
Te ostentas firme, insensible,
Como sarcasmo terrible
Que burla á la humanidad.
Quién sabe si tu extensión
Es apariencia y no más;
Si es tu forma una ilusión,
Y de fulminante gas
Tienes lleno el corazón.
Quién sabe si á reventar
Te apercibes con estruendo,
Y en vez de flores brotar,
Torrentes de lava ardiendo
Que se apaguen en el mar.
Quien sabe ¡oh Pan! si otro tiempo
Antes de extender un brazo
El Ponto, juntando en Gades
El Pacífico y Atlántico,
Cuando Europa estaba unida
Al continente africano,
Una cadena de montes
Ya pigméos, ya elevados,

Por las cumbres que hoy hundidas
Son rocas del Oceano,
Y en submarinos eruptos
Lanzan inmensos peñascos,
Te ligaban al Vesubio,
Etna, Stromboli, Volcano,
Atlas, Pirane, Orizaba,
Los Alpes y el Chimborazo.
Y quién sabe si tú mismo,
De algunos siglos al cabo,
Con piedras fuego y ceniza
Yermarás los verdes campos.
Quizá sobre el yerto polvo
Del que hoy te admira en su canto,
Lance el viajero sensible
Un ¡ay! de dolor amargo.
Quizá en una escavación,
Dé con un cadáver pálido
Cual mómia hallado en las ruinas
De Pompeya y Herculano.
Querrá robarme á la tumba,
Y mi forma equivocando,
Deshonrarme con el nombre
De algun sátrapa inhumano.
Entónces tú, agradecido
A tu más querido bardo,
Conmoverás el sepulcro
Y le gritarás tronando:

—«Si eres nécio, busca oro,
Manuscritos si eres sabio;
Pero no toques los restos
De mi más querido bardo.
¿No vés que en estos contornos
Cuanta yerba nace abraso,
Y solo consiento flores
En la tumba de mi bardo?
Él ensalzó muchos nombres
Que hubiéranse ya olvidado,
Y ni un viviente siquiera
Lloró la muerte del bardo.
Él me trató de insensible
En su cántico inspirado;
Pero yo he sido más justo
Que los hombres con mi bardo.
Viajero, si eres poeta
Derrama en su tumba llanto;
Pero no toques los restos
De mi más querido bardo.»—

A D. IGNACIO VALDÉS MACHUCA.

DEDICATORIA.

Desde la verde callada
Y melancólica orilla,
Donde «Dorila de Delio»
Saludaba á tu «Dorila.»
Quien á tí debe nociones
De la dulce poesía,
Y más que un favor te debe,
Ménos que un verso dedica.
Él es un cuadro incompleto
De tradiciones antiguas,
En prosa, disimulada
Con el velo de la rima.
Acójelo tal cual es,
Y no lo hagas en estima
Porque algun mérito tenga,
Ni por la dicción castiza:
Puesto que agora esas dotes
Ni se atienden, ni se miran,
Sino por la voluntad
De éste que te los dedica.

A EL YUMURÍ.

Manso arroyuelo, que un día
De Sur á Norte corrieras,
Antes que te diese paso
Esa montaña soberbia
Que á impulsos de un terremoto
Su seno profundo abriera;
entónces acá variaste,
en vez de campiña amena
blada de gayas flores
Y verdes enredaderas,
Cambiaste por cieno inmundo
Tu fina y brillante arena;
Hoy llevas cardos por lirios
Y manglares por palmeras.
Tú, semejante á los hombres
Ambiciosos de grandezas,
Cuanto más tu cauce ensanchas
Tienes la tumba más cerca.

Quién sabe, si antes que ese monte altivo
Senda te abriese al borrascoso mar,
Ya tú minabas su cimiento vivo
Para más breve sepultura hallar.

Así los séres que Jehová creara
Como revelación de su existir,
Derriban la virtud que les ampara,
Y anhelando gozar van á morir.
Quién sabe si en tu fondo cenagoso
Algun tesoro oculto se hallará,
O en subterráneo oscuro misterioso,
De Hatuey entero el esqueleto está.
Quizá en el mismo se hallará clavada
Morisca lanza que Almanzor blandió,
Y en Santa Fé, delante de Granada,
Familias mil en la orfandad sumió.
Y esa, que vió turbantes con rubíes
Y gallardos pendones ondear,
Y sobre capellares carmesíes
Cifras de oro de ofir reverberar.
Esa, que en los torneos y saraos
Lucir apuestos caballeros vió;
Y vió, de Palos al partir las naos,
Llorar al pueblo que Colon dejó:
¡Hoy despreciada, ignota, enmohecida
Aciértanla tal vez solo á tocar,
Piedra por las crecientes impelida
O el remo de una lancha en baja-mar.

¿Dónde fueron, manso río,
Aquellas góndolas listas,
Con sus velas caprichosas
De verde guano tejidas?
¿Dónde, aquellas banderolas
De nítido algodon, fijas
Sobre derechos bambues
Con rojos soles de Bija?
¿Dónde aquellas prestas balsas
Fingiendo flotantes islas,
Con sus guirnaldas da hojas
Por gallardetes de cintas?
¿Dónde los hombres tostados
Cuyas zumbadoras viras,
Alcanzaban en las nubes
Las garzas que al aire hendian?
¿Y dónde, por fin, aquellas
Modestas vírgenes indias,
Sutiles como tus olas,
Y puras como ellas mismas;
Que en la noche con antorchas
De sasafrás encendidas,
Formando un bosque de fuego
Te iluminaban festivas?
Aun me parece escuchar
Sus selváticas cántigas,
Y que redobla sus ecos
La inmensa gruta vecina.
Aun las contempla mi mente,
Al soplo de blanda brisa
Que sus cimeras de plumas
Y sus cendales agita.
Sus negras madejas veo
Por la áurea espalda tendidas,
Sus ledas frentes, sus ojos
Centellantes de alegría.
¿Qué fué de esa pompa agreste,
De esa perdurable vida,
De esos amores sin celos,
De esos goces sin malicia?
¡Todo se acabó...! Desierto,
Solitario al mar caminas,
Al triste son de las ranas
Que nacen en tus orillas.
Eres recuerdo profundo,
Como hosamenta marina
Hallada por un viajero
En los desiertos de Libia.
Cuando la noche te cubre
De opacas sombras ceñida,
Te es dado ver solamente
En tu ribera sombría,

Algun amante que espera,
Algun vate que medita,
O desventurados siervos
Que sus tormentos disipan.
Perdiste tus festines y tus flores,
Tersura, arenas, palmas y nación;
Eres como un poeta sin amores,
Como la ancianidad sin sucesión.
Quién sabe si en algun *cobo*
De magnitud prodigiosa,
Con geroglíficos signos
Estará escrita una historia;
Y al encontrarlo en tu márgen
Tosco pescador, lo arroja
Por parecerle las cifras
Arañazos de la concha.
Quién sabe si un joven indio,
Del *conticinio* en la hora
Te atravesó recitando
Amantes y dulces trovas;
Y al cabo de cuatro siglos
Aun viene á llorar su sombra
Sobre tí que eres la tumba
De sus hijos y su esposa.
Hoy tienes vírgenes bellas,
Más aristócratas todas,
Que á par que se llaman tuyas
Miran con desden tus olas.
Ni á tus orillas se acercan,
Porque rehusan ó ignoran
Los inocentes placeres
Que en tu soledad se gozan.
¡Tanto es verdad que los pueblos
Henchidos de fausto y gloria
Pierden en puras delicias
Cuanto aventajan en pompa!
Adiós, callado y memorable río,
Cual mística sirena entra en el mar,
Recitando el humilde canto mío,
De tus ondas al dulce murmurar.
El almo Dios consérvelas serenas,
Y de los siglos vuélvate hasta el fin,
Tus góndolas, tus palmas, tus arenas,
Y tus conchas de nácar y carmin.

EN LOS DIAS DEL S.R ANTONIO BUITRAGO

Gobernador de Matánzas.

Mientras ledas el alba nacarada
Las avecillas en canción sonora
Dán música acordada,
Y brilla coronada
De blancas perlas la naciente *aurora*,
Sus alas bate el Génio de la gloria,
Abandona el Empíreo refulgente,
Lega tu grato nombre á la memoria,
Muestra su augusta frente
Como el Sol encendida,
Y entona en tu loor celeste canto
De áureas nubes en trono suspendida
Velado en magestad el rostro santo,
Cubierto el cuerpo de purpúreo manto.
Vista flores la pradera,
Olas serenas el mar,
Suenen himnos en la esfera,
Y torne en Cuba á reinar
La plácida primavera.
A la faz del seco estío
Y en medio de invierno helado,
Jamás dañe el hado impío
Al justo mortal que ha dado
Noble asunto al canto mío,

Jamás del cielo las iras
Apaguen tu pura llama,
Y en tu honor, pues gloria inspiras,
Pulsen los vates sus liras,
Suene su trompa la Fama.
No es mérito gohernar
Cual déspota sordo y ciego,
Ni á los pueblos aterrar:
Pues con hierro sangre y fuego
Un mónstruo sabe mandar.
Convertir con sutileza
A los siervos en amigos,
Ser humano con nobleza
Y repartir con firmeza
Los premios y los castigos.
El ver su grey aliviada
De las cargas que la oprimen,
En virtud acrisolada,
Y evitar que nazca el crímen
Para no esgrimir la espada.
Este don sacro, que á él
No alcanza virtud alguna,
Te ha dado el Dios de Israel
Para bien del pueblo fiel
Que se goza en tu fortuna.
Del mundo para delicia
Quiso el Supremo Hacedor
En tí añadir por primicia,
A los láuros del valor
Las palmas de la justicia.
Y tu puro corazón
Cual de un arroyo la espuma,
Por sublime inspiración
Más quiera vencer cual Numa,
Que aterrar como Nerón.

«Salve, orgullo de tu patria,
Salve, militar prudente,
Tan dulce y fino en la paz
Como en los combates fuerte;
Vive dilatados años
Libre de tristes reveses.
De jazmines sea la alfombra
Donde las plantas asientes,
El tálamo de azucenas,
De ambarinas los tapetes,
Y de rosas los cojines
Donde reclînes la frente:
Un ángel tu pecho cubra
Si al campo de Marte vuelves,
Y los enemigos tuyos,
Que ser de la patria deben,
Escapen despavoridos
Aun antes de acometerles:
Tu gloria los justos canten
En vida, y cuando la muerte
Te haga bajar á la tumba,
Ellos á llorarte lleguen,
Sus llantos bañen tu polvo,
Y que tu sepulcro inerte
En vez de pesado mármol
Cubran frondosos laureles,
Como este con que ceñidas
Dejo tus heróicas sienes:
Salve, adiós, paz y salud,
Y gloria y virtud por siempre.»
Cayó el genio y batiendo
Con gracioso ademán sus alas de oro
Dióme el plectro sonoro,
Y alegre repitiendo
«Buitrago viva» en armonioso canto
Tornó á esconderse en el Empíreo Santo. (9)

A LA S.ra D.a JOSEFA GALINDO

Por la ejecución del papel de Leonor, en «El Trovador».

No es posible callar; dos sentimientos
A cual más poderosos
Me agitan la vez. El alma mia
Fácil cede á los ímpetus violentos,

Y en versos armoniosos,
De amistad á la dulce simpatía
Y al gran poder de admiración, gloriosos
Cantos al Pindo por Leonor envía.
Si cuando siente el corazón, la lengua
No acierta á pronunciar, si vacilantes,
Solos, trémulos, débiles suspiros
Lanza el pecho, si fúlgidos y errantes
Vacilan los ojos en revueltos giros,
Y la frente sombría
Como las manos y la frente fría
Percíbense temblando;
Leonor, entónces con Manrique hablando
No hay que dudar, tu corazón sentía.
Sentía, y con vehemencia, *lo defiendo*,
Que no en asunto tal todos son jueces:
Yo callando he hablado muchas veces
El idioma del alma, y lo comprendo,
Y sé que lo hablas tú. Que acá en mi mente,
Quien sentir hace hablando, á medias siente,
O no siente quizá; pues con su estruendo
Hace el cañon temer lo que él ignora;
Luego es la habilidad que el hombre adora,
Comunicar una pasión sintiendo.
Felice yo si hallara
Una mujer sensible que me amara
Como tú al Trovador, aunque ¡oh ventura!
Fuese de mónstruo horrendo su figura,
Más allá de la muerte la adorara.
Faltárale belleza, y bien ¿qué importa
Si solamente para mí vivía?
Y si forzada alguna vez negaba
El inmortal amor que me tenía,
Dijera—«Sí, mi lábio lo decía;
Peró, mi corazón.... te idolatraba.»—

A UN PEZ.

En el borde de un bote recostado
Sobre el sesgo cristal del Yumurí
Viendo un leve jurel recien-pescado,
Un cubano cantor díjole así:

«Pececillo incauto
Que al nacer la aurora
Jugabas alegre
Con las mansas olas,
Ya en la superficie
De la mar sonora
Saltando festivo
Burlabas las ondas:
Ya al fondo bajando
Con tornátil cola
Lijero tocabas
Las purpúreas conchas;

O ya tras tu amada
Salvando las rocas
En lecho dormistes
De *lamas* y *ovas*.
Del amor disfrutes
La celeste gloria,
Díla que en la tierra
Almas hay bondosas,
Que ajenas desgracías
Sienten como propias,
Y en salvar cautivos
Como Dios se gozan.
Y ojalá pudieran
Con su intención sola
Romper cuantas redes
Circundan las costas:
Ya que los mortales
Sus acciones toman
Por sueños, y llaman
Ficticias sus obras.
Al menos los brutos
Sus hechos conozcan,
Y quizá más justos,
Que su raza propia,
Allá en sus festines
Danzando á la sombra
Del árbol marino
Que corales brota,
El licor libando
Que los peces toman
Con tazas de nácar
En lugar de copas,
Cantarán sus nombres
En rústicas trovas,
Y cuando en la playa
Resonantes rompan
Las ondas rizadas
Al furor del Bóreas,
Aquellas volutas
De perlas que forman,
Blancas cual la nieve
Que los Alpes orna,
Brillantes y bellas
Serán sus coronas.
Vuelve, pez incauto,
Do la que te adora,
Deja aquestas playas,
Y tiembla si tornas.
Mira, que la raza
Del hombre es traidora,
Tanto, que se venga
De su misma sombra.
Y si otro en sus redes
Cautivarte logra,
No habrá quien te libre:
Vuélvete á las olas.»

Dijo, y echólo al mar.—El pececillo
Dió tres vueltas del bote en derredor,
Como ofreciendo en su girar sencillo,
Gracias á tan benigno bienhechor.

UNA FLOR.

A la corona de la actriz Doña Vicenta Lapuerta.

¿Dónde oculta, criatura seductora,
La fuente de tu mágia irresistible
Ese acento celeste que enamora
Con sublime placer indefinible?
¿En qué parte, Vicenta, se atesora
Tu encanto de imitar tan imposible;
Pues nos ofrece envuelto en afecciones
El más brillante prisma de ilusiones?
Cuando vierten tus lábios la ternura,
Hasta el alma penetras y la extásias,
Y en delicias transformas la amargura,
Y conviertes en gloria las desgracias;

Mas si expresa tu faz la desventura
En el pesar devorador te sácias,
Y derramas, mujer, en ese instante
El hondo tédio del dolor punzante.
Cuando tu frente cándida velaba
Aquel signo fatal que repelía
Y el nombre de Manrique se escapaba
Entre los votos que tu mente hacía,
Entónces yo, Vicenta, te miraba,
Y de llanto mi rostro se cubría
Al ver aquella toca desprenderse
Y con tu ardiente llanto humedecerse.
Empero el gozo que marcó en tu frente
Aquel supremo delicioso instante
En que Manrique te estrechara ardiente
Y dijera—«No, ya no dudo, amante»—
El placer me arrobára dulcemente
Y en mi pecho sintiera palpitante
Aquella bella indefinible gloria
Que corona de láuros la Memoria,
Y en vano, en vano, sin cesar el hombre
La manera conquista de explicarla,
Que se esconde para ellos; este nombre
Y no pueden con voces expresarla.
Porque llena de encantos nuestra mente
Y la gozamos con la gloria misma
Y nos abrasa nuestra misma frente,
Los colores buscando de ese prisma.
Y la llamamos con celeste nombre,
Y nos extásia su ventura cierta;
Mas solo puede concebirla el hombre
Si la expresan tus lábios, dulce Puerta.

Porque animas la expresión
Y vivificas la acción
Con encanto tan sublime,
Que lo que expresa, se imprime
Con fuego en el corazón.

Y nos haces conocer
La hermosura del placer
Y lo triste del dolor,
Y el encanto del amor
Si tú lo expresas, mujer.

Y en mi poético afan
Cuando á mis potencias van
Tus acentos, digo yo:
«Concebirte sí podrán
Pero describirte nó.»

UN RECUERDO.

A SELMIRA.

Yo te ví, trigueña hermosa,
Y era tu rostro agraciado,
Como el cáliz perfumado
De recien abierta flor.

Y eran tus lábios de rosa,
Y tus ojos peregrinos
Daban destellos divinos,
Cual la estrella del amor:

Y tu pudorosa frente
Adornaba un blanco velo,
Como de limpio arroyuelo
El sonoroso cristal.
Es tu mágia omnipotente,
Y hasta las aves encanta
De tu mélica garganta
El acento celestial.
Cuando en el baile apareces,
Los corazones se inflaman,
Y los donceles te aclaman
Por la reina del festin.
Y si giras, ó te meces,
Semeja tu planta breve,
Al céfiro cuando mueve
Los rosales de un jardin.
La magnificencia olvido
De los trajes elegantes,
Que visten ninfas brillantes
Si fijo la vista en tí.
Ni de las bellas me cuido,
Ni escucho el son de la orquesta:
Para mí tú eres la fiesta,
Tú no más estás allí.
Porque me acuerdo del día
Que en estos mismos salones
Entre santas ilusiones
El *sí* me diste de amor:
Sí de gloria y de alegría
Que sonó por mi ventura,
Cual suenan en la espesura
Los trinos del ruiseñor.
Yo haré que envidien las flores
Tus encantos hechiceros,
Tus clarísimos luceros,
Y tus dientes de jazmin;
Y cantaré tus amores,
Linda trigueña cubana,
Con el plectro de un Quintana,
Y el arpa de un Serafin.

DESPEDIDA DEL AÑO.

Coronad vuestras sienes
De florecientes ramos,
Y despedíos, bellas,
De las Pascuas y el año.
Ved como vuela el tiempo,
Y que en su curso ráudo
Memorias deja solo
De los goces pasados.
Ved de la Primavera
Los renuevos lozanos,
Convertidos en troncos
Desnudos y agostados.
Los fértiles pensiles
Entónces tan gallardos,
En páramos dolientes
Se miran transformados,
Decid que el año acaba
Con el Diciembre helado,
Y á la Luna de Enero
Pasear pensais acaso.
¡Ay! que los años vuelven
Lo mismo que han marchado;
Pero nosotros, nunca
Volvemos, y nos vamos.
Nos vamos al sepulcro
Sin parar acercando
Y no vemos la senda
De eternidad que hollamos.
Aprovechad el tiempo
¡Oh bellas! coronaos
De nacaradas rosas
Y azules aguinaldos.
No vuestra edad florida,
La edad de los encantos,
Dejeis pasar inútil
En pasatiempos vanos.
Fugaces como el viento
Pensad que huyen los años,
Y que ninguno sabe
Dó está su fin infausto.
Adornad vuestras sienes
De florecientes ramos,
Y al año que se marcha
Riendo despidamos.

A MI GUAJIRILLA.

Guajirilla hechicera,
Que esquivas desdeñosa
A quien por tí muriera,
Tu frente candorosa
Y tus mejillas de azucena y rosa;
No tan ingrata seas;
Tu amor recelar debe
Las malignas ideas
De una rival aleve
Que ambicione á tu amante y se lo lleve.
Atiende, guajirilla,
Que no hay beldad segura,
Y al ver la maravilla,
Advierte que no dura
Más que la maravilla la hermosura.
Si en tu corazón cabe
Esa esperanza vana
De mañana, ¡quién sabe
Si no tendrás mañana
Brillo en los ojos, ni en los lábios grana!
¡Quién si esa frente
Antes que el Sol dorado
Torne á verse en Oriente
De rayos coronado,
Será ya presa del sepulcro helado!
¿O esperas imprudente,
A la vejez sombría
Premiar mi amor ardiente
Para que la ánsia mía
Halle una estátua descarnada y fría?
Deja, dulce tirana,
De serme desdeñosa;
Esos lábios de grana
Dame, guajira hermosa,
Y esas mejillas de azucena y rosa.

MEDITACIÓN.

Cual diseñan las nubes
Fantásticas visiones
Que la llegada anuncian
De los primeros nortes,

Ya gigantes guerreros
Ora alados leones,
Ya distantes palacios
Entre selvas y torres;

Ya flotantes castillos
Con fuertes torreones,
Y de formas variando
Cruzan el horizonte,
Hasta que las ocultan
Las sombras de la noche,
O se apiñan en grupos
Que el viento descompone.
Tal es la incierta y breve
Existencia del hombre,
Sus riquezas, sus dichas,
Sus glorias, sus honores,
Son sueños engañosos,
Como débiles flores
De bramador torrente
Nacidas en el borde.
¿Qué es un mortal cuitado,
Si á contemplar se pone
La inmensidad de mundos
Que en el espacio corren?
Un átomo invisible...
¡Y aun tiene pretensiones
A la infinita ciencia
Del que rige los orbes!
Es heroismo en unos
Lo que en otros horrores;
Sus mismas realidades
No pasan de ilusiones.
Como si eternos fuesen,
Aduérmense en los goces
Ficticios que le brindan
Las pérfidas pasiones;
Mas al camino sale
La muerte, y á sus golpes
Desparecen cual nubes
Que el viento descompone.

VANIDAD DEL HOMBRE.

El hombre miserable
Presume que sorprende
Los ocultos arcanos
Del que los orbes mueve.
Él se abroga atributos
Del Sumo Omnipotente,
Del que Israel llamaba
El Grande, el Justo, el Fuerte.
Y Dios desde el Empíreo
Lo mira y se conduele
Del reptil presuntuoso
Que á su poder se atreve.
Propala que los rayos
Con su saber detiene,
Que el mar, la tierra, el aire
Sus voces obedecen;
Pero él si el viento ruge,
Si el mar se ensoberbece
Y el rayo truena, el rostro
Despavorido vuelve:
Sus fuerzas le abandonan,
Baja la altiva frente,
La tierra se abre, y traga
Sus restos para siempre.
Las ciencias envidiables,
¿De qué servirle pueden
Si á sujetar no alcanzan
Las garras de la muerte?
Y este sér vanidoso
¿Aún dirá que sorprende
Los ocultos arcanos
Del que los orbes mueve?

A DESVAL.

PARA DORILA.

Desde el San Juan undoso
Cuya serena linfa
Entre verdes mangleros
Coronada de palmas se desliza,

Pulso, Desval amigo,
Mi mal templada lira,
Para darte de Páscuas,
No cuanto debo á tu amistad benigna,
Sino el pláceme grato
Que tu bondad me inspira,
Tejiendo una corona
De nevado jazmin y siempreviva.
No aspiro á que con ella
La docta frente ciñas
Que ya orlaron ufanas
De lauro y rosas las cubanas ninfas.
Para más caro objeto
Mi númen las dedica.
¡Emblemas de pureza
Y de inmortalidad, flores divinas!
Cuando Desval os tome
Quedad luego marchitas
Si al punto no os coloca
En las preciosas sienes de Dorila.
Y cuando ya en su cielo
Como estrellas lucidas
Deis con vuestros colores
Gracia á su rostro, al firmamento envidia.
Decidla: «Ninfa hermosa
De la fecunda Antilla,
El bardo que nos manda,
Salud y paz, y bendición te envía:
Que cada vez que luzca
La Aurora purpurina,
Sepa que eres dichosa,
Y su gloria mayor será tu dicha.»

EL TIEMPO NO SE VA.

Como en noche anortada
Impelidas del viento
Se deslizan las nubes
Por la region del cielo,
Y al ver la clara Luna
Que adorna el firmamento
Nos parece que corre
A ocultarse en el velo
De variados celajes;
Y es todo lo inverso,
Que ella se está tranquila
Y los que corren, ellos:
No de otra suerte viven
Engañados los nécios,
Si presumen que corre
Con ráuda marcha el tiempo.
Él como un astro, sigue
Su giro á paso lento,
Y nosotros volando
Cual celajes ligeros,
Por el soplo impelidos
De mil vanos deseos
Dejándole atrás, vamos
En pos de goces nuevos
Hasta dar con la tumba:
Y solamente es cierto
Que nosotros nos vamos,
Y se queda el tiempo.

NO AFIRMAR NI DUDAR.

No te aconsejo, Lisio,
Cuando mires ó escuches,
Ni que lo afirmes todo
Ni que todo lo dudes;
Puesto que ambos extremos,
Por más que el arte apures,
Son malos, y el ejemplo
Lo hallarás cuando gustes.
Las nubes que lejanas
El horizonte cubren,
Hay veces que á los ojos
Parecen altas cumbres:
Y las montañas, antes
Que el Sol vierta sus luces,
Parecen una faja
De verdi-negras nubes.
Cuando en la noche el viento
Agita los bambues,
Y los murmurios suenan
Del arroyuelo dulce,
El impaciente amante
La voz oir discurre
De su adorada prenda
Cercada de querubes:
Y el cobarde viajero,
Del mismo ruido arguye
Que un grupo de bandidos
Le cercan y destruyen.
No son viento y arroyo
Bandidos ni querubes,
Ni son las nubes montes,
Ni las montañas, nubes.
Es bien que el punto medio
A tomar te acostumbres,
Sin que lo afirmes todo,
Ni que todo lo dudes.

A UN COMETA.

Cuerpo ignoto, que giras
En la region del aire,
Dejando tras tu curso
Larga cola brillante,
Tú, que por tantos siglos
Corriste sin pararte
Viendo generaciones
Nacer y sepultarse,
Tú, que entre tantos mundos
Que en el espacio errantes
Circulan, ves la tierra
Mansión de llanto y sangre;
Díme si has visto un pueblo,
Dó solo un hombre se halle,
Y ángeles obedezcan
Lo que su voz les mande.
O por opuesto extremo,
Donde en paz perdurable,
Los vasallos sean hombres
Y el que gobierne, un ángel.
Dímelo, te lo ruego
Por el Sér Justo y Grande
A cuya voz te elevas,
Y á cuya voz decaes.
Responde, que si esquiva
Mi estrella incontrastable
Me niega la ventura
De poder habitarte,
Seráme dado al menos
El bien inapreciable
De saber que hay un punto
Dó la virtud descanse.
Así más que el Sol brilles,
Y á ser por siempre pases
De tu Hacedor Supremo
Corona deslumbrante.

LAS DOS EDADES.

Hay una edad de flores
Borrascosa en verdad;
Pero que en cambio, llena
De encantos mil está.
Entónces nos burlamos
Del hórrido huracán,
Del rayo destructivo,
Del tempestuoso mar.
Si entónces encontramos
Un ángel terrenal,
Una mujer que amemos
Y que nos sepa amar,
Nuestra alma es una hoguera,
El pecho un huracan;
Y por ella cedemos
La gloria y la verdad.
Es la edad de la gloria,
Del goce celestial,
De las inspiraciones
Y de la heroicidad;
Mas hay otra de nieve,
Cuya calma fatal
Tan solo nos presenta
Recuerdos de pesar.
Entónces nos reimos
Por no gemir quizá,
Y reprendemos usos
Que hicimos adorar.
Entónces, sin aliento,
Cansados ya de amar,
La vida nos fatiga,
La muerte horror nos dá;
Y llenos de dolores,
Nos hace Dios fijar
Los ojos en la tumba,
La mente más allá,
El hielo del sepulcro
Con nuestros cuerpos va:
¡Feliz quien su inocencia
Conserva hasta esa edad!

LOS DOS EXTREMOS.

Hay un valle encantado;
Tiene en su centro un niño
Que debe andar por fuerza
Por uno de sus dos largos caminos.
El primero, aunque recto,
Tiene mil precipicios,
Y hállanse á cada paso
Espectros, y fantasmas en sus riscos.
El que por él se lanza
Hasta el término fijo,
Que es un sepulcro helado,
Solo halla horror, prisiones y suplicios.
El segundo es tortuoso;
Pero ameno y florido,
Con todos los placeres
Y deleites que embriagan los sentidos.
Tal vez cuerpos sangrientos
Se hallan en él tendidos;
Mas tambien se halla oro
Y renombres espléndidos, magníficos.

Este mundo es el valle,
La inocencia es el niño,
La senda desgraciada
Es la virtud; y la brillante, el vicio.
No hay más que dos extremos
En este mundo inícuo,
O gozar y ser malo,
O morir virtuoso y perseguido.

SÚPLICA.

Escrita en la prisión.

Fantástico aparato de amistades y amores,
Dejadme en mi retiro, dejadme por piedad,
No me brindeis mentidos placeres seductores;
Dadme siquiera un día de amiga soledad.
Venturosos recuerdos de la infancia querida,
Venid á mi plegaria, cercadme en derredor,
Tornadme á mi inocencia, dejad que me despida
De aquella edad dorada de dicha y de candor.
Volaron ¡ay! las horas de plácida alegría,
Entré en el laberinto llamado ilustración,
El mundo confundióme entre su turba impía,
Y me arrancó asesino la paz del corazón.
El mundo en cada hombre brindándome un amigo
Y en cada bella jóven una inocente flor;
En cada varon luego mostróme un enemigo;
Y en cada flor, oculto un áspid destructor.
Y yo he sacrificado mi dulce primavera,
Perdiendo mi sosiego pasado y porvenir;
Y he volado insensato en pos de una quimera,
Que ni del bien se alegra, ni el mal sabe sentir.
Fantástico aparato de amistades y amores,
Dejadme en mi retiro, dejadme por piedad,
No me brindeis mentidos placeres seductores:
Dadme siquiera un día de amiga soledad.

A SILVIA.

No en descuido insensato
Dejes que pasen, Silvia,
Las plácidas auroras
De tu temprana vida.

Mira que el tiempo alado
Con ráudo vuelo gira,
Arroyando inclemente
Cuanto al paso divisa.

La hermosura es un soplo
Ligero cual las brisas
Que con el Alba nacen,
Y con la Aurora espiran.
Como claro arroyuelo
Que nace entre ambarinas,
Y á breve espacio, el bruto
Revuélcase en su linfa:
Como brillante ola,
Cuyas perlas lucidas
Sobre la propia arena
Que adornaron, se eclipsan.
Y en fin, como las flores
Que á la luz vespertina
Se abren, y al primer rayo
Del Sol yacen marchitas.
Pues si las bellas flores,
Olas, fuentes y brisas,
Te enseñan con su ejemplo
Lo que serás un día;
No en descuido insensato
Dejes que pasen, Silvia,
Las plácidas auroras
De tu temprana vida:
No desprecies el tiempo,
Aprovéchalo, y mira
Que eternidad y tumba
No tienen hora fija.

LA GLORIA.

¿Qué es del hombre la vida?
¿Cuál es del sér la gloria
Que rey de lo creado
Con vanidad se nombra?
¿Los cantos del poeta,
Del potente la pompa,
Los lauros del guerrero
Del amante las horas,
Y del profundo sabio
Las conclusiones doctas,
Que admiran los presentes,
Y los lejanos honran?
¿Qué son sino fantasmas
Que bajo extrañas formas,
Al conticinio nacen
Y mueren á la Aurora?
De cuantos ya pasaron,
De cuantos son ahora,
Y de cuantos ser deben,
Solo quedaron sombras;
Y esas, aun no reales;
Pues solo en la memoria,
Tal cual vez se presentan
Como luces fosfóricas.
Ved cual es ¡insensatos!
De este animal la gloria,
Que rey de lo creado
Con vanidad se nombra.

RECUERDOS.

A ELPIDIO.

Cuando recuerdo, Elpidio,
La sucesión de cuitas,
Y el mentido aparato
De este fantasma que llamamos vida:
Cuando torno los ojos
A los pasados días
Y advierto como vuelan
Los verdes años de la edad florida:

Cuando miro ese caos
De ilusiones mentidas,
Que lucen y se pierden
Como en la noche exhalaciones ígneas;
No entiendo por qué el hombre
Se oprime y martiriza,
Como si fuese tanto
El tiempo que gozar puede la dicha.
Parece que las causas
De su desgracia impía,
Sus tormentos y males,
Son inherentes á su esencia misma.
Hoy anhela un objeto
En que su suerte cifra;
Lo consigue, y mañana
Ya es infeliz con lo que ayer quería.
Feliz el que en la tierra
Vé transcurrir la vida
Sin que en su alma lleve
La ánsia del oro, ó del dolor la espina.
Feliz quien va al sepulcro,
Cual fuente clara y limpia
Que corre libre y pura.
Entre vírgenes selvas escondida.
Y triste el que el aliento
Infestado respira
De las nécias ciudades,
Moradas del engaño y la perfidia.
Él es como la rosa
En páramos nacida,
A quien de airada mano
No podrán defenderla sus espinas.
Alabe el falso mundo,
Quien lleno de alegría
Vió deslizar las horas
Desde su cuna hasta el presente día;
Mas el que en sus recuerdos
Halla solo desdichas,
Maldice el mundo insano,
Y aun la propia existencia le fastidia.

A UN NIÑO DORMIDO.

Duerme, inocente niño,
Que el sueño de la infancia
Es celestial beleño
Que á la inocencia extasia.

Feliz tú, que en tu cuna
No sueñas con fantasmas,
Ni anhelas un tesoro,
Ni rujes por venganza.

Tú ignoras de los hombres
Las viles acechanzas
Los tétricos designios,
Y las inícuas tramas.
Tu corazón es puro,
Cual las gotas que el Alba
Sobre las flores riega
De Abril en las mañanas:
Por eso en él no sientes
De la ambición las ánsias,
Ni la punzante espina
De una pasión profana.
Cual nave que en el puerto
Sus áncoras levanta,
Y al mar se entrega alegre
Con próspera bonanza,
Sin recelar el riesgo
De pérfidos piratas
De ignorados escollos
Y horrísonas borrascas;
Así llegará un día,
Que de esa edad dorada,
Dejando sin temores
La venturosa calma,
Te lances de la vida
Por las llanuras vastas,
En la apariencia amenas,
Y en realidad ingratas.
No en salir te apresures
De ese punto de gracia;
Que serás más dichoso,
Cuanto más tarde salgas;
Y en tanto que esa hora
Terrible se adelanta,
De llantos, amarguras,
Pesares y desgracias:
Duerme, inocente niño,
Que el sueño de la infancia
Es celestial beleño
Que á la inocencia extasia.

A UNA ADORMIDERA.

Flor bella y delicada,
Cándida y peregrina,
Que abres tu limpio cáliz
Cuando la Aurora brilla.
Si por tu lado cruza
Mi idolatrada Amina,
La de los negros ojos
La de la faz divina;
Y su mirar de fuego
Sobre tus hojas fija,
A saludarla alegre
Tu cáliz bello inclina;
Y cuando por sus lábios
Vague genial sonrisa,
De tu corola bella,
Brota esencias, y díla:
«El que tu gracia adora,
El que me riega y cuida,
El que á cada instante
Su corazón te brinda,
Hermosa, me ha mandado
Que en viéndote, benigna
Vuele del tallo, y leda
Tu casta frente ciña.»

EL CEMENTERIO IDEAL.

PORTADA.

Ten, lector, por fiel verdad
Que en estos túmulos varios
Hay muertos-imaginarios,
Y vivos en realidad:
Si es que por fatalidad
En tu alma acaso sencilla,
Hubiese alguna faltilla,
Y anhelas su corrección,
No le faltará inscripción
Que le venga de perilla.

I.

Por echarla de discreto
Murió pidiendo un soneto
El triste que yace aquí,
—*¡Si todos fueran así!*—

II.

Este infeliz murmuró
Siempre de propios y extraños,
Murió de veintidos años.
—*De más los veinte vivió.*—

III.

Mientras vivió Salvadora,
Los mancebos que la veían
Salva á su belleza hacían
Cual las aves á la Aurora.
—A que ninguno la llora.

IV.

Salud, Amira brindaba,
Y en dos meses que bailó,
Pálida, flaca, murió,
Y fina sangre arrojaba,
—¿Arrojaba sangre fina...?
Pues sal de la sepultura,
Y oprímete la cintura
Para lucir figurina.

V.

Esta vieja falleció
Porque el jóven más lozano
Casó con ella, echó mano
A su plata, y escapó.
—Ese sí que la entendió.—

VI.

Aquí yace Juan, querido
De la más bella casada;
Fué muerto de una cornada.
—¿Y quién lo mató...? El marido.—

VII.

Vivo el mundo me creía
Ora santo, ora demonio,
Y en la *fé de un testimonio,*
Daba lo que no tenía.
Cerré para *dar* la mano,
Y abríla para *cojer*
Más pronto que una mujer...
—¡Salve, señor escribano...!—

VIII.

Aquí reposa Zafir,
Que obligado á declararse
Entre morir y casarse,
Decidióse por morir.
—Es digno de un monumento
Por tan ejemplar acción;
Pues convence la elección
Que era jóven de talento.—

IX.

Pues que sois de mi hermandad,
Jaques, tontos y beodos,
En breve, seguidme todos
Al mundo de la verdad.
—¡Cúmplase tu voluntad!—

X.

Yo de calumniar vivía,
Y un día de muerte aguarda
A los de la estirpe mía.
—Lo que se siente es que tarda
Ese venturoso día.—

XI.

Uno aquí se bambolea
Cocotero poco á poco,
Leamos—«Desciende, coco,
En la tumba de esta fea.»

XII.

Los poetas me ensalzaron
Manaba miel de mis lábios,
Apreciáronme los sábios,
Las bellezas me adoraron;
Prodigaba pesos duros...?
—¿Rico, presumido y tonto...
Fabio, marchémonos pronto,
Porque no estamos seguros.—

XIII.

Aun el cántico épico retumba
Que un homérico vate alzó á mi gloria;
Aun me conserva espléndida la Historia....
-¡Válgate Dios...! pedante, hasta en la tumba!-

XIV.

De reyes y emperadores
Desciende el noble finado
Que yace aquí sepultado,
Y vivió lleno de honores.
Su esqueleto y calavera
Están por esa razón,
Tan libres de corrupción...
—Como los de otro cualquiera.—

XV.

Siempre adulando y fingiendo
Con méritos que no hablo...
—Descansa en paz, pobre diablo!
Este murió pretendiendo.—

XVI.

Yace aquí un jefe de armada,
Que acabado de enterrar
Hallaron de orin su espada
A la vaina tan pegada,
Que no se pudo sacar.
—¡Valeroso Militar!—

XVII.

Éste murió suicidado,
Porque un mullidor precoz
Le ofreció en solemne voz
Su entierro hacerle fiado.
—¡Vaya un tramposo feroz...!
¡Dios lo haya perdonado!—

LA RECONCILIACIÓN.

Oye, Clarinda hermosa,
La voz con que entre flores
Cantan gratos amores
Mi reconciliación.
La cítara armoniosa
Oye, con que constante
Te ofrece un fino amante
Su ardiente corazón.
En plácida locura
Juventud bulliciosa
Gusta cual mariposa
Volar de flor en flor;
Pero la edad madura
La da con gracias pías
Calma en las alegrías,
Firmeza en el amor.
El ruiseñor amante
No halla placer cumplido
Hasta que vuelto al nido
Le arruya el bien que amó;
Y ya volar errante
No quiere en la espesura
Por gozar la ventura
Que un tiempo idolatró.
Entónces él suspira
Hallando en la que adora
Las perlas de la Aurora,
Del Alba el arrebol;
Así mi pecho admira
Tu frente de azucena,
Como el Alba, serena,
Luciente como el Sol.
Si el alma que presento
A tu beldad, no esquivas;
Morir donde tú vivas
Te jura mi pasión;
Y si este juramento
Padece algun desmayo,
De tu desprecio un rayo
Me parta el corazón.

A IDALIA.

¿Ves, Idália, que el rubio
Renuevo de una palma
Parece un asta de oro
Sobre las verdes ramas?
¿Ves al régio planeta,
Que al nacer la mañana,
En el Oriente limpio
Un falso Sol levanta?
¿Ves la brillante Luna,
Del mar entre las aguas,
Que en cada ola aparece
Su forma entera y clara?
Pues si Naturaleza
A cada paso engaña,
Y nuestros mismos ojos
Concurren á ayudarla;
¿Porqué infalibles crees
A esas lenguas malvadas,
Que arrebatarme quierern
Tu corazón, Idália?

LA DESPEDIDA.

CANCIÓN.

Voló ya la alegría
Que un tiempo fué mi gloria
Y una triste memoria
Me dejas ¡ay! amor.
No mas la prenda mía
Mi prometida esposa,
Me halagará amorosa
Calmando mi dolor.
Cual fresca rosa en Mayo
No bien brilla argentada
Cuando cae deshojada
Del bárbaro aquilón.
Así súbito rayo
De la Parca homicida
Cayó en su cara vida
Y abrió mi corazón.
Durante el claro día
¡Cuál serán mis pesares
En aquellos lugares
En que amarme juró!
¡Cuál será mi agonía
Y mi penar tirano
Al mirar cuán temprano
Mi esperanza murió!
Y cuando el negro manto
Tienda la noche oscura
¿Dónde hallaré ventura
Que temple mi aflicción?
¿Quién á mi amargo llanto
Querrá prestar consuelo?
Sol, tierra, mar y cielo,
Sentid mi confusión.
Fela, cuando la hora
Marque el tiempo ligero
En su reloj certero
De nuestra eterna unión,
A esta alma que te adora
Verás gozosa, ardiente,
Del Sér Omnipotente
Volar á la mansión.
Pero en tanto que llega
Momento tan dichoso
No puedo hallar reposo
Sin escuchar tu voz.
Mi amor en tanto riega
Tu ya cadáver frío....
Adiós, corazón mío,
Adiós por siempre.... ¡adiós!

A LA JUSTICIA. (10)

AMOR PLATÓNICO.

En el alma, cual lucero
Refulgente y peregrino,
Tengo el retrato divino
De la Deidad que venero:
En vano encontrar espero
Esa belleza ideal,
Y á la mansión celestial
Ir á buscarla deseo
Porque en la tierra no creo
Que exista el original.

LA FLOR DE LA CERA.

Una mañana de Abril
Antes que el alba serena
Ornara el cielo de nácar,
Y los pensiles de perlas,
Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera
En un jardin que á su orilla
Preciosas plantas ostenta.
Con un cestillo de mimbres
Y unas tijerillas nuevas,
Estaba una jóven linda
Cortando «flores de cera.»
Ocultéme entre unas ramas
De jazmin y madre-selva,
Que abrazan á un rojo Adónis
Formando bóveda espesa:
Era su frente brillante
Como del amor la estrella,
Sus ojos, vivos y hermosos,
Negras y largas sus trenzas:
De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella,
Y su cútis fresco y blanco
«Como la flor de la cera.»
Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras.
Hablando consigo misma,
De que la oyesen, agena,
Tomando la más lozana
Dijo la simple doncella:—
—Dice bien Delio, que eres
De los jardines la reina.
¡Si yo fuese tan hermosa
Como «la flor de la cera!»
De su voz el eco suave
Me hizo conocer á Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo-Nuevo en las fiestas;
Y de Delio bajo el nombre
La hice amorosas protestas:
¡Con que aquí mi Lesbia mora
Y de su Delio se acuerda!...
¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan alegre y tan sencilla
Como «la flor de la cera?»
Escogió despues algunas,
Sentóse sobre la yerba,
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella.
Fuése á orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa;
Vióse el rostro en el cristal
Y exclamó de gozo llena:
—«Ya estará Delio en el puente,
Y cuando pasar me vea
Dirá que voy tan preciosa
Como «la flor de la cera.»

LA AMBARINA.

En los días de S. M. la Reina Gobernadora.

Zéfiro blando que en la arboleda
Bullendo esparces fragante olor,
Cruza los mares y da á Cristina
Esta de Cuba célica flor.
Esta, que el campo de ámbares llena
Cuando amanece fúlgido el Sol,
Como ella vierte sus beneficios
Desde el excelso trono español.
Cual tigre hircana voraz destroza
Tiernas ovejas sin compasión;
Así sedienta de sangre humana
Reinó tres siglos la Inquisición.
El hombre ilustre tales escenas
Viera de ruinas y asolación,
Sin mas arbitrio que era aplaudirlas
O ser quemado por fracmasón.
Mas ¡oh ventura! Cristina llega
Velado el rostro de magestad,
Cual aparece radiante estrella
Tras noche horrenda de tempestad.
Cúbrese el campo de alegres flores
Al divo aspecto de su deidad,
Y desde Gades hasta Pirene
Resuena el grito de Libertad.
Traspasa el eco los anchos mares,
La regia Antilla le oye sonar,
Y le repiten alborozados
San Juan, y Güines, y el Almendar.
La Fama empuña su trompa de oro,
Y por los aires se vé volar,
Cual aura mansa que se desliza
Sobre las olas del hondo mar.
Quien lleva santos y esgrime espada
Acrecentando la rebelión,
Y cruel seduce los infelices
Bajo pretexto de religión;
Es una fiera voraz, inícua,
Maligno miembro de la Nación,
Mónstruo execrable, que con mil vidas
No paga el colmo de su traición.
¡Sangre y venganza! ¡Sagre y venganza!
Se alzó gritando la usurpación,
Como el espectro que hablaba á Orestes
Sobre la tumba de Agamenón.
«¿No quereis sangre? pues... tomad sangre»

Dicen los héroes de la Nación,
Y huye aterrada cual torva sombra
Del negro Tártaro á la mansión.
Hijos de Cuba, cuando yo muera,
Con ambarinas me coronad:
Y si existiere la excelza reina
Hacedme el gusto de no llorar.
¡Viva la patria! ¡Viva el progreso!
Decid al punto de me enterrad,
Y yo os ofrezco de responderos
¡Vivan! y viva la Libertad.

LA VEGUERA INOCENTE.

Del alba á luz primera
Sale á discantar amores
La más hermosa veguera
Que el Sol mira y pisa flores
Del Táyaba en la ribera.
Negros, dormidos, brillantes,
Son sus ojos centellantes;
Su planta, leve y sutil,
Y sus ecos, extasiantes
Como mañana de Abril.
Si suelta la cabellera
Lleva del viento agitada,
Parece la Primavera
Que discurre en la pradera
De jazmines coronada.
Si adorna su frente hermosa
Con una *moya* canaria,
Semeja en su faz graciosa
Ignea estrella solitaria
Que sale á Oriente radiosa.
Las gotas que en la cascada
Saltan del sonante río
A su boca purpurada,
Brillan como albo rocío
Sobre la flor de granada.
Con un azul delantal
Ajusta su talle bello,
Ornan su rostro ideal
Sarcillos de oro, y el cuello
Rica sarta de coral.
Ya sus dos vivos luceros
Fija en leve caracol,
Y sinsontes y cabreros
La felicitan parleros
Teniéndola por el Sol.
O vé tranquila pasar
Entre oleadas infinitas,
Hojas y flores al par,
Que ya mústias y marchitas
Conduce el torrente al mar.
Sin reflexionar que un día
Irán su gracia y candor,
Como las flores que vía
Del tiempo desolador
En la corriente sombría.
De su tiple á las templadas
Cuerdas, entona distintas
Canciones enamoradas,
Puesta una moña de cintas
Blancas, verdes y rosadas.
Vase, al finar la canción
De sus cuerdas al compás;
Sin cuidar de un corazón
Que la ha visto una ocasión
Y no la olvida jamás.
¡Feliz tú, que sin temor
Vives, ángel del Señor;
Pues al alba te levantas,
Y amorosas trovas cantas
Sin saber lo que es amor...!
Y mísero aquel, que existe
No pudiendo hablar de amor
Sin que bulla en su interior
Un presentimiento triste,
O un recuerdo de dolor!

LA ROSA DE TRINIDAD.

Dedicada al S.r José A. Hernandez.

I.

En la verde pradera
Que con sonante espuma
Riega el Táyaba undoso
Y flores mil dibujan,
Hay un rosal lozano,
Cuyo aliento perfuma
El aire fresco y suave
Que en torno de él circula.
Coronado de perlas
Le deja el alba pura,
Los céfiros le halagan,
La aurora le saluda,
Y las parleras aves
En su redor se agrupan
Cantándole abstraidas
Mil himnos de ventura.
Allí una madrugada
Al brillo de la luna
Cercado del solemne
Silencio de las tumbas,
Pulsando distraído
Su bella lira ebúrnea,
Así cantaba un bardo
De la risueña Cuba.

II.

«Flor preciada que el alba serena
Como estrella de paz y de amor
Grata mueves tu córola amena
Esparciendo suavísimo olor;
¡Cuánto es bello en tu cerco divino
Ver lucir el licor matinal,
Tu animado color purpurino
Y tu eterno verdor tropical!
Sola tú consoláras ¡oh Rosa!
Mi pesar y amargura cruel;
Bendiciones á tí, reina hermosa
Del florido y fecundo verjel.
Si en las ondas del Táyaba brilla
Tu beldad de una ninfa en su sien,
Del San Juan en la plácida orilla
Nacen rosas y ninfas tambien.
Nacen rosas y ninfas, no empero
Más hermosas que aquestas serán,
Yo á cantarlas me brindo sincero,
Si les place el cantor de San Juan.
«Triste el bardo, dirán las hermosas,
Sin ventura á estos campos llegó,
Y del Táyaba á ninfas y rosas,
Olvidando sus males cantó.»

III.

Perdóname ¡oh flor! si en tanto
Que el suave Alisio te mece,
Solo entono un débil canto,
Y no el himno que merece
Tu inocente cáliz santo.
Acaso en mejores días
Te tributaré loores;
Pues las desgracias impías
Más inspiran elegías,
Que cánticos á las flores.
Quizás desde el Yumurí
Recordaré tu beldad,
Y veré presente allí
Con sus hojas de rubí
La Rosa de Trinidad.
Adiós, Rosa peregrina,
Flor de dicha y bendición,
Jamás te amague la ruina,
Ni el arrasante Aquilón
Deshoje tu faz divina.
A las castas hermosuras
Que me representas hoy,
Darás tus esencias puras;
Mientras yo infelice voy
A sentir mis desventuras.»

IV.

Dijo el bardo, y suspirando
Marchóse por la espesura
Que de San Ignacio el valle
A la simple vista oculta;
Bien como tórtola ausente
De su amor tálamo y cuna,
Que al discurrir por los campos
Tristísimamente arulla.

LA PARTIDA DEL PIRATA.

PRIMERA PARTE.

De un bergantin en la popa,
Envuelto en su negra capa,
Fumando tabaco puro
Con una pipa de plata,
Ante cien robustos hombres
Que en él fijan sus miradas,
Estaba el más bravo jefe
Que han tenido los piratas.
Sobre su purpúrea gorra
La borla de oro resalta,
Cual viva chispa de fuego
Entre una flor de granada,
Su pálida frente anuncia,
Y sus siniestras miradas,
Que allá en su mente dispone
Alguna horrible venganza.
Luego como quien recuerda
De sus desdichas la causa,
El rostro baja, y por él
Rueda una sonrisa amarga.
Entónces la gente ordena,
Su sonora voz levanta,
Y la violenta partida
De aquesta manera manda.

II.

—¡A la mar! ¡á la mar! compañeros,
Que la tierra nos quiere tragar;
No hay cuartel, preparad los aceros:
Hierro y fuego. ¡A la mar!...! ¡á la mar!
No más danzas; sangrientos horrores
Do quier lleve el fulmíneo cañon,
Tiemblen esos del mundo señores

Solo al ver mi fatal pabellon;
De perfidias é injustos rigores
Nuestra nave nos puede librar.
¡A la mar!....
Para estar en desgracia infinita,
Existir oprimido tal vez
Y morir en la tierra maldita,
Vale más ser el pasto de un pez.
¿Quién la vida en las ondas me quita
Sin la suya tambien arriesgar?
¡A la mar!....
Nuestra nave sus velas extienda
Aunque ruja el sonante Aquilón,
De las nubes el rayo descienda,
Suba el Ponto á la etérea región
Y nos lance con furia tremenda
Al abismo. Las anclas levar.
¡A la mar!....

III.

Dijo el pirata. Los demás callaron
Y ante su aspecto sosegado y grave
Los cables de las áncoras cortaron
Al son del pito: la graciosa nave
Sus blancas velas desdobló gallardas
Que al soplo de los céfiros se henchían,
Y confundióse entre las nubes pardas
Que el cóncavo horizonte oscurecían.

IV.

No ya el canto de aquellos marinos
Era dado en la tierra escuchar;
Pero el eco, en los montes vecinos
Aun sonaba ¡á la mar!.... ¡á la mar!

EL PIRATA EN LA MAR.

SEGUNDA PARTE.

I.

Como por medio de pesadas nubes
Rápida cruza voladora garza
Rasgando el verdinegro manto aéreo
Al rebatir de sus brillantes alas;



Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean
Y el pueblo que le circunda;

 Jicotencal.

Así rompiendo las cerúleas olas
El lijero bajel sobre las gabias,
Deslízase veloz, mostrando solo
Entre el cielo y la mar sus velas blancas.
«Hoy es mi cumpleaños, compañeros,
Y viene á visitarnos la borrasca;
Venga en buen hora á saludarnos, venga;
Las copas preparad para la salva,
Tiemble el cobarde, al escuchar su silbo,
Que anhela afeminado en muelle calma
La vida mujeril y voluptuosa
Que en los palacios ignorados pasa.»

II.

Dijo el pirata, en tanto
Que entusiasmada la marina gente
Saluda á voces de su jefe el santo,
Y mientras ráuda cual ligera pluma
Surca la nave el piélago rugiente,
Nevados copos de salada espuma
Saltan del Ponto á coronar su frente.

III.

En el lejano horizonte
Airado el mar se levanta,
Formando móviles grupos,
Bien como noche nublada
En que á intervalos asoma
La Luna su frente clara,
Y discurriendo las nubes
Cuyas prestas sombras pasan
Por los encumbrados montes
Cual gigantescas fantasmas,
Parece que el monte oscila
Y se mueven las montañas.
El ávido ojo del tope,
Perspicaz como el del águila,
Ha divisado un objeto;
Obsérvale atento y clama:
«¡Vela, á babor...!»—«¡Vela...! vela...!
(Grita tambien el pirata;)
Compañeros, á virar;
Hoy nada nos hace falta.
Tenemos combate y vino,
Prendas, sedas, oro y plata;
Ya veis que os brinda mi día
Sangre, festin y borrasca.»

EL VEGUERO.

A mis amigos de Villa-Clara.

EL ECO.

Caros amigos que un día
Cuando Plácido vagaba
Por las fértiles llanuras
Que fecundan los dos Saguas,
Vosotros los que me vísteis
En vuestra dulce compañía,
Del *Cayo* á *Guaracabuya*,
De las *Huertas* á las *Lajas*;
Los que francos y sinceros
Acallásteis mi desgracia,
Recibid este presente
Que mi amistad os consagra,
Como hijo de un corazón
Sin interés y sin manchas;
Grande como las llanuras
Do pacen vuestras manadas.
Y vosotras, bellas ninfas
De fogosísimas almas,
Las que de amarillas moyas
Y aguinaldos coronadas,
Del Bélico (11) á las orillas
Más alegres que las Gracias
Felicitais á la Aurora
Del Abril en las mañanas,
Acojed este tributo
Débil, que os brinda mi alma
Porque sois merecedoras
De más sublime alabanza.
Más de un año há que no veo
Por mi mal vuestras moradas,
Y aún... suena en mi corazón
El Eco de Villa-clara.

EL VEGUERO.

1.°

Oye mis cantos, esquiva
Trigueña de Villa-Clara,
La de la frente de oro,
La de los lábios de grana.
La del corazón de fuego,
La de los dientes de nácar,
La de los ojos de vírgen
La del aliento de ámbar.
Tú eres fresca cual las flores,
Esbelta como la palma,
Cándida cual la paloma
Y risueña como el Alba.
Alegre como la Luna
En serena madrugada,
Brillante como la Aurora
Del Abril en las mañanas,
Pura como los arroyos
Que entran bullentes en Sagua,
Bella como el colibrí,
Ligera como la garza.
Un solo defecto abrigas,
Trigueña de Villa-Clara,
Pór él te maldigo á veces
Porque con ese me matas.
Y á veces por él tambien
Te entono mil alabanzas;
Y es, el desden asesino
Con que me partes el alma.

2.°

Deja ese desden, trigueña,
Porque la experiencia enseña
Que desdenar y querer
Es echar al fuego leña
Y sentarse á verlo arder.
¿Porqué me vuelves la cara
Cuando de hablarte concluyo,
Si sabes por mágia rara
Que mi corazón es tuyo,
Trigueña de Villa-Clara?

No alcanzan mis proporciones
A darte ricos topacios,
Ni te ofreceré millones,
Ni magníficos palacios
Con dorados artesones;

Pero si me quieres, yo
Te puedo un pecho brindar
Que jamás doblez usó,
Ni supo lo que era amar
Hasta que te conoció.

Si aceptas mi petición,
Cortaré cedros en Sagua,
Y haré para nuestra unión
La más bella habitación
Que tenga Manicaragua.

Donde sus hojas desplega
La planta, que hasta el confin
Del mundo preciosa llega:
Allí tengo yo una vega.
Y entre la vega un jardin.

En él hay para tu sien
Jazmin, clavel, cambustela,
Y tiene calles tambien
Del malambo y la canela
Que nacen en Caibarien.

En dos arroyos que dan
Vueltas al monte sombrío,
Tus negros ojos verán
Las clavellinas del río
Y los lirios de San Juan.

Verás á la *vergonzosa*,
Tibia por naturaleza,
Y la blanca extrana-rosa
Que no te excede en pureza
Ni se te iguala en lo hermosa.

Cuando te quieras bañar
Tendrás una bella poza
Clara y limpia, donde al par
Junten su esencia la rosa
El jazmin y el azahar.

Tengo en un lindo cantero
Que á tu nombre dediqué:
Ruda, albahaca, romero,
aritas de San José
espuelas de caballero.

Ambarinas hay nacientes,
mapolas ondeantes,
ay pensamientos rientes,
hay azucenas brillantes
n blancas como tus dientes.

Tú sola en Manicaragua
Brillarás linda hechicera,
Como del fecundo Sagua
En la sonante ribera
Brilla la flor de majagua.

No nací con heredad:
Si admites esta pequeña
Ofrenda de mi lealtad,
Harás mi felicidad
Y harás la tuya, trigueña.

Así *Mayo* repetía
Sobre una peña en la altura
De Cerro-Calvo, y gemía
Mirando una fuente pura
Que bajo sus piés corría.

En la verde orilla hojosa
Advierte que alguien había,
Pára su atención cuidosa,
Y ve una jóven garbosa
Que sus cantares oía.

Ya se esquiva, ya presenta
Sus formas de vez en cuando,
Como el que ser visto intenta
Y con cuidado aparenta
No ver que lo están mirando.

El jóven amante, que
Tan sólo en la que le inspira.
Piensa con ardiente fé,
Y hasta en las flores que mira
Le parece que la vé;

El *tiple* deja en la peña,
Baja con algun recelo,
Escóndese en una breña
Al márgen del arroyuelo,
Y conoce á su trigueña.

Mas ella, que diligente
A soslayo le observaba,
Mostrábase indiferente,
Fingiendo que se miraba
En el cristal de la fuente.

Por gracia tan no esperada
Gozoso al cielo bendice,
Y acercándose á su amada,
—«Salud, Celinda adorada,»
Con dulce acento le dice.

«Deja, imán de mi pasión,
Tu linda boca besar,
Y te daré en galardón
Ante Dios el corazón
Y la mano en el altar.»—

Celinda, en quien parecía
Ser el desden natural,
Para ocultar su alegría
Veló el rostro con el chal
Y le dió lo que pedía.

En sus brazos la estrechó
Mayo, loco de contento;
Ella tambien lo abrazó:
Soltóse, y despareció
Más veloz que el pensamiento.

ÉGLOGA CUBANA.

PLACIDO—ELINO—POETA.

POETA.

Una noche de Abril, cuando la Luna
Espléndida se alzaba en el oriente,
Más clara y más hermosa que otra alguna,
Y las flores mecieran blandamente
Sus pétalos de aromas perfumados,
Y jugaban los cisnes en las fuentes;
Dos vegueros de Cuba, enamorados,
En prez cantaron de sus ninfas bellas
Sobre la verde yerba recostados.
Al fluir de su númen las centellas,
Que llegáran al cielo cristalino
Y en su marcha pasaran las estrellas,
Acordáronse Plácido y Elino,
Y así, al aire lanzaron sus acentos,
Acompañando el cántico divino
Melodiosos y suayes instrumentos.

PLACIDO.

Los negros ojos de mi Fela linda
Tal mágia tienen si al mirar sonríen,
Que alma no habrá que en su furor no rinda
Ni corazón glacial que no extravíen;
Puros inciensos el amor les brinda
Con tal que un rayo de su luz le envíen;
Y les hacen las gracias régia salva
Como las aves saludando al Alba.

ELINO.

La casta frente de mi amada Evena
Es de jazmines cual naciente aurora
Cuando en cuna de nacar y azucena
La noche ahuyenta y el oriente dora:
Su faz divina de inocencia llena
La hace del mundo y de mi amor señora,
Pudiendo dar con su color hermosa,
Blancos al lirio, púrpura á la rosa.

PLACIDO.

Entre verdes naranjos, los *cabreros*
Circuidos de blancos azahares,
Trinaban dulces himnos hechiceros,
Cuando Fela entonando sus cantares
Hizo mover los altos cocoteros.
Suspendió la corriente de Almendares,
Y las aves dejaron las canciones
Por tomar de su cántico lecciones.

ELINO.

Cuanta flor en boton el campo tiene
Y áspera fruta verde y sin dulzura
Y hoja seca en el árbol se sostiene,
Se abre y revive y tórnase madura
Si mi veguera con su tiple viene
La voz alzando que le dió natura;
La dulce voz, que dá con su armonía
Alma á los prados y esplendor al día.

PLACIDO.

Cuando Fela con ceño mira airada
Turbado bate el mar la arena muda,
La pradera de flores salpicada
El bravo cierzo con furor desnuda,
Y el Sol tras nube densa y dilatada
Su carro esconde y su camino duda;
Pero si luego rie, en el momento
Brilla el Sol, calma el mar, serena el viento.

ELINO.

¿Ves, Plácido, en mitad del arroyuelo
La vespertina estrella retratada?
En vano hallarla intentas en el cielo,
Que aun no es su hora de salir llegada:
Debes buscarla en el florido suelo,
En mi adorada Evena, que sentada
Está en las gramas de la opuesta orilla,
Y entre las ondas como Vénus brilla.

PLACIDO.

¿Ves, Elino, la Luna cuán luciente
Tras rojas nubes perfiladas de oro
Llena de luz el aire transparente,
Reina del cielo en estrellado coro?
Topacio inmenso brilla en el oriente
Regando al mundo fúlgido tesoro;
Pues mústio y triste su esplendor quedara
Al ver de Fela la divina cara.

ELINO.

Siendo cándida y fresca cual la rosa,
Y suave y pura la pastora mía,
Es lo menos que tiene, ser hermosa;
La virtud santa sus acciones guía,
Prenda tanto más alta y más preciosa
Cuanto menos se encuentra en este día:
Natural en amor, franca en el trato;
Adoro su candor y su recato.

PLACIDO.

Tanto me obliga tu amoroso acento
Que segun vas, Elino, retratando
A tu adorada, lloro de contento
Y de Evena me voy enamorando.
Al cielo mismo arrebatarme siento
Y quisiera por ella estar cantando.
Canta á mi Fela, si te place, ahora,
Y déjame loar á tu pastora.

ELINO.

¿Yo cambiar á mi Evena? Ni por Diana.
¿Yo celebrar ni en chanza otra pastora?
Plácido amigo, la propuesta es vana:
Yo sé que Evena la verdad adora.
No quieras dar lugar á que mañana
Triste suspire la que nunca llora.
¡Plegue á Dios que jamás haya querella
Entre tu amante y mi pastora bella!

PLACIDO.

Un abrazo, mi Elino, quiero darte
En prueba de mi júbilo y terneza:
De mañas me valí; perdona el arte:
Quise ver lo que amabas tu belleza,
Y en verdad, que esa ninfa en adorarte
Solo cumple en pagar tanta fineza;
Pues eres como yo tan fino amante,
Y yo soy como tú tambien constante.

POETA.

Seguir quisieran su cantar festivo
Al son del tiple acorde los pastores
Hasta que el alba con destello vivo
Perlas vertiera y despertara amores,
Y al eco de sus voces melodiosas
Contestáran arpados ruiseñores;
Mas de repente salen las hermosas
Zagalas, que escuchaban escondidas,

Con sus guirnaldas de fragantes rosas
Que el aire de la selva embalsamaron,
Y de los dos amantes, candorosas,
Las inspiradas frentes coronaron.

Vino despues el refulgente día,
Y los pastores y sus ninfas bellas
Nada dijeron que pasado había,
Solos, de noche, amantes y cantores,
Quien dijera verdad, si hablasen ellas,
Fueran la Luna, el Alba, las estrellas,
Y las aves, las plantas, y las flores.

A MI AMIGO J. DE LA C. C.

En la muerte de Fela.

Antes que el rojo Apolo
En oriente sacuda
Las hebras relucientes
De su melena rubia;
De mi adorada Fela
Quiero sobre la tumba
Plantar un árbol verde,
Cuya sombra la cubra,
No de los fuertes rayos
Del Sol, ni de la pura
Claridad que en la noche
Dá la modesta Luna,
Antes que del olvido
La salve su verdura,
Y no á la hoz del tiempo
Debilmente sucumba.
¿Y cómo conseguirlo
Pudiera en mi amargura
Si tu númen esquiva
La generosa ayuda?
Ya Elino me ha ofrecido
Con la fé que acostumbra
De ciprés triste un ramo;
Favio tambien sin duda
Sentirá mis desgracias
Como las propias suyas:
Y tú, por la primera
Vez que mi voz te ocupa,
¿Querrás desentenderte
De obligación tan justa?
¡Ay! Castro, no es mi llanto
Fingido; la amargura
Que siento acá en el alma
No sin razón me turba.
¿Viste un naranjo bello
Que de doradas frutas,
Cargado está orgulloso
Sobre la márgen turbia
De un impetuoso río,
Y tempestá iracunda
Con horrísono estruendo
De un golpe le desnuda,
Llevando la corriente
Lo que con pena suma
Crió por tanto tiempo
Sin que le quede alguna?
Tal ha sido mi historia,
Mira si es bien que sienta
Mi suerte aciaga y cruda
Hasta que el seco polvo
Mi yerto cuerpo cubra,
O tu amistad mitigue
Mi llanto y mi amargura.

NOTAS DE LAS POESÍAS VARIAS

(1) Publicamos con duda esta composición, que bajo el pseudónimo el *Jardinero*, encontramos en la *Aurora* de Matánzas, y se nos asegura que es de Placido.

(2) Hecha á petición de un amigo.

(3) Esta composición aparece suscrita por *Un Trinitario* en un periódico de Trinidad, y se dice que la hizo Placido á petición de un amigo.

(4) Tragedia «Pelayo.»

(5) Composición inédita dedicada al poeta cubano D. José María Heredia, con motivo de su llegada á esta ciudad de Matánzas. No aparecen más que estos fragmentos, que suponemos sea la introducción del canto.

(6) Esta composición fué dedicada por el autor en nombre de Dorila de Almendar.

(7) Monte enclavado al O. de la bahía de Matánzas.

(8) Heredia.

(9) Damos paso á esta composición porque abunda en ideas avanzadas.

(10) Escrita en la capilla la noche víspera de la ejecución.

(11) «Bélico»—El arroyo que circunda esta villa que hoy puede llamarse almacen general del comercio terrestre; aún no tiene nombre, y me creo tan autorizado como otro cualquiera para darle éste, atendiendo á que su orilla es un mineral de imán, y en su márgen nacen laureles: símbolos, el primero de la guerra, y los segundos de la victoria.—Nota del autor.—

S. A. M.

QUINTA PARTE

FÁBULAS

EL PERRO.

Habíale dado á un perro
La manía extravagante
De probar que el ser valiente
Lo heredaba por su sangre.
Cierta vez se hallaba en medio
De otros cachorros, muy grave,
Relatando como suyas
Hazañas que oyó á su padre.
—Yo no he menester carlanca,
(Decía en tono arrogante)
Para cuerpo á cuerpo, y solo,
Rendir al lobo más grande.
Al jabalí que diviso
No haya miedo que se escape,
Y me holgara mucho el día
Que con un tigre me hallase.—
Un perro viejo que oculto
Escuchaba al zaragate,
Quiso con astuto ardid
Probar el valor del jaque:
Finjiendo un pánico miedo
Salió de los matorrales,
Y dijo:—«¡Un lobo me sigue!
¿No hay un jóven que me ampare..?»
—«¡Lobo...! (exclamó el valentón)
A su abuela que lo aguarde.»—
Y desapareció más breve
Que el relámpago en el aire.

A cuántos he visto yo
De este perro semejantes,
Buenos y guapos, de boca,
De hechos, malos y cobardes.

LOS HOMBRES Y LAS AVES.

Huérfano desde el nido,
Sin plumas y en la infancia,
Un pichoncillo tierno
Tristemente piaba.
Pajarracos distintos
Y animaluchos pasan,
Los unos por el tronco,
Los otros por las ramas.

Cada cual al oirle
Le insulta en su desgracia
Con aquel sobrenombre
Que á su entender degrada:

Mas cuando volar pudo,
Y vieron que era águila,
Entónces humillados
Todos le saludaban.

Las aves y los hombres
Tienen las propias mañas,
Desprecian á los débiles
Y á los fuertes halagan.

EL RUISEÑOR Y LA TÓRTOLA.

Sobre una palma florida,
Del Alba al primer fulgor,
Estos consejos de vida
Daba un dulce ruiseñor
A una tórtola afligida.
—«¿Dónde vas, inocente avecilla,
Lamentando tu amargo dolor?
Con arrullos presumes, sencilla,
Libertar de cadenas tu amor?
Torna, torna á la verde espesura,
Donde puedes sin miedo llorar,
Y abandona la alegre llanura
Do mil flores se ven descollar.
No te fies al ver quietud tanta;
Pues de oculto y sagáz cazador,
Una red te dará cada planta,
Y una bala quizá cada flor.»—
Dijo el ruiseñor, y apena
La última nota cantó,
Cuando la escopeta suena,
Y tinto en sangre cayó
Agonizando en la arena:
Bien cual médico profundo,
Que de un dolor singular,
Se ve al sepulcro bajar
Primero que el moribundo
A quien presumió salvar.
O bien, semejante á aquel
Mortal, que con suaves modos
Dá con sus lábios de miel
Buenos consejos á todos
Sin saber tomarlos él.

LOS DOS GALLOS.

Brinca-cercas, un gallo valeroso
Vencedor de las riñas más tremendas,
Hallóse cierta vez con Trabucazo,
Que también *valenton* nombrado era.
A los primeros tiros cayó herido
Con una pata menos *Brinca-cercas;*
Mandólo el amo levantar al punto,
Y gañó Trabucazo la pelea.
Cantó con arrogancia, escarbó el suelo,
Haciendo del contrario larga befa.
Un mes tras otro fuéronse, hasta un año,
Volviéronse á encontrar por contingencia,
Y el primero le dijo—«Ola Trabuco,
Mira hoy donde guardas la cabeza,
Porque solo que tu amo te la quite,
La podrás libertar de mis espuelas.»—

—«Ménos palabras, contestó Trabuco,
Pues si vivo escapaste en la otra fiesta,
Como te pique firme por la barba,
No te daré lugar á brincar cercas.»—
Abozáronse al fin los dos contrarios,
Y Trabuco empezó con tal braveza,
Que ya contó cumplir con su palabra
Y dijo para sí, «la cosa es hecha.»
El bravo *Brinca-cercas* le seguía
Como el que está velando á quien lo vela,
Y cuando menos lo esperó Trabuco
Cayó de un tiro desnucado en tierra.
Entónces en silencio se quedaron
Los que aplaudieron su primer pelea,
Y los que le llamaron invencible,
Hoy con placer al vencedor celebran.

¡Así pasan las cosas de este mundo!
Pendientes todas de fortuna ciega,
Al que hoy es victorioso y aplaudido,
Si es vencido mañana, lo desprecian.

EL GALLO LETRADO.

Sentado á la sombra
De un copado ateje,
En suelo mullido
Por la grama verde,
Estaba á la Aurora
Cierto petimetre,
Que gozar gustaba
Las dichas campestres:
Ve que un gallo á un pollo
Soberbio arremete,
Y con sus batidas
Le causa la muerte.
—«¿Porqué, infame, dijo,
Si vergüenza tienes,
De sus pocos años
No te compadeces...?
¿Qué léyes te amparan
Para daño hacerle,
Y acabar su vida
Sin que él te ofendiese?»
—«Hombre, exclamó el gallo,
Escucha y detente.
La ley que me ampara
Para matar ese,
Es la que tú usas
Con los otros séres
Cuando se te antoja;
Es la del más fuerte.»—
—«¡Bravo! (gritó el hombre
Dándose en la frente)
Por lo sentencioso
La vida me debes.»—
¿Y habrá moralistas
Osados, que nieguen
Que los animales
No saben las leyes?

QUID PRO QUO.

Juntáronse varias bestias
En sociedad (no es muy nuevo)
Entre una abrigada gruta
Para pasar el Invierno.
La zorra como ingeniosa,
Los resultados previendo
De la ociosidad, propuso
Distraerse con un juego:
Puso á cada cual un nombre
A su natural opuesto;
Así, que el leon reía
Llamando bravo al cordero;
Este también se burlaba,
Humano al tigre diciendo,
Y á su vez se daban zumbas,
Cambiados dictados viendo.
No es muy raro que los brutos
Desconozcan tales yerros,
Cuando los hombres que privan
De advertidos y discretos,
Se burlan si á otros encomian
De prendas que carecieron,
Y se envanecen, si alguno
Hace lo mismo que ellos.
No calculando que son
Falacias de palaciegos,
Que antes deshonran que ensalzan
Con su pestífero incienso;
O bien sarcasmos picantes
Conque los critica el genio,
Suponiéndoles por mofa
Virtudes que nunca hubieron.

EL RUISEÑOR Y EL CERDO.

Un ruin cerdo que yacía
En el chiquero encerrado,
Oyó al ruiseñor un día,
Y se imaginó dotado
De la misma melodía.
El arrastrado animal
Al escuchar los acentos
De aquel pico sin igual,
Le importuna por momentos
Con su música infernal.
Aunque aquel le hubiese oído,
Ser contra si no comprende,
Y trina alegre en su nido,
Porque quien á nadie ofende
No teme ser ofendido.
¡Oyes, dijo el colibrí,
Cual gruñe esa bestia fea
No muy distante de aquí?
Pues tan solo es con la idea
De darte pesar á tí.»
—«¡Olá! exclama el ruiseñor,
¿Con que el inmundo cochino
Es mi oculto detractor
Porque no plugo al destino
Hacerle nacer cantor...?
Pues para que su insolencia
Pague, cerrando el hocico,
Quiero en una competencia
Probarle la diferencia
Que hay de su trompa á mi pico.»
—«No, dijo el zunzun, reposa:
¿Cuando de dudas te saco
Por afección amistosa,
Harás la bajeza odiosa
De alternar con un berraco?
El Señor de los Señores
A él le crió para el cieno,
Y á tí para que las flores
Libes del pensil ameno,
Y discantes los amores.»
—«Dices bien, contestó fiel
El ruiseñor, pensé mal,
Desprecio su acción crüel;
Vaya y busque otro animal
Que pueda igualarse á él.—¦
Volando de flor en flor
Fuese el consejero cuerdo,
Tras él marchóse el cantor
Sin curarse más del cerdo.
—Hizo bien el ruiseñor.

EL LORO MAESTRO.

Desde su jaula de alambres
En que le tuviera el dueño,
Un práctico loro daba
Lecciones á otro pequeño.
Era gusto el escucharle
Burlando á los pasajeros,
Decir chistes, dar la pata
Y hacer varios embelecos.
Un curioso, cierto día
Despues de mirarle atento,
Y oirle cantar con gracia
La Salve y el *Padre nuestro;*
Le dijo:—«¿Dime, lorito,
Tienes tú conocimiento
De las cosas que relatas,
Y para enseñar te han puesto?»—
Como si Dios le inspirase
Respondió el loro muy serio:
—«Extraño que tal pregunta
A un pobre loro hayas hecho.
¿Con que eres hombre, y no sabes
Que infinidad de maestros
Quieren enseñar á otros
Lo que no comprenden ellos?»—
Convencido el preguntón
Siguió camino diciendo
—«¡Diantre, qué verdad tan cruda
Me ha dicho el animalejo!»

Cuántos sin razon loados
Por su instrucción y talento,
Que enseñan lo que no saben,
Pueden aplicarse el cuento.

LA POMA-ROSA Y EL CANISTEL.

Un canistel que extendía
Sus ramas en la espesura
De una verde selva umbría;
Como Narciso, vivía
Prendado de su hermosura.
Una «poma-rosa,» al lado
Tranquila y en paz creciera,
Y el tonto que se creyera
De más belleza dotado,
Le hablaba de esta manera:
—«Quien te puso *poma-rosa*
Era mal conocedor,
Pues bautizó cualquier cosa
Con el nombre de la flor
Mas elegante y hermosa.
Y á mí, que soy del vergel
Dorada poma brillante,
Me destinó el hado cruel
El nombre insignificante
Y extraño de *canistel.*»
Mas todo aquel que pasea
El bosque, la vista ansioso
En los dos fija y emplea,
En mí por que soy hermoso,
Y en tí por informe y fea.»—
La *poma-rosa*, cansada
De escuchar al *canistel*,
Arremetió, en vez de espada,
Lengua en ristre, sobre él,
Como mujer agraviada.
—«Te expresas harto atrevido,
(Contestóle aquella al pronto,
Y aunque es axioma sabido
Que todo hablar es perdido
Para convencer á un tonto,
Sin embargo, en mi opinión
Tambien es cierta verdad,
Que el que tiene ilustración
Humilla su vanidad
Diciéndoles lo que son).

De cuanto te has alabado
No haces en nada patente
Que eres por útil buscado,
Lo que prueba solamente
Que sirves para mirado.
Quizá un poeta sería
El que admirador infieres,
Y en su mente revolvía,
Que por lo engañoso eres
Un símil de hipocresía.
Y aunque con injurias graves
Quieras causarme disgusto,
Sabrás, porque no te alabes,
Que yo tengo olor y gusto,
Y tú ni hueles ni sabes.
Propias de los hombres son
Tus voces; pues en la oscura
Noche de su presunción,
Ven del rostro la hermosura
Y no la del corazón.
La naranja es más buscada,
Más útil que tú, más crece,
Su corteza es más dorada,
Y no se alaba de nada
Ni de nada se envanece.
Quien por sí su elogio lleva,
Y á cada instante, importuno
Su mérito al cielo eleva,
Dá la más segura prueba
De que no tiene ninguno.
De agradar es infructuosa
Tu loca solicitud,
Si eres fruta fastidiosa
Como una mujer hermosa
Sin talento y sin virtud.
Eres sólo en realidad
Retrato de hombres sin cuento,
Que henchidos de vanidad
Brillan en la sociedad
Sin virtud y sin talento.»—
Calló el canistel: ¿qué había,
Sin razón, de responder?
Mas era tonto, y reía
Como algunos al leer
Esta fabulita mía.

LA FORTUNA DEL MALO ES ILUSORIA.

Es verdad tan palpable como triste
Que la ambición y el crímen se acoderan
Para gozarse ufanos en las ruinas
De la santa virtud y la inocencia.
Empero está probado, que no siempre
La vil perversidad triunfa en la tierra.
(En algun pronto y ejemplar castigo
Suele Dios revelar su omnipotencia.)
A un simple *aguacerito*, que habitaba
En el hueco podrido de una Seiba
Para salir á pasear de noche
Su fosfórica luz por la arboleda,
Atisbaba un largarto cuando el Alba
Rociaba el caliz de las flores bellas;
Encogido, las patas escondía
Bajo su verde piel con manchas negras.
Un pollo que le vido en tal postura,
Encubriendo sus plumas con las yerbas,
Vino en pos del lagarto paso á paso,
Diciendo para sí: «*No escapas de ésta.*»
No muy lejos de allí, desde una palma
Un voráz gavilán al pollo acecha,

Esperando el instante favorable
Para alcanzar de un golpe doble presa.
Pero bien como juez que prevenido
De una conspiración el punto cerca
Do se suelen juntar los conjurados,
Y sagáz *infraganti* los apresa,
Tal escondido un cazador astuto
Entre bejucos de aguinaldo y yedra
Que descendiendo de florida *aroma*
Formaban verde bóveda risueña,
Terciado el cuerpo en cómoda postura,
É inclinado el cañon de la escopeta,
Con el perro á los piés, y el dedo *al gato*,
Sereno y firme la ocasion espera.
Al saltar el lagarto asióle el pollo,
Lanzóse el gavilán como centella
Sobre los dos al par: retumba un tiro,
Y su sangre los tres sin vida mezclan.
El diminuto insecto quedó ileso
Ignorando el peligro que corrìera,
Como aquel que no teme ser dañado
Descansando tranquilo en su pobreza.
Hipócritas perversos, hombres viles
Que os levantais con la desdicha ajena,
Ya que vuestras conciencias no os acusan
Porque teneis el corazón de piedra,
Reflexionad al menos, que invisible
Hay una mano que castiga y premia,
Y que infinitas veces se ejecuta,
Primero que el delito, la sentencia.

EL LEON Y EL CORDERO.

Un corderillo engañado
Ansioso de hacer fortuna,
Para agradar al leon
Valióse de mil astucias.

Como la ocasión es cosa
Que la encuentra quien la busca,
Consiguió caer en gracia
Al Señor de la espesura.

Miraba con menosprecio
los de la estirpe suya,
orque al lado del leon
contaba de otra alcurnia.

Llegaron á tal confianza,
ue con esperanzas mútuas
n la cueva y en el bosque
ndaban siempre de burlas.

Mil veces el leon había
En chanzas díchole injurias,
Hasta que el simple cordero
Se atrevió á decirle una.

Airado el rey de las fieras
La garra extiende con furia,
Y por el lomo enterróle
Hasta el costillar las uñas.

Volvióse herido y lloroso
De los corderos en busca,
Quienes, dolidos de él,
Le perdonan y le curan.

—

Esta advertencia conviene
A los fátuos sin ventura,
Que á sus iguales desprecian
Y con los grandes se juntan.

LA MALVA Y LA PALMA.

Una malva rastrera que medraba
En la cumbre de un monte gigantesco,
Despreciando á una palma que en el llano
Leda ostentaba sus racimos bellos,
De este modo decía—«¿Qué te sirve
Ser gala de los campos y ornamento,
Que sean tus ramos de esmeralda plumas,
Y arrebatar con majestuoso aspecto?
¿De qué sirve que al verte retratada
En el limpio cristal de un arroyuelo,
Parezca que una estrella te decora
Y que sacuda tu corona el viento,
Cuando yo, de quien nadie mención hace,
Bajo mis plantas tu cabeza tengo...?»—
La palma entónces remeció sus hojas,
Como aquel que contesta sonriendo,
Y la dijo—«Que un rayo me aniquile
Si no es ya que de tí lástima siento.
¿Te tienes por más grande, miserable,
Sólo porque has nacido en alto puesto?
El lugar donde te hallas colocada
Es el grande, tú no; desde el soberbio
Monte do estás, no midas hasta el soto,
Mira lo que hay de tu cabeza al suelo:
Aunque ese monte crezca hasta el Olimpo,
Serás malva, y no más, con todo eso.
Desengáñate, chica, no seas loca,
Jamás es grande el que nació rastrero,
Y el que alimenta un corazón mezquino,
Es siempre bajo, aunque remonte el vuelo.»—
A tan fuerte sermón la pobre malva
Que no esperaba tal razonamiento,
Calló corrida, entre bejucos varios
Sus desmayadas hojas escondiendo.
A la vez asomaba el Sol radiante,
Decorando de grana el ancho cielo;
Y el arroyo, las flores, y las aves,
Cantaron de la palma el vencimiento.

EL JUEZ ADVERTIDO.

Yendo un alcalde á prender
Cierta vez á un malhechor,
Los varones más valientes
Del pueblo solicitó:

Entre los varios electos
Hallábase un valentón,
Con más heridas, que dan
Granos por medio de arroz.

Miró el Juez á su Bernardo
Con minuciosa atención,
Y oyóle contar la lid
En que por muerto quedó.
Despues aparte llamando
Al que se presentó,
—«Amigo, ese hombre es muy bravo»
Le dijo en tono burlon;
Mas quiero que usted me haga
En este instante un favor,
Y es que se lleve á ese guapo
Y me traiga al que le dió.»—
No defiendo si el alcalde
Llevaba razón ó no;
Mas cuanto á su parecer
Soy de la misma opinión;
Porque para tales casos
Es treinta veces mejor
El que da y guarda el pellejo
Que un sufrido valentón.

EL CONDE Y SU ARRIERO.

Tenía un Conde un ingenio,
Y era de aquellos señores,
Que, aunque por desgracia nuestra,
Se hallan raras ocasiones;
Cifraba su vanidad,
No en los títulos y honores,
Sino en no deber á nadie
Y hacer limosna á los pobres.
Que era su carácter dulce
Y amable, ya se supone;
Pues no puede la soberbia
Unirse á tales acciones.
Gustaba mucho de chanzas,
Y cierta vez ofrecióse
Que á dos leguas de la finca
Dentro de un pantano enorme
Quedó atascada en el cieno
Una gran paila de bronce;
Como de cruzar faltasen
Otros pasos aun peores,
Trata de buscar un medio
Que las distancias acorte:
A sus empleados llama,
Y sobre ello consultóles.
Despues que todos hablaron,
Sin que hubiese dos conformes,
Dijo el arriero—«Señor,
Yo tengo un plan, de mil flores.»—
—«Pues habla»—repuso el amo;
Todo el congreso sentóse,
Y él en mitad de la sala
Parado dijo —«Señores,
Lo más acertado es
Que un «lobo» grande se compre,
Que lo «*rejinchen*» de «*gras,*»
Le amarren la paila, y doce
Negros, con sogas lo halen,
Como empinar *papalote:*
¿He dicho bien?»...— Y muy bien;
Dijo el amo: ¡que me ahorquen!
Si alcanza mi capital
Para hacer lo que propones,
¡Qué buen consejero fueras
Si hubieses nacido noble!—
Rióse el Señor, y tal broma
Armaron los consultores,
Que cual perro con vejiga
Me hicieron salir al pobre.
Dirán varios: «Ya se vé,
Nada es que tales razones
Las vierta un rústico arriero,
Que vive y muere en los montes.»
Alto ahí, señores míos,
Yo he visto grandes cuestiones
Para mejorar la suerte
Adversa de las naciones,
Celebradas por los pueblos,
Y escritas por grandes hombres,
Con mil históricas citas
Y muy limadas razones;
Mas á pesar del prestigio,
Fueron y son sus autores
Tan necios para el efecto
Como el arriero del Conde.—

LA MUJER Y LA MAR.

Sentada una dama hermosa
En las orillas del mar
Quedó como quien descubre
Alguna triste verdad.
Despues que algunos momentos
Hubo de reflexionar
Exclamó—«No hay en el mundo
Elemento más fatal:
¡Oh mar! y cuántos tesoros
En tu seno inmenso están.
No hay en el hombre poder
Contra tu furia infernal:
Siempre estás, mar, absorviendo,
Y siempre anhelando más.»—
Siete olas mansas entonces
Sobre la arena á compás
Dobló el mar, dando los tonos
De la escala musical.
Y en ellos sonando aquel
Antiguo adagio vulgar
Dió á la hermosa esta respuesta:
¿Es... en... vi... dia ó ca... ri... dad?

¡A cuántos, que cargos hacen,
Se les puede contestar
La misma interrogación
Que á la mujer hizo el mar!

EL PASTOR Y EL MICO.

Sentado sobre un árbol
Estaba un pastorcillo,
Mirando á un mico jóven
Loar á un cocodrilo.
Pasó luego un Leopardo;
Le hizo el mono un cumplido,
Al Elefante, al Tigre,
Y al Jabalí lo mismo.
No contempló al jumento
De sus elogios digno,
Y el zagal malicioso
—«¡Olá mono!, le dijo,
¿Conque elogias los grandes
Y olvidas á los chicos:
A los que temes, solo
Te humillas prostituido?»
—«Que yo haga tal te asombra;
(Contestó el docto Mico)
¿Pues acaso los hombres
No acostumbrais lo mismo?»

EL ZORRO ORADOR.

Siempre los zorros han sido
Los doctores de las bestias,
Aunque se ignora si tienen
Universidades ellas.
Pues, Señor: un viejo zorro,
Animal de alta influencia,
Que entre los otros salvajes
El más respetable era;
En las bodas del leon,
Como hubiese reales fiestas,
Para que hiciese un discurso
Fué llamado por su alteza.
Entre otras cosas, bien dignas
De citarse por lindezas,
Dijo—«Aquí teneis un padre»—
Volviéndose á las ovejas.
Miráronse unas á otras
Las infelices, suspensas;
Mas callaron (¿qué recurso?)
Y bajaron las cabezas.
Al acabarse el festin,
Libres ya, dijeron ellas:
—«No es mal padre el que nos brin- [da,
¡Un leon! estamos frescas!

Tómelo el falso orador
Por abuelo ó lo que quiera,
Que nosotras ni por chanza
Entramos más en la cueva.»—

¡Cuántos hay que el mundo aplau- [de
Por su saber y elocuencia,
Y dicen cada mentira
Más grande que su cabeza!

LA ESTÁTUA DE PIEDRA.

En cierto pueblo había
Una estátua perfecta
Que semejaba á un hombre
Con su espada en la diestra.

Túvola cierto tonto
Por cosa verdadera,
De los que por su alma
Calculan las ajenas.

Con tres ó cuatro, el tonto
Formó una gran reyerta,
Seguro y confiado
De hallar allí defensa.

Huyó, pues, perseguido,
Y guareciése en ella;
Donde le hicieron trizas
Sin que auxilio tuviera.

Este símil es propio
Para algunos poetas
Que protección confían
Hallar en sus Mecenas;

Y despues que les cantan
Les adoran é inciensan,
Cuando en sus aflicciones
Imploran su clemencia,

Ellos á sus demandas
Y á su dolor se muestran
Tan sordos é insensibles
Cual la estátua de piedra.

EL CORDERO DE FILIS.

Tenía un cordero Filis,
Y se recreaba en él:
Peinábalo cada día
Por lo menos una vez.

Era el animal un dije
De la cabeza á los piés;
Siempre al cuello le colgaba
Campanilla ó cascabel:

En fuente de porcelana
Le daba el agua á beber,
Y en cojines de damasco
Panetelas á comer;

Mas apareciése abril,
Y á la mitad de este mes
Cuando el cordero saltaba
Complacido en el verjel,

Vió Filis que el santo era
De su cara prima Inés,
Degollólo, asólo al horno,
Y mandóselo. ¡Muy bien!

¡Cuántos imitan á Filis
En su injusto proceder,
Que adulan, cuidan y halagan,
Para asesinar despues!

EL CERNÍCALO Y LA ABEJA.

Persiguiendo á una simple mariposa
Un cernícalo rápido volaba,
Y aquella, temerosa
De la enemiga suerte
Que el rapante en sus garras la aprestaba,

Evitando su fin, hízose fuerte
De una antigua colmena en el recinto;
(Porque todo viviente, por instinto,
Huye de la opresión y de la muerte.)
Creyóse allí segura
Del raptor inhumano.
(¡Cándida mariposa sin ventura!
¿Qué lugar hay seguro de un tirano?)
Allí entró su contrario,
Y sin más miramientos ni atenciones
Que usa el fuerte en aquellas ocasiones
Que su aterrado y débil adversario
De otros débiles míseros se ampara;
Tal procedió el cernícalo en efecto,
É hizo pasto sabroso del insecto.
Tuvo la abeja la firmeza rara
De reprender la falta cometida;
Mas tambien quedó herida;
Así, que su virtud le costó cara,
(Porque siempre es costoso
Echar su falta en cara á un poderoso.)
Con razón enojada, al punto piensa
Ante el Juez competente
Pedir satisfacción de tanta ofensa.
Como reinantes águilas no había
Que en aquel bosque hicieran de monarca,
Cualesquier gavilán que aparecía
Érase un sem-dios de la comarca:
Dirigióse al primero
Que halló en las ramas de un *mamey* copado,
Despues de haber robado
Un grueso pollo del vecino estero:
Contóle lo pasado,
Y el Juez le preguntó:—¿Tienes testigos?—
—Sí, Señor: un *lagarto* y una *rana*
Y una calmuda *iguana*.
—Pues yo reparto premios y castigos:
Declaren esas gentes,
Que si verdad me dices, yo te juro
Poner al malhechor en trance duro;
Mas ¡ay de tí! si mientes.—
Fuese á buscar la abeja á los nombrados,
Y despues de dejarlos acordados
Fuesen puntuales al siguiente día
Donde el hambriento gavilán vivía;
Volvióse al colmenar con gozo intenso;
Pero ellos que á su vez reflexionaron,
Para entre sí dijeron—«¡Ni por pienso!
¿Ir donde el gavilan por la mañana?
¡Infelice de mí! clamó la *rana:*

El lagarto gritó *¡pobre lagarto!*
Y lo mismo, tal vez diría la *iguana.*
Vamos al caso, que pasó la hora
Y nadie pareció. Fueron citadas
Aún, por otro cernícalo, los dichos.
(Para inferir los fines esto basta,
Por ser claro que esbirros y perversos
Son oriundos de una propia casta.)
El lagarto entre espinas escondido,
En el cieno la rana agazapada,
Y la iguana en lo hondo de su nido,
Todos decían—«Yo no he visto nada!»—
Por impostora allí quedó la abeja:
Y compreder se deja
Que al pago de las costas sentenciada
Duró el pleito seis meses. Cuando el vuelo
Alzó para volver de pesar llena
A su albergue querido,
Solo halló sombra de lo que había sido:
Los panales regados por el suelo,
La miel seca en la arena
Y plagada de avispas su colmena.
Corriendo el tiempo, el *gavilan* acaso
Del *cernícalo* anduvo en compañía.
Como ya no tenía,
Contó en confianza la verdad del paso,
Y de la abeja, vió por consecuencia
La verdad, la justicia y la inocencia.
¿Y porqué fué la abeja desgraciada?
Porque era ante los otros un pigmeo,
Y por que el Juez y el reo
Eran lobos, en fin, de una camada.

Si ves que á un pobre come tú maltrata,
Aunque sin razón, el rico; deja,
Deja que lo maltrate, calla el pico;
Y si piensas librarlo contra el rico,
Aplícate el ejemplo de la abeja.

EL INTERÉS, LA VERDAD Y LA JUSTICIA.

La Justicia, la Verdad
Y el Interés, segun cuentan,
Una vez salieron juntos
A viajar, no es rara idea;
Puesto que, aunque inseparables
Son siempre las dos primeras,
El tercero es una sombra
Que las sigue donde quiera.

Cada cual iba marcando
Los que hallaba de su secta:
La Verdad no vió una boca
Que suya llamase entera.
Notó tambien la Justicia
Poquísimas almas rectas;
Aunque todos á una voz
Blasonaban de tenerlas.

El Interés encontraba
Millares de su ralea;
Pero con distintos nombres
Y bajo formas diversas.
Unos llamábanle amor;
Otros lealtad, obediencia,
Patriotismo, devoción,
Y amistad por excelencia.
Como las dos reformar
Ciertos usos consiguieran,
Y el Interés conoció
Que iba perdiendo influencia,
Dijo—«Mala va la danza»—
Aguardó que se durmieran,
Lanzó la Verdad á un pozo
Que después cegó con tierra:
La Justicia busca en vano
Su espada, cuando despierta;
Pues, con ella misma armado,
La deja el maldito, ciega.
Por eso aunque el *fiel* requiere
Cuando las razones pesa,
Del lado de la impostura
El vil interés se cuelga.
Y como siente y no vé,
Dá la palma al que más pesa,
Consiguiendo así la infamia
Atropellar la inocencia.
Tal vez la Verdad, del pozo
Suele sacar la cabeza,
Y dice á su amiga—«Advierte
Que te engañan, compañera.»
Mas el Interés con oro
Le ha tapado las orejas;
Llama gente, paga plata
Y á la Verdad le echan tierra.

EL LOCO ENFERMO.

Cierta vez enfermó un loco,
Y un matasanos de aquellos
Que han jurado convertir
El mundo en un cementerio,
Llegó armado de cuchillas,
De brebajes y de ungüentos,
Y llamó al flebotomiano
Antes de ver al enfermo.
La primer salutación
Fué, decirle en tono recio:
—«Póngale usted al paciente
Dos ventosas al cerebro:
En el bajo vientre, cuatro,
Un vejigatorio al pecho,
Sanguijuelas á las sienes,
Y baños de piés, hirviendo.»
El loco, que oculto estaba
El plan de batalla oyendo,
Adoptó también su plan
De defensa, y dijo:—«Quieto:
El primer bribon que ponga
Un pié de la parte adentro,
Juro á Dios que de un trancazo
Le echaré fuera los sesos.»
—«Déjese usted curar, hombre.»
Exclamó el anti-galeno.
—«No señor»—repuso el loco.
—«Y por qué?»—«Porque no quiero:
Porque si escapo del mal
Vendré á morir del remedio.»
¡Cuánto es verdad que los locos
Tienen sentencias de cuerdos!

EL GATO BRAVO.

De broma estoy, muchachos,
Oidme un cuentecillo:
El que habla paga prenda,
Ahí vá, silencio, chicos.
Érase un grato bravo
De tamaños colmillos,
Con las uñas más largas
Que orejas de borrico.

Este tal, en el barrio
Llegó á hacerse temido,
Porque érase de aquellos
De: «hágase, yo lo digo.»
Hasta los más valientes,
Despues que los hocicos
Sacaron arañados,
Se hicieron sus amigos.
Por tejados y patios
Andaban en corrillos
Cantando las proezas
De su nuevo caudillo.
Dedicáronle odas
Llamándole divino
(Aunque por él veían
Morir de hambre á sus hijos),
Dábanle serenatas
Por verle complacido,
Y en fin, lo que era odio
Mostraban ser cariño.
De suerte, que á creerlos
Por su exterior festivo,
Aquel gato era el héroe
Más grande que ha nacido.
Pero allá, bajo... bajo...
Se hablaban escondidos,
Y murmuraban, todos
Sus fieros latrocinios...
¿Cuándo os reís, muchachos?
¿No os gusta el cuentecillo?
Pues bien, cuando seais hombres
No me echeis en olvido:
Y si mirais el mundo
Con ojos reflexivos,
Vereis que hombres y gatos
Vienen á ser lo mismo.

EL AGUILA Y LOS PALOMOS.

Dos palomos cuyos nidos
Distaban bien poco trecho,
Trabaron grande disputa
A consecuencia de celos.
Como todas las mañanas
Volasen á un prado ameno
A comer ciertas semillas
Mal vigiladas del dueño,
Un día le dijo el uno
Al otro—«Ya te lo advierto;
Cuidado con molestarme,
Pobre miserable, hambriento:
Tú eres de un triste criädo,
Y yo soy de un caballero.»—
Y aleteando furioso,
Picábale al decir esto.
Un Aguila, que posada
Entre las ramas de un cedro
Estábalos observando,
Dijo lanzándose en medio:
—«¿Taimado, por qué razón
Alas y pico teniendo
Sufres que así te maltraten
Sin defenderte á su tiempo?»
—«Reina excelsa de las aves,
(Contestó el pobre gimiendo)
Ya le hiciera yo pagar
Su insolente atrevimiento;
Mas como él es de un Señor,
Y yo de un mísero siervo,
Sé que me aguarda la olla
Si á lastimarle me atrevo.»
Mirando el Aguila al otro
—«¡Ola! dijo, ¿es justo eso?
¿En la impunidad descansas
Para maltratar sin riesgo?
Pues atended lo que os digo:
Vais á lidiar cuerpo á cuerpo.
A tí, palomo del grande,
Antes de todo te ofrezco,
Que si al amo te quejares
Por lo que te haga el del siervo,
Tengo un esbirro milano
Nacido para su empleo,
Voráz cual jugador pobre,
Que á tí, á tu amada é hijuelos,
Sabrá arrebatar del nido
Con sus garras de usurero.

A ese mandaré te traiga
A mi presencia con ellos,
Si á éste maltratan por tí,
Para devoraros luego.
Conque á lidiar, y no hay más
Prestigio aquí que el denuedo;
Haga cada cual por sí,
Y el que salga mal, silencio.»
No bien la reina acabó
Su justo razonamiento,
Cuando el humilde injuriado
Embistió al otro, diciendo:
—«Aquí me pagarás todas
Las injurias que me has hecho.»
Tanto, que el Aguila tuvo,
Por caridad del soberbio,
Que separar el combate
Colocando un ala en medio,
Y así el vano pudo apenas
Escapar con el pellejo.
Los que al infeliz ultrajan,
De su influjo satisfechos,
Tomen lección infalible
En semejantes ejemplos.
Si un grande está contra tí
Tu adversario sosteniendo,
Opónle otro grande á él,
Y está el partido parejo.

EL MONO, EL ZORRO Y EL TIGRE.

Cierta ocasión un tigre
Quiso prender á un mono,
Y no siéndole dado
Alcanzarlo á trepar, hablóle á un zorro.
Este una red inventa,
Dispuesta de tal modo,
Que el que en ella tocase
Quedara atado y firme como un tronco.
Llegando cerca y quedo,
Examinóla el joco
Y vió que era posible
Con una estratajema hacerlo todo.
Buscó un leon y un galgo,
Y con lenguaje docto
Contóles lo pasado,
Y quedaron de acuerdo en el negocio.
Al convenido tiempo
Cayó en la red el mono,
Y el buen zorro y el tigre
Aparecieron llenos de alborozo.
Ya á devorar corrían
La víctima á su antojo,
Cuando cual rayo y flecha
Fuese al tigre el leon, y el galgo al zorro.
Defenderse quisieron;
Pero sirviéles poco,
Porque se hallaba en manos
Cada cual de un rival más poderoso.

Fueron al fin vencidos,
Y al espirar rabiosos,
Con irónico acento
Y falsa risa les gritaba el mono:
—«Ven á cebarte, tigre:
Inventa trampas, bobo
Zorrito, que te tienes
Por sabio solo, á los demás por tontos.»

—

¡Cuántos medran lo mismo,
Y al proclamar gozosos
Seguro el triunfo, caen
En las redes que tienden para otros!

LA HOJA DEL "PURIO" Y LA VERDOLAGA.

La más luciente hoja
Que lozana y festiva
De un elevado purio
Brillaba en la alta cima,
Dijo á una Verdolaga
Que rastrera crecía:
—«¿Qué te sirven tus flores
Con su color pajizo,
Si eres mísera sierva,
Que para alfombra mía
La gran Naturaleza
Al nacer te destina?»

El Aquilón entonces
Sopló con furia impía,
Y arrebatóla ráudo
De su eminencia altiva.
Cayó por su desgracia
Bajo las hojas mismas
De la inocente yerba
Que despreciado había.
La Verdolaga leda
La dijo—«¿Ves, amiga,
Como tarde ó temprano
Cada qual se desquita?»

Ese sencillo ejemplo,
Al poderoso sirva
Para que desde el trono
No insulte á la desdicha.

LOS DOS ZAPATOS.

Ciertos zapatos que usaba
Un gran Señor, cuando nuevos...
(No presumais que aquí hablo
De los de baqueta ó cuero,
Ni de los de pacotilla
Que usa la gente del pueblo:
Eran de aquellos que valen
Cuatro durísimos pesos;
Cuyas hebillas de oro
Con diamantes sobrepuestos,
Quitaban la vista en plazas,
Bailes, tertulias y templos).
Pues señor: tales zapatos
(Tornando á seguir el cuento)
Hallábanse en un rincón
Entre cáscaras y estiércol,
Echábanles la basura
Y el agua inmunda, los siervos;
Les hollaban los borricos,
Les roian los insectos.
Una ocasion, el más roto
Le dijo á su compañero:

—«¡Ay, amigo, qué desgracia;
Quién nos lo dijera un tiempo,
Cuando los labios de algunos
Que hoy nos miran con desprecio,
Gozábanse en elogiarnos
Ponderándonos de bellos...!
—«Calla, simple, (dijo el otro)
Todo acaba, no hay remedio:
¿Extrañas tú que los hombres
Boten los zapatos viejos,
Cuando ellos unos con otros
Practican los mismos hechos?
Miéntras uno sirve de algo,
Lo muelen á cumplimientos;
Mas cuando pierde el prestigio,
Requiescat in pace: es muerto.»

Los tiestos de una alcarraza
Le hicieron guardar silencio:
Y á fé que el mismo Solón
No hubiera hablado más cuerdo.

EL DIABLITO.

Érase una claraboya
Donde estaban embutidos
Con primoroso cuidado
Varios transparentes vidrios,
Simétricamente puestos,
Y de colores distintos:
Verdes, rojos, negros, blancos,
Cenicientos y amarillos.
Desde allí varios curiosos,
Cada cual por su cuadrillo,
Miraba los transeuntes
Que asomaban al camino;
Pero como cada uno
Tuviese los ojos fijos,
Y por prismas diferentes
Eran los objetos vistos;
Ninguno, por todos era
Mirado en igual sentido,
Y así, la desigualdad
Era el verdadero tipo.
Burlábanse á la vez todos
Del caminante sencillo;
(Porque entre muchos es fácil
Burlar á un solo individuo),
Mas como hay en todas cosas
Accidentes imprevistos,
Sucedió ser aquel día
El seis de Enero, (está dicho).
Y un inesperado objeto,
A ponerles la ley vino:
Era un *diablito* bailando
Al frente de su cabildo.
Como á la vez cien colores
Brillaban en su vestido,
Mirado en todos los cuadros
Era el personaje mismo.
Uno de los observantes
Más que todos reflexivo:
—«¡Ved ahí lo que es el mundo!...»
(A sus compañeros dijo).

Siempre es el mismo sujeto
El que hace á todos partidos;
Él baila todos los años
Y es siempre el mismo *diablito*.

NUEVA GENERACION.

Hizo testamento un rico,
Mandólo al punto cerrar;
Abriéronlo al fenecer,
Y poco ménos ó más
Decía: «Mis bienes dejo,
Por mi última voluntad,
Con tal que á ninguno pague,
A Don Fulano de Tal.»

El heredero al oirlo
Juró el mandato guardar,
Y no saldar una cuenta
Ni aquí, ni en la eternidad.

Ciertamente el testador,
Cuando no fuese el Adan,
Era al menos el Noé
De esta venturosa edad;

Pues que los hijos de Eva
Están de tal temple ya,
Que han jurado por sus vidas
Antes morir que pagar.

LA ESCUELA DEL DIABLO.

Desde que prendió en el mundo
El malhadado deseo
De parecer todos sabios
Y dar dictámenes nuevos;

Vió el Diablo que ya los hombres
Se usurpaban sus derechos,
Y convocó de un ahullido
A todos sus subalternos.

Dejó al bravo Radamanto
Encargado del infierno,
Y examinando la tierra
Anduvo, por largo tiempo.

Pensando de qué diablura
Pondría cátedra ó colegio,
Ocurrióle una, que le hizo
Dar un brinco de contento.

Puso una escuela primaria,
É hicieron tales progresos
Los niños, que fué tenido
Por el rey de los maestros.

Fingió morir, lo enterraron,
Y sus discípulos, luego
¿Presumireis que en las artes
U oficios sobresalieron?

¿Creereis que se consagraran
A escritores ó guerreros?
No señor, se dedicaron
A esbirros y picapleitos.

EL CÁNTARO DE JUANA.

Tantas veces le prestó
Juana el cántaro á Vicente,
Y él tantas veces sacó
Agua con él de la fuente,
Hasta que se lo quebró.

Non pudiendo otro traer,
Quedó Vicente confuso,
Y Juana, astuta mujer,
Hizo cola y lo compuso
Como Dios le dió á entender:

Luego prestóselo á Huberto,
El cual se lo trajo roto
(Por donde ya estaba abierto)
Y Juana armó un alboroto
Como si la hubiesen muerto.

El simple Huberto creyó
Ser suya á fé la avería;
Por lo que palabra dió
De abonarlo al otro día,
Y exactamente cumplió.

En cántaros y en amores
No se gana para sustos,
Pues como dicen autores:
«Acontece que los justos
Pagan por los pecadores.»

LOS BOBOS.

Tenía un sitiero un perro
A quien el *Bobo* llamaba,
Sin embargo que era vivo
Y de una famosa casta.
Los otros del propio dueño
Parecían unas arpas,
Y él estaba siempre gordo,
Y alegre como unas páscuas,
Apesar que de comida
Igual ración les llevaban,
De suerte que era un prodigio
Sin poder saber la causa.
Cierta ocasión, un curioso
Fué de visita á la casa,
Y como hasta las calderas,
(Segun dice Esopo) hablan,
Díjole:—«Dime tú, Bobo,
¿Porqué tan grueso te hallas,
Y los demás en los huesos,
Si el mismo alimento os mandan?»
Alzó la cabeza el *Bobo*,
Y le dijo:—«Mira, anda
Y pregúntale á los hombres
Que iguales salarios ganan:
A unos ni para el sosten
De su vida les alcanza,
Y otros visten, enamoran,
Comen y juegan y bailan:
Y cuando sepas cuál es
De estos extremos la causa,
Verás que como yo son
Un sin fin que *Bobos* llaman.»
—«Verdad es, (dijo el curioso,
Volviendo al perro la espalda)
Que hay muchos cual tú en el mundo,
Bobos por antonomasia.»

CADA UNO ARRIMA LA BRASA....

«¿A que no me aciertas, chica,
(Dijo Belisa á Carlota)
Porqué de las maravillas
Que raras cuenta la historia,
Fué la primera en caer
El gran Coloso de Rodas?»
—«Porque estaba sobre el mar»
Contestó presto la otra.
—«La erraste, añadió Belisa,
Porque ningun hombre, tonta,
Puede ser firme, aunque tenga
Fijos los piés en dos rocas.»
Inarco las escuchaba,
Y exclamó—«Callad, cotorras,
Antes cayó destruida
La torre de Babilonia,
Y aquella mujer salada
Que volvió el rostro á Sodoma.»
Cada cual la brasa arrima
Para su sardina, y sopla.

CONTRA TRISTEZA ABUNDANCIA.

Llegóse á un médico un hombre
Diciendo:—«Señor ¿qué haría
Para que de la tristeza
Sacase cierta familia
Que vive junto á mi casa,
Y siempre se ve afligida,
Sin más variedad en ella
Que reñir tal ó cual día?

—«Amigo, contestó aquel,
Iré con usted, y vista,
Tal vez le dé la receta
Con que sanarla podría.»
Fuéronse juntos; y habiendo
Examinado sus cuitas
Y conociendo el Doctor
El mal de que adolecían;
Pidió por favor le hiciesen
Una regular comida;
Mandó buscar buenos vinos
Y mil frutas exquisitas;
Convidólos á la mesa,
Lo que hicieron con gran prisa,
Y segun iban tragando
Se holgaban y se reían.
En fin, los negros pesares
Disipó grata alegría,
Como la niebla, del Sol
A los rayos se disipa.
La causa de muchos males
Es la pobreza maldita;
Dadle tajadas y tragos
Y vereis cómo se quitan.

EL CHIVO HÉROE.

Cansado de andar vagando
Un chivo (ustedes perdonen)
Y sufrir á campo abierto
Las más crudas estaciones;
Ocurriósele la idea
De fabricar en el bosque:
Escojió cómodo sitio,
Escarbó un hoyo, y marchóse.
Volviendo al siguiente día
Para ir abriendo en su órden
Los tres más que le restaban
Donde poner cuatro horcones,
Halló segundo hoyo hecho;
Quedó al contemplarlo, inmoble;
Pero decidido al fin,
Hizo el tercero, y marchóse.
Al tornar, vió el cuarto listo,
Trajo su horcon y plantóle.
Por último, sin saber
Quien le ayudaba, ó por donde,
Siguió la casa (sin verse
Nunca los fabricadores)
Haciéndose á toda prisa.
Recapacitando en sí,
Dijo varias ocasiones
El Chivo:—«¿Será un cordero
Mi cólega...? Estoy conforme.»
Un día de tempestad,
Descendió el Chivo del monte,
Y, no sin algun recelo,
En la habitación entróse.
Pasó la tarde esperando
Su misterioso consorte,
Hasta que al fin pareció,
Y allí fueron los dolores.
Por la brecha que hacía puerta
Metió su cabeza enorme
Un fiero leon, diciendo:
—«Compañero, buenas noches.»
Quisiera no haber nacido
El menguado Chivo entonces,
Y le temblaban los miembros
Como si fuese de azogue.
—«Téngalas usted felices.»
Contestó en débiles voces,
Y el bravo rey de las fieras
Que percibió sus temblores,
Prosiguió:—«Somos amigos,
No tema usted y repose.
De mañana en adelante
Cada vez que el Cielo dore
El Sol, saldrá cada uno
Cuando su turno le toque,
A buscar para los dos
Las precisas provisiones.»
—«Así será» dijo el Chivo,
Y allá para su capote
Añadía:—«Sí, en saliendo
Ya veremos quien me coje.»
Amaneció, y el leon dijo:
—«A buscar víveres vóime.»
Ya estaba pronto el cabrón

Para emprender largo trote,
Cuando cata que aquel vuelve
Trayendo un chivo: soltóle
Y le dijo:—«Buen amigo,
No hay caso, ó mueres ó comes.»
El trance era duro; pero
A tan atentas razones
¿Qué recurso le quedaba
Sino comer chivo al pobre?
Tocóle al siguiente día,
Tomó tempranito el tole
Diciendo:—«Ni en sombra vuelvo
Por estos alrededores.»
A poco de haber corrido
Oyó tiros en el monte,
Y á más andar, vió un leoncejo
Muerto por los cazadores.
Aquí tuvo el Chivo una
De aquellas inspiraciones,
Que ensalzan por atrevidos
Al que en práctica las pone.
Metió en la herida los tarros,
Y arrastrándole llevóle
A la casa donde estaba
Tranquilo el animal noble.
—«Compañero Leon, (gritó
Alzando la frente entonces
Y apuntándole los cuernos)
No hay caso, ó mueres ó comes.»
Sobrecojida la fiera
Acató la dura órden.
Comió, pues, á su pesar;
Y cuando pudo escapóse
Diciendo:—«No quede duda;
La protección de los dioses
Debe por fuerza gozar
Este barbón de los bosques.»
Ninguna fiera después
Pisaba los alrededores
De la casa, respetando
Chivo que mata leones.

—

¡Oh! ¡cuántos en casos tales
Que le vendrán muy de molde
Como al Chivo, hay en el mundo
Tenidos por grandes hombres!

EL LEON PROFETA.

Voy á contar un suceso
Que fué en los tiempos de antaño
Cuando el idioma las bestias
Hablaban de los humanos.
Pues señor: érase un rey
De aquellos monarcas raros,
Que quieren sus pueblos ver
Justamente gobernados.
Viajaba incógnito el mundo
Y cierta vez en un campo
Hallóse con un leon,
De aquesta manera hablando.
—«¿Porqué (el príncipe le dijo)
De las fieras soberano,
Permites que sean crueles
Algunos de tus vasallos?
El lobo, el tigre y el oso,
Y otros fuertes brutos varios,
En vez de sus grandes fuerzas
Así su valor probando,
Solo devoran á aquellos
Débiles y sin amparo:
Corderos, liebres, ovejas,
Son sus víctimas y pastos.
Por tanto, noble leon,
Tú, como rey justo y sabio,
Debes cortar los abusos,
Pues hacerlo está en tu mano.»
Alzó la diestra el leon,
Y sobre sus hombros dando
Dos ó tres suaves palmadas,
Contestó:—«Bravo!... Muy bravo...!
Si tú fueses un rey justo,
Y viajases disfrazado
Sin darte á reconocer,
Siquiera dos ó tres años,
Cuando por aquí volvieses,
Me contestáras, hermano,
De buena fé, si me has hecho
Con razón aquestos cargos.»
Siguió su camino el rey;
Vióse sir causa ultrajado
Por magnates que la fama
Ensalzaba hasta los astros.

Al fin, tornóse á su córte,
El corazón traspasado
De ver que el mundo no era
Como suena en los palacios.

Y deshaciendo el camino
Del leon por los estados;
Dióle esta triste contesta:
—«*Tuviste razón, hermano.*»

EL PENSAMIENTO DE INÉS.

Inés dos veces ó tres,
Ha fijado mi atención,
Porque maliciosa es,
De fina penetración,
Como lo sabrás despues.

Casó Inés con un doctor
Vano, tonto, presumido,
Y sempiterno hablador,
Más bien por tener marido,
Que porque le hubiese amor.

Fuese el esposo á viajar,
Segun se dice, á la *Meca*,
Y la mujer singular
Quiso hacerle retratar
En su misma biblioteca.

El pintor fué tan cumplido
En cuanto á su facultad,
Que ella al verle concluído,
Le dió doble cantidad
De la que le había ofrecido.

Un borrico entre enramadas
Con las orejas paradas
Era el cuadro, y su aderezo
Dos grandes borlas doradas
Pendientes de su pescuezo.

Por no dar yerro casual,
Puso: «Dí cuando me vieres;
¡Dios te guarde, doctor tal!»
Con góticos caractéres
Debajo del animal.

—«¿De dónde sacaste y cuándo
Este pensamiento?» Luisa
Estaba á Inés preguntando,
Y entonces ella mirando
Con maliciosa sonrisa,

Dijo:—«Me ocurrió esta idea,
Para que mi esposo vea
Lo que fué desde el nacer,
Y lo que tiene de ser
Por más autores que lea.

¡Cuántas que casadas ven
Con sabiazos engreidos,
Antes de pasar un mes
Pensarán de sus maridos
Del propio modo que Inés!

EL EGOISTA.

Contemplando un poderoso
Las fosas de un cementerio,
Vió una moneda mohosa
Y levantóla del suelo.

—«Ven á mi bolsillo, dijo,
Dichosa mitad de medio,
Que con cadena y corona
Serás hija de mi nieto.»

—«Señor, no pises ahí
(Exclamó el sepulturero)
Mira que abajo reposan
Las cenizas de tu abuelo.»

Mas él sin cuidar de nada,
Prosiguió sobre el terreno
Por ver si hallaba cuartillas
Para adornar á sus nietos.

Nada hay para el egoista
Sagrado en el universo;
En los templos donde á Dios
Quema el sacerdote incienso,

En los lugares que inspiran
Un santo recojimiento,
Cuando la peste y el hambre
Diezman y aterran al pueblo,

Él imita exteriormente
Los religiosos acentos,
Finje un alma compasiva,
A los dolores ajenos.

Hipócrita miserable,
Vive en un continuo asedio:
Ayuna, vigila y guarda
Para que gocen sus deudos;

Y en su cerebro insensato
Solo cabe un pensamiento:
Tal pensamiento es su Dios,
Y su Dios es el *dinero.*

EL AMOR CARNERO.

El rapaz aventurero,
(No sé en qué tiempo y lugar)
Apareció caballero,
Gritando:—«¡Novios, mirar!»
Sobre un rollizo carnero.

Era el animal velloso
De sí mismo tan pagado,
Que de aquel tiempo dichoso,
A todo tonto orgulloso
Se le dice «encarnerado.»

El pobre embestir quería
Cuando solteros hallaba;
Pero Amor lo contenía;
Y así mientras batallaba,
Ni cejaba ni embestía.

Que suele uno, al presentir
Lo que no puede aclarar,
A tal estado venir,
Que no le es dado cejar
Ni le es posible embestir.

Vióle de paso un casado,
Y dijo—«¿Hay locura tal?
Niño, ¿estás arrebatado?
¿No encontraste otro animal,
Amor, donde haber montado?»

—«Lo hiciera en tí camarada,
(Dijo Amor) que á pelo vienes,
Y eres de aquesta manada;
Pero duro el lomo tienes
Y el asta más revirada.

A éste, yo, porque no huya,
Sujeto como á los potros
Hasta que alguno concluya
De hacer con la mitad suya
Lo que él hizo á las de otros.

Si quisiste ser marido
Mira tu figura clara,
Por ser adagio sabido,
Que cada cual con la vara
Que mide, será medido.

Maridos, dejad querellas,
Y si sabeis lo que valgo,
En vano lanzais centellas;
Pues yo en vosotros cabalgo,
Mientras otros son con ellas.

Y es bien que sufra estas penas
En premio à su necedad,
Y lleve astas y melenas
Quien deja la libertad
Por vivir entre cadenas.»

Esto escuchaba un soltero,
Y exclamó:—«Me has libertado,
Amor, y jurarte quiero
Que seré tu apasionado;
Pero jamás tu carnero.»

EL BURRO MUSICO.

En las bodas de un Señor
Juntáronse amigos varios,
Y lleváronle una orquesta
De artistas acreditados.

Estáticos de contento
Los concurrentes quedaron,
Y los bravos, y los vivas,
Atronaban el palacio.

Un orgulloso pollino
Que oyera desde el establo,
Dijo:—«¿Porqué los violines
Estarán tan destemplados...?
¿Pues no son mucho mejores
Trompas, clarines y bajos...?
¿Dónde fueron á buscar
Esos músicos tan malos?»
—«Oiga usted, señor borrico,
Contestó un noble caballo,
Reserve su parecer
Para la maloja y grano;
Y ya que le suenan mal
Esos tonos soberanos,
En prueba de lo que entiende,
¿Pudiera cantarnos algo...?»
Como es propio de los tontos
Echarla siempre de sabios,
Dió á rebuznar el borrico,
Y armó un estruendo del diablo.
Ya esperaba él á su vez
Los víctores, y los bravos,
Cuando el caballerizero
Provisto de un grueso palo
Le saludó las costillas
Con tan fuertes garrotazos,
Que el crítico filarmónico
Hubo de quedar callado.
No esperen salir mejor
Los míseros criticastros,
Que, sin estudiar, censuran
Escritos contemporáneos.

EL ÚLTIMO MONO SIEMPRE SE AHOGA.

Sin duda la más cercana
Especie al hombre es la Mona,
De quien cuentan los viajeros
Mil anécdotas curiosas.
Entre ellas he visto una
Que por venir bien ahora,
No está demás referirla
Segun la dice la historia.
El caso es que el «hombre mono»
No es de raza nadadora
Y para pasar un río
Se asen todos por las colas:
Los dos que á las puntas quedan,
Con su lijereza propia
Sube cada cual á un árbol
De los que la orilla adornan.
A manera de una hamaca,
Los otros del centro forman,
Y colúmpianse hasta tanto
Que súbito impulso cobran.
Entónces sueltan del medio
Y la opuesta orilla toman;
Pero el último que queda
De cada banda, se ahoga.
Se entiende que las resultas
Los jubilados no ignoran,
Y siempre los más menguados
Son las víctimas que inmolan.
Pobres, dejad á los ricos
En sus litis y sus bromas,
No tomeis parte en sus riñas
Ni sostengais sus maromas.
Mirad que la más cercana
Especie al hombre es la Mona,
Y el mono más infeliz
Es el que siempre se ahoga.

LA COTORRA Y EL BUEY.

Estaba una cotorra
En su jaula de alambre
Diciendo á un Buey:—«Amigo,
Es preciso que tú ares;
Porque de lo contrario
Despues que te maltraten
Irás al matadero
Y *requiescat in pace.*
Compadezco á fé mía
Tu suerte miserable,
Y envidia acaso tienes
De mi dicha constante,
Al ver que la mi dueña
Me brinda á cada instante,
Y aun me dá de su boca
Los más gratos manjares.
Si Dios te hubiera dado
Mis dotes envidiables,
Como yo te instruyeran;
Pero eres un salvaje.»
—«Quien se alaba á sí mismo,
(Contestó el Buey muy grave)
Dá indicios infalibles
De ser un ignorante.
Por muy docta te tienes,
¿Y cómo es que no sabes
Quebrantar esos hierros
Dó aprisionada yaces?
En el mundo no vive
Mejor el que bien hace,
Sino al que más adula
Le dan honras más grandes.»
Mirad que sentencilla
Dió el Buey, tan aplicable
A ociosos criticones,
A necios charlatanes.

LAS HORMIGAS NOMBRANDO REY.

Despues que valerosas las hormigas
A las moscas en cruda lid vencieron,
Cada cual sus proezas alegando,
(Porque el Rey falleció sin herederos)
Intentaba ceñirse la corona.
Partidos levantáronse sangrientos:
Segun las apariencias, pronto iba
La infanda guerra á comenzar de nuevo.
Un hormigón á quien amaban todos,
Porque en las lides ostentó denuedo,
Y en la paz era docto, (con la gracia,
Que jamás quiso distinción ni empleo),
Dióse tal arte, que logró en un campo
Todos los bandos reunir opuestos.
Subióse en una piedra, y así dijo
Despues que afable les pidió silencio:
—«¿Porqué vais á sumir vuestras familias
En nuevas cuitas y en horrores nuevos...?
Si os matais la mitad, al que nombráreis
Esos vasallos hallará de menos.

Ellos son los que el título ambicionan;
Pues dadles armas, y que lidien ellos.
El que los venza á todos, ó el que viva,
Quédese con el mundo, santo y bueno;
Pero matarse porque medren otros,
No haré yo tal, por vida de mi abuelo.
Si agora os degollais padres é hijos,
Cuando torne la patria á verse en riesgo
¿Quién la libertará de extraño yugo?
Las mujeres, los niños y los viejos
No la habrán de salvar. ¿Será preciso
Sacar á combatir los esqueletos...?
Que cada pretendiente elija un arma,
Y si quieren, batallen cuerpo à cuerpo.»
Como hay pocos valientes ambiciosos,
La mayor parte abandonó el proyecto,
Y los pocos restantes eran tigres
Que al punto sin piedad se destruyeron.
El último quedó tan mal traido
Que su triunfo gozó pocos momentos.
Nueve veces después gritó un heraldo,
—«¿Quién quiere gobernar...? y ni un acento
Dijo «yo» en la asamblea... Ya lo había
Acertado el astuto consejero.
Al fin todos en paz, ya era preciso
Rogar á alguno que quisiera serlo:
Fué nombrado el que menos lo anhelaba,
Y al sapiente orador mil gracias dieron.

Luego dirán los hombres, que no saben
De política un punto los insectos;
Pues á fé, que bien pueden las hormigas
Dar prácticas lecciones á los pueblos.

EL REGALO DE UN CELOSO.

Dejanira, si creemos
En la griega historia antigua,
Fué con vehemencia adorada
Del vencedor de la Hidra.
Este semi-dios ó héroe,
Segun la Mitología,
Era un compendio glorioso
De aventuras inauditas.
Como celosa estuviese,
Cosa en quien ama precisa,
Buscóse un remedio, (entónces,
Que hoy llamamos *brujería*),
Para que Hércules su esposo
Tornase á su compañía,
Y olvidase los amores
De aquella rival temida.
Tanto batalló, que á costa
De súplicas y fatigas
Hubo de cierto centáuro
Una túnica ó camisa;
Con la cual, segun él dijo,
Su otro amor olvidaría.
(Que empíricos hubo entonces
Lo mismo que en nuestros días).

Vamos que tomó el remedio
Tan de veras la tal ninfa,
Que no bien llegó su amado
Cuando ¡zas! se la encapilla.

Pero estaba envenenada
Con depravada malicia;
Así, que perdió su amor
Quitando al héroe la vida.

Líbrenos Dios de regalos
De una mujer ofendida,
Si producen el efecto
Que tuvo el de Dejanira.

LOS DOS PERROS.

Un perrillo criado en la abundancia
Harto mimado de un benigno dueño,
Amistad estrechísima contrajo
Con otro vagabundo pordiosero.
Este probó, (segun comun estilo)
Ser pariente inmediato del gozquesno
(¡Del que tiene que dar, por fuerza, todos
Parientes quieren ser; hasta los perros...!
El incauto, á su cólega guardaba
Del pollo y pavo los jugosos huesos,
Y apartaba tambien con gusto sumo
La mejor rebanada de carnero;
Mas como en esta vida todo acaba,
(Menos los males, porque son eternos)
Murió el único amo del perrillo,
Y allí empezó de padecer el tiempo.
El desdichado andaba día y noche
Por conseguir el mísero alimento:
Buscaba su pariente ¡Dios lo libre!
¿Quién tiene con los pobres parentesco?
Una noche encontrólo por acaso,
¡Y en qué buena ocasión! salía el podenco
De un rastro, sustentando en el hocico
Media cabeza de un rollizo cerdo.
—«¡Caro amigo... pariente... Dios te guarde!»
Dijo de gozo inexplicable lleno;
Y engrifándose aquel contesta:—«Aparta,
Si alguna vez te he visto, no me acuerdo:
No te conozco, yo no tengo amigos,
Ni parientes tampoco de tu pelo;
Toda mi parentela es de alta alcunia
(Porque hay tambien aristocracia en ellos.)
Conque, pasa adelante y no me enfades.»
Dijo, y su marcha continuó gruñendo.
El otro que oyó tal, quedó pasmado,
Sin poder contestar, de sentimiento.

Si los perros aprenden de los hombes
Y en pérfido egoismo son expertos
No pasando de simples aprendices:
¿Qué se debe esperar de sus maestros?

MORALIDAD.

Dice Ariaza, que de Apeles
Un zapato censuró
Cierto cosedor de pieles,
Y el artista lo enmendó
Con sus divinos pinceles.

Mas que luego el mentecato
Quiso escarnecer prolijo
Lo más bello del retrato,
Y aquel con desdén le dijo:
—«*Zapatero á tu zapato.*»

Los que sin conocimiento,
Ansiando que los alaben
Por hombres de entendimiento,
Critican lo que no saben;
Pueden aplicarse el cuento.

SIEMPRE HAY ALGO QUE APRENDER.

Tan expuesto en ciertos tiempos
El ser consejero es,
Que hasta del mar en el fondo
Chascos suelen suceder.
Y si incrédulos algunos
Dudan de mi buena fé,
Como escuchen con paciencia,
Les tengo un cuento de hacer.
«Pues, señores; un pez viejo
Que nietos tuviera cien,
Consejos les daba á todos
De una verde roca al pié.
Cuando viéreis, les decía,
En la punta de un cordel
Puesto exquisito bocado,
No lo llegueis á comer.
Dadle con la cola antes,
si lo zafais, despues
ue lo separeis gran trecho,
odeis embestir con él.
Cuando viéreis muchas manos
Una gran manta tender,
Meteos en vuestras cuevas
Porque aquello es una red.
Si veis de juncos formado
Una especie de tonel,
No entreis, porque es una nasa
Donde vais á perecer.»
Absortos estaban todos
Oyendo con ciega fé,
Cuando ¡zas...! cae una fisga
Y me ensarta al viejo pez.
Mientras el mísero en vano
Se quiso en salvo poner,
Asustados los chiquillos
Escaparon en tropel.
Y alcazando sus guaridas
Como Dios les dió á entender,
Le gritaban:—«Abuelito,
Eso lo ignoraba usted.»

Piensan algunos, que todo
Se sabe por la vejez,
Sin advertir que en la vida
Siempre hay algo que aprender.

UN SÍMIL.

Sobre la verde yerba
De una feráz campiña,
Sentado estaba un jóven
A tiempo que en ocaso el Sol se hundía.
Cerca de él un anciano
De frente noble, altiva,
Con dulce voz le daba
De sublime moral lecciones divas.
No de los dos muy lejos,
Un mortal se divisa,
Tomando gruesos riscos
Que en un ancho costal introducía.
Siempre que el peso enorme
Levantar imagina,
Sus fuerzas le abandonan,
Y en vano brega, pugna y se fatiga.
Cada vez que de nuevo
A suspenderlo aspira,
En vez de aligerarlo
Otro peñasco en el costal ponía.
—«¡Temerario imprudente!
(Al verlo el jóven grita)
¿No ves que de ese modo
Cada vez más el logro imposiblitas?»
—«Calla, dijo el anciano,
¿Que es demencia imaginas,
Una añeja costumbre
Que en el mundo se ve todos los días?
El hombre que el sendero
De la maldad camina,
Con el primer delito
Apenas puede, tiembla y se intimida.
Para acallar las voces
De su conciencia esquiva,
Muy propio le parece
Echarse á cuestas otra acción impía.
Así va recargando
De crímenes su vida,
Y arrastra una existencia
De paz y gloria y de virtud extinta.
Hasta que llega el colmo,
Y la Eterna Justicia,
Le hace caer rendido
Al peso atroz de sus maldades mismas.»

Besó el jóven la mano
De su mentor benigno,
Y á la tierra, humilde
Baja pensando la modesta vista.

¡Oprimid la inocencia,
Almas bajas é inícuas,
Llenad vuestros costales,
Hartaos de estragos, fariseos y escribas!
Que el día irremisible
De la eternal justicia
Vendrá, y ¡ay de vosotros
Cuando amanezca aquel tremendo día!

LA JUSTICIA.

Entre un bosque impenetrable
Cuyas hojas son espinas,
Hay un espacio pequeño
De figura semicírcula.
Varias fantásticas sombras
En torno de un genio giran,
Son la maldad, la impostura,
El engaño, la mentira,
Y toda la turba horrible
De aquellas razas malditas,
Que ocupan en el Averno
Las más altas gerarquías.
Tiene una espada en su diestra
La que está en el centro fija,
De plomo sus plantas son,
Y una balanza torcida.
No lejos de allí, llorosa
Se queja una tierna niña;
Vuelve la deidad el rostro,
Le tiende su mano amiga;
Pero entónces el concurso
Canta, y cúbrenle la vista
Las nieblas de la calumnia
Y el velo de la malicia.
Confúndense los lamentos
En la horrenda algarabía,
Y siempre que á clamar torna,
Repiten la escena misma.
Es la niña la Inocencia,
Y en tanto que el mundo exista,
Estará con las maldades
En esta lucha contínua.
Ahora direis:—«Esa diosa
Que está en el centro tranquila,
Sorda á los agudos ayes
De la inocencia oprimida;
Es sin duda la indolencia,
La crueldad, ó la avaricia
Que es la mayor de las furias.»
—No señor, es la *Justicia.*

EL GALLO SABIO.

A un famoso gallo viejo
Preguntaba un pollo jóven,
Cómo había conseguido
Salir vivo en tantos choques.
El viejo, que era un marrajo
Con más trastienda que acciones,
Contestó:—«Si de invencible
Quieres alcanzar renombre,
Ten presente las astucias
De que me he valido. Oye:
Cual suele decirse, á mano
Un caballero crióme;
Siempre hablaba de florete,
Espada, tajos, mandobles;
Pero jamás hubo riña
A no ser con acreedores,

Y eso tampoco de armas
Sino de malas razones.
Con todo, como era nieto
De marqueses y de condes,
Tenía una ejecutoria
Tamaña, llena de honores.
Yo que tales cosas ví,
Dije para mi capote:
«¿A tantas estamos...? ¡bravo!
Sírvame aquesto de norte.»
Probé que mi padre era
El gallo pinto más noble
Que han visto salir del huevo
Las carboneras de Lóndres.
Echaba á mi dueño el ala
Haciendo mil contorsiones,
Cantaba como un clarin,
Y era invencible en los topes.
La única vez que lidié
Fingí de tijera un golpe:
Como andaba por el suelo
Mi contrario, descuidóse
Donde menos lo esperaba,
Piquélo por el cogote,
Y le introduje en el buche
Sin piedad los espolones.
¡Dios eterno...! Qué algazara
Armaron los jugadores...
«¡Ese es bueno, ese merece
Jugarse con mil doblones...!»
«¡Este ha nacido en mi casa!»
Exclamaba el amo á voces,
Como si la cuna diera
Grandeza á los corazones.
Cubierto con su pañuelo
Torné á mi casilla, en donde
Me dieron yemas cocidas
En comederos de aloe.
Despues siempre estuve malo
Cuando de reñir tratóse,
Soltáronme á padre, y vivo
Como un Sultan. Desde entonces,
Si he de dar crédito al amo,
He menester más de doce,
Y estoy cierto que al morir
Me hará una efigie de bronce.
Todos me llaman el gallo
Más bravo que se conoce,
Y me atribuyen hazañas,
Que asustan al que las oye;
Mientras otros de mi tiempo
Que en la lid fueron leones
Se han puesto viejos peleando
Y han muerto de luchadores.
Busca el modo de caer
En gracia de tus señores;
Adquiere fama y descansa,
Que lo mismo son los hombres.»

A NADIE LE FALTA DIOS.

La lámpara y la redoma
Formaron cruda cuestión
Por averiguar cuál era
La más útil de las dos.
—«Sin mí, la primera dijo,
Yacieras en un rincón,
Porque ¿de qué diablos sirves
No estando en tu centro yo?»
—«Nada fueras tú sin mí,
(La segunda contestó)
Pues cualquier soplo lijero
Apagara tu fulgor.»
En fin, se dijeron tanto,
Que la cosa terminó
Por separar compañía
Y andar del berro á la flor.
La lámpara á poco tiempo
Otra redoma encontró,
Y la redoma otra luz
Que le pareció mejor.
Cuando dos se han menester,
El separarse es error;
Y más error, pensar uno
Que el otro sin él murió.
Es preciso dar lo menos
Por gozar el bien mayor,
Y además; estar seguro
Que á nadie le falta Dios.

EL PERRO DE AMARILIS.

La encantadora Amarilis
Tiene un perrillo faldero,
Que segun cuenta ella misma
Le regaló un palaciego.
Y á fé que no era preciso
Para confirmar el hecho,
Al notar sus propiedades,
La anticipación del cuento.
Si llega á la puerta un pobre,
Se lanza sobre él soberbio,
Le acomete, ladra, y gruñe
Hasta que abandone el puesto;
Mas cuando se acerca alguno
De ricas galas cubierto,
Le hace fiestas, le acaricia
Y enloquece de contento.
Si advierte que sus bolsillos
Están de monedas llenos,
Le acompaña hasta su casa,
Y no torna en mucho tiempo.
Amarilis rie mucho,
Y suele exclamar riendo:
—«¡Se conoce que entre hombres
Está educado mi perro!»

LA VERDAD.

En una casa arruinada
Guarecióse un gato hambriento:
(Habría allí madriguera
De ratones, por supuesto).
Hizo tal carnicería
De aquellos más inespertos,
Que no hubo quien asomara
La cabeza al poco tiempo.
La hambre carece de ley;
Este es sólido argumento,
Y antes que morir así
Hubo ratonil consejo.
Nombraron á un jóven vivo
Para buscar bastimentos,
(Y en verdad que esta ocasión
No anduvo errado el congreso).
Mil expediciones hizo
Todas con feliz efecto,
Hasta que en una encontró
Con su antagonista fiero.
Allí fueron los recursos,
Allí los ardides fueron,
Porque si era fuerte el gato
Era el raton sabio y diestro.
Despues de mil falsos brincos
Y mil ficticios rodeos,
En el corral inmediato
Oyó que ladraba un perro.
La cerca rápido gana
Por un invisible hueco,
Sin reflexion, por encima
Salta ráudo el gato hambriento.
Entre las piernas del can
Desparece el ratonzuelo:
Su contrario le persigue;
Mas le apresa el can, y... es muerto.
Vuelve á su cueva el raton
Por ignorados senderos,
Cuenta su triunfo, y absorto
Le aplaude el ratonil pueblo.

No hay caso, si un poderoso
Me ataca contra derecho,
Me amparo de su enemigo
Más potente, y gano el pleito.

LA PROTECCIÓN.

Érase un hombre tranquilo
De estos locos encubiertos
Que con todo el mundo tratan
Y parece que están cuerdos.
Habíala tomado el tal
Por ser humano en extremo,
Hasta el punto, que encontrando
Un alacrán en su lecho
Atóle del rabo un hilo,
Domesticarlo creyendo,
Y por no verle morir
Andaba á caza de insectos.
Una oruga, que segun
Sus razones vereis luego,
Parece que era doctora
Entre los animalejos,
Le dijo:—«¿Con que á nosotros
Que ningun daño te hacemos,
Nos matas por conservar
La existencia de un perverso?
Si te inspira compasión
Ese mónstruo informe y feo,
¿Porqué nuestra triste vida
No te causa el mismo efecto?»
Bien pudiera haber cedido
A tan sencillo argumento;
Mas tomado el hombre había
Por su protegido, empeño.
Murió la mísera oruga,
Y otros mil bichos murieron;
Por más que hicieron algunos
Para convencerle, esfuerzos.

Así son las protecciones
De los grandes; no hay remedio,
Viva á gusto el favorito
Y perezca el universo.

MI NO SÉ QUÉ HA RICHO.

En la bulliciosa
Tarde de un domingo,
Cuando los etiopes
Con fláutas y pitos,
Y atambores bailan
Y cantan reunidos:

Un capataz viejo,
Por sabio tenido,
(Siguiendo la moda
Que tanto ha cundido
De fingirse doctos
Hasta los borricos),

—«¡Chilencho, parente!»
En alta voz dijo.
Calláronse todos
Con ánsias de oirlo,
Y él, desde una mesa
Su discurso hizo.

Mujió como toro,
Silbó como grillo,
Cantó como gallo,
Brincó como chivo.

Concluyó á la hora,
Y en todo el cabildo
Sonaron aplausos,
¡Eso era prodigio!
Mas como no fuese
De nadie entendido,
Al salir, hablando
Con él sus amigos,
Pregúntanle todos:
—«¡Capatá, qué rijo?»
Y él les contestaba:
—«Mi no sé qué ha richo.»

¡Cuántos escritores
De soberbia henchidos,
Publican discursos,
Al mar parecidos
En que no conocen
Ni fin ni principio!
Y si les preguntan
Su fiel contenido,
Dirán como el negro:
—«Yo no sé qué he dicho»

LA FORTUNA.

Discurriendo afanoso
Por las cortantes peñas
De una marina playa,
Un hombre se desvela.
A lo lejos, sentado
Sobre menuda arena,
Otro mortal, tranquilo
La inmensidad contempla.
El primero es un lobo,
Un tigre, una pantera;
En fin un egoista,
El otro es un poeta.
Aquél busca un tesoro,
Éste ambiciona ideas
Para llenar su mente
De inspiraciones nuevas.
Dos veces por su lado
Pasar la ve y desprecia;
Pero cuando á su espalda
Toca la vez tercera,
Ve que una mansa ola,
Sobre la blanca arena
Junto á sus piés arroja
La más hermosa perla.
El egoista entonces
Golpeándose en la tierra,
Profano al cielo insulta
Por su desdicha fiera;
Mas la fortuna en tanto
Apareció risueña,
Y deteniendo al punto
El giro de su rueda,
Le dijo:—«Miserable,
En vano trás mí vuelas;
No soy de quién me busca
Sino de quien me encuentra.»

LA COTORRA SABIA.

Al pié de una verde seiba,
Donde su nido plantó
Una paloma inocente
En compañía de su amor;
Armado de su escopeta
Llegar á un montero vió,
Y alzando asustada el vuelo
Fuese á posar á un *piñón*.
De allí con tristes arrullos,
Llena de pena y candor,
Por ver si le enternecía,
De aqueste modo le habló:
—«Déjame volver al nido,
No me mates, cazador,
Mira que en él se me quedan
Dos prendas del corazón.
Cuando los haya criado
Y puedan volar los dos,
Aunque la muerte me dés,
Será menos mi dolor.
Si tienes hijos y esposa
Imagina mi aflicción:
Por todos ellos te ruego,
Me concedas el perdon.»
Una cotorra que acaso
Tomaba en un pino el Sol,
Le dijo:—«Aléjate, incáuta,
Perdidos tus ruegos son:
Con que ellos que hablan lo mismo
Y adoran un mismo Dios,
En vez de prestarse amparo,
Se devoran con furor.
¿Y tú, que ignoran tu idioma,
Quieres que entiendan tu voz?
¡Ay de tí, si hallar pretendes
En los hombres compasión!»
Halló prudente el consejo
La tórtola; lo tomó,
Y alejóse hasta dar treguas
Que se fuese el cazador.
Esta cotorra, parece
Que entre los hombres vivió;
Y en verdad, que un sabío de ellos
No hubiera hablado mejor.

LA CAPA Y LAS BOTAS.

Tiene Fileno una capa
Del mejor paño de Europa;
Pero tan descolorida
La ha puesto el tiempo, y tan rota,
Que no le es posible usarla,
Porque si llueve, se moja
El que la lleve; y si hay frío,
Por donde quiera entra el Bóreas.
Unas botas tambien tiene
De la edad misma y vitela,
Así están siempre colgadas
En la pared ambas cosas.
Do quier que charlar se ofrece
Atento á calzado y ropa,
Que tiene botas y capa
Dice Fileno en voz pópula.
El que sin verlas, lo oyere,
Las tendrá por prendas propias
Para servirse de ellas;
Mas el que las viere y oiga,
Dirá cual yo: que en el mundo
Hay aplaudidas personas
Que sirven para colgadas
Como la capa y las botas.

LA CORONA DE INÉS.

De azucenas coronada
Iba del Sol al nacer,
Por la ribera del Cauto
La linda veguera Inés.
Amorosos versos canta,
Hiriendo el tiple á la vez,
Y satisfecha se entona
En saber que lo hace bien.
Al pasar junto á la orilla,
En la rama de un laurel
Enredóse la corona,
Y á dar en las ondas fué.
Tiróse un caiman á ella
Apenas la vió caer,
Y parecieron las flores
Llenas de cieno despues.
Así como la corona
Que puesta llevara Inés
Son las glorias de la vida
Si con reflexión se ven.
Un impensado accidente
Puede hacerlas descender
Desde una vírgen á un mónstruo,
Del Sol, á la lobreguez.
Hombres, no os envanezcais,
Pues de estos ejemplos cien
Presenciais á cada instante,
Y se os olvidan después.

EL FALSO PINTOR.

Cada hombre tiene su flaco,
Y algunos con tanto extremo,
Que bien pueden titularse
De tísicos intelectos.
De estos tales hubo uno,
Que, habiendo heredado medios,
Le dió por ser gran pintor
A costa de sus talegos;
Así que se le encargaba
Un cuadro, por cualquier precio
Lo tomaba de un artista,
Dándolo por suyo luego.
Mas como todo es instable,
Y más que todo el dinero,
Se concluyó el capital,
Y el sandio fué descubierto
Un poeta que escuchaba
La historia del pintor necio
Dijo:—« Vaya, ese pintaba
Como algunos hacen versos.

EL GUAPO.

Andrés era un valentón
Tan respetado en Jerez,
Que del Cid no se contaban
Más hazañas que de él.
Revuelto en su parda capa,
Que era cotidiano arnés,
Con su habano siempre ardiendo
Y su estache calañéz,
De juego en juego vagaba
Y de burdel en burdel,
Allá cobrando el barato
Para *echar la otra* despues.
Nunca se vió que á ninguno
Hiciera ni mal ni bien;
Así que su fama era
No más que entre dos ó tres.
Cierta noche que se hallaba
Refiriendo, que una vez
Cuatro muertes había hecho;
Pillólo infragrante un juez
Y le dijo:—«Señor guapo,
Acompáñenos usted;
Pues voy de un valiente en busca,
Que me precisa prender.»
Quedóse nuestro Bernardo
Como quien visiones ve,
Y confesó, que era bueno
Cuando más para correr.
—«¿Pues no dice usted que hizo,
Cuatro muertes una vez?»
—«Sí, señor, pero las hice
Pintadas en la pared.»
—«Anda á trabajar, tunante,
(Dijo empujándole aquel)
Que has sabido con tu charla
Pasar por guapo en Jerez.»

En todas las profesiones
Hay hombres de este jaez,
Que hacen obras en pintura
Como las muertes de Andrés.

EL GATO PEDANTE.

Cierto señor rico tonto,
Con humos de literato,
Que diez mil libros tenía
De los autores más sabios;
Sin que hubiese abierto uno
Siquiera para mirarlo,
Tenia una quinta hermosa
Y en la biblioteca un gato.
Al animalito un día
Tentóle sin duda el diablo,
Saltó las tapias lijero
Y fuese á correr al campo.
Sobre un álamo entonaba
La alondra su dulce canto,
Y mil melodiosas aves
La tributaban aplausos.
Llegóse el gato; observólas,
Y con desdén afectado
En imperativo tono
Les dijo:—«Sois unos sandios;
Yo sé todos los autores
Que de música han tratado,
Y esa no da ni un acento
Que sirva para escucharlo.»
Un perro que al gato oía,
De la misma casa y amo,
Contestó:—«Calla mostrenco,
¿Qué estás de autores hablando?
Tú repetirás sus nombres
Porque has oído mentarlos,
Pero de lo que han escrito
No has visto nunca un vocablo.»
El pedante que se vió
Tan en lo vivo atacado,
Fuese escurriendo pianito
Hasta que se puso en salvo.

Cuántos críticos tenemos
Grandes autores citando,
Que han visto las tales obras
Por el forro, como el gato.

EL MONO ESCARMENTADO.

Hiciéronse amigos,
(Segun cuenta Esopo)
Un manso cordero
Y un burlesco mono.
El primero estuvo
Por tiempo muy corto,
De visita en casa
Del lijero joco;
Este, por pagarle,
Pasó al bosque umbroso
Do aquel poseía
De pasto un tesoro.
Cuando más tranquilos
Se hallaban, un lobo
Pescó al visitante,
Descuidado y solo.
Escapó ligero,
Pero no tan pronto
Que salvar pudiera
Sin lesión el lomo.
Volvióse á sus lares,
Y el cordero, ansioso,
Para que volviese
Le instaba sin dolo;
Mas él respondía
—«¡Pasear entre lobos!
Eso no es conmigo;
Que vayan los tontos.»
De aquí en adelante
Cuando cariñoso
Me convide alguno
Para estos negocios;
Diré en mis adentros
Finjiéndome sordo:
«Eso no es conmigo,»
Como dijo el mono.

EL SOMBRERO Y LA MEDIA.

Una media que yacía
Quieta en una claraboya,
Vió cerca de sí, colgado,
Un gran sombrero de moda.
-«¿Qué hermoso estás, buen amigo?»
Le dijo; pero en mal hora,
Porque éste, doblando el ala,
Y estremeciendo la copa,
A guisa de hombre engreído
Que pone la vista hosca
Cuando escucha de algun pobre
Expresiones que le chocan,
Le contestó:—«Mira, *tusa*,
A ver si callas la boca.
¿De cuándo acá, yo tu amigo?
Aparte la muy churrosa;
Hay notable diferencia
Entre los dos, habladora:
Tú siempre cerca del suelo
Anduviste hasta estar rota,
Y yo de mi dueño soy
Limpia y brillante corona.
¿No me ves engalanado
De hebilla, cintas y borlas?
Con el más suave cepillo
Mi fino pelo se frota,
Y en mi interior siempre bullen
Mil esencias olorosas.
¿Qué hay de comun entre nos?
¡Sus... noramala, churrosa!
Quedóse la pobre media
Más corrida que una mona.
Al cabo de algunos meses
Mudó el señor de corona:
De borla, cintas y hebilla
A mi sombrero despojan.
Heredáronle los siervos,
Quienes á vuelta de pocas

Semanas hicieron de él,
Jabuco de extraña forma.
Para algodon del tintero
El amo la media toma,
Y á su escritorio la lleva
En áurea vasija hermosa.
Cierto día que un criado
Al despuntar de la Aurora
Entró á barrer, prevenido
De agua, jabuco y escoba:
Sacó la media una punta,
Y con retintin y sorna,
Como muger desairada
Que tarde ó nunca perdona
Dijo—«¡Bravo caballero!
¡Señor don finchado, ola!
¿Qué planeta del vacío
A eclipsar vino su gloria?
¡Qué linda estampa ha tomado!
¡El diablo que le conozca!
¡Ya lleva borde por alas,
Y en vez de cinta una soga!
¿Dónde fueron las esencias
De azahar, jazmin y rosa?
¿Dónde la luciente hebilla,
Y las cacareadas borlas?»—
En esto sacó el criado
A don Jabuco ex-corona
Y arrojóle á un lupanar
Lleno de polvo y escoria.

El que desprecia al caido
Tenga por segura norma;
Que nada en la vida es cierto,
Y donde las dan las toman.

EL REMEDIO DE LA JABA.

Un guajiro concienzudo
Que pobre vida pasaba,
Siempre anduvo, flaco y triste
De ver su fortuna escasa.
Llegó un médico á su pueblo
Que todos males sanaba
Segun puso en el aviso:
(Antigua moda esculapia)
En verdad, el tal señor
No debió ser ningun rana;
Pues no habiendo allí botica
¡Qué gloria! se dió sus mañas:
Díjole nuestro buen hombre,
El mal que le atormentaba;
Por cierto era pesadumbre
Y vergüenza—«Eso es nada,
(Contestó el facultativo)
Tómese, amigo, una jaba,
Llénela de tantas piedras
Segun aprietos le asaltan:
Llévela á orillas del río
Los viérnes por la mañana,
Rece una salve y un credo
Y dé con todo en el agua.
No se le dé dos cominos
De murmuraciones vanas,
Que en perdonándole Dios
Lo demás es patarata.»—
Hízolo tal el montero
Y adelantó tierra tanta
Que ya jugaba y debía;
Pero pagar ni por chanza.
En yendo á orillas del río
Los viérnes por la mañana
Rezando su salve y credo
Y echando su jaba al agua,
Ya con todo el mundo en paz
Para su entender estaba:
Y aun hubo vez que pasó
Su mes y más sin echarla.
Vióle cierto amigo un día,
Y preguntó porqué causa
Sin sacar la lotería,
Ni saber que trabajara,
Se veía gordo, bien puesto,
Manejando mucha plata,
Montando hermosos caballos
Y alegre como unas páscuas.
Le contó lo sucedido;
Y el otro que atento estaba,

No hacía más que decir
A cada razón—«¡Caramba!
(Meneando la tontuma,
Y tirándose las barbas)
Si eso no es ser sin vergüenza,
Que me escupan á la cara.»—

Desde entónces, cuando veo,
Algun zángano de marca,
Que juega, pasea, viste,
Come y bebe y no trabaja,
Meneo tambien la cabeza
Y digo entre mí—«¡Caramba!
Este en vez de Le-Roy, toma
El remedio de la jaba.»

NO HAY PEOR CUÑA.

Picó una pulga á un hombre,
Y éste lleno de furia
La dijo al oprimirla
Entre sus largas uñas
—«Porque con sangre humana
Otra vez no te nutras,
Es razón que la muerte
En este instante sufras.»—
—«La fuerza está en tu mano,
Castígame si gustas;
Pero que es injusticia
Te probaré, si escuchas.
¿Por una leve gota
De tu sangre, me acusas
Con pena de la vida?
¿Y tú desde la cuna
No estás sangre bebiendo?
Y de tu misma alcurnia,
¡Cuántos pidiendo sangre
Descienden á la tumba!

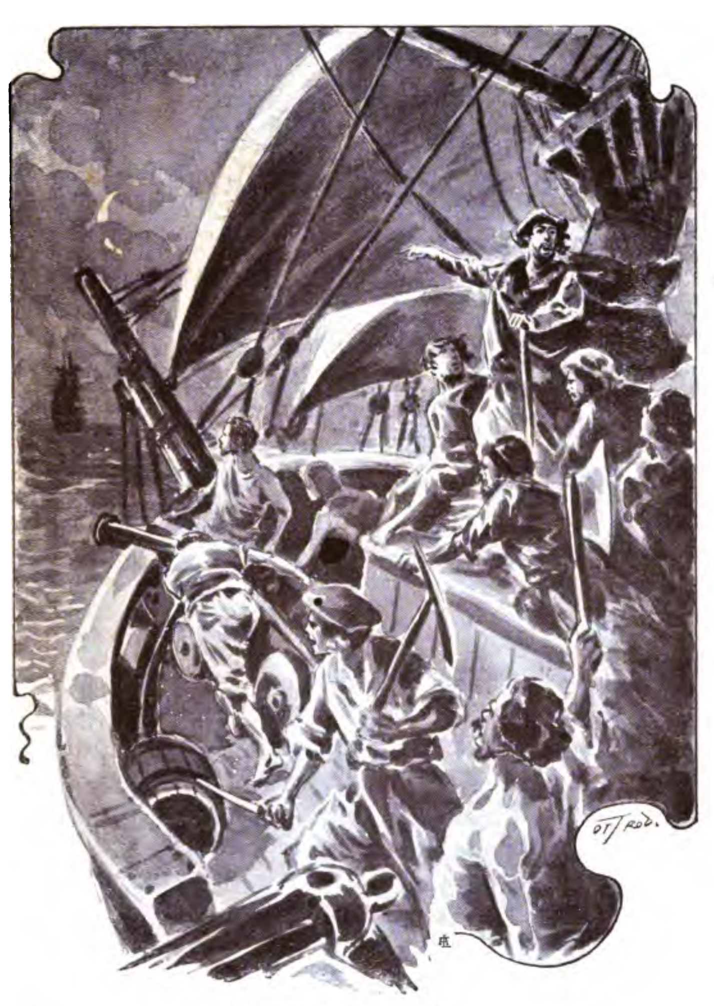
Bien, hombres, vuestro adagio
Dice que: *No hay peor cuña...!*
No acabó de hablar, pero
Tuvo razón la pulga.

LA FIGURA DE UN ALMA.

Gran confusión se notaba
En los siervos de una finca,
Y ninguno de su choza
Solo, en la noche salía.
Súpolo el dueño, juntólos,
Y preguntó, qué tenian.
Ellos dijeron que un bulto
En la oscuridad se vía,
Que era como un tigre grande,
El amo dijo—«Magnífica
Anima mea!.. ¡la cruz!..»—
Mas una negra ladina
Contestó:—«Señor, no es eso,
Ese tigre es sin mentira
El alma del mayoral
Que se murió el otro día.»—

EL GRUMETE RETÓRICO.

Preguntándole á un grumete
Por qué razón había dicho
Que él era como Noé,
Del Sumo Dios protegido:
Contestó bamboleando,
—«Dije tal, señores míos,
Porque más de treinta veces
Bien apurado me he visto.
En botes, en bergantines,
En fragatas y navíos,
Naufragué, mas por milagro
Escapé de los peligros;



El ávido ojo del tope,
Perspicaz como el del águila
Ha divisado un objeto;
Obsérvale atento y clama:
«¡Vela, á babor . . . !» . . . .

PLACIDO-15 *El pirata en la Mar.*

Y aunque al revés de Noé
Fuese el milagro conmigo,
Porque aquella iba á caer,
Y esta agua ya ha caido:

Sin embargo, el caso es
Que el resultado fué el mismo,
Esto es, salvarme del agua,
Para que muera en el vino.»—

EL HOMBRE Y EL CANARIO.

Cuando por dó quier se oía
Hablar los irracionales
Y el hombre los entendía;
(No es raro; pues en el día
Aun hablan los animales)
Llegóse un hombre curioso
A contemplar un jaulón
Y sin duda estaba ocioso;
Pues entró en conversación
Con un canario gracioso;
—«Animada miniatura,
¿Porqué con tu suavidad
No entonas, y con dulzura,
Los trinos de libertad
Que aprendiste en la espesura?
Cuanto quieren enseñarte,
Humilde lo aprendes todo,
¿Y puedes tanto olvidarte
De tí que no buscas modo
Ninguno de libertarte?»—
—«No trino como entre flores,
(El canario contestó)
Porque me causan dolores
Tristes recuerdos; y no
Le agrada á mis opresores.
Lo que se me enseña canto,
Porque con mis trinos bellos,
Aunque vierta oculto llanto,
Hago lo que mandan ellos
Para no padecer tanto.
Sé que no puedo quebrar
Estas varillas de alambre;
Me dan vida por cantar,
Y si persisto en callar
Me harán perecer de hambre.
Si fuera libre, ¿no sientes
Que imitara sin congojas,
De los rios las corrientes,
La caida de las hojas
Y el murmullo de las fuentes?
Que le adulo en la apariencia,
Piensa mi dueño, y se hechiza;
Mas, mirándolo en conciencia,
Yo engaño al que me esclaviza,
Por conservar mi existencia.
Morir por preocupación
Y sin defensa, es locura,
Suicidarse sin razón:
Vivir y hallar la ocasión
De libertarse, es cordura.
Cuanto á ser esclavo... espera...
Te comprendo, y no te asombre,
Yo disculparme pudiera,
Y al mismo tiempo le hiciera
La misma pregunta, hombre.
Haz cuenta que yo caí
En tus redes, y ánsias vivas
No me salvaron de allí,
Porque tú que me cautivas
Eres superior á mí.
¡Mas tú, que solo acatar
Debes al Sumo Hacedor,
Y de un hombre, á tu pesar,
Que no es á tí superior,
Te dejas esclavizar...!
¿Cuál es disculpa bastante
A tu loco devaneo!
¿Cómo quieres, ignorante,
Encontrar en un pigmeo
Más fuerzas que en un gigante?»—
Marchóse el hombre al momento,
Y yo segun lo medito,
Digo que ni sabios ciento
Rebaten el argumento
Del esclavo pajarito.

Plácido.

LA ROSA INGLESA.

Hay una especie de rosa,
Que acá llamamos inglesa,
Tan fértil, que todo el año
Está de verdor cubierta.
Infinidad de botones
En cada renuevo echa;
Pero no llegan á flores,
Porque en botones se quedan.
Cierto señor que tenía
Una, mirándose en ella,
Estaba desconsolado
Por no ver ninguna abierta.
Contaba á sus conocidos
Este caso con tristeza:
Oyóle un guajiro un día
Y díjole:—«Qué simpleza,
Tómese un cuero, y con él
Déle una pasada buena,
Hasta quitarle las hojas,
Y verá flores abiertas.»
Hízolo el dueño, y de entonces
Aparece tan risueña,
Que no hay en todo el contorno
Quien tenga rosas más bellas.
Personas hay en el mundo
Que solo á palos son buenas
Como el rosal ante-dicho;
Pero, Dios nos libre de ellas.

EL CIECO AGUDO.

Ya el héroe corzo yacía
Del mar Atlántico en medio,
Y el solio hispano ocupaba
El augusto prisionero:
Cuando por calles y plazas
De Madrid y de otros pueblos,
Vagaban ciertos mendigos,
Cantando los altos hechos
De los bravos españoles,
Que con indecible esfuerzo,
Supieron librar la patria
De odioso yugo extranjero.
Despues que por medio real
Hubo cantado uno de ellos
Los triunfos que coronaran
Las armas de los iberos:
Díjole un tuno—«Si quieres
Otros diez cuartos y medio,
Cuenta ahora las hazañas,
Que los franceses hicieron.»
Al cual volviendo la espalda,
Contestó el agudo ciego:
—«Las de España son las mías,
Que canten las suyas ellos.»
A algunos cisnes cubanos
Les viene de molde el cuento,
Que teniendo asuntos propios,
Cantan prodigios ajenos.

LO MISMO SON.

Tienen raros antojos,
A la verdad, los niños,
Cuáles son inclinados
A jugar escondidos;
Otros á trompos, mates,
Gallos, ò soldaditos;
Y cuál ó papalotes,
Símil de tabardillos.
A éste reprendemos,
Del otro nos reimos,
Y aquellos nos sofocan
Con sus agudos gritos.
—«Es lástima que el tiempo
Pasen así, decimos,
Cuando si se aplicasen
A un útil ejercicio,
Mañana se alegraran
De haberlo hecho, infinito;
Y no que el tiempo pierden
En puériles caprichos.»
Convengo en que mal hacen
Los hombres cuando niños;
¡Pero cuando son *hombres*
Tambien no hacen lo mismo?

SEXTA PARTE

LETRILLAS

A MIRTA.

No sé, Mirta bella,
Si piensas en mí,
Solo sé que vivo
Muriendo por tí.
No sé si te amo
Desde que te ví,
O si antes de verte
Ya tu amante fuí.
Sé que entre las ninfas
Que en cristal feliz
Retrata el sereno
Precoz Yumurí,
Eres la más dulce
Gallarda y gentil,
Y que estoy de amores
Muríendo por tí.
Cuando tú paseas
Risueña el jardin,
La luna de Enero
Es tu frente, sí,
Y ornan tus cabellos
Para más lucir,
El lirio de Marzo
La rosa de Abril,
El clavel de Mayo
De Julio el jazmin,
Que huelgan de verme
Muriendo por tí.
Si danzas ¡qué hermosa!
¡Ay! triste de mí,
Pareces un ángel,
Un genio, una hurí;
Vuela el chal flotante
Blanco y carmesí;
La planta pequeña
Veloz y sutil,
Ni el suelo que huella
La llega á sentir;
Pero yo lo siento
Que muero por tí.
Si te balanceas
Das placeres mil,
Cual Cintia en las ondas
Del Camajuaní.
¡Ay! Mirta preciosa,
Ten piedad de mí
¿Quiéres ser mi amada?
Respóndeme: «Sí,»
Verasme dichoso
De gozo reir,
Morir para todos,
Vivir para tí.

LA FLOR DE LA CAÑA.

Yo ví una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra,
Prendado de ella
Le quemó la cara.

Y es tierna y sencilla
Como cuando saca
Los primeros tilos
«La flor de la caña.»
La ocasión primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida,
Con cintas rosadas;
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecía
Como «flor de caña,»
Su acento es divino,
Sus labios, de grana,
Su cuerpo, gracioso,
Lijera su planta:
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del zéfiro, lucen
De perlas ornada,
Como con las gotas
Que destila el Alba,
Candorosa brilla
«La flor de la caña.»
El domingo ántes
De Semana-Santa,
Al salir de misa
La entregué una carta,
Y en ella unos versos,
Donde la juraba
Mientras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla,
De pudor velada
Como con la niebla
«La flor de la caña»
Halléla en el baile
La noche de Páscua,
Púsose encendida,
Descojió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla
He visto que es hecha
«Con flores de caña.»
En ella hay un rizo,
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua,
Con un bello anillo
Que ajusta la *capa*,
Y en lugar de *tripa*
Le encontré una carta
Para mí más bella
Que la flor de caña.»
No hay ficción en ella,
Sino estas palabras:
«Yo te quiero tanto,
Como tú me amas.»
En una reliquia
De rasete blanco,
Al cuello conmigo
La traigo colgada;
Y su tacto quema,
Como el Sol que abrasa
En Julio y Agosto
«La flor de la caña.»
Ya no me es posible
Dormir sin besarla,
Y mientras que viva
No pienso dejalla.
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas
Sufriendo vaivenes
«Cual la flor de caña.»
Juro, que por siempre
Con toda constancia
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia,
Y si me preguntan
Los que saber ansian
Quién es mi veguera,
Diré que te llamas
Por honesta y dulce:
«La flor de la caña.»

LA ESTRELLA DEL PAN.

Mi guajira hermosa
Por las tardes va
Con otras doncellas
De su misma edad
A pasear la márgen
Del claro San-Juan;
Y sus ojos brillan
Con luz celestial,
Como la de Vénus
Estrella sin par
Que al ponerse adorna
La cumbre del Pan.
A veces al cuello
Revuélvese el chal
Y busca en la arena
Conchitas del Mar;
Mas si llego á ella
Dos ó tres me dá,
Y sale corriendo
Por el arenal,
Y á oscuras me deja,
Como al declinar
Se oculta entre nubes
La estrella del Pan.
Cuando sé el domingo
Que en el baile está,
Aunque lluevan piedras
No puedo faltar.
Llevo mi machete,
Mi potro alazan,
Mi mejor camisa
De tela real;
Y por darla gusto
Quisiera brillar
Como en medio el cielo
La estrella del Pan.

Cuando le pregunto,
—«¿Te quiéres casar?
Ella me contesta,
—«Usted lo sabrá.»
Le digo mil cosas
Que quitan pesar,
Y décimas bravas
Le canto en verdad;
En un renglón todas
Van á rematar.
Diciéndole: «Eres
La estrella del Pan.»
Cuando el baile acaba
Marcho en mi alazán,
Triste por lo poco
Que la pude hablar.
Como los pañuelos
Cambiamos allá,
Desvelado el suyo
Me pongo á besar;
Pero si me duermo,
Delirio me dá
Y sueño que miro
La estrella del Pan.
Ya no tengo gusto
Para trabajar,
Ni los gallos corro,
Ni los cuido ya:
Todo me fastidia,
Me hace incomodar,
Ya ni mis amigos
Contento me dan,
Y algunos me dicen
Que tendré este mal
Mientras no sea mía
La estrella del Pan.

A NADIE LE FALTA SU QUI.... QUIRIQUÍ.

Macario y Lisandro
Murmuran de mí,
Y de cuantos tratan
Dicen cosas mil.
Yo les aconsejo
No ofendan así,

Que la ley nos manda
Callar, ver y oir,
Y que si me apuran,
Les puedo decir.....
Que ellos tambien tienen
u Qui... quiriquí.

D. Lucio á Fileno
Quiere perseguir
Para que le pague
Jurando no oir
Empeño ninguno
Que lleve tal fin.
Desairó unos veinte;
Mas llega Don Luis
Y Don Lucio deja
Las cosas así....
¡Mira cómo tuvo
Su Qui... quiriquí!
Hombres y mujeres
De profesión vil,
Los unos de otros
Murmuran sin fin;
Mas cuando se trata
De aclarar, allí
Ninguno sostiene
Lo que habló por sí,
Y luego entre todos
Hacen un festin;
Porque todos tienen
Su Qui... quiriquí.
La niña Rosaura
Se llama infeliz,
Solo á una visita
Le complace ir;
En casa de Ismenia
La del Yumurí:
Allí rie y canta,
¡Qué alegre está allí...!
Parece que es otra,
¡Ya se vé! si allí...
Allí tiene ella
Su Qui... quiriquí.
No heredó Lucrecio
Ni un maravedí,
No trabajó nunca,
¿De qué ha de vivir?
Siempre va decente
¡Bravo figurin!
De piés á cabeza
Todo es un rubí,
¿Qué misterio en esto
Podeis traslucir?
Que el tiene... pues, vaya,
Su Qui... quiriquí.
¿Porqué son amigos
Lesbio y Valentin?
A que no lo aciertas,
Manuel,— Hombre, sí.
—«Pues bien, si lo sabes
Las razones dí.»
—«La razón es fácil,
Lesbio es malandrin,
Valentin es rico,
Y aquel infeliz
Le lleva y le trae
Su Qui... quiriquí.»
Las jóvenes dicen
Que no sé sentir,
Que el fuego amoroso
Jamás conocí,
Porque ser no quiero
Un *hazme* reir,
Diciendo tontadas
Do puédanme oir;
Mas me burlo de ellas,
Como ellas de mí,
Porque tambien tengo
Mi Qui... quiriquí

EL CONSEJERO MENTIDO.

Junto á la fuente
Sobre una piedra
Bajo la yedra
De un cenador,
Sentado estaba
Don Peregrino
Tomando vino
Que era un primor.

Doña Paquilla
Pinta la uva,
Que es otra cuba
Tal como él;
Cada ojo tiene
Como una estrella,
Su boca es bella
Como un clavel.

Llegó á su lado,
Sentóse junto,
Trabando al punto
Conversación:
Y departian
Ambos contentos,
Dando sus tientos
Al garrafón.
Pareció en esto
Don Agapito
Y dando un grito
Clamó—«¡Mujer!...
¡Qué diablos haces!»
Ellos le oyeron,
Y respondieron
—«Nada, beber»
—«¿Y porqué bebes?
¡No vés, menguada,
Que te degrada
Vicio tan vil?
Así marchitas
Con fieros daños
De esos tus años
El verde Abril.»
—«Porque me curo
Con dos azumbres
Las pesadumbres
Del corazón,
Y si no es cuerda
De vuëstra arte,
Id á otra parte
Con el sermón.»
El moralista
Dejó el misterio
Y exclamó serio:
—«Pues que me den»
Tomó su vaso,
Llegó á sentarse,
Y hasta acabarse
Bebió tambien.
Algun sugeto
De estas manías
En nuestros días
Conozco yo;
Que tipo siendo
De pedantismo
Hizo lo mismo
Que criticó.

CON SU PAN SE LO COMA.

Amarilis la bella,
Dice, que Amira es loca,
Que no tiene atractivo,
Ni gracia, ni es hermosa.
Mas yo siempre le respondo
—«Amira, no seas boba;
Si ella dice que es linda,
Atractiva y graciosa,
Eso tan solamente
Podrá probar que es tonta:
El mal es para ella,
Con su pan se lo coma.
D. Hermeguncio el sabio,
Critica cuantas obras
A luz pública salen,
Porque son defectuosas:
Dice que ni Vallejo
Ha dado golpe en bola;
Él no más es buen taco,
Porque estudió en Angola.
Donde rector le hicieron
Sin título ni toga:
¡Vaya un talento frito!
Con su pan se lo coma.
No hay mortal que tenga
Alcurnia tan gloriosa
Como Don Liberato,
El de las cejas hoscas:
Por dó quiera que cruza
Le aplauden las hermosas,
Parias rinden los cisnes
A sus divinas odas.
Vásele derramando
La nobleza, la honra,
El saber y la gracia:
Con su pan se lo coma.
Cobrando agenas deudas
Anda el hermano Doria,
Porque segun él dice,
Tiene influencia longa:
Sin ver que en ello ofende
A los jueces que toma
En su maldita lengua;
Pero ya que él provoca
De aquellos la venganza,
A mi nada me importa
Su influencia soñada:
Con su pan se lo coma.

¡DIGO...!

Es Libia de planta breve,
Dama noble, rica, hermosa;
Tendrá una prenda preciosa
El que por mujer la lleve;
Solo con la falta leve,
Que á la edad de diez y siete
Voló con cierto cadete
Saliendo por un postigo.
¡Digo...!

Lúcas con lo que ha estudiado,
Y el largo viaje que dió,
A nuestras playas tornó
Geógrafo consumado.
Segun él nos ha contado,
Ya no podemos dudar
Que á orillas del «rojo mar»
Se encuentra el puerto de Vigo.
¡Digo...!

Quéjase Don Agapito
Viendo á su niño Simon
En una oscura prisión
Sin haber hecho delito;
Solo porque el angelito
A un anciano que robó,
De un navajazo rajó
Desde el pescuezo al ombligo.
¡Digo...!

Con mil lógicos rodeos
Tiene Don Julio el placer
De inculcar á mi mujer
Que ande en bailes, en bureos,
En convites, en paseos;
Y despues de tal favor,
Me asegura por su honor
Que es mi verdadero amigo
¡Digo...!

Emblema de cristiandad
Es Don Juan, hasta de prisa
Será capaz de ir á misa
Por ganar la eternidad:
Y es tanta su caridad,
Que en sonándole metales,
Se planta en los tribunales
A hacer de falso testigo
¡Digo...!

Exclama el doctor Pascual,
Que no es muy prudente, quien
Escoje para sí el bien,
Y dá á los otros el mal.
Y de esta sana moral
Ejemplos dá sin rebaja,
Pues á todos brinda paja
Mientras él se engulle el trigo.
¡Digo...!

QUIEN HACE UN CESTO HACE CIENTO SI LE DAN MIMBRES Y TIEMPO.

Si la que adoras empaña
De su honor el brillo terso,
A falaces seducciones
Su virtud prostituyendo:
Perdónala, mas sepulta
Su nombre en olvido eterno,
Y antes que volver á amarla,
Reflexionar debes cuerdo,
Que segun dice el adagio:
Quien hace un cesto hace ciento.

Si un hombre á quien dispensaras
Tu amistad y fino aprecio,
Llega una vez á engañarte
Tratando de asuntos sérios;
No le ultrajes, porque nada
Adelantarás con eso;
Pero nunca dél te fies,
Antes guárdate, advirtiendo,
Que en amistad y en amor,
Quien hace un cesto hace ciento.

Si sabes que algun jurista
Entregó, razón teniendo,
Sobornado del contrario,
De su defendido el pleito,
No le encargues de los tuyos,
(Aunque es mejor no tenerlos)
Mira que no se corrije
«El perro que come huevo,»
Y que en esto, como en todo,
Quien hace un cesto hace ciento.
Si un curador de menores
Los vé perecer, y fiero
Para no soltar se vale
De silojismos aéreos;
Al espirar, no le nombres
Por tál de tus herederos;
Pues ese ya está probado
Que es amigo de lo ageno,
Y si una vez fué ladrón,
Quien hace un cesto hace ciento.
Si tienes íntimo trato
Con un magnate de aquellos
Que en insultar la desgracia
Cifran el ser caballeros,
Y ves que al débil injuria,
Trata de sacarle el cuerpo
Aunque él diga, que tal hizo
Por un acaloramiento:
Es facil que á tí mañana...
Quien hace un cesto hace ciento.
Si llega á solicitarte
Algun corredor de enredos,
De esos públicos amigos,
Y enemigos encubiertos;
Por contarte agenas vidas;
Ten cuidado que en volviendo
La espalda de tí murmure
Otro tanto; por ser cierto
Que si mal de uno te dijo,
Quien hace un cesto hace ciento.

NO HAY POR DONDE PASAR.

Cuando disputa Rolando,
Y lleva ganado el punto,
Es de finura trasunto
En tono medido hablando;
Pero si le van ganando,
Echa á reñir y á gritar,
Y no hay por donde pasar.
Amarilis la mimada,
Es, sin que haya discusión,
Modelo de perfección
En tanto que está sentada;
Mas si se pára, es jibada,
Si anda, empieza á cojear,
Y no hay por donde pasar.
Moderado es Don Pimienta,
Y en sus acciones señor;
Pero si algun acreedor
Le viene á traer la cuenta,
Ruje como una tormenta
Que agita el revuelto mar,
Y no hay por donde pasar.
A la doncella más fiel,
Como tenga un padre bruto
Y encuentre un amante astuto
Que lleve labios de miel,
Ella se lo lleva á él
Si él no la quiere robar.
Y no hay por donde pasar.
Los críticos botarates,
De sapientes presumidos,
Cuando se ven convencidos
De sus torpes disparates,
Echan á escribir dislates,
Ya que no pueden ganar,
Y no hay por donde pasar.
Erisena me arrebata,
Tiene unos ojos divinos,
Unos modales muy finos
Y unos labios de escarlata;
Mas luego asoma una pata
De dimensión singular,
Y no hay por donde pasar.

ASÍ VA EL MUNDO, TIA PEPA.

Si hoy estás para locuras,
Vamos, musa, á murmurar;
Porque aquí te han de pagar
«Las verdes y las maduras:»
Y verás cien mil criaturas
Que agenas faltas recitan
En público y solicitan
Que nadie las suyas sepa.
¡Así va el mundo, tía Pepa!
Lisio por diversión grata,
Ve que la esposa de Juan,
Por hablar con Don Fabian
Se trepa sobre una mata:
Esto en la calle relata
Ostentando gran saber
Sin mirar que su mujer
Hasta en sus hombros se trepa
¡Así va el mundo, tía Pepa!
Láura dice que Florinda
Parece una jicotea,
Como si ser otra fea,
Probara que ella es más linda:
Si vé la cara á Lucinda,
Diz que no hay quien la componga,
Y la suya es cuadrilonga
Como tártara de *arepa.*
¡Así va el mundo, tía Pepa!
Don Criticastro Elegías,
Desde que la dió de vate,
Dice cada disparate
Más grande que siete días.
Nadie de sus ex-poesías
Quiere que tilde ni un cero,
Y él critica al mismo Homero
Si en una coma discrepa,
¡Así va el mundo, tía Pepa!
Ludovico Cornicopias,
Que de Dios vive á las buenas
Cobra las deudas agenas
Sin pagar la suyas propias.
Con sus melenas Etiópias,
Censura á Isac por perdido,
Y él con ser tan comedido
No hay paraje donde quepa
¡Así va el mundo, tía Pepa!

LOS OJOS DE MI MORENA.

La luz del Alba,
A cuyos brillos
Loan trinando
Los pajarillos;
No es tan hermosa,
Ni tan serena
Como los ojos
De mi morena.
La aurora pura
Que en el oriente
Flores y perlas
Muestra en su frente,
Esparce rosas;
Mas no enajena
Como los ojos
De mi morena.
No luce Apolo
En su brillante
Fúlgido carro
De oro y diamante;
Ni con sus rayos
El mundo llena
Como los ojos
De mi morena.
A ella no igualan
Alba ni aurora,
Ni Apolo mira
Cuanto atesora:
Y no hay quien vierta
Luz tan amena,
Como los ojos
De mi morena.

ES PEDIR MUELAS AL GALLO.

Querer que Don Chilindron
A grandes cosas se eleve
Cuando á los garitos debe
Su fama y educación,
Y que brille en rëunión
Cual de la azucena el tallo
Es pedir muelas al gallo.
Esperar que Doña Galga,
Orgullosa por su cuna,
Encuentre persona alguna
Que tanto como ella valga
Y al mejor tiempo no salga
Con partidas de caballo,
Es pedir muelas al gallo.

Creer que está en D. Lutero,
Comerciante universal,
Seguro vuestro caudal
Solo porque es caballero,
Y que os devuelva el dinero
Sin primero cercenallo,
Es pedir muelas al gallo.
Exijir que en mis jocosas
Coplas, de defectos llenas,
Os cuente ocultas escenas
Inhumanas y horrorosas,
Y que os diga otras mil cosas
Que contra mi gusto callo
Es pedir muelas al gallo.

EL AÑO NUEVO.

Ansioso estaba
Juan, esperando
El primer día
Del nuevo año:
La noche antes
No durmió el sandio,
Y así decía,
Consigo hablando,
—«Seré dichoso,
No hay que dudarlo,
Este me encuentra
Con medios varios
Con dos sombreros
¡Jesús! me hallo,
Uno de felpa
Y otro de guano;
Y aunque son viejos,
Son dos ¡qué diablos!
Dos corbatines,
Camisas cuatro,
Tres pantalones
Y tres zapatos.»
Esto en su cama
Decía; entre tanto
Recio el Sereno
Grita «Las cuatro»

Sálese al punto,
Marcha al mercado,
Y allí un pocillo
De café amargo
Toma, que le abrasa
Su lengua y labios.
Lavarse el rostro
Se había olvidado
Con agua fría
(Como usan varios:)
No reflexiona
Los resultados:
Toma de ella
Bien lleno un vaso,
Lávase, y luego
Murió de pasmo,
Y por la tarde
Ya era enterrado.
¡Cuántos placeres
Como este ansiados
Hay en el mundo
Que deseamos,
Y suelen sernos
Tan mal logrados
Que más valiera
No disfrutarlos!

LA LUNA DE ENERO.

Resuene el pandero,
Al monte, á la loma,
Vegueros, que asoma
La luna de Enero.
No la esteis buscando
Sobre el firmamento,
Que viene cual viento
Las flores hollando.
¡Si al ver el salero
De mi guajirilla,
Parece que brilla
La luna de Enero.
Abrense las flores
Aromas vertiendo
¡Qué hermosa es riendo!
Miradla, cantores;
Y los ruiseñores
Con trino parlero
La cercan volando,
Como saludando
La luna de Enero.
¿La veis entre galas
Como aves sencillas
Sobre sus rodillas
Sacuden las alas?
Cantando el jilguero
Junto á su hermosura
Dice el lisonjero:
No luce tan pura
La luna de Enero.
El céfiro blando
Y amorcitos bellos,
Rizan sus cabellos
Las hebras soltando;
Y con grato esmero
Salpican su sayo,
Porque es mi lucero
La rosa de Mayo,
La luna de Enero.

LA CALENTURA NO ESTÁ EN LA ROPA.

Lola, me dicen,
Volvióse zorra,
Porque su amante
Se fué con otra.
Digo que es falso,
Que la tal Lola
No había nacido
Para otra cosa,
Estaba en su alma
Ser voladora.
La calentura, etc.
Pretesta Nise
Que era una rosa;
Mas las viruelas
Y algunas otras
Enfermedades
La han vuelto mona.
Mentira, Nise
Nunca fué otra,
Ni quince tuvo,
Ni ha sido hermosa.
La calentura, etc.
Dice Pedancio
Que en su edad corta
Hacer sabía
Muy buenas odas
Lindos sonetos
Y amantes trovas;
Mas que los años
Todo lo roban:
Vaya á otra parte
Con esa bola.
La calentura, etc.
A nadie paga
Doña Liboria,
Porque no abunda
La plata ahora.
¿Y aquestas trampas

De edad remota
Que son del tiempo
Que estuvo en boga,
Porqué las tiene?
Clara es la cosa.
La calentura, etc.
No hay comerciante
Como Don Opas,
En cuanto emprende
Sale en pelota;
La suerte, dice,
Que le vá en contra,
¡Qué contra suerte
Ni qué camorra;
Si á usted, amigo,
Le falta cholla.
La calentura, etc.
Se han separado
Juan y su esposa,
Algunos hallan
La causa toda
En que muy joven
Era la novia
Cuando se hicieron
Las tales bodas;
De allí á mil años
Sería la propia:
La calentura, etc.
Muda de casas
Madama Antonia
Porque son ellas
De *mala sombra.*
Sino trabaja,
¡Por Dios, Señora!
¿Busca usted una
Dó llueven onzas?
Hágalo, y buenas
Le serán todas.
La calentura
No está en la ropa.

LA LAGARTIJA.

El que á mentir, á negar,
O á conceder se dirija
Cuanto fuere irregular,
Aunque lo quiera evitar
Se traga la lagartija.
No conoce Don Vicente
La maruga que es su hija;
Ella le es muy reverente,
Y él, llamándola inocente
Se traga la lagartija.
Dice Juan, que capital
Tiene, que su renta fija
Es un crecido caudal;
Y el que le preste un real,
Se traga la lagartija.
La que indiferente fuere
En amores, no se aflija,
Por que á esa nada le hiere;
Mas la que de veras quiere,
Se traga la lagartija.
Bien es que Luis con bondad
A sus deudores exija;
Mas si es mayor cantidad
Y hay escritos, no hay piedad,
Se traga la lagartija.
Por último, todo aquel
Que engañar á otro colija,
Con apariencia de fiel,
Si el otro lo engaña á él,
Se traga la lagartija.

«¡QUÉJANSE QUE NO HAY CACAO PERO CHOROTE SE BEBE!»

Desde que empezó la moda
De aparentar escaseces,
No hay quien miseria no llore
Ni quien historias no invente;
En tanto siguen los bailes
De etiqueta, el lujo crece,
Se toma cerveza á jarros
Y se compra por toneles...

Luego, clamar es preciso,
Al ver como vá el julepe:
¡Quéjanse que no hay cacao,
Pero chorote (1) *se bebe!*
Personas hay que ni comen
Si sus palabras se creen,
Porque según ellas juran
Ni un ochavo al año tienen;
Mas en los públicos actos
Miradlas como aparecen
Con los mismos atavíos
Que los más ricos marqueses
Que tomen al fiado ó nó
Ellos allá se la entiendan
¡Quéjanse que no hay cacao,
Pero chorote se bebe!
No vereis de Libia en casa
Ni un mediano taburete,
Una sábana es su ajuar
De dormir, que al catre tiende,
Un cordel en un rincón
Es su baul, sin más muebles;
Y así, con unos zapatos
No sale jamás dos veces,
Y despues que en lujo botan
El poco metal que tienen
¡Quéjanse que no hay cacao,
Pero chorote se bebe!
Las familias del gran tono
Tambien lloran como nénes,
Y cuando toman el libro
De sotas, ases y reyes,
Se dejan llantos aparte,
Vénse los rostros alegres,
Y cien onzas á un albur
O se ganan ó se pierden;
Luego, concursos y juicios,
Y mientras otros perecen
¡Quéjanse que no hay cacao,
Pero chorote se bebe!
Pobres hay que no heredaron,
Ni en trabajar se entretienen,
Hechos unos Jeremías
Vivir sobre el pueblo quieren:
Ellos andan bien vestidos,
Dos ó tres casas mantienen,
Y comen lo más costoso:
No hay billar que no frecuenten,
Regalan joyas, y andan
En quitrin de alquiler siempre,
¡Quéjanse que no hay cacao,
Pero chorote se bebe!

¡¡DIOS NOS ASISTA!!

Si dice el teniente estrella
Que amores le detenían
Mientras otros perecían
En la toma de Morella,
Esa es confesion muy bella;
Mas sí nos viene á contar
Que estuvo sin pelear
De aquel punto en la conquista,
¡Dios nos asista...!
Que se halle Lesbia en un caso
Donde que sentir la den,
Y que yo la saque bien
Aunque perezca en el paso,
Vaya; más que como el Tasso,
Porque me ofenda una bella,
Me vuelva loco por ella
Y morir quiera á su vista,
¡Dios nos asista...!
Pero nada he conseguido,
Porque despues he sabido
Que á nadie dice que nó:
Y eso que des que nació,
Dice su hermano Pancracio,
Que camina muy despacio:
¡Con que si anduviese lista!
¡Dios nos asista...!
Ha tenido Juan razones
Con cierto caballerito,
Presentó solo un escrito;
Y hay de costas cien doblones;
Conque en las *declaraciones*
Vistas, autos, concurrencias,
Nuevos fiscales, sentencias,
Apelación y *revista;*
¡Dios nos asista...!
Lisio está privilegiado,
Porque se sabe humillar,
Para á todos demandar
Y no ser él demandado;
En seis listas apuntado

Lo he visto ya de deudores;
Con que si los acreedores;
Le tienen todos en lista;
¡Dios nos asista...!
Cursio piensa que es poeta,
Dice que el Pindo le inspira,
Llama á su *bandurria*, lira,
Trompa de oro á su *trompeta;*
No hace una cosa completa,
Versa cuando está beodo,
Y todos le aplauden todo
Nombrándole gran artista:
¡Dios nos asista...!

¡ZAFA!

Quiérote, Lisia, evitar
Amistades peligrosas,
Y te advertiré las cosas
De que te debes zafar:
De la que gusta engañar
A sus pretendientes, dando
Esperanzas, y anhelando
Está por ver al que agafa:
¡Zafa!
Si ves á Don Can Cervero
Falto de oficio y pitanza,
Que es un pobre arrastra-panza
Con humos de caballero;
Que al honrado jornalero
Escarnece con perfidia,
Cuando él se muere de envidia
Y vive de lo que estafa:
¡Zafa
¡Piedad, hermano Vistrubio!
¿Porqué no cierras los lábios,
Cuando tienes más resabios
Que chispas lanza el Vesubio?
Tú secáras el Danubio
Si te lo diesen de rom,
¿Y murmuras de Simon
Porque apura una garrafa?
¡Zafa!
Cierta dama larga vió
A un andaluz marinero,
Sintióle sonar dinero,
Y eterno amor le juró;
Pero el curro que entendió
El achaque á punto fijo,
Se terció su gorra y dijo
—Mira... pichón de jirafa
¡Zafa!
Concede, Lisia, favores
Al que con ingenuidad
Diga siempre la verdad
Y te evite sinsabores;
Mas si se trata de amores
Don Hipócrita cangrejo
Que parece moro viejo
Envuelto en una almalafa
¡Zafa!

Á NISE.

Nise preciosa,
Doncella amada,
Prenda adorada
Del corazón,
Oye amorosa
Mi blando ruego,
O apaga el fuego
De mi pasión.
Yo te ví, bella
Rosa temprana,
Una mañana
Del dulce Abril,
Como la estrella
De los amores
Entre las flores
Que dá el pensil.
Alzó la brisa
Tu sutil manto,
Y el pudor santo
Cubrió tu faz:
Tu alma sonrisa
Miré suprema

Como un emblema
De dicha y paz.
«La jovencilla
De tí preciada,
Por mí halagada
(Contestó así:)
Vive en la orilla
Que baña undoso
El resbaloso
Camajuaní.»
Los días santos
Cada semana
Voy de mañana
Por verte, amor.
Oigo los cantos
Del simple arriero,
Del carpintero
Y el ruiseñor.
Y tú suspiras,
Mi dueño amado,
Cuando á mi lado
Sueles pasar;
Mas no me miras
Cuando te hablo
¡Llévese el diablo
Tanto penar!
¿Será posible
Nise preciosa,
Que desdeñosa
Pagues mi amor?
Si eres sensible
Calma mi llanto,
Duélete un tanto
De mi dolor.
Duélate, hermosa,
Mi ardiente lloro,
Que yo te adoro
Des que te ví.
Tú eres mi diosa,
Nise querida,
Y yo la vida
Diera por tí.

EL AVARO.

Que se hundan los templos,
Se incendien palacios,
Que el mar se alborote,
Que lluevan peñascos,
Se agoten los ríos,
Se yermen los campos,
Me importa bien poco
Ningun caso hago,
Con tal que seguros
Estén mis ducados.
Que al verme en las calles
Con rotos zapatos,
Crecido el cabello,
La barba de un palmo,
Y, en vez de alba ropa
Cubierto de harapos,
Me griten los chicos:
«Es loco, amarradlo.»
Y los hombres justos
Mi traje mirando
Me digan «maldito
Miserable avaro».
Tampoco me altero
Ni les hago caso.
Porque ellos no tienen
El oro guardado,
Que yo entre mis arcas
Admiro extasiado.
Que á pedirme vengan
Limosnas, llorando,
La rodilla en tierra,
Las viudas y ancianos;
Y que de hambre luego
Los mire espirando;
Eso no es motivo
Para que mi mano
Prodigue los pesos
Que con afan tanto
En mis férreas arcas
Tengo yo guardados.
Cuando entre mi albergue
Me encuentro encerrado,
Mi lámpara enciendo,
Los baules abro,
Y paso las noches,
Que otros en descanso,
A un lado y á otro
Moviendo mis sacos.
Si en medio del sueño
Siento algunos pasos

Con gritos terribles
«¡Ladrones...!» exclamo.
A veces enfermo
No tomo ni aun caldo,
Por no ver mis pesos
En ajenas manos:
Ellos son mis hijos
Y los quiero tanto,
Que primero gusto
Morir que soltarlos.
¿Morir qué me importa?
Si es un hecho claro
Que no hay mejor tumba
Que cien mil ducados.

LO MÁS CUERDO.

Una de dos, ó el mundo
Es un mimado niño,
Voluntarioso y tonto,
Que sigue su capricho;
O es un viejo caduco
Sin sensación ni tino,
Sistemático, y sordo
A las voces del juicio.
Querer en primer caso
Meterle en buen camino
De repente, si es jóven,
Despues de tantos siglos,
Es pensar que barbado
Nacer puede un chiquillo,
En todas ciencias docto.
¡Extraño desatino!
Si es lo segundo, en vano
Son ya los específicos;
Arbol falto de sávia
Se acerca á su exterminio:
Y el que á la edad madura
No ha dejado sus vicios,
Moro viejo... ¿entendeis?
Dice el refran antiguo.
De todos modos, Fábio,
Lo más cuerdo y sencillo,
Es dejarle que corra
Y quitarse de ruidos.

QUE BUSQUE QUIEN SE LO CREA.

Si nos dice Rosalía
Que el mirarse sin cesar
En el espejo, es por dar
Gusto á su monomanía,
Puede en ello no mentir;
Mas si nos viene á decir
Que á casadas y doncellas
Las tiene todas por bellas
Y ella se tiene por fea,
Que busque quien se lo crea.
Si don Tello se desvive
Por demostrarnos, que en suma
Jamás que toma la pluma
Sabe cierto lo que escribe,
Puede no mentir en ello;
Pero si afirma don Tello
Que ha publicado en el *Times*
Poesías más sublimes
Que la *Iliada* y *Odisea;*
Que busque quien se lo crea.
Si nos dice un usurero,
Que esclavo del interés
Duerme sobre pagarés
Y sueña con el dinero,
Puede no errar, á fé mía;
Mas si con hipocresía
Vela su pálida frente
Y jura que solamente
El público bien desea:
Que busque quien se lo crea.
Si nos dice don Clemente
Que habla en voces retumbantes
Para que los ignorantes
Lo tengan por un sapiente,
Eso puede ser verdad;
Pero si con vanidad
Dice que ha escrito primores
Eclipsando á los autores
Del *Quijote* y la *Mosquea*,
Que busque quien se lo crea.

A UN PAJARILLO.

Músico parlero,
Que gratas canciones
Al aire regalas
Volando en el bosque,
No vagues, cuitado,
Murmurando amores
Por las verdes ramas
Del cerrado monte.
Mira que se ocultan
En él cazadores,
Que contra tu vida
Sus redes disponen.
Vuélvete á la jaula
Que tiene mi Clone
Revestida siempre
De cintas y flores;
Ella te celebra
Siempre que te oye,
Y en sus mismos labios
De comer te pone.
Te ofrezco una hembra
Con tal que retornes,
Y una hermosa jaula
Que en su centro forme
Una fuentecilla,
Sembrados los bordes
De tomillos verdes
Y madamas dobles.
De andar entre riesgos
Te libras entónces;
No pasarás hambres,
Ni los aquilones
Tumbarán tu nido,
Ni te harán que llores
De día, gavilanes,
Lechuzas, de noche.
Vuelve, pajarillo,
Donde está mi Clone,
Vé allí á trinarla
Tus dulces canciones.
Oye mis consejos,
No imites al hombre,
Que de la prudencia
Desprecia las voces,
Y con larga série
De ingratas acciones,
Es como acostumbra
Pagar los favores.

¡CUANTA ILUSTRACIÓN...!

*«¿Con que ya tenemos
Nuestro Salomon?
¡Caramba, qué sabio...!
¡Cuánta ilustración...!»*

Lince. (2)

Amigos, silencio,
Pasito, chitón....
Vamos á la escuela
Del nuevo Platon,
Del Diógenes nuevo,
Del nuevo Solon.
Digo, y que de valde,
Con santa intención,
En públicos diarios
Nos dá la lección,
Con más elocuencia
Que el gran Cicerón.
*¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!*

Antes que él ninguno,
Despues...? qué sé yo....
Él mismo nos dice
Que es hombre de pró:
El informe basta,
Primo Melitón.
Si estamos nosotros
En el p—o—r—por,
Y necesitamos
Un hábil mentor,
Que al romanticismo
Mire con horror...!
*¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!*

No es nada las gangas
Que nos manda Dios
Para darnos pruebas
Que todo crió.
Él dice que allende
Ha sido escritor.
¿Será Fray Gerundio,
Quintana, Breton,
Gallego, Espronceda,
O Hartzenbusch?—Ah no....
Aquellos son nenes
Para este doctor.
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!

—

La prosa no hay duda
La escribe á primor:
¡Y es sentenciosillo,
Por vida de Dios!
—Y hace tambien versos:
—Los hace?— Pues nó?
—Como que él es zurdo:
Pero, ¿tienen son
Musical los metros
Del tal trovador...?—
—No, pero los mide
Con un cartabón.—
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!

—

Dará gusto verle,
Si empuña el bastón,
Presidiendo juntas...
¡Pobre educación...!
¿Qué es el Lugareño...?
¿Saco, y Luz, qué son
Ante ese gigante
De la reacción...?
¡Es incomprensible
Su alta inspiración!
Varela es estrella
Donde él es un Sol.
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!

—

En punto de istoria
Es un picarón,
Es todo un estuche:
¡Cáspita, Señor...!
Diógenes, segun
Dice él, criticó
Y enmendó las faltas
Del... ¡Pobre Platón...!
¡En qué plumas andas
Y en qué bocas! ¡oh...!
¡Si resucitases...!!
—Compadézcaos Dios
Y no os tome en cuenta
Vuestra presunción.
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuanta ilustración!

EL CONSUELO.

«Eres rosa
Que riendo
Y entreabriendo
Su boton,
Aromosa
El pecho inflama
Y embalsama
El corazón.
Azucena
Que electrizas
Y amenizas
El vergel;
Más serena
Que el Sol, brilla
Tu mejilla
De clavel.
Perfumada
Tu sonrisa
Cual la brisa
Tropical:
Tu mirada
Refulgente,
Y tu frente
Celestial.
Es tu acento,
Como el canto,
Del más santo
Querubín,
Y tu aliento
Inspira amores

A las flores
Del jardin.
Deja enojos,
Dueño amado,
Que me has dado
Penas mil;
Vea tus ojos
Yo, lucientes,
Y tus dientes
De marfil.»
Así Elino,
Que lloraba,
Lamentaba
Su dolor,
Cuando vino
La trigueña
Que era dueña
De su amor.
Se abrazarón
Y partieron;
No volvieron
A reñir;
Se casaron.
Ya es felice,
Y bendice
Su existir.

ESA NO LA TRAGO YO.

Que desde Marzo á Febrero
Guarde don Juan su dinero,
Y diga en voz indiscreta
Que no dará una peseta
Al padre que lo engendró;
¿Quién le argumenta que nó?
Mas que al reposo entregado
No se levante asustado
De sus ensueños, creyendo
Que están las arcas abriendo
Donde la plata guardó;
Esa no la trago yo.
Si nos dice doña Eufemia
Que en diez años de academia
Aunque se vido elogiar
Por leer, escribir, bordar,
Solo á bailar aprendió;
¿Quién le argumenta que nó?
Mas que nos haga creer
Que fué cumplida mujer
Con su caduco consorte,
Y que viviendo en la corte
Ni en ofenderle pensó;
Esa no la trago yo.
Si cuenta llano Don Bruno,
Que sin mérito ninguno
Pretendió un alto destino
Apoyado en buen padrino,
Y que por él lo alcanzó;
¿Quién le argumenta que nó?
Mas que en competencia fiel
Don Bruno con Don Miguel,
En su puesto no le deja
Porque herido en Cauta-Vieja
Cuatro banderas ganó;
Esa no la trago yo.
Si me dice Don Sangrado,
Doctor solo en el dictado,
Que este es el siglo de oro
Porque mujer y tesoro
En su matrimonio halló;
¿Quién le argumenta que nó?
Mas si en lenguaje rotundo
Me cuenta, que ya en el mundo
No progresa la malicia,
Porque la recta justicia
De raiz la exterminó;
Esa no la trago yo.

A QUE NO.

Que tenga mi camarada
Dinero para su amada,
Y habiéndole yo servido
Cuando le he visto afligido,
Sepa esconderlo de mí;
A que sí.
Mas que llegue un valentón
Exijiéndole un doblón,
Y sin esperar que ruegue,
Mi camarada le niegue
Lo que á mi darme debió;
A que nó.

Que derroche Don Lidoro
Sus cuatro ó seis onzas de oro
Por andar en travesuras
Con las tiernas hermosuras
Del San Juan ó el Yumurí;
A que sí.
Mas que Don Lidoro, justo;
Antes de darse este gusto
Mande el dinero contado
A los que le han trabajado
El vestido que llevó;
A que nó.
Que Laura, consorte infiel,
Cuando vá con D. Manuel
A cierto punto escondido
Finja celar al marido
Si acaso le encuentra allí;
A que sí.
Mas que cuando á casa vuelva,
A confesar se resuelva
Sus cautelosas falsías
Y las dulces alegrías
Que con Don Manuel pasó;
A que nó.
Que amistad me brinde Hurtado,
Y queriendo ser privado
De un poderoso sujeto,
Por oda, octava ó soneto
Ande siempre en pós de mí;
A que sí.
Mas que si agrada al Señor,
Como todo adulador,
Y lo que anhelaba alcanza,
Se acuerde que tal privanza
Por mis versos consiguió;
A que nó.

EL MUNDO ABANICO.

La jóven que yendo á pié
Lleva el zapato tan chico,
Que apenas andar la deja,
Ni lucir su cuerpo lindo:
Si en ella la atención pára
Algun galan barbi-limpio,
Porque cojear no la vea,
Y que vá haciendo pininos;
Se pára, compone el chal,
Y dá un tiento al abanico.
La casada que en un baile
Encuentra un mozo pulido,
Anticüacho coetáneo
Que fué su amor cuando niño:
Luego que el marido asoma,
Porque en su rostro encendido
No advierta la novedad
(Se entiende, si es advertido,)
Agita el aire, cubriendo
La faz con el abanico.
La vieja verde que quiere
Dar á su hermosura brillo,
A los donceles deseos,
Y á un par de lustros olvido:
Cuando el sudor que la danza
Ocasiona, muestra al vivo
La arrugada tez que en vano
Los afeites han bruñido,
Le ofende la luz, y hace
Sombrilla del abanico.
La niña que ve á su novio
En pláticas distraido
Con otra que antes le tiene
El corazón intranquilo:
Como llamarle no puede,
Falta de placer y juicio,
Para desfogar su rabia
Le contempla de hito en hito,
Ansia morderlo, no puede,
Y ¿quién paga...? el abanico.
Hombres hay insustanciales,
Nulos hasta lo infinito;
Pero de gran importancia
Por su apariencia tenidos:
En todas partes se encuentran
No porque ellos toquen pito,
Sino porque otros con ellos
Hacen los propios oficios
Que las lindas hijas de Eva
Tienen con el abanico.

LA FLOR DE LA PIÑA.

La fruta más bella
Que nace en las Indias,
La más estimada
De cuantos la miran,
Es la piña dulce
Que el néctar nos brinda,
Más grato y sabroso
Que aquel que en la antigua
Edad saborearon
Deidades olimpias;
Pero es más preciosa
La flor de la piña.

Cuando sobre el tallo
Preséntase erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña;
Salúdala el Alba
De perlas con risa,
Favonio la besa,
Y el astro del día
Contempla extasiado
La flor de la piña.

Como si tejiéseis
Una canastilla
De juncos, al sesgo
Formando una pira;
Y en cada distancia
Que aljófar simila,
Un rubí pusiérais,
Finjiendo conchitas
De aquellas preciosas
Que el mar dá á su orilla;
Así se presenta
Con flores la piña.

Ella es un emblema
De la infancia viva,
Fecunda en su tallo
Feraz en sus guías;
Y como le suelen
Nacer á las niñas
Amantes deseos
Mas bien por la vista,
Así porque quede
La imágen cumplida,
Brota por los ojos
La flor de la piña.

LA FLOR DEL CAFÉ.

Prendado estoy de una hermosa
Por quien la vida daré
Si me acoje cariñosa,
Porque es cándida y preciosa
Como la flor del café.

Son sus ojos refulgentes,
Grana en sus labios se vé,
Y son sus menudos dientes,
Blancos, parejos, lucientes,
Como la flor del café.

Una sola vez la hablé
Y la dije:—¿Me amas, Flora?
Y más cantares te haré,
Que perlas llueve la Aurora,
Sobre la flor del café.

Ser fino y constante juro,
De cumplirlo estoy seguro,
Hasta morir te amaré;
Porque mi pecho es tan puro,
Como la flor del café.

Ella contestó al momento:
—«De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
Porque se vá con el viento
Como la flor del café.

«Cuando sus almas fogosas
Ofrecen eterna fé,
Nos llaman ninfas y diosas,
Más fragantes que las rosas
Y las flores del café.

«Mas despues que han conseguido
Ver su amor correspondido,
Y va á ellos nuestra fé
Como el céfiro dormido
Sobre la flor del café.

Entónces, abandonada
En soledad desgraciada
Dejan la que amante fué;
Como en el polvo agostada
Yace la flor del café.

Yo repuse:—Tanta queja
Suspende, Flora, por que
Tambien la mujer se deja
Picar de cualquier abeja,
Como la flor del café.
Quiéreme, trigueña mía,
Y hasta el postrimero día
No dudes que fiel seré:
Tú serás mi poesía,
Y yo, tu flor del café.

A tu lado cantaré
De amor al lánguido rayo
Radiante de gloria y fé
Como en mañana de Mayo
Brilla la flor del café.
Suspiró con emoción.
Miróme, calló y se fué;
Y desde tal ocasión,
Siempre sobre el corazón
Traigo la flor del café.

EL QUE NO TIENE HARINA, NO CAMINA.

Lisia por bailar se muere,
Siempre de esto hablando está;
Pero dice que no vá
Porque su madre no quiere
Verla entre plebe mezquina:
Y es porque no tiene harina.
Pantuflas gasta Don Tal
Pretextando que el becerro
Parece cuero de perro
Que le hace á los callos mal,
Cuando con ellos camina:
Y es porque no tiene harina.
En las visitas, Filena
Aves devora sin tasa,
Mas no las guisa en su casa
Porque le causa gran pena
Darle muerte á una gallina:
Y es porque no tiene harina.

Nació noble Don Simón;
Mas él con finjido agrado
Dice que es despreocupado;
Por cuya simple razón
No anda en coche ni en berlina;
Y es porque no tiene harina.
No gusta Juan de querellas,
Jura que la paz adora,
Razón porque no enamora,
Sin embargo de ser bellas,
A Julia ni á Celestina:
Y es porque no tiene harina.
A mí tampoco me gustan
Las alegres diversiones,
Huyo de asados lechones
Y los festines me asustan;
A nada mi alma se inclina:
Y es porque no tengo harina.

QUE SE LO CUENTE A SU ABUELA.

Si me dice D. Sarmiento
Que escribe lo que copió,
Eso se lo creo yo
Sin que me haga juramento;
Mas si afirma que es portento
De estudio y erudición,
Y que de su ilustración
La fama en Europa vuela,
Que se lo cuente á su abuela.
Don Felidonso de Páres
No se cansa en repetir,
Que no hay quien sepa escribir
En San Juan ni en Almendares:
Él solo con sus cantares
Y fantástica cartilla,
Honrar puede nuestra Antilla
Con una normal escuela:
Que se lo cuente á su abuela.

Dice Lisida que hermosa
Era en sus primeros años;
Mas que unos males extraños
La han puesto en breve horrorosa
Y aunque en los sesenta posa,
En repetir se complace
—«Diez ó doce meses hace
Que mudé la última muela.»
Que se lo cuente á su abuela.

Siempre exclama Don Longino
—«Soy de sangre noble y pura,»
Con una pasión más dura
Que cáscara de tocino,
Y con su rostro cetrino
Que africana estirpe indica,
Alucinado publica
Ser de excelsa parentela!
Que se lo cuente á su abuela.

¡NO JUEGUE, QUE ME MOJA!

Al que mentiras arroja
Como agua por azotea,
Le diré cuando lo vea:
«¡Oh...! no juegue, que me moja.»

——

Atención: salgo de casa
Con Juan, hallo á Don Marcelo,
Hombre tan largo de pelo
Que hasta el bigote le pasa.
—¿Porqué se unta tanta grasa?
—Para que no se le encoja.
¡Oh...! no juegue, que me moja.
El ex-comisario Harpias
Llora del hado el vaiven.
Dice que fué hombre de bien,
Y en catorce ó quince días
Hizo más piraterías
Que en el Ponto Barba-roja!
¡Oh...! no juegue, que me moja.
—¿Qué tiene Doña Esperanza?
¿Dice, que grande el zapato
Y se sienta á cada rato
Y lleva el cuerpo en la danza
Cual volatin sin balanza,
Que baila en la cuerda floja?
¡Oh...! no juegue, que me moja.
Aquel vate ó vateón
Llama lira á su trompeta
¿Quiere echarla de poeta
Siendo un solemne ladrón
De Quintana, de Bretón,
De Garcilaso y de Rioja?
¡Oh...! no juegue, que me moja.
¡Qué feliz es Don Pascual!
Tiene una letra divina,
Entiende la medicina
Y la historia natural.
¿Tanto sabe, y es formal
Y no halla quien lo recoja?
¡Oh...! no juegue, que me moja.
¡Qué! ¿quiere Don Zacarías
Matarme de hambre y de penas,
Pidiéndome por docenas
Sonetos para dar días,
Como si hacer poesías
Fuera despachar maloja?
¡Oh...! no juegue, que me moja.

¡QUÉ TORO TAN BRAVO!

Un cabo en España había,
Y cuando hallaba el tal cabo
Cosa que á mal le sabía,
Se persignaba y decía:
¡Jesús!... qué toro tan bravo!
Yo, que ni soldado soy,
Cuando malas cosas veo,
O finjo lo que no creo,
En la propia maña estoy.
A un mal médico ayer ví
Tan hinchado como un pavo,
Y dije dentro de mí:
¡Jesús!... qué toro tan bravo!
No hay duda que es bella Juana,
Si de roja muselina
Lleva el traje á la Ciprina
Y mangas á la italiana
Con cuatro ó cinco sayuelas,
Apuesto que te da un clavo;
Pero, si la desmantelas
¡Jesús!... qué toro tan bravo!
Aquel sayón de la leva
Color de inmortalidad,
Sin corte, talle ni edad,
Que en tiempo de Adan fué nueva;
A figurin se metió,
Y sin tener un ochavo
Con dama hermosa casó.
¡Jesús!... qué toro tan bravo!
Don Lisandro es hombre recto,

Habla siempre en tono enfático,
Porque es químico, gramático,
Botánico y arquitecto.
Es generoso sin par,
Noble más que Alfonso Octavo;
Pero, en yéndole á cobrar
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

Livio es jóven apreciable
Por su genio, en grado tanto,
Que le tendrá por un santo
Quien solo una vez le hable:
Es sufrido y consecuente
Mucho más que yo le alabo;
Mas en tomando agua (ardiente)
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

Al teatro vá Don Abel
Con sus espejuelos bellos,
Mas porque le vean con ellos,
Que por ver con ellos él.
¡Qué lindo Adonis! ¡qué flor!
Cuánto apuestan que le gravo
En el fondo de un va...por
¡Jesús...! qué toro tan bravo!

Dice el doctor Sepultura
Que mis versos no son buenos,
Porque están de gala ajenos
Y faltos de limadura.
Su lima blanda es mejor,
Que es fría; mas, dá en el clavo.
¡Valiente limon doctor!
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

Cuando llevo á Don Severo
Coplas para su Raquel,
Es más dulce que la miel,
Y manso como un cordero;
Mas si un billete el poeta
Le remite con su esclavo
Pidiéndole una peseta,
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

NOTAS DE LAS LETRILLAS

(1) Bebida alimenticia que se hace con la flor del cacao.

(2) Esta letrilla es de circunstancias y la hizo Plácido con motivo de una polémica que le suscitó un pseudo-crítico. Insertámosla atendiendo al motivo que le dió vida, y porque en ella se distingue aquel donaire sarcástico que tanbien manejaba el poeta cuando mofaba el ridículo.

S. A. M.

SÉPTIMA PARTE

EPIGRAMAS

Viendo Zelima al Amor
Que iba encorvado y desnudo,
Lanzó al viento un ¡ay! agudo
De compasivo dolor.
Viólo su hermana Leonor,
Y dijo:—«Cara Zelima,
No asi el corazón te oprima
Ese Amor, pues va encorvado
Porque se *casó pelado*
Y le cayó el mundo encima.»

Por un melón al mercado
Fué Pedro; á casa llegó
Y una calabaza halló,
(Que era lo que le habian dado).
Despues de haberla calado
No hubo de volverla traza.
Si de amor voy á la plaza,
De todo á voluntad mía
Compraré, menos sandía
Por no llevar calabaza.

Persigue el gato al ratón
No por servir á su dueño,
Mas por natural empeño
De maligna oposición.
Cuántos hay que tales son
Viéndose en alta privanza;
Pues con rastrera acechanza
Y depravada malicia
Finjen amar la justicia
Por ejercer la venganza.

Quiere cierto caballero
Ver lozano su jardin
Sin dar jamás un florin,
Ni pagar al jardinero.
¿Se dirá que engañar quiero
Con ejemplos mal urdidos?
Pues yo conozco maridos
Como el dueño de estas flores,
De la honra celadores,
Del gasto desentendidos.

Paseando, Rosalía
Con su esposo, le dijera,
—«Ojalá que ver pudiera
El mundo al revés un día.»
Un toro en esto venía
Sin astas, y algo despues
Pasó una vaca con tres;
Dijo el marido:—«¿Estás viendo?»
Y ella contestó:—«Sí, entiendo,
Ese es el mundo al revés.»

Un doctor no pudo hacer
Sanar la cojera á Juana,
Y ella, de misa al volver,
Halló un toro, echó á correr,
Y subióse á una ventana.
Bajó pasado el terror,
Libre del físico mal
Y del insano dolor;
De suerte, que el animal
Fué más hábil que el doctor.

Con semblante placentero
Llegóse Tomasa á Rosa
Diciendo—«China, yo quiero
Que me prestes una cosa
Que sirva para yesquero.»
—«En vano el tiempo has perdido,
(Contestó Rosa á Tomasa)
Cuando lo que me has pedido
De sobra lo hay en tu casa.»
—«¿Quién lo tiene?—«Tu marido.»

—

El ciudadano Faustino
Al Juez del barrio se queja,
Porque dormir no lo deja
El burro de su vecino.
Llegó el Juez, y le previno
De su falta, con bondad;
Pero el de la vecindad
Alega, (no sin razón)
Que tambien los burros son
Cargas de la sociedad.

—

Don Poca no tiene nada,
Porque su alma inconsecuente,
Baja, perversa y menguada,
Tiene una invisible espada
Para herir impunemente:
En todas las famas toca
Haciendo estrago terrible.
—Puesto que siempre Don Poca
Lleva esa espada invisible
¿Dónde la oculta?—En la boca.

—

De día, de noche, siempre
Va Don Hermeguncio armado;
Mas no para defenderse
Si le atacan con un palo.
—Pues entónces ¿con qué objeto
Anda tanbien preparado?
—Para que nadie, si huye,
Le salga á estorbar el paso.
—¡Cobarde es Don Hemeguncio!
Pero al fin, cobarde sabio.

—

Viendo de hierro una cara
En cierto taller un día,
De cuya boca salía
Una víbora de á vara,
Movióme su faccíon rara,
Y llegándome al instante,
Preguntéle al fabricante
Si estaba un demonio haciendo;
Y él contestó sonriendo:
—«No señor, un denunciante.»

—

A Silvia Fabio encontró,
Y con fingida alegría
—«¿Dónde vives?»—preguntó,
Y ella las señas le dió
De la casa en que vivía:
Yo le dije—¡Fabio amado,
Vas á ver á Silvia bella?
Y él contestó:—«Ni pensado.»
—¡Pues por qué le has preguntado?
—«Para no pasar por ella.»

—

Ya mi tierra está muy rica,
Dijo Belen á su hermana,
Pues no se anda una manzana
Sin ver una gran botica.
Aproximóse la chica,
Y añadió llena de espanto:
—«No te huelgues de ello tanto;
Pues has de advertir, Belen,
Que por eso han hecho bien
De agrandar el campo-santo.»

—

Muestra Don Numa alegría
De cuanto escucha el menguado;
Se sabe que fué educado
En una tortillería.
—Pero con esa manía
¿Será Don Numa sincero?
—Si se educó tortillero,
Por hábito amasará.
—¿Y al fin, en qué parará?
—Cuando más en pastelero.

—

Se estrenó Juan un sombrero,
Al dueño en la calle halló,
Y le dijo:—«Caballero,
Este se lo quito yo
Hasta que lleve el dinero.»
¡Cuántos por la calle van
Con casaca y pantalón
De rico paño sedan,

Cuyas propiedades son
Como el sombrero de Juan!

—

Muchacho, aquel caballeró
Que va siempre de casaca,
Cadena y relój de oro,
¿Sabes tu dónde es su casa?
—«No vive en parte ninguna,
De billar en billar anda,
Suele dormir en la fonda
Cuando no está de parranda.»
—¿Qué, será capitalista?
—«No señor, vive de *guagua*.»

—

Con mis consejos de amor,
Dijo Lisio, voy sacando
A Filena de su error,
Porque se va ya enmendando
De su conducta anterior.
Silvio dijo,—«Es cosa cierta
Que mucho puede sacarse;
Mas es verdad descubierta
Que acabará de enmendarse
Tres días despues de muerta.»

—

Viendo Fabio que ya es Don
Quien ayer vistió librea,
Que en bello quitrin pasea
Tirado por un frisón,
Que habla grave, usa bastón
Y en alto puesto figura;
Entre risas y amargura
Díjole grave Jovino:
—«En tiempo de remolino
Así sube la basura.»

—

Yendo Pedro á misa un día
Con Juan que le acompañaba,
Tal aquel le preguntaba,
Y éste así le respondía:
—«¿Es aquel Don Alma-fría,
Que aprendió como es constante
En un colegio brillante,
Y se recibió despues
De Bachiller, y ahora es...?»
—«Sí señor, ¡Mula bastante!»

¿No ves aquel que desdeña
Virtudes que no posée,
Que habla, escribe, canta y lee,
Tan diestro como una peña?
¿Ves como á todos enseña,
Que es su necio barbarismo
Emblema del egoismo,
Torpe y perverso avechucho?
Pues su padre... estudió mucho
Y murió siendo lo mismo.

—

Moya, (1) los hados fatales
Por una incidencia rara,
Me hacen ser en Villa Clara
Enfermero de animales;
Pero ya que tu te vales
De sátiras contra mí,
Manda animales, que aquí
Los curaré sin demora,
Hasta que llegue la hora
De hacerte un *remedio á ti*.

—

Un verso á los ojos tiernos
Andrés le pidió á Simón,
Y él gritó con precisión:
—«Tu mujer reparte cuernos.»
—«En verdad no es verso, Andrés»
Dijo:—y él repuso—«Ya,
Ello... verso... no será;
Pero verdad sí que es.»

—

Conque te vas á casar...
Juan del diablo, en este Enero,
Sin crédito, sin dinero,
Y sin saber trabajar.
—«Calla, Pedro, no te espantes;
Pues ya convenido habemos,
Que en casándonos busquemos,
Yo, trabajo, ella marchantes.

—

¿De dónde Anton sacará
Para el gasto que publica?
¿Tendrá alguna vieja rica,
O le lloverá el maná?
—Eres, Pedro, muy curioso;
Anton no tiene otra cosa,
Que una mujer hacendosa
Y un amigo generoso.

En el feliz siglo de oro,
Júpiter, para poder
Conquistar á una mujer,
Tuvo que volverse toro.
Cambiádose han las estrellas;
Porque entonces los que amaban
Por sus ninfas se encornaban;
Y ahora los encuernan ellas.

—

Sin duda tenido había
Alguna chanza pesada
Con Livia la recatada
Fabio, y tal le dijo un día,
—«¿Ves aquella verde moya...?
¿No te acuerdas cuando allí...?»
Y ella le contestó:—«Sí...
Ya... me acuerdo... allí fué Troya.»

—

El presumido Tristán
Preguntó á Merced hermosa,
—«¿Señorita, habrá una cosa
Más grande que su fustan?»
—«Hay cuatro, dijo Merced
Con pensamiento profundo;
Que son Dios, el cielo, el mundo,
Y su necedad de usted.»

—

Queriendo Juana pescado,
Su esposo por él salió,
Y á las dos horas volvió
Sin dinero y estropeado:
—«Marido de los infiernos,
(Díjole Juana al entrar)
¿Conque te has dejado dar...?
¿De qué te sirven los cuernos...?»

—

Una carta escribió Antonio,
Diciéndole á Juan su amigo:
«El portador es testigo
Que me ha llevado el demonio»,
—«¿Anda en pleito, ó es soldado?»
(Dijo Juan al portador:)
Y él contestó—«No señor,
Vuestro amigo se ha casado.»

—

Lucina toma licor;
Mas nadie se escandalice,
Porque segun ella dice,
Es por curarse un dolor.
—¿Y porqué bebe Lucina
Despues del dolor calmado...?
¿Será que le habrá tomado
Cariño á la medicina?

—

Don Simplicio, dijo Bruna,
Cierta espada nos presenta,
Que cien mil reyertas cuenta
Y no ha vencido ninguna.
Al oirla mi adorada
Contestó con gracia suma:
—«Chica, yo he visto una pluma
Que es parienta de esa espada.»

—

Tiene Guillen comenzadas
Más obras que Montalbán;
Pero por desgracia están
Truncas ó mal acabadas.
—«¿Y cuándo aquello que empieza
En prosa ó verso, Guillen
Logrará concluir bien?»
—«Cuando compre la cabeza.»

—

¿Tú vés aquel figurón
Hecho de cristal de roca
Con una sierpe en la boca
Y un fuelle en el corazón?
—«No comprendo la invención.»
—«¡Cómo! ¿no la has comprendido..?
¡Mírala bien...!»—«Ya he caído,
Es la efigie de un soplón.»

—

Casóse Lesbia, y ganó
Con solo haberse casado.
—«¿Tú presumes que ha ganado?
Pues al contrario, perdió.»
—«¿Cómo dices que ha perdido
En sentencia terminante?»
—«Porque se acaba el amante
En donde empieza el marido.»

—

Padece melancolía
Melchor; la causa no acierto.
—«Porque sin haberse muerto
Ha visto del *juicio el día.*»
—«¿Cómo, sin haber finado

Ha visto el *juicio* Melchor?»
—«Sí. ¿No vés que es acreedor
De un comerciante *quebrado?*

—

¿En qué demonios se emplea
El novio de Rosalía,
Que almuerza, come, pasea,
Y duerme hasta el medio día?
—«Es hombre trabajador,
No lo acrimines, Fabricio.»
—«¡Trabaja...! ¿y cuál es su oficio?»
—«Cerero... y aplanador.»

—

Cuenta el poetastro Doria
Prodigios de su poema,
Que tiene por nombre y tema
Maravillas de la gloria.
Que ha brillado en el Liceo
De Madrid—«Dificultad
No encuentro en que sea verdad;
Pero yo no se lo creo.»

—

Si á todos, Arcino, dices,
Que son de baja ralea,
Cuando tienes á Guinea
En el pelo y las narices:
Debes confesar, Arcino,
Que es desatino probado
Siendo de vidrio el tejado
Tirar piedras al vecino.

—

Reza Luz cuatro rosarios,
Va á misa todos los días,
De todas las cofradías
Tiene los escapularios;
Mas es hipócrita Luz
Y peca á la *agachapanda.*
—«Bien dicen, que siempre anda
El diablo tras de la cruz.»

—

Queriendo Lisio elogiar
La perfección de su hermosa
Dijo:—«Mi Libia preciosa
Hasta el pié tiene sin par.»
El cirujano Don Bruno
Al oirlo exclamó:—«¡Quién...!
¿Libia...? dice usted muy bien;
Porque yo le corté uno.»

A Ligerea con grave
Acento Inarco juró,
Que siempre fiel la adoró,
Y ella contestó:—«¡Quién sabe!»
Pero cuando Ligerea
Jura, haberle sido casta,
Le dice Inarco:—«No basta,
Falta que yo te lo crea.»

—

Dice Tomás con candor:
—«Compraré un sombrero rico
Cuando Juan me pague *el pico*
Que dí por él al doctor.»
—«Pues si el infeliz Tomás
Espera á comprar sombrero
Cuando Juan le dé el dinero,
No se lo pondrá jamás.»

—

Rosalía se casó
Con Narciso, y es alhaja,
Porque en su vida trabaja,
¡Ya se vé, nada aprendió...!
Mas Narciso tambien es
Del juego de Rosalía,
De suerte *que Dios los cría,*
Y ellos se juntan despues.

—

Está Pascual en *pelota,*
No tiene un medio de plata,
Ahora de casarse trata,
Y el pueblo su elección nota,
Porque Marica la rota
Es la novia de Pascual.
—«Bien dicen; tal para cuál...!»

—

Envidia tengo, y no poca,
Al corsé que lleva Andrea,
No por lo que la hermosea
Sino por lo que la toca.

—

Aquel caduco usurero
Solo piensa noche y día
En atesorar dinero.
—«Así estará su heredero
Reventando de alegría.»

—

Si ni con pluma ni acero
Licio á la patria sirvió

Y en cuna humilde nació,
¿Cómo es Licio caballero?
—«Porque le costó el dinero.»

Aquel necio que vá allí,
Habla más que un condenado
Y se llama Juan Callado
—«¡Cuántos conozco yo así!»

¿Porqué dará Don Manuel
De patadas á su potro?
—«Para convencer al otro
Que es menos bestia que él.»

Miente Andrés tan sin guarismo,
Que no hallando quien lo crea
Se conforma con la idea
De darse crédito él mismo.

Compró un billete Matías,
El cual premiado salió,
Y en aquellos mismos días
La mujer se le murió.
—«Esas son dos loterías.»

NOTA DE LOS EPIGRAMAS.

(1) Esta composición la dedicó Placido á un amigo que le remitió un gallo para que lo curase.

OCTAVA PARTE

ANACREÓNTICAS

EL AMOR PESCANDO.

Del blondo y florido Mayo
Una mañana serena,
Estaba tranquilo el mar
Y Amor á pescar se apresta.
Y aunque no es la única vez
Que le plugo andar de pesca,
Digno es de contar el caso,
Porque lo hizo á la moderna.
Viendo que sobre las olas
Mil veces las redes echa
Y ni una triste sardina
A gran distancia se acerca,
Dejando en el mar las redes
Baró el cayuco en la arena,
Y dijo:—«Marina, adiós
Que voy á pescar á tierra.»
Hay cerca del Yumurí
Un jardin encantador,
Donde nace el alelí,
La rosa, el clavel; y Amor
Dirigió su vuelo allí.
Tejió una pita de flores,
Púsole dorado anzuelo,
Y gritó á los trovadores:
—«Mirad bardos de este suelo
Como se pescan amores.»

Una bella joven vió
Al márgen del Yumurí:
La guirnalda le tendió
Diciendo para entre sí,
—«Esta doncella cayó.»

Con el placer sobrehumano
No reparó que tenía
El anzuelo entre su mano,
Y en tanto que ella comía
Amor esperaba ufano.

Inocente la belleza
La banda de flores vió,
Tomó el cabo con presteza
Y fuertemente lo ató
Por corona á la cabeza.

Creyóla el rapaz segura,
Así que de ella tiraba;
¡Pero cuál fué su amargura
Al ver que su mano estaba
Destilando sangre pura!

Viéronle los trovadores
Y exclamaron acordados:
—«Este es de los desgraciados
Que andan á pesca de amores
Y paran por ser pescados.»

A UNOS OJOS.

De su agraciada Laura
La célica sonrisa
Cantó el Petrarca tierno
Con inspirada lira;
Pero yo con estilo
Más humilde este día,
Sólo canto las gracias
Que en esos ojos brillan;
Las gracias hechiceras
Que han hecho más conquistas
Que Apolo esparce rayos,
Que flores Abril cría.
Canto el fuego divino
Que tus ojos anima,
Donde Cupido forja
Sus penetrantes viras:
Canto, en fin, extasiado,
Tu belleza divina,
Emulación de Psíquis
Y de Vénus Ciprina.

EL DESDEN.

Ven, mitad de mi alma;
Ven, mi dulce morena,
Y orna mi frente y tirso
De pámpanos y yedra.
¡Ay! no en sanos desdenes
Las gratas horas pierdas:
Quizá no están muy lejos
Las desdichas acerbas
Con que al mortal sañuda
La parca dura acecha.
Ven, morena, á mis brazos,
Y disfrutar me deja
Los deleitosos días
Que de vivir nos restan.
Deja besar tus ojos
Y tu boca hechicera,
Y tu bella garganta,
Y tus... sí, llega, llega.
Pero ántes echa vino
En esa copa; echa
Hasta que se rebose....
Basta ya: prueba, prueba.
¡Qué dulce! qué sabroso!
¿No es verdad? dime, Fela,
¿No sientes inflamarse
Tu pecho en llama nueva?
¿No te embelesa el gusto?
¡Oh, cómo centellean
Tus ojos! Si parece
Tu cuerpo de candela!
¡Qué! ¿la apuraste toda?
Pues bien, dame otra llena.
¡Ah, qué sabroso y suave!
Mas... suelta la botella,
Que ya de amor discurre
Fuego activo en mis venas.
Abrázame, alma mía,
Estrecha más... estrecha...
Más que el dulce son dulces
Tus labios, mi morena,
Y tu cuerpo, y tus brazos
Y toda tú, mi Fela.
Abrázame, ¡ay! abrázame
Y deja que me muera.

A MI BARQUILLA.

¡Barquilla mia,
Qué mal has hecho
En alejarte
Tanto del puerto...!
Del puerto amigo,
Donde los tiempos
Siempre eran unos,
Malos y buenos.
Allí amarrada,
Libre de riesgos,

Bajo la sombra
De sus mangleros;
No te azotaban
Súbitos vientos;
Ni crespas olas
Te daban miedo.
Días y noches,
Claros, serenos,
Salias sola
Con giro presto.
Tal vez cubrían
Tu leve centro,
Flores y ramas
De cocoteros.
Y hermosas ninfas
De rostro bello,
Que eran tu carga
De mayor precio,
Por gallardetes
Sus chales puestos,
Te empabezaban
Con sus pañuelos
Que al suave soplo
De alisio fresco
Con mil colores
Ondear se vieron.
Y ora ¡infelice!
Del mar soberbio
Arrebatada,
Sin rumbo cierto
Vas solitaria;
Mas ¿qué remedio?
¿De qué te sirven
La vela y remos
Contra el impulso
De aquilón fiero?
¡Vuela! ¡adelante...!
No tengas miedo;
Lo que está escrito
Por el Eterno
En el gran libro
De sus misterios,
Forzosamente
Tiene su efecto;
No hay esperanza,
Su fallo es cierto.
Por fin á un punto
Llegar debemos:
Despues ó antes,
¿Qué importa eso?
Si de las tumbas
Vamos al puerto,
Allí tranquilos
Descansaremos.
Son los sepulcros
El mejor pueblo,
Sus habitantes
Siempre están quietos.
No hay allí envidia,
Ni oro, ni celos,
Ni hay ambiciosos
¡Felices ellos!
¡Vuela! ¡adelante!
No tengas miedo,
Y si te salvas
Por raro evento,
Esta borrasca
Te dará ejemplo,
Para más nunca
Salir del puerto.
«Del puerto amigo,
Donde los tiempos
Siempre eran unos,
Malos y buenos.»
Barquilla mía,
Si cambia el viento,
Y al San Juan claro
Llegar podemos,
Ni con la muerte
Dejar, juremos,
La amiga sombra
De sus mangleros.

A AMIRA.

¿Porqué ya no me es dado
Amar como solía
En los primeros tiempos
De mi agitada vida?

¿Será que ya en mi alma
No hay delicadas fibras
Que sientan los afectos
De una pasión divina?

¿Será que ya en mis venas
La sangre corre fría,
Y del sagrado fuego
La llama esté extinguida?
No ¡vive Dios! mi alma
Como un volcán se agita;
Mi sangre es un torrente
De lavas encendidas.
Cuando contemplo el rostro
De una gallarda ninfa,
Mi eternidad es ella,
Y el mundo se me olvida.
Entónces, como un ángel
De la region empírea,
Preséntamela siempre
Mi ardiente fantasía;
Mas si tocar consigo
La realidad divina,
Un sér humano encuentro
Que la ilusión me quita.
Tras este desengaño
Su nombre me fastidia,
Y mi ficción detesto:
Hé aquí la causa, Amira,
Porque ya no me es dado
Amar como solía
En los primeros tiempos
De mi agitada vida.

EL AMOR Y LA ABEJA.

Son Amor y la abeja
Juzgados por sus hechos,
Al parecer iguales,
Y en realidad opuestos.
La abeja cuando hiere,
Sin matar al sujeto
Queda en sí castigada
De su crímen muriendo,
Y Amor dobla, matando,
Su existir y su imperio.
Ella de amargas yerbas
Saca néctar hibleo,
Y él las fragantes flores
Torna en letal veneno:
La abeja es laboriosa,
Su rey tiene, y su pueblo;
Son sus obras hermosas
Aunque no lo es su cuerpo,
Y es afanosa y útil
Por natural afecto.
Amor es inconstante,
Insocial, sin respeto;
Es holgazán chiquillo
Y alado bandolero,
Que solo causa daños
En los sensibles pechos.
Mirad, pues, si son ambos
Juzgados con acierto
Al parecer iguales,
Y en realidad opuestos.

LOS AMORES MOSQUITOS.

Bajo unos verdes mirtos,
En el jardin de Idalia
Con la divina Psíquis
Amor dormido estaba
Entre cantores cisnes,
Y tortolillas blancas.
Siente el Dios que le hieren,
Airado se levanta,
Empuña el arco, toma
Dos dardos de su aljaba,
Y colérico, dice
Rebatiendo sus alas:
—«Mísero del que fuere
Turbador de la calma
Do el númen del Olimpo
Por sus caprichos manda.»
A todas partes mira,
Sus ojos nada hallan,
Y antójasele burla
De su Psíquis cara.
Un beso darla intenta;
Mas ¡ay! en su rosada

Boca advierte el insecto
Que púrpura le hurtaba:
Con ambas manos, duro
Golpe sobre él descarga,
Y vuela y torna á herirle,
Y burlándose canta;
Ella despierta y huye.
—«¡Pérfido ingrato! exclama,
¿Así mi amante fuego
Con barbarismo pagas?»
Voló el pequeño bruto,
Amor tras él se lanza;
Pero el insecto burla
Su ligereza rara.
Desesperado y ciego
A Paphos llega, y habla
De este modo á Citéres
Lleno de enojo y rabia:
—«Madre mía, un insecto
A quien mosquito llaman,
Ha turbado mis dichas
Hiriéndome en la cara;
Dadle, pues, el castigo
Debido á tal infamia.»—
Sonrióse entónces Vénus
Y dijo:—«Niño, calla,
Tambien tú eres insecto
Como el hijo del agua,
Y ambos á dos sedientos
Vivís de sangre humana:
De hoy más sereis amores,
Aunque de forma extraña,
Puesto que entre vosotros
Hay tanta semejanza.»—
Obedece Cupido
Lo que su madre manda,
Y desde aquel entónces
Por nuestra cruel desgracia
Hay tanto amor mosquito
Que susurrante vaga
Para turbar los gozos
Del que de veras ama.

A LESBIA EN SU DÍA.

Rebatiendo sus alas
Entre las flores bellas
Un grupo de amorcitos
Vagaba en la pradera.
El más alegre y vivo
Llevaba una diadema
Tejida de jazmines
De rosas y azucenas.
A discreción los otros
Cortando van diversas,
Este un nardo, otro un lirio,
Cuál una adormidera;
Pero no bien á oriente
El fúlgido planeta
Se alzó de luz poblando
La zafirina esfera;
Cuando volaron todos
Como enjambre de abejas,
Clamando: «Vamos, vamos,
Al que primero llega
Le toca dar los días
Y ceñir la diadema
En la serena frente
De la divina Lesbia.»

LA NAVE DEL AMOR.

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

Cuba, querida pátria,
Ya que tu ardiente sol
Derrama en mí sus fúlgidos
Rayos de inspiración
Y que el destino pérfido
La gloria me negó
De nombrarme tu Eurípides,
Tu Homero ó tu Anfión,
Tampoco aspiro al lauro
De ser tu Anacreón:
Canto el bajel aéreo
Prestad, pues, atención.

CORO.

Evoé, Eboé.
Amor, Amor, Amor.

Aquella nao que el éter
Cruzando va veloz,
Por velas lleva himnos,
Los palos dardos són,
Las jarcias son floríjeras
De cíprico esplendor,
Y un fúlgido arco místico,
Es el sutil timón;
Mas no le asustan ráfagas
Del austro mujidor,
Porque es amor el cómitre...
¡Ah de la embarcación!...

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

Ya las velas amaina
Bella tripulación,
Baco el hijo Sémele,
Bebe, y en derredor
Danza un grupo de vírgenes
Tan puras como el Sol:
Sus cañones son búcaros
Cargados de licor:
Y en gloria del gran héroe
Que la viña plantó,
Hacen descarga rápida
Al par de esta canción:

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

Ya ha descendido el áncora,
Escuchad al patrón:
—¿Quién se embarca?—Yo, PLACIDO.
—¿Quién es PLACIDO?—Yo:
—¿Tienes caudal...?—Sí, métrico.
—¿Y plata tienes?—No.—
—Pues el que sin metálico
Vá á la navegación,
La plaza capricórnica
Lleva: ¿la quieres?—¡Dios!
Si es plaza de amor, dámela
Aunque sea de mascarón.

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

—Embarca, embarca y suelta:
—Amigos, pues, adiós,
Que se os ausenta PLACIDO
Con Baco y con Amor
Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

NOVENA PARTE

EPÍSTOLAS

A LINCE[1] DESDE LA PRISIÓN.

Desde el antiguo pueblo donde un día
Partió Cortés con su pequeña armada
A pesar de Velazquez, y atrevido
Dió *un nuevo imperio* á la gloriosa España,
Te saluda un amigo; y no te angustie
El corazón, saber en la morada
Donde conforme está, más bien debida
A un efecto casual que á la desgracia.
Yo me figuro verte taciturno
Del Yumurí por la ribera grata
Pensando en mí clamar:—Mísero amigo,
Cuál será tu dolor en esa infáusta
Prisión, donde te encuentras sumergido,
Sin una mano amiga, hospitalaria,
Que socorra bondosa tu indigencia;
Sin un mortal que abogue por tu causa.
Allí mezclado entre el inmundo grupo
De criminal y pérfida canalla,
Habrás más de cien veces maldecido
Hasta la hora lúgubre y aciaga
En que dejar pensaste el feliz suelo
Que el sereno San Juan fecundo baña.
Allí en la noche asaltarán tu mente
Los alegres festines de Matanzas,
La fina estimación de sus señores,
El dulce halago de una esposa cara,
El coro de sus ninfas, que te dice,
—*Cisne del Yumurí*, Plácido, canta...
Y agobiado de imágenes tan tristes,
Se anudará la voz en tu garganta,

Parecerá tu pecho una tormenta,
Y un prolongado ¡ay! tal vez se escapa
De tus lívidos labios, y el insomnio,
No te abandona hasta el lucir del alba.
¡Desgraciado cantor! «¿qué mano oculta
Tan sin piedad y sin razón te agravia?»
Si tal piensas, amigo, te equivocas;
Eso es soñar con duendes y fantasmas.
Quien como tú no ha visto las prisiones
Es como aquel que de la dulce pátria
Jamás pasó el lindero y se figura,
Que perece si parte á tierra extraña.
El que viaja cual yo, sin otras miras
Que ver de cerca las costumbres varias
En que unos pueblos de otros se distinguen,
Debe entrar por las cárceles. ¿Te asombras...?
Pues atento me escucha, y luego dime
Si mi aserción en la verdad descansa.
Entre los que hay en una cárcel, Lince,
La torre de Babel está cifrada.
Busca algun pueblo que no tenga historia,
Hazte preso poner (2) y un mes te basta
Para saber por tradiciones vivas,
Moderna, antígua, pública y privada.
No son por cierto delicuentes todos
Los que aherrojados en su seno se hallan,
Y alguno aplaude lo que el otro injuria:
Lo malo y bueno, todo sale á plaza,
Y aquel que oye, reflexiona y mide:
En cada preso encuéntrase una página.
Por lo que toca al desamparo, nunca
Está de más probar á cuánto alcanza
El sufrimiento; pues por él conoce
Quien piensa bien, el temple de su alma.
¿Presumes que mi estado me intimida?
Pues como hay Dios, amigo, que te engañas.
¿Quieres creerlo, Lince: un hombre justo,
Una excepción de la engañosa raza,
Que vino á conocerme en este sitio,
A quien jamás serví de obra ó palabra,
Que lleva el nombre de mi amor primero,
(¡Nombre felice que doquier me halla,
Para tornar mis penas en placeres!)
Libre de ostentación ficticia y vana,
Me ha tendido su diestra generosa;
Y, á no ser libertad nada me falta.
Si alguna vez en algo me he tenido,
Es desde el punto en que maligna saña
Empezó á perseguirme; por ser cierto
Que temor tiene el que á traición ataca:

A aquel que se le teme, es porque impone,
Y algo vale el que impone, es cosa clara.
Además, Lince, esta lección me sirve
Para no descansar en la confianza
Conque siempre viví bajo el seguro
Que á nadie teme, quien á nadie daña.
Yo nunca temeré; pero á lo menos
Me armaré contra inícuas acechanzas;
Sabré que los que piden al poeta
Versos, brindando protección y gracias,
Son como los judíos del desierto
Que amar y obedecer á Dios juraran
En su aflicción, y libres del peligro,
De su Dios y sus votos se olvidaban.
Sabré que perseguido vive y muere
El que á los hombres las verdades habla;
Y que si el Sér Omnipotente mismo
Con su acento divino un ángel manda
A componer el Mundo, hacerlo nuevo
Ménos que componerlo le costara.
No temas que me aflija la desdicha,
Fué mi amiga en la cuna y en la infancia.
¿Qué mal me harán los hombres, que mi mente
No haya previsto ya? Todo se acaba:
Cuando no en esta vida, hay una puerta
Que jamás para nadie está cerrada...
Tú me comprendes bien, todos tenemos
Llave maestra y cerradura franca,
Y por ella se pasa á dó no sirven
Ni el oro vil, ni las intrigas bajas.
La flor más bella que en la verde orilla
Del manso Yumurí su cáliz abra,
Del Conde Alarcos al cantor sublime (3)
Presentarás por mí, y en su fragancia
Dirasle que recoja este recuerdo
Del corazón, que Placido le manda.
Y tú, los votos de amistad recibe
Y el puro afecto que á tu fé consagra
Quien á las leyes su defensa fía;
Y antes piensa estrechar tu mano cara,
Que á espigar vuelvan sus floridas plumas
Del Pan altivo las sonantes cañas.

A LISIO.

Por la primera vez que me has tratado
Bríndasme, Lisio, tu amistad. La acepto,
Aunque sé que esta voz usan los hombres
Cual fórmula de mero cumplimiento;

Además, contra un vicio que te asedia
Demandas de mi númen un consejo.
¿Y cuál pasión es esa tan terrible
Que no puede vencer un hombre cuerdo?
Si es el amor, perdona; estoy seguro
Que no es un vicio mientras es sincero;
Si deja de ser tal, amigo, entónces,
Lejos de amor, es criminal deseo,
Y dar mi parecer en ambos casos
Es molestarnos y perder el tiempo.
—«No es el amor»—¿No es el amor? Pues dilo.
¿Temes el contestar? ¿Guardas silencio?
¿Conoces el exceso de tu falta?
Ya me parece, Lisio, que comprendo
Cual es esa pasión que te domina.
¡Dímelo francamente! ¿No es el juego?
—Él es... él es...! —¡Mortal desventurado!
¿Y si conoces su fatal efecto,
Qué más has menester para enmendarte?
Lleva á cabo tus propios sentimientos,
Que el hombre pensador no necesita
Para enmendar sus faltas, de mis versos.
Mas á pesar de todo ¡desgraciado!
Tú sin saber si tal asunto entiendo,
Has puesto en mis lecciones tu confianza,
Y te voy á probar que la merezco.
¡Ojalá que á mis versos inacordes
Quiera prestar benigno el Sér Eterno
El don de conmover las duras rocas,
Y suspender las aguas como Orfeo;
Pues no menos virtud será preciso
Que tenga el vate, cuyo dulce plectro
Conquista un corazón que se ha extraviado,
Y haga que un jugador deje de serlo.
No presumas que te habla de ese vicio,
Ad livitum, un jóven inesperto;
Yo sin haber jugado un solo día
Tambien he sido víctima del juego.
Oye la historia, pues, de mi indigencia,
Y la vista me falte si te miento:
«En la edad infantil, cuando á mis ojos
Era este mundo un paraiso inmenso,
Por ignorar sus faltas rebozadas
Bajo mentido y deslumbrante velo;
Era mi casa, no de las más ricas,
Porque la rectitud de mis abuelos
Esquivando la pompa, procurara
Un modesto pasar para sus nietos.
No allí con orientales colgaduras
Brillaba entalamado el nupcial lecho,

Ni ardía incienso en pebeteros de oro,
Ni otomana alcatifa ornaba el suelo.
Empero mi familia era dichosa
¡Ay...! demasiado con dolor me acuerdo...
Mas el tiempo que todo lo destruye,
Y hasta el mármol y el bronce vé deshecho,
A los terribles y contínuos golpes
De su hoz potente, y de su planta al peso,
Arrebató la calma de mis lares,
Y èn la desgracia nos lanzó sin duelo.
Uno de la familia (á quien me obligan
Dios y la tierra conservar respeto)
El que debiera más que otro ninguno
De una sana moral darnos ejemplo,
De ese vicio fatal se vió vencido,
Y . . . . . , ... »
. . . Basta, Lisio, proseguir no puedo;
Júzgalo por tí mismo que has pasado
Parte de aquesos males siempre anexos
A esta horrible carrera, y mira y llora
El triste porvenir que te presento.
Figúrate perdida tu fortuna,
Y agotando despues todos los medios
Perder tambien la honra, don más caro
Que cuántos puede darte el Universo.
Pobre, desesperado, y sin recursos,
Vendrán de tu fortuna los recuerdos
A colmarte de horror, y ya tu alma,
Negada á todo humano sentimiento,
No hallará diques que su marcha estorben,
Y entrará de los crímenes al templo.
Tu dulce madre... ¡Ay! que tantas ánsias
Le costaste al nacer, tantos desvelos
Para criarte y dirigirte; triste,
Bañada en llanto, levantando al cielo
Sus manos y su voz acongojada,
Tu muerte pedirá con debil eco
Al mismo Dios de paz y de justicia
A quien pidió tu vida en otro tiempo;
Y Dios la escuchará, porque no es sordo
De una madre afligida á los lamentos,
Y te hará perecer de muerte horrible,
Y ella sucumbirá de sentimiento.
¿Y no es, Lisio, mejor, que tu cordura
Evitara ese trágico suceso?
¿De qué te sirve haber nacido rico?
¿Ser educado con sagáz esmero,
Tener un corazón dulce, elevado,
Y haber viajado por mil cultos pueblos?
Unico tú serás, el que viajando

No ha conseguido en su moral progresos.
Desengáñate, Lisio, deja, deja
Ese camino de infernal agüero.
Eres jóven aún, tienes fortuna,
Tu vicio hasta el presente es solo un yerro
Que se puede borrar. ¡Ay de tí, Lisio,
Si el crimen toca...! Entónces no hay remedio.
¿Quieres felicidad? ¿Te falta asunto
En que pasar entretenido el tiempo?
¿No tienes una esposa idolatrada
Que es de virtud y de candor modelo,
Y á quien juraste amor incorruptible
Ante las aras del Autor Supremo?
¿No te lastima presentir el llanto
Que brotar deberán sus ojos bellos,
Y el pesar de su alma acongojada
Cuando contemple tu destino adverso?
Pues en tu mano esta librarla, Lisio,
De lamentar un lance tan funesto.
Procura amigos pródigos y honrados,
Estudia libros, de impudicia ajenos,
Hasta que hayas logrado convertirte,
Y agradecido entónces al Eterno
Dés gracias por el mal de que te libra,
Y á mí, por la virtud de mis consejos.

A MI AMIGO ANTONIO ABAD RAMOS.

(En la muerte de Fela).

Desde los bordes del sepulcro helado
Donde descansa el dulce dueño mío,
Cubierta el alma de pesar y luto
Y en mil vagas ideas sumergido,
Salud, Antonio Abad, por luengos años
Con amistoso corazón te envío,
Rogando al cielo que jamás la pena
De tí se acuerde en su fugaz camino.
Salud, para que calmes los pesares
Que me agobian y asaltan de contínuo.
Querrasme preguntar: «con qué derecho
Impetro, Abad, de tu amistad auxilio.»
¿No eres tú de mi pátria? ¿No eres vate
A quien alienta de Latona el hijo?
Pues bástame saberlo, eres mi hermano,
Y téngome no menos por tu amigo.
Mi historia escucha, y plácido responde
Si soy de compasión y amistad digno.
Yo quise á Lesbia en mis primeros tiempos,

Pagó con esquiveces mi cariño,
Hasta que al fin, de su desden cansado
(Pues no sufre desprecios amor fino)
Dejéla intacta en el honor y fama,
Y abandoné sus gracias al desvío.
  Luego quise á Filena,y confiado
En la constancia que me había ofrecido,
Partí lloroso á la serena orilla
Del claro Yumurí: no quedó risco,
Ni verde palma, ni menuda arena
En las riberas del fecundo río,
Que no me oyeran pronunciar su nombre
Mil veces por el eco repetido.
Torné por suerte de contento lleno
Con ánsias de abrazarla ¡qué delirio!
Ya era tarde: la ingrata... era perjura,
Y otro era dueño ya de su albedrío.
Lloré, me entristecí, y arrebatado
Atentar contra mí quise yo mismo.
(Tanto puede una aleve, que al más cuerdo
Hará que pierda la virtud y el juicio.)
Aplacáronse al fin mis pesadumbres
Habiendo el rostro de las gracias visto:
Era el de Fela, la más dulce y pura
Jóven que vieron de Colon los hijos.
La virtud, la modestia y la constancia
Eran sus más preciados atractivos.
(Prendas bien raras en la edad presente,
Merecedoras de mejor destino.)
Todo su afecto encantador gozaba,
Cuando el azote asolador impío
Del Cólera horroroso, envuelto en muerte
Cruzando el mar á desolarnos vino:
Aun me atreví á esperar que el cielo santo
En mí mostrara su bondad benigno;
Pero he nacido, Abad, muy desgraciado;
Perder mi único bien era preciso.
Fela no existe, amigo. ¡Ay...! cuánto tiempo
Tardo en ir á buscarla al Campo Elíseo.
¿No viste nunca, sobre el verde prado
Abrir sus flores rozagantes lirios
Rivalizando en pompa y en fragancia
Con el rosal risueño purpurino,
Atraer con su ambar los amores
Que el néctar liban de su cáliz limpio,
Y que tronando un rayo desatado
De las cóncavas nubes despedido,
Terrible quema con sulfúreo fuego
Las blancas flores que animó el rocío...?
Tal es el duro y miserable estado

En que deja la muerte mis sentidos,
Llevándose violenta y despiadada
La flor brillante cuyo tallo he sido.
Y espero, Abad, que tu laúd sonoro
Entone, orlado de ciprés sombrío,
Fúnebres cantos, que inmortales hagan
Los llantos, los lamentos y suspiros,
Que exalaré constante hasta la muerte
Sobre la tumba de mi bien perdido.
Así el Eterno de salud te colme,
Y el tierno alado y amoroso niño
Orne tus sienes y dorado plectro
De olimpias rosas y aromosos mirtos.

AL S.R FRANCISCO CHACON.

Por la protección que dispensó á un amigo durante su prisión.

Salve tres veces, noble americano,
Por sangre y por acciones caballero,
Y oye ledo y benigno el debil canto
Que entona en tu loor mi humilde plectro.
Mil veces sin razón canté á los grandes
Llevado más por juvenil deseo
De lucir en el coro de los cisnes
Que inspirado de un justo sentimiento:
Mas hoy que el númen de amistad me inspira
Hoy que á Felino libre por tí veo,
Tomo extasiado la sonante lira,
Alzo á las nubes atrevido el vuelo,
Y encumbrando tu gloria hasta el Olimpo
Bajo recinto me parece el cielo.
No es grande el hombre que á los grandes sirve,
(Por la cuenta y razón que le va en ello)
Y sí, quien como tú vuelve la vista
Al infelice de miseria lleno.
Fué mi amigo infeliz, y halló tu amparo,
De estrecha cárcel entre duros hierros
Le fuiste á visitar: sus enemigos
Seguro el triunfo ¡pérfidos! creyeron;
Pero un ángel velaba por su causa
Para mengua y baldón de los perversos.
Un ángel, sí, que el Dios de la justicia
Hizo bajar desde su trono excelso
En figura de hombre, revestido
Con alma noble de celeste genio.
Y ese Genio eras tú. Si Aquiles pudo
Por los sagrados cánticos de Homero

Ser conocido de futuros siglos
Y á las injurias resistir del tiempo;
Yo aunque tan léjos de su són heróico
Como el Artico mar del polo opuesto,
Y tan mínimo al lado de aquel vate,
Como el grano de arena más pequeño
Que guarda el Oceano, comparado
A los que ostenta Libia en los desiertos,
Con grata voz del corazón nacida
Salvaste osado del olvido espeso.
Aquiles incendiaba: tú conservas,
Tú salvas hombres: él deshizo pueblos.
Cuanto á él le faltó para igualarte,
Cubrir logró de su cantor el estro
Mas aquí suple tu virtud sublime
Lo que á Plácido falta para Homero.
Yo de la Grecia pisaré las playas,
Veré sus campos, oraré en sus templos,
Y en todas partes mentaré tu nombre
Entre signos de amor y de respeto.
Tú morirás (porque mortal naciste)
Y yo, y Fileno; y morirán mis ecos;
Pero antes de espirar, diré á mis hijos,
Y haré que ellos lo manden á sus nietos,
Grabar tu nombre en las erguidas palmas
O de las seibas en los troncos nuevos,
Para que así merezcan tus acciones
Bendición y alabanza de los buenos;
Sobre sus ramas trinarán las aves,
Dormirán á su sombra los monteros,
Conocerán al hombre generoso
Las colinas, los montes y los pueblos:
Ya habrán pasado mil generaciones,
Y «Francisco Chacon» aun no habrá muerto.

AL MARQUES DE CASA-CALVO.

En el restablecimiento de su salud.

Salud, y paz, y próspera fortuna
Os dé, Señor, el cielo sacro-santo;
Mientras mi corazón de gozo lleno
Os felicita con acento grato.
No la humillante adulación me inspira
Ni el sórdido interés; jamás mi canto
Se postró del poder ante las aras,
Ni su voz imperiosa oyó temblando.
Mi alma sensible solamente aprecia
Los hechos generosos y bizarros.

¿Y pudiera mirar con menosprecio
Vuestro aliento vital amenazado?
Sobre marmórea piedra, confundido
En mis pasadas dichas meditando
Estaba, yo, sin que las bellas flores
Que Abril fecunda en los risueños campos,
Bastantes fuesen á calmar las penas
Del corazón adolorido; cuando
La noticia fatal de vuestros males
Sonó en mi oído, y me cubrió de pasmo;
—«Esto faltaba á mi desgracia»—dije,
Y á vuestro albergue presuroso parto.
Era la tarde, y el planeta regio
Su faż velaba en purpurino manto.
Yo, semejante á los antíguos persas,
Tan bella perspectiva contemplando,
Vuestro destino adivinar pretendo
Por lo fúlgido ó turbio de sus rayos.
¡Hundióse tan brillante en occidente...!
Que lleno de placer y de entusiasmo
Exclamé al punto:—Casa-Calvo vive;—
Y un genio contestó:—«por luengos años»—
Entónces vuelo en pos de vuestro asilo
Con más ardor y prontitud que el rayo:
Allí os encuentro de la muerte libre,
Y dejándoos de amigos rodeado,
Contento y listo á mi morada torno
Vuestra felice reacción cantando.
Creedme, Señor, tres veces en mi vida
Colmarme he visto de placeres caros.
Una vez el beso que la vez primera
De Fela recibí, y está grabado
Aquí en mi corazón, para memoria
De aquellos tiempos por mi mal pasados.
Fué la segunda, cuando generoso
Por siempre me ofrecísteis ser mi amparo,
Y aquesta es la postrera, en que os saludo
Al veros ya de vuestro mal salvado,
Contándome dichoso, mientras viva
El ilustre «Marqués de Casa-Calvo.»

A MI AMIGO DORIS.

(Desde mi prisión).

No viertas, Doris, por mi pena llanto,
Ni tristes ecos con doliente lira,
Que el fuerte corazón no siente espanto
Aun cuando el ceño dé la Parca mira.
Vuelve de nuevo á tu festivo canto



Y oigo el adusto conductor que canta,
Por ver, buscando calma á su tormento
Si de valor con el fingido acento
El torvo ceño de la muerte espanta.

PLACIDO-18 *El cólera en la Habana.*

Y suaves metros que el placer inspira,
Y ciñe, al dar canciones sonorosas,
Tu cítara feliz de alegres rosas.
No es bien que el vate que las águas bebe
De Castalia, Hipocrene y Helicona,
Y al alto Pindo remontar se atreve,
De quien la fama glorias mil pregona,
Tan crecido dolor á mal tan breve
Muestre en los cantos que su voz entona;
Que no del Sol, cuando en verano brilla,
Cubre la faz ligera nubecilla.
No siempre despejado el horizonte
Está, ni el mar del céfiro mecido:
No siempre trina plácido el sinsonte
Ni canta el ruiseñor, ni está vestido
De flor el prado, y de verdura el monte.
Suelen del Noto ó Bóreas al silbido,
Callar las aves, deslucirse el suelo,
Bramar el mar y encapotarse el cielo.
Suele tambien tras la borrasca fiera
Mostrar su ceño la tormenta cruda,
Mas su furia es veloz y pasagera,
Y aunque en desiertos los poblados muda,
Vuelve á vestir la grata Primavera
Cuanto su rabia con furor desnuda;
Alzan canción las aves, más sonora,
Brilla más bella la rosada Aurora.
Así la Eterna voluntad cumplida
Muéstrase, amigo, en todo lo creado,
De bienes y de males compartida
Es la existencia que nos ha prestado:
Quien los gustos y penas de la vida
Lleva, ni envanecido, ni turbado,
Y con firme igualdad todo recibe,
A aquel le es dado asegurar que vive.
Verás mi pena como no es tan recia
Cual tú presumes, pues estoy tan pronto
En Roma, en Asia, en Flandes ó Venecia,
Como escuchando resonar el Ponto;
O admirando á Cenobia y á Lucrecia;
O en las planas riberas del Oronto
Viendo á Volney de egipcio disfrazado
Contemplar lo presente y lo pasado.
Ahora puedes decir si extensión tanta
Es un estrecho y lóbrego recinto,
Si á quien el pensamiento así levanta
Le abate al verse en este laberinto.
Canta, Doris; por mí no llores, canta
Al són sereno que mis penas pinto,
Y antes libre estaré, que el Sol luciente
Ilumine tres veces el Oriente.

AL S.R FERNANDO DE ROJAS.

(Residente en la villa de San Juan de los Remedios).

Brillante Sol de mi fecunda pátria,
Presta á mi sien tus fúlgidos ardores,
Para cumplir con el deber divino
Que la sagrada gratitud me impone.
Un amigo feliz de bondad lleno,
Modesto admirador de la Natura
Que cante me suplica las bellezas
De un pueblo magno con humildes voces.
Pero ¿qué he de cantar? ¿cuáles acentos
Serán bastantes á explicar los dones
Conque colmó Naturaleza á Cuba,
Que es un breve compendio de primores?
En vano pulso el inspirado plectro
Que extasiara las almas con sus sones
En otros tiempos, cuando el alma mía
Empapada en placer manaba amores.
En vano templo sus doradas cuerdas;
Solo puedo sacar tonos discordes:
Há mucho que en el polvo sumergida
No se ciñe de mirtos con festones:
Y si en las sombras de la noche oscura
La he tomado tal vez, tristes clamores,
Dolientes ayes solamente han sido
De su dueño infelice las canciones.
¿Y será que la plácida alegría
Disipe de repente mis dolores,
Lleno mi corazón de gozo puro,
Y el fuego santo á mis acentos torne,
Como el iris que calma la tormenta
Y orna el cielo de vivos tornasoles?
¡Oh! sí será: por fuego ardiente henchido
El pecho siento, y al excelso nombre
De la santa amistad, el plectro pulso
Cercado el corazón de inspiraciones.
Figuraos, Señor, un querub bello
Que levanta su faz del mar salobre,
Sustentando un escudo rodeado
De alegres playas y soberbios montes;
El cual es construido á semejanza
De los héroes de Milton y de Pope:
Tiene en su centro, plazas, puentes, ríos
Coronados de palmas y de flores,
Templos, teatros, hospitales, quintas,

Ricas moradas y elevadas torres.
Vense tambien algunos animales,
Cosa que nunca falta entre los hombres;
Pero lo más hermoso, lo más grato,
Lo más digno de aplauso y atenciones,
Es una red de cintas y diamantes
Extendida del centro hasta sus bordes,
En que sin remisión quedan cautivos
Los más fríos y duros corazones.
Bajo esta red, por cualesquier ventana
Que una beldad su casto rostro asome,
Donde muestre una ninfa matancera
Su esbelto talle, su presencia noble,
Sus cabellos de seda y su cintura
Breve, ceñida de plateados broches,
No hay alma que resista á sus encantos,
No hay humana potencia que no robe.
Si en quitrines flamantes, como estátuas,
De ambos ríos acércanse á los bordes,
Iguálanse á la Diosa de Citéres
Cuando en concha de nácar levantóse
Sobre la mar azul lloviendo perlas
Cercada de neréidas y tritones;
Y si adornadas las mecientes plumas
Mueven la frente celestial, entónces
Los cielos, las estrellas y las plantas,
Todos á darlas holocáustos corren,
Y vuelan al sarao donde gustan,
Más galas ostentar y más primores.
Allí, al compás de música extasiante,
Cuál hace presta la cadena doble,
Más sutil que Favonio cuando vuela
Jugando con las palmas de los bosques:
Cuál sostiénese firme en el balance
Remarcando sus pasos vencedores,
Como su copa al aire enseñorea
Con verde magestad gigante roble:
Cuál *bulliciosa* rie en la *alameda*
Revolviendo sus ojos brilladores,
Como las olas de arroyuelo claro
Cuando heridas del Sol fugan veloces;
Y cuál...; pero ya baste de pintura.
El querub á los cielos escapóse
Y lo más importante del escudo
Han cubierto las sombras de la noche...
Voy, Señor, á gozar un sueño dulce
Cabe un lecho mullido de ilusiones:
Sueño sin corazón, ya lo he perdido;
Está preso en la red de los amores,
Y bendigo á la hermosa robadora

Porque es digna de eternas bendiciones;
Mas os juro, Señor, por lo que os quiero,
Que siendo dados á mi númen pobre
El cincel inmortal y eterna pluma
De Fidias el divino, y Genofonte,
Yo á Matanzas, y á vos, y á la que adoro
Os esculpiera en mármoles y bronces.

Á MI AMIGO CASTRO.

Que pide consejos para ganar la voluntad de una dama.

¿Qué quieres, Castro, recibir consejos
De quien carece del maduro juicio,
Y está del trato mundanal tan lejos,
Que jamás el desden ni el artificio
Le hirieron con maléficos reflejos?
Mas para darte de mi afecto indicio
Lo haré gustoso; pues la fé me ordena
Sentir el mal de quien lloró mi pena.
Si á Lola bella, desdeñosa miras
Burlarse ingrata de tu amor sincero,
Gasta en pensar, el tiempo que suspiras,
El modo de lograr tu fin certero:
Él solo puede adormecer sus iras
Y darte el verde mirto placentero,
Por ser claro que engendran las ternezas
Tiempo, dinero, astucias y finezas.
No es la constancia cuando se halla sola
Quien vence á fuerza; necesita liga;
Entonces sí, su pabellón tremola,
Por ser su aliada la que más obliga.
Registra, Castro, de la hermosa Lola
Su más cercana y predilecta amiga;
Indícala tu amor, regala, adula,
Oye, calla, inspecciona y disimula.
Hay en amor, guerrillas descubiertas,
Largos rastrillos, fuertes estocadas,
Soberbios muros, misteriosas puertas,
Sordos obuses, grandes emboscadas,
Campos volantes, órdenes inciertas,
Asaltos, marchas, falsas retiradas,
Bravos infantes, diestros artilleros,
Eméritos, cañones y morteros.
Adopta, Castro, el arte de guerrilla,
Por ser contra desdenes más seguro;
Que es el desden fingida trincherilla
Con forma y pinta de elevado muro.

Una que otra amante palabrilla,
Una flor, un regalo; un *yo te juro:*
Valen más con el tiempo estas acciones,
Que cien cartas y mil declaraciones.
Si Lola tiene el humillarte á gala,
Humíllate á la vez que amor la pides.
Que entre las damas de la Reina Onfala
A hilar se puso el semi-dios Alcides.
Así su gusto por tu bien regala,
Que así se vencen amorosas lides,
Y te dará risueña la victoria
En su seno los mirtos y la gloria.
Ya vés, amigo, con qué llano estilo
Te dá consejos quien los tuyos toma,
Y sin perder de la cuestión el hilo
Recursos varios á tu pena asoma;
Más no puedo decirte, aunque cavilo;
Mi pobre musa el desaliento doma,
Y quiera el cielo que un dichoso día,
Quien tu mal llora, á tu contento ría.

NOTAS DE LAS EPÍSTOLAS

(1) Seudónimo que usaba yo en mis escritos cuando era redactor de la *Aurora de Matánzas.*

(2) Mi amigo tenía algo de profeta. El destino me condujo despues (por noble causa) á ver de cerca algunas escenas de las que aquí pinta.

Esta bella composición la escribió en la cárcel de Trinidad donde se hallaba preso y acusado del delito de infidencia, dos meses antes de su postrera prisión en Matánzas.

(3) José Jacinto Milanés.

S. A. M.

DÉCIMA PARTE

ELEGÍAS

EL CÓLERA EN LA HABANA.

Silba la tempestad, reina la noche;
Las sombras vacilantes
Mueven las ruedas del nocturno coche,
Y los hórridos rayos resonantes,
Sucedidos del trueno estrepitoso
Al fulgor de relámpagos brillantes,
Rasgan el ancho manto nebuloso.
Los impacientes súbditos de Eolo
Rugen volando en torno al horizonte,
Y el seco Bóreas desde el frío polo
Cae furioso sobro el verde monte
A la playa vecina,
Levantando las olas encrespadas
Que súbitas corriendo
A chocar con las peñas erizadas,
Disuélvense, cubriendo
De blanca espuma el pié de la montaña,
Que el mar del Norte con sus hondas baña.
En este campo tétrico y sombrío
Donde el susto redobla á cada hora
Del monótono buho el ágrio canto,
Y el mar airado con la tierra embiste,
Templaré del dolor la ronca y triste
Lira que ven mis ojos con espanto. (1)
Conticinios de muerte, albas de llanto,
Y auroras de dolor; aún me parece
Veros lucir ¡oh tiempo de las flores!
Si han de seguirte siempre, cuando mece
La brisa tropical tu verde manto,
Penas, lutos y horrores,
Queda de Assan en las incultas selvas,
Y nunca tus aromas derramando
A las campiñas de mi pátria vuelvas.

¡Cuántos vieron el Sol del medio día
Libres de mal con saludable frente,
Y antes que se ocultara en occidente
Ya eran despojos de la tumba fría!
No se diga que el rayo de la guerra
Es más voraz que el abrasante azote
Del Cólera feroz. Cuando se cierra
El paso á una batallón por muchos miles
Fuertes guerreros del opuesto bando,
Dádoles es para salvar las vidas
Rendir sus armas ó morir matando:
Mas con este cometa que se lanza
De la infernal región, envuelto en muerte,
Morir y ver morir ¡oh cruda suerte!
Es la única y bárbara esperanza.
Aún están en mi oido resonando
De los fúnebres carros
Las terríficas ruedas,
Que conducen por plazas y alamedas
Los recientes cadáveres del Cólera,
Y oigo el adusto conductor que canta,
Por ver, buscando calma á su tormento,
Si de valor con el fingido acento
El torvo ceño de la muerte espanta.
¡Oh sagrado Pastor! ¡divino Espada!
¿Porqué la Parca nos robó primero
Tu vida santa, pura, inmaculada?
¿Porqué volaste al cielo, alma sensible,
Antes que el númen fiero
Blandiese su cuchilla destructora
Con furia irresistible,
Por Cuba hermosa que tu ocaso llora,
Y á tí, despues de Dios, primero adora?
¿Porqué tu faz de estrella luminosa
Doblar quisiste en funerario velo?
¡Cuánto afligido padre hubiera hallado
En tu dulce virtud santo consuelo!
¡Y cuánto desdichado,
A quien más que la peste, la miseria
Hizo morir, hubiérase salvado!
Célica sombra angelical, recibe
Esta lágrima tierna, consagrada
Por mi fiel corazón á tu memoria,
Y si tu pura candidez te agrada,
Desde el trono de Dios, una mirada
Clava en mi frente, y cúbreme de gloria.
El cano padre, el hijo, el tierno amante,
Y la jóven lozana,
Y el amigo constante,
Al despedirse con tristeza insana,

Sólo un adiós se daban vacilante:
Nadie osaba decir «*hasta mañana*»
Y si lo dijo alguno,
Entre breves instantes fué llorado
Por aquel mismo que dejó angustiado,
O fueron ámbos á cumplir los ciertos
Votos de la partida,
Al nivel de la honda fosa suspendida
Con polvo humano de apiñados muertos.
De la noche en mitad, entónces medra
El azote cruel, doquier que giro
Oigo sonar el tétrico suspiro
Capaz de herir á un corazón de piedra.
De Hipócrates los hijos, ¿dónde fueron?
Unos yacen del "*morbo*" acometidos
En lecho de dolor; otros murieron,
Y los que fuertes quedan, aun no bastan
Para atender sus déudos más queridos.
Ved á Narciso que á Rosáura adora
Correr las calles en la noche oscura,
Y á las estrellas se lamenta y llora
Y las demanda de su bien la cura.
¡Infeliz! ¡ay! no implores las estrellas!
¿Sienten los males de los hombres ellas?
De Esculapio un apóstol generoso
Préstale á su querer; guíale lleno
De confianza y pesar. ¡Ay! ya en su seno,
Comunicado el miasma contagioso,
Se albergaba el mortífero veneno.
Llega ¡fiero dolor...! Rosaura es yerta:
Helado, absorto el infeliz la mira,
Abrazándola exclama: «Ya... está muerta...»
Un ¡ay! exhala, y de repente espira.

¿Quereis ver conjurados
De natura los crudos elementos
Contra la humanidad? ¡Ah! no engañados
Penseis tal vez que mi dolor os pinta
Fantástica ilusión. Volved los ojos
Al anclado bajel que en la marina
Sufre tambien la desolante ruina.
El viento calma; la infección se aumenta;
Devorante calor y extraño frío
Al hombre mata, que de sed rabioso,
Como Tántalo muere, querelloso;
Y mientra el hondo mar mueve el navío,
Llévanle á sepultar sus compañeros
En la cercana tierra;
Que allí le ofrece su postrer morada
Léjos del cielo de la pátria amada.

Mirad, mirad en el excelso templo
El doliente rumor que en torno zumba;
Más por pánico miedo de la tumba
Que por honra de Dios; ¡ciegos mortales!
¿Pensais que á Dios como al mortal se engaña?
Ved meretrices y usureros viles
Clamando al cielo con doliente susto
Allá del templo en el recinto augusto.
Por la salud ¡Hipócritas malditos!
Raza vil de protervos y precitos!
Si el Eterno Hacedor no despreciara
Vuestra vil insolencia,
Y airada su clemencia
Los justos de los males apartara,
Y tremendo y colérico lanzara
Sus rayos vengativos,
¡Cuán pocos de su templo sacro-santo
Por justos; ¡ay...! Os escapárais vivos!

¿Porqué el *Te Deum* con festivos ecos
Insensatos cantais? ¿Ya el mal es ido?
Aun los sepulcros os esperan huecos:
Y revuelve el azote enfurecido
Tal vez sobre vosotros, cual pantera
Que ahita ya de devorar, no emprende
Nuevo asalto al redil; mas siempre fiera
Complácese de sangre y de matanza,
Y la asolante garra al paso tiende
Si algun cordero descuidado alcanza.

¿Y en quién ¡Eterno Dios! al despedirse
Descarga el mónstruo su segur tirana?
¡En el caudillo fuerte
Gloria y honor de la marina hispana!
Sentid, buenos, llorad, llorad su muerte.
Y tú, genio del mal, tú que aún exhalas
El álito de muerte repentina,
Venme á cubrir con tus funéreas alas:
Yo no temo tu encono, llega, arruina
Esta existencia amarga.
¿Porqué te he de temer? Ya tú me has muerto.
¿No acabaste mi amor con fiera herida,
Dejándome, al llevar su cara vida,
De luto y llanto el corazón cubierto?
¡Oh! ¡cuán gozoso y sin pesar muriera
El que infelice tus horrores canta,
Con tal de ser tu víctima postrera!
Hiere, Génio infernal, ceba tu furia;
Yo seré memorable; tú temido
Por el género humano;
Pero temido así como un tirano,
Que á la par es odioso y maldecido.

A LA BENDICION

del nuevo Cementerio de «San Carlos» de Matanzas.

(Al D.r Manuel Francisco García.)

¡Salve! tierra sagrada
Unica puerta al eternal camino
Muestra tremenda del poder divino,
Y de los hombres postrimer morada.
¡Oh tú! que pruebas con acento mudo
Lo que fué, lo que es, y será un día
El mísero mortal, estancia umbría,
Campo de bendición, yo te saludo.
El que no te respeta, lugar santo,
Quien en vez de acatarte arroja insultos
A los restos que cubres con tu manto,
No merece al morir fúnebre canto,
Ni es digno de vivir entre los cultos.
Los Babilonios, Tirios y Sidones,
Fuertes conquistadores, é ilustrados,
Tributábante inciensos y oraciones.
Los bravos hijos de la hermosa Grecia
Madre de los poetas y oradores,
Vertiendo en los sepulcros leche pura
Blanquísimos corderos inmolaban.
Y los Indios, del Sol adoradores,
Saludaban las tumbas cada día,
Y cada luna nueva los veía
Quemando aromas y esparciendo flores.
Las tribus Canadenses, lamentando
Con tristísimos lloros
Su desgracia funesta, inconsolables
Marchaban olvidando sus tesoros;
Pero sobre los hombros, más discretos
Que otros pueblos, por sábios celebrados,
De sus padres amados
Llevaban los blanqueados esqueletos.
La cuna de las ciencias, el Egipto,
Só las riberas del fecundo Nilo,
¿A quién debe el recuerdo levantado
En mitad de los áridos desiertos,
Si no es al respeto sublimado
Que tuvieron los hombres del asilo
Do reposaban sus monarcas muertos?
¿Qué son, pues, las Pirámides soberbias?
¡Tres tumbas son...! ¡tres puntos suspensivos (2)
En tosca plana de movible arena!

Hé aquí lo que el inmenso espacio llena
En la brillante y misteriosa historia
De una nación potente, grande, antígua,
Unico monumento que atestigua
El esplendor de su pasada gloria.
En vano, en vano del sepulcro inerte
Apartamos los ojos; siempre dista
Igual medida si en verdad se advierte.
¿Dónde fija el filósofo la vista
Que no encuentre reliquias de la muerte?
Al fiero soplo de aquilón sonante
Desciende á tierra el pino destrozado,
Y el polvo de las tumbas arrancado
Vuela á las plantas del pensil distante.
Calma la tempestad; casta doncella
Elige en el jardín purpúrea rosa
Para adornar su cabellera hermosa;
Los donceles codician la flor bella,
Sacrifícanse todos por lograrla,
Y ni siquiera piensan al mirarla
Que el polvo de las tumbas está en ella:
Tantas generaciones como han sido
Desde la creación, ¿daráse un paso,
Habrá dos palmos de terreno acaso
Donde no haya un viviente fenecido?
Todo el mundo es sepulcro. ¿Por ventura
Tornais la vista al piélago espumoso?
Vereis que es insondable sepultura
De meciente cristal el Mar undoso.
Cuántas veces se ha visto á un poderoso
Carros entalamar, ricas libreas
Repartir á sus siervos áfanoso
Para libar el néctar amoroso
Al lúbrico fulgor de cípreas teas,
Preparar sus vestidos, anhelante
De volar al festín; mas al instante
Llegar la Parca, herirle de repente,
Y descender á la mansión sombría
Ceñida de ciprés la helada frente
Con el traje de gala refulgente
Que pensaba lucir en una orgía.
¡Y se abroga el mortal la preminencia
Sobre toda existencia conocida!
Oprimir á los otros en la vida
Es su solo poder, su única ciencia
Cuando exclama engreido:—«Lo soy todo:
Mi ligero bajel sus velas tiende
En el Ponto irritado;
Por mi arte el fuego súbito se enciende,
Limpio de gas el aire condensado,

Todo lo puedo yo: sé los secretos
Que el fértil suelo en su interior esconde.»
Oir presume entónces, que la tierra
Al que en sus mismos pensamientos yerra
De su orgullo burlándose, responde
En voz baja y pausada:
—«Calla, loco mortal, tú no eres nada.
Si á enterraros llegasen cualquier día
¿Pensais que yo por eso crecería
Con todo vuestro polvo, una pulgada?»
Y así es la verdad: triste el que ría
Al mirar una horrible calavera
Entre los restos de la tumba fría,
Por que hoy contempla su salud lozana.
¡Infelice de aquel! quizá mañana
Cadáver le hallará la luz del día;
Y al recibirle el génio de las tumbas
Dirá con voz fatídica, insonora:
—«Ayer entraste aquí: mofando hollabas
Libre de mí, la tierra que pisabas:
Ya estás en mi poder, búrlate ahora.»
Mas no será vuestro cantor humilde
El libertino ¡oh tumbas venerables!
Que en vez de daros respetuosa ofrenda,
Sacrílego os ofenda
Semejante á esos entes miserables
Que en burlar se complacen
Los inviolables huesos
Donde sus padres sepultados yacen.
Que los bardos cristianos
No acostumbran violar santos asilos,
Hórrido alarde haciendo de profanos,
Ni con odiosos bárbaros estilos
Visitan el lugar en que tranquilos
Duermen el sueño eterno sus hermanos.
¡Campiña funeral, bendita seas!
Respete el seco Agosto tus verdores;
Y si este canto lúgubre deseas
Recompensar con póstumos honores,
Cubre mi cuerpo de aromosas flores
Cuando en tu seno reposar me veas.

A MI AMIGO R. H....

en la muerte de su deudo el S.r Francisco Rosello.

¡Felices los que duermen en las tumbas!
YOUNG.

Caro deudo del sér infortunado
Cuya inocente grey cubrió de luto,
Cuando de ignoto impulso arrebatado
Pagó á la tierra el general tributo:
Calma sensible el dolorido llanto
De su infeliz familia, y el tormento
De tu fiel corazón minora, en tanto
Que mi amistoso acento
Alza á su tumba funerario canto.
Goza paz eternal, ceniza inerte,
Yerto polvo del hombre virtuoso,
Sin que turbe el profano tu reposo
En los oscuros antros de la muerte.
¡Quién sabe si tu alma arrebatada
De augurio misterioso sobre-umano
Quiso volar á la inmortal morada,
Huyendo pura, la mansión odiada,
De un mundo débil, corrompido y vano. (3)
De un mundo engañador, mentido infierno,
Foco inmenso de negras imposturas,
Que en el vario girar de sus figuras
Es un baile de máscaras eterno;
Cuyo falso oropel es semejante
A un regio panteon, donde brillante
Oro y mármol se muestran á la lumbre
De las pomposas lámparas; mas cuando
Se van las ricas urnas destapando,
Es todo corrupción y podredumbre!
Duerme tranquilo, y no temas
Vayan tu sueño á turbar
Los imbéciles que creen
Henchidos de vanidad
Resolver por lo pasado
Cuanto por venir está,
Y los arcanos que encierra
La insondable eternidad.
Dichoso tú que pasaste
De la vida el temporal,
Y del sepulcro en el puerto
Echaste el áncora en paz.

Bien cual viajero, que estando
De un pantano en la mitad,
Salva de un salto atrevido
Cuanto le resta que andar.
Nada, es lo peor que se puede
En la sepultura hallar,
¿Y en la vida qué? ¡maldades!
La *nada* es mejor que el *mal*.
Si de Dios sin el permiso
No es dado al hombre pensar,
Ni mueve el viento una hoja,
Ni oscila el agua del mar:
Cuando tú morir pudiste,
Es innegable verdad
Que Dios lo quiso, y cumpliste:
Los ángeles no hacen más.
«*Feliz quien duerme en la tumba*»
Sin su virtud mancillar,
Y huyendo del orbe impuro
Se lanza en la eternidad.
Y desgraciado aquel que el hado impío
Condena injusto á desear la suerte
Pudiendo solo en su dolor sombrío
Dar envidiando tan felice muerte
Un ¡ay! de fuego á su sepulcro frío.

A LA MUERTE DE LA JOVEN
S.RTA JUANA RUIZ DE LA PLAZA.

Pasó por el triste mundo
Esa vírgen celestial
Como un pensamiento bello
En un alma criminal.
Todos como tú, doncella,
Salieran del mundo impío
Sin dejar al mármol frío
De la losa funeral
Un epitafio mentido
Que cuando el pueblo lo lea
Recuerde la negra idea
Del que bajo de él está!
Sin dejar, para sarcasmo
Del mundo, en tu mausoleo
El enlutado trofeo
De maldecido opresor!
Sin dejar sobre la tumba,
Como terrible anatema,
El cetro y la áurea diadema
Del sér que al hombre oprimió!
Tú al morir lanzaste el alma,
Encantadora doncella,
Tan inocente y tan bella,
Como el Señor te la dió,
Y pasaste por el mundo
Como por la azul esfera
La reluciente lumbrera
Que no vela el nubarron.
Dulce es la muerte que viene
Antes que el crímen infando;
Es dulce espirar pensando
En las glorias del Señor,
Y dormir en pobre tumba
Sin sufrir el peso enorme
De un catafalco, que informe
Al mundo de quién murió.

Dulce es morir tan temprano
Sin conocer la agonía,
Sin saber qué es pena impía,
Sin saber lo que es llorar!
Y es dulce volver al polvo
Ceñida en torno la frente
La aureola bella-inocente
De azucena virginal!
Tú eras pura y candorosa
Y el Señor hubo piedad,
Y te sacó de este mundo
De lágrimas y maldad.
Duerme hasta que llegue el día,
El tremendo día final
En que salgas de esa tumba
Para la gloria eternal.
Duerme, marchito alelí,
Duerme tu sueño profundo
Sin acordarte de aquí,
Sin acordarte del mundo. (4)

A LA MEMORIA
DE LA S.RTA JUANA DE RUIZ DE LA PLAZA.

(Aniversario de su muerte).

¡Cuál es tu poder! ¡cuál es!
Tu imperio, virtud sagrada:
Ni aun el sepulcro consume
Tus verdes gloriosas palmas!
Hace un año, dulce amiga,
Que te arrebató la Parca
Y que tus mortales restos
Bajo la tierra descansan.
Ha vuelto la Primavera
De flores mil coronada,
El sol de invierno amarillo
Rebozando en nubes pardas
Que alumbró tu ocaso triste,
Como antorcha funeraria
Ha vuelto á lucir: los campos
De aguinaldos se engalanan;
Todo ha fugado y ha vuelto;
Tú sola, inerte y callada
Reposas muda y tranquila
En el seno de tu nada.
¡Ay! que la tumba no escucha
Ni siente ni vé desgracias,
Ni la enternecen gemidos,
Ni la mueven las plegarias.
La tierra es como los hombres
Y por eso se los traga:
Para devorar mantienen,
Para destruir halagan.
Díganlo sino esos grandes
Que ocultos ya en sus entrañas
Sus herederos se gozan
Con el oro de sus arcas.
Y engañando al necio vulgo
Con inscripciones doradas
Las cubren con duro mármol
Temiendo quizá que salgan.
¡Salud, campo de los muertos!
Sepulturas venerandas!
Aquí triunfan las virtudes
Sin fausto y sin pompa vana!
Aquí el perverso no llega,
Y si llega tiembla y marcha;
Porque aquí no encuentra empleos,
Diamantes, oro, ni plata.
Sólo puede hallar memorias
De sus crímenes é infamias,
Y si algunas huesas mira
Y se atreve á contemplarlas,
Parécele ver en ellas
Una sangrienta fantasma
Que le grita:—«Huye maldito,
No profanes con tu planta
Esta tierra donde tienes
Mil víctimas sepultadas:
Huye, maldito de Dios,
Que ya el infierno te aguarda.»
Entónces despavorido,
Cual plomo que el bronce lanza
Huye el condenado, y nunca
Torna á tí, mansión sagrada:
Empero el amigo fiel
En cuyo pecho no hay mancha,
El filósofo y el vate,
El que las virtudes ama,

Todos sin temor te huellan
En la noche solitaria;
Se sientan sobre las tumbas,
Meditan, lloran y cantan.
Por eso yo, dulce amiga,
Vengo á llorar tu desgracia
Y no temo que las sombras
A escuchar mis ecos salgan.

No pienses, cuando la aurora
Tiña el cielo de escarlata,
Que aquestas perlas vertidas
Las ha derramado el alba.
Acoje mi llanto, amiga,
Y adiós... hasta que la parca
Nos reuna para siempre
De la gloria en el alcázar.

EN LA MUERTE DEL JOVEN NÉSTOR TRELLES.

Eterno llanto y momentánea risa
Semblante alegre y corazón de luto;
Hé aquí el legado conque el hombre pisa
La tierra, al parecer mansión de dicha,
¡Hé aquí! ¡oh dolor! de su afanar el fruto.
Mísero humano el que llorar no sabe,
Y mísero tambien aquel que llora;
Pero no sin ventura,
Cuando el amor ó la amistad deplora,
Porque halla su alma candorosa y pura,
Un secreto placer en la amargura:
Un secreto placer indefinible,
Dón á un tiempo feliz y desgraciado,
Cuyo goce divino, sólo es dado
A un tierno pecho, á un corazón sensible.
No siente el que no llora, ¿Y quien no siente
Puede acaso gozar? Yo te bendigo,
Omnipotente Dios del orbe, cuando
Pródiga siendo tu bondad conmigo,
Poder me diste de llorar cantando
Sobre la yerta losa de un amigo.
Poco ¡oh Nestor! ¿al mundo le importara
La amistad de algun mísero poeta?
Porque es su inspiración cual fuente rara,
Que todos gustan de su linfa clara;
Pero nadie la cuida ni respeta;
Mas la existencia de un mortal bondoso
Que sublimes virtudes prometía
En su florida edad; caudal copioso
De talento fecundo,
Esta, merece que su losa fría
Lágrimas bañan de dolor profundo:
Si el canto triste que mi plectro envía
Es meritorio á Dios, importa al mundo.
Tu padres afligidos
Lloran sobre tu inerte sepultura,
Como aves que volando en la espesura

Desiertos hallan sus amados nidos.
Tu inconsolable hermana,
Mal su dolor y su pesar modera,
Desde el instante que la parca fiera
Hundió en tu pecho su segur tirana.
De tus déudos y amigos,
¡Cómo pintar el triste desconsuelo?
Ellos de tu virtud fueron testigos;
Calma tú sus angustias desde el cielo.
Tambien mi lira con fatal quebranto
Llora tu infáusta y prematura muerte;
Pero feliz contémplate mi canto.
¿A qué vivir? ¿á escarnio de la suerte?
Mejor estás en el Empíreo Santo.
¡Feliz aquel que abandonó la tierra
Pasando con morir á mejor vida!
Sólo el sepulcro firme paz encierra,
Porque sobre la tierra envilecida,
Viven los justos en sangrienta guerra.

A LA MEMORIA DE UN HERMANO.

«Yo lloraré; pero amaré mi llanto
«y amaré mi dolor.»

QUINTANA.

Ven á mis manos, ven ¡oh lira mía!
No ya en el tono erótico templada,
Ni de fragante rosa y mirto ornada,
Como en un tiempo cuando Dios quería.
Ven á explicar mi insólita agonía,
Mi horrible pena, y mi dolor insano.
De blanca adelfa y de ciprés te viste,
Y acompañe tu són mi canto triste.
Sobre la tumba yerta de un hermano,
Sí, de un hermano, gala y ornamento
De sus deudos y pátria peregrina;
A quien privó de su vital aliento
La muerte, númen de terror y ruina,
Como seiba que nace en la colina,
Y quema el rayo, ó arrebata el viento.
¡Recuerdo de dolor! un tiempo era
Que yo ceñir solía
La cítara hechicera,
Con cuantas flores dá la primavera
Para cantar tu venturoso día.
¡Ay!... aquel día de placer y gloria
Que me contaba transportado al cielo,
Hoy rebozado en funerario velo

Aparece terrible en mi memoria.
Entónces de contento poseida
Tu grey, en terno tuyo se agrupaba
Y en sagrado entusiasmo embebecida,
Del corazón con vivas te auguraba
Años sin cuento de salud cumplida.
Mas ¡ay! que rara vez goza
Larga edad el mortal justo.
Los hombres son como flores,
El clavel no vive mucho,
La rosa presto perece.
Mientras los cardos incultos
Con sus manojos de espinas
Se ven morir de caducos;
Por eso los malos medran
Presentando siempre al mundo
Sus corazones de mármol
Y sus semblantes adustos,
Parece que ni la muerte
Se atreve á turbar sus gustos.
Y, cuando á fuerza de años,
Ceden marchitos y mústios
A la ley universal;
Entónces llenos de lujo,
De inscripciones y alabanzas,
Bajan yertos al sepulcro;
Pero en cambio el negro olvido
Se sienta sobre su túmulo,
Y nadie sabe si ayer
Existió; que en torno suyo
Escuchará, en vez de llanto,
El agrio canto del buho.
Los que heredaron sus arcas
Vestirán solemne luto;
Mas mirarán su cadáver
Como á los restos de un bruto;
Vivo insultó á la desgracia,
Muerto es bien que sufra insultos.
No cubrirán su ceniza
Con florecientes arbustos,
Ni del santo de su nombre
Querrá acordarse ninguno,
No un amigo ni un hermano,
De su amistad en tributo
Sobre su huesa, una gota
Verterán de llanto puro.
Pero en la tuya llorarán los buenos,
Tristes, á par que tu honradéz alaben,
De hipocresía y finjimiento agenos;
Porque los buenos saben

Que en tí perdió la sociedad un justo.
Jamás la fatal discordia,
Turbó de tu familia la concordia
Siguiendo el rumbo que marcó tu idea,
Sin vanidad, humano y compasivo,
Firme de corazón, franco, festivo,
Y alumno recto de la sacra Astrea.
Enemigo mortal de la malicia,
Dotado de virtud, de honor ansioso,
Siempre que hollaste el templo de Justicia,
Ciñó á tu frente el lauro victorioso.
Hijo sin mancha, inmaculado esposo,
Justo hermano, buen padre, fiel amigo...
—Acoge mi pesar, sepulcro santo,
Tú me causas dolor, me inspiras llanto,
Y yo mi llanto y mi dolor bendigo
Y habré de bendecirlos, mientras llega
La hora inevitable, postrimera,
De por siempre morar la tumba inerte;
Donde Dios, y no más, podrá apartarnos,
Porque no tiene autoridad la muerte
Para despues de muertos separarnos. (5)

LA LUNA DE OCTUBRE.

(En el cumpleaños de Fela).

¡Manes de bendición, manes sagrados
De la mujer que amé! los azulados
Alcázares dejad, do los querubes
Himnos cantan al Sér Omnipotente;
Bajad en forma de ligeras nubes,
Mi espíritu inflamad, templad las cuerdas
De mi lira doliente,
Y revolad en torno de mi frente.
Luna de Octubre, cándida y serena,
Nocturna reina que el celeste coro
Tu faz luciente de fulgores llena,
No más adornes con tu disco de oro
El turbante imperial de los sultanes,
Del sangriento profeta las mezquitas,
Ni el pendon de sus fieros musulmanes.
Antes bien, ilumina
Con tu argentada lumbre celestina
La fúnebre morada
Do yace la beldad que el alma adora;
La que nació cual matutina estrella
Clara, deslumbradora,
Que entre celajes rutilante brilla,

Y acabó como tierna maravilla
Que mustia muere al despertar la aurora.
Luna de Octubre serena,
Que en tu reluciente carro
Cercada de estrellas, mides
Con lento giro el espacio;
Cuando en el zenit suspensa
Alumbres el lugar santo,
Do reposan las cenizas
De un bien que me fué tan caro,
Por entre las suaves flores
Y los verdes pinos altos
Que con su sombra cobijan
Aquellos restos sagrados,
Introduce misteriosa
El más puro de tus rayos,
Miéntras las ramas tendidas
Agita el céfiro blando,
Una guirnalda preciosa
De las que ostentan tus campos,
Manda en él, y una avecilla
Que entone fúnebres cantos,
Que la cuente, como tengo
En el alma su retrato,
Y que ni la cruda muerte
Ha podido separarlo:
Que ni la eternal ausencia
Ni el tiempo, me han estorbado
Felicitar su memoria
En la aurora de su santo.
¡Santo que con ella un día
Me fuera tan dulce y grato...!
Y desde que ella no existe
Es sólo un recuerdo amargo.
Verás entónces de la huesa fría,
Circuida del célico fulgor
La sombra alzarse de la prenda mía
Para escuchar los versos de su amor.
Y al terminar el ave peregrina,
Mis trovas en sus labios sonarán,
Como en Selma los ecos de Malvina
Recitando los cánticos de Osian.
Y admirarásla, de virtud portento
Descollar en el fúnebre jardin,
Bella como la flor del pensamiento,
Suave como el aroma del jazmin.
Fué su existir cual tierna tortolilla
Que en el nido se mira perecer;
Rápida exhalación que prende, brilla,
Y vuela, y muere al punto de nacer.

Salpica con mis lágrimas su manto,
Y en perlas convertidas las verás:
Yo no tengo que darla sino llanto,
Ni ella en la tumba necesita más.
Cuéntala ¡oh Luna...! mi dolor profundo,
Y al bien dirás que mísero perdí,
Que desde que ella desertó del mundo,
El mundo es un fantasma para mí.
Dila que aun muerta, cumplo sin engaños
La pasión inmortal que la juré,
Y que si por mi mal vivo mil años,
Mil años su memoria guardaré.
Así, Luna de Octubre, las regiones
Recorras con peremne magestad,
Oigas léjos rugir los aquilones,
Y tronar á tus piés la tempestad.
Y así, cuando el reloj suene
Que el postrer suspiro anuncia;
Cuando la insensible tierra
Mi exánime cuerpo cubra,
Alegres nuestras dos almas,
Como visiones nocturnas,
Danzaremos con las hadas
En el festin de las tumbas.
De sahucos amarillos,
Adelfas, y verdes tuyas,
Te brindaremos coronas,
Reina de la noche augusta.
Tú eres antorcha del cielo,
Faro inmenso de luz pura,
Lámpara aérea, que Dios
Colgó en la suprema altura.
Melancólica deidad,
Que acompañas la tristura
De los finados, y afable
Su tétrica estancia alumbras;
Ya que solo á tu presencia
Los muertos andar no escusan,
Por que sus hechos no cuentas,
Ni sus escursiones turbas,
Dá mis recuerdos á Fela;
Duélete de mis angústias
Y yo cantaré tu gloria
En blanda cítara ebúrnea;
Pero con tan dulces metros,
Que te adoren, sacra Luna,
La generación presente,
Y las edades futuras. (6)

LA MALVA AZUL.

En la sentida muerte del poeta cubano José María Heredia.

¡Ay! dejad que la humilde musa mia
Dé mirtos á su cítara hechicera
Y tierno llanto á su ceniza fria.
J. N. GALLEGO.

Hijos... adiós. Cara esposa,
¡Adiós...! Adorada Cuba,
Adiós por siempre, que guardas...
¡Es ella...! ven sombra pura
De mi idolatrada madre,
Ven... dame tu mano augusta:
¡Ay...! abrázame... y desciendo
Tranquilo á la sepultura.
Y tú, mi querida pátria,
Antilla hermosa y fecunda,
Oye los votos postreros
De tu bardo el sin ventura.
Verme otra vez en el mar
No quiso la suerte injusta,
Para espirar *en tus campos*
Edén de eterna verdura.
Y al dormir el postrer sueño
Oir en la noche oscura
Al príncipe de tus vates (7)
Cantar del Cuzco la Luna.
Mas ya, pátria, que en tu ausencia
Por siempre el Sol se me nubla,
Oye los votos postreros
De tu bardo el sin ventura.
Sagrado Pan, que en las nubes
La soberbia frente ocultas,
Ultima tierra que ví,
Del Mar sobre la llanura,
Dame una lágrima sola,
Que yo por tí regué muchas
Cuando te perdí de vista
Entre las blancas espumas.
Délio y Desval, (8) claros cisnes,
Cuyas liras de oro ilustran
Vuestros nombres colocados
En el templo de las musas,
Llorad, que al morir Fileno
Para abrazaros os busca,
Y no os encuentra, y espira.
Pidiéndoos llanto en su angustia,
¿Seréis sordos á mi ruego?
¿Cuando la tierra me cubra,
Vuestra amistad y mi gloria
Morirán conmigo juntas?
¿Y qué, no dará otro cisne
De tantos que el plectro pulsan,
Ni un verso para mi muerte,
Ni una flor para mi tumba?
Sí... cantarán... yá los himnos
Estática el alma escucha...
Oís...! oís...! Madre...! amigos...!
Delio...! Desval...! adiós... Cuba...!

Dijo Fileno, y espiró... Sonaron
Sus postreros acentos en mi oido...
«¡Del Niágara el cantor ha perecido.»
Mil tristísimos ecos exclamaron,
Y viendo que los cisnes no cantaron,
Voló un genio fatal de gozo henchido;
Pero un bello querub el cielo envía
Que al genio ciñe entre celages rojos
Y detiene su vuelo, en cuyos ojos
De gloria el fuego sacro-santo ardía.
Del cabello aferrado
Con la fuerte siniestra
—«¡Tente mónstruo! gritó, ¡suelta, malvado!»
Extendiendo la diestra,

Y su nombre querido
Arrancó de las garras del olvido.
Volvióse á los cubanos trovadores
Y prosiguió con celestial acento:
—«Salud y bendición á los cantores
Que á este nombre con plácido contento
Dén suspiros y lágrimas y flores;
Y á maldición eterna de hoy condeno
A todo el que no miro
Colocar en la tumba de Fileno
Una flor, una lágrima, un suspiro.»
Fuése, despareció. Yo le escuchara;
No empero mi alma menester había
Para llorar sobre su losa fría
Que un anatema el ángel pronunciara;
Pues de Fileno amante
Por sublime y oculta simpatía,
Antes que el himno funeral levante
A la mansión suprema,
Ansío tambien que caiga el anatema
De eterna maldición al que no cante.
Dadme una flor, ¡oh vírgenes de Cuba!
Que no ostente lascivia en su belleza,
Ni su aroma al dosel de la grandeza
El aire en torno perfumando suba.
No alegre rosa que despida olores
Me deis, vestales, porque Cuba hermosa
Ya más no escuchará la sonorosa
Lira que un tiempo suspiraba amores. (9)
Quiérola pura, cándida y sencilla,
Que un verso de Fileno me recuerde,
Nunca envidiosa, ni envidiada, y verde
Como los montes de la bella Antilla.
Quiero la malva-azul, porque le place
Ocultando sus gracias peregrinas,
Habitar en las tumbas y en las ruinas.
La que silvestre en los sepulcros nace,
La que para gozar dichas secretas
Desdeñando el jardin con juicio raro,
De los muertos lamenta el desamparo,
Y acompaña el laud de los poetas.
Ven, flor preciada, y á mi lira triste
Acompaña en su cántico de duelo,
Hasta el fin de los siglos; ya que el cielo
Con su color de eternidad se viste.
¡Ay! que tú eres de Fileno
Fiel trasunto, imágen viva,
Porque en apariencia mueres;
Mas tu simiente esparcida
Reproduciéndote, en breve

Naces de tu virtud misma,
Sin más cultivo que el Sol
Y el alba que te rocía.
Así el cantor de «las sombras»
Y de la «Melancolía»
Torna en sus obras cual Fénix
A nacer de sus cenizas.
Si al morir demandó flores,
Lauro y flores merecía.
Ven, acércate, flor bella,
A mi pecho y á mi lira,
Y deja que con mi llanto
Estas endechas inscriba:
Llanto que nunca perece
Y es de esencia tan divina,
Que cuando le mata el mundo
En el cielo resucita.
¡Salve! cenizas yertas
Del poeta que mora
Las estrelladas bóvedas desiertas
Do sólo el alba llora,
Donde es eterna la rosada Aurora.
¡Salve! sepulcro frío,
Mil veces venerando,
Del vate que nació con astro impío
Dulces versos cantando,
Del infelice que vivió llorando.
¡Salve! asilo profundo,
Del que sensible, humano,
Corrió engañado por el Nuevo Mundo,
El mar, la selva, el llano,
Tras de felicidad, fantasma vano.
No más su pátria hermosa
Oirá la melodía
Del que triste, con cítara armoniosa
Cantó *Melancolía*
En dulce trova, *cuando Dios quería.*
Ni extasiando las almas,
Escucharán su lloro
La voz de sus arroyos y sus palmas (10)
Ni en lamentar sonoro,
Los tonos blandos de su lira de oro.
Ni el eco en la espesura
Doblará sus gemidos;
Ni aquella languidéz modesta y pura
Con que en metros pulidos
Hablaba al corazón, no á los oidos.
¡Murió Fileno! cuando
Tornaba al pátrio puerto,
Cual ruiseñor que al nido regresando
Baja del aire, muerto,

Y le cubre la arena del desierto.
Mas ¡ay! que solamente
Brindar puedo á su historia
Una flor melancólica, inocente,
Versos á su memoria,
Llanto á su muerte, y á sus cantos gloria.

A LA MEMORIA DEL S.R TOMAS GENER.

Dedicado á su Hijo Don Benigno.

Venerando lugar dó inertes yacen
Las cenizas preciosas
De un ilustre varón, yo te bendigo
En trovas lastimosas,
Y mil veces feliz, si ornar consigo
Su helada huesa de fragantes rosas.
¡Mísero aquel que espira y ha pasado
Por el breve transcurso de la vida,
Del mundo y de los hombres ignorado,
Cual sierpe que arrastrándose escondida,
Vive y perece, de su cuna al lado!
¡Ay del mortal que ufano en su opulencia
Se adormece en la inercia despreciable,
Y esquiva las virtudes y la ciencia,
Sin practicar jamás acción loable
Que recuerde á los hombres su existencia!
Ellos tendrán, viviendo, aduladores,
Y al morir, herederos; mas aquellos
No alcanzarán que corazones bellos
Viertan en su sepulcro llanto y flores,
Y aunque allí fijen su marmóreo busto,
No á bendecirle llegaráse el justo
Ni le irán á cantar los trovadores.
Pero á tí, que del saber
Prudencia y honor dechado
Brillaste, siendo en la vida,
Como en el jardin el nardo;
En tu funeral mansión
Verterán los buenos llanto,
Los pueblos cándidas flores,
Suaves aromas los campos.
El alba regará perlas
Tu pureza recordando,
Y cantarán en tu losa
Tristes endechas los bardos.
No soberbios mausoleos
Con blasones relievados
Te alzarán, propios emblemas

De sátrapas inhumanos;
  Porque en cada corazón
Tu nombre estará grabado
Con caractéres de fuego
Mejor que en bronce y en mármol.
  Unas tras otras irán
Generaciones pasando;
Mudaránse las costumbres,
Volarán los siglos ráudos;
  Mas es del genio atributo
Sobrevivir á los astros,
Y la virtud no perece,
Aunque torne el mundo al caos.
  Si un tiempo tus descendientes
Llenos de noble entusiasmo,
Formar de su alcurnia quieren
El genealógico árbol;
  Pintarán en campo azul
Un verde laurel lozano,
De cuyo fecundo tronco
Partan diez pomposos ramos,
  Que un medio círculo formen
Con sus extremos gallardos,
Y una letra en cada punta,
Que lanze de luz un rayo.
  «Tomás Gener» dirá el lema,
Y será timbre más alto,
Que lises, llaves, castillos,
Bandas y moros, pintados.
  Feliz quien como tú, cuando sucumba
No ha menester fastuoso simulacro,
Per ser su nombre el obelisco sacro
Que se levanta al Sol desde la tumba.
Bendiciones sin fin, mortal egregio,
Que impertérrito, ardiente, defendiste
La Santa ley, y luego feneciste
Tras tí dejando, como el astro régio
Al hundirse en los mares de occidente,
Ancho rastro de luz resplandeciente.
  ¡Ay! ¿porqué te negó la suerte impía
Que en la hora triste de partir, postrera,
Aliviase Varela tu agonía,
Y los adioses últimos te diera
Tu compañero en la degracia un día?
  En tu sentir, los pueblos y los hombres
Eran como ante Dios, todos iguales.
Títulos, oropeles y renombres,
Fueron vanas é inútiles señales.
Solo supiste ajeno de ilusiones
La grandeza medir por las acciones.

Salve, y en paz quedad, relíquias yertas,
Ni el olvido fantástico os asombre,
Su alma mora el Empíreo, y yá su nombre
De la inmortalidad cruzó las puertas.
No podrán la calumnia y la impostura
Empañar de su gloria el alto precio,
Y si un lábio pretende torpe y necio
Mancillar su opinión sincera y pura,
Le acusará de falso el Universo,
Llamarále impostor la edad futura.

Á LA MEMORIA DEL VALIENTE CAPITAN DON FRANCISCO DE JUSTIZ.

Pálido y yerto, como el mármol frío
Que cubrirá su cuerpo en breves horas,
Descansa helado en túmulo sombrío
El que en medio de balas silbadoras,
Como flor salpicada del rocío,
Del Mayo saludando las auroras,
Se vió en la lid, de muertes rodeado,
Y salió de laureles coronado.
Yace en eterno sueño descansando,
El que en mitad del belicoso estruendo,
Viera á su hermano perecer lidiando,
Y su memoria eternizó venciendo.
Absorta le miró la muerte, cuando
Sobre él su manto funeral tendiendo,
Al guerrero finó que sin mancilla
Sustentó los pendones de Castilla.
Y Cuba le contempla desolada
Bajar inerte á la profunda fosa;
Cual suele al silvo de tormenta airada
Caer marchita la fragante rosa,
O del súbito rayo arrebatada
Pierde la palma su corona hojosa;
Dejando al campo sin su flor divina,
Y sin su reina al prado y la colina.
Su alma voló cual ráudo meteoro
Á la mansión del Sér Omnipotente;
Mas nó de sus acciones el tesoro
La oscura tumba guardará inclemente,
Su nombre grabará con signos de oro
Veráz la historia, y el laurel luciente
Que á sus sienes ciñera la victoria
Jamás saldrá del templo de la gloria. (11)

UNA LÁGRIMA.

En la tumba del Sr Francisco Jimenez.

Lugar tétrico y sagrado,
Fin de las humanas dichas,
Que á contemplar viene el bueno,
Y dó el criminal se humilla,
¡Oh campo! yo te saludo
Con aquella voz sumisa
Y el santo recogimiento
Que tu soledad me inspira.
Y tú, mortal venturoso,
Que en el alto Empíreo habitas,
Deja que viertan mis ojos
Tierno llanto en tus cenizas.
No vengo á insultar tus manes
Ni á echarte mármol encima,
Que al que fué justo viviendo,
Le sobra su virtud misma.
¡Cuántos que vivieron mónstruos,
Efigies dejaron ricas...!
Los imbéciles presumen
Que el mármol inmortaliza...
¡Oh furor de los perversos...!
Aun despues de muertos lidian
Por oprimir á la tierra
Con su maldad inaudita;
Mas cuando la final trompa
Del mundo sobre las ruinas
Hiriendo el aire, tres veces
«¡Muertos, á juicio...!» repita;
Ante el Juez Supremo entónces
No valdrán soberbias piras
Para encubrir el horror
De sus bárbaras perfidias.
¡Con pomposas inscripciones
En oro y bronce esculpidas,
Que sólo poder arguyen,
Retorna el hombre á la vida...!
¡Dó están los héroes que al mármol
Trasladó el cincel de Fidias?
¡Dónde los dioses de Grecia,
Ménfis, Cartago y Palmira!
Todo pereció! mas vive
Aún el eco de las liras
Conque Virgilio y Homero
Cantaron glorias divinas.
Las canciones de un poeta
Conserva el tiempo y admira;
Miéntras mármol bronce y oro
Con sus plantas pulveriza;
Y las lágrimas del vate
Cabe la losa vertidas,
Como del alba las perlas
Renuévanse á cada día.
Recibe pues, muda losa,
Aquestas lágrimas mias,
Que mi hondo pesar recuerden
En tanto que el orbe exista.
El honor era tu astro,
La virtud fué tu divisa,
Tu estandarte la razón,
Y tu deidad la justicia.
¡Salve! tumba venerada,
¡Salud! inertes cenizas,
¡Adiós! y acoged el llanto
Del vate que nos visita:
Así jamás os remuevan
Manos profanas é impías,
Ni más que vosotras duren
Las pirámides egipcias.

EL LLANTO DE DESPEDIDA.

24 de Octubre.

Adiós por siempre, dulce Fela mía,
Mi bien, mi corazón, mi amor, mi cielo:
Fué un tiempo en que solía
Decírtelo con harto desconsuelo
Para tornar á verte al otro día.
Mas ahora ¡dura estrella!

Ni apriétasme la mano al despedirme,
Ni de tu boca bella
Recibo el beso amante,
Ni tu amoroso pecho palpitante
Estrechar puedo con afables brazos,
Ni tus gracias divinas
Consuelan mi pesar y mi amargura;
¡Ay cómo vuela el tiempo de ventura!
Voló ya la alegría
Que un tiempo fué mi gloria,
Y una triste memoria
Me dejas ¡ay! amor.
No más la prenda mía,
Mi prometida esposa,
Me halagará amorosa
Calmando mi dolor.
La peste destructora
En los antros del Tártaro abortada
Por furias infernales
Con saña asoladora
Para asombro y dolor de los mortales;
Esa cruel, homicida,
Bárbara, injusta, inexorable y fiera
Con ímpetu tenaz cortó la vida
De mi cándida y linda compañera.
Ya para mí no hay gloria,
Todo mi bien llevóselo la muerte;
Triste recuerdo la fatal memoria
Píntame sólo de mi adversa suerte;
Pues la pasada historia
Paréceme ilusión corrida en sueño,
Y despertando del letal beleño
Al golpe de la Parca furibundo,
Atónito y lloroso considero,
Que cual brilla el relámpago lijero
«Así pasan las glorias de este mundo.»
Cual fresca rosa en Mayo,
No bien brilla argentada,
Cuando cae deshojada
Del bárbaro Aquilón;
Así súbito rayo
De la Parca homicida,
Cayó en su cara vida
Y abrió mi corazón.
¿Quién podrá consolar mi aguda pena
Cada vez que á mi vista dolorida
Parezca objeto alguno que recuerde
La ante-gloriosa vida
Que al dulce acento de mi prenda amada
Gocé...? mas ¿qué gocé? no gocé nada:

Esperanzas no más, nunca contentos,
Y si algunos instantes de alegría
Hurtarle pude á los sañudos hados,
¿Pueden con el dolor ser comparados
Que siente en este trance el alma mía?
Nada respeta la segur airada
De la muerte cruel: ni la hermosura,
Ni la virtud preciada;
Todo lo hunde en la tiniebla oscura
Eterna é insondable,
Que sólo al tiempo descubrir es dable
Por más que el hombre escudriñar procura.
¡Veinte y cuatro de Octubre! núnca, núnca
Pasarás sin que llore el alma mía
Con tanta exaltación cual otro tiempo...
«¡Tiempo dichoso cuando Dios quería!»
Me llenabas de júbilo y de gozo
Y de tierno placer y de alborozo,
Por ser de Fela el venturoso día.
  Ya más no podré verte tan hermosa,
Cual la aurora risueña,
Y con faz halagüeña
Danzar al són del arpa sonorosa;
Ni brindar expresiva
Por la salud de tu adorado amante,
Y en tono alegre, con gentil semblante
Repetir inocente: ¡Viva! ¡Viva!
  Empero, ¡día precioso!
Un velo tengo como el alma hermoso
De nevado color ¡Ay...! este velo...!
Era muy estimado de mi amada;
Él adornó la frente de su cielo,
Que serena cual luna en madrugada
Llenaba de luz pura
Prados y valles en la noche oscura;
Y una simple sortija
Sin otro adorno raro
Que un corazón dó la verdad se fija.
¡Recuerdo harto precioso!
Y una y mil veces para mí más caro
Que el gran diamante del Brasil famoso.
  Estas dos prendas guardaré amoroso,
Y cuando en medio del otoño vuelvas,
Melancólico, tardo y perezoso,
De Cuba fértil por las anchas selvas,
Tomárelas llorando,
Y pasaré cercado de dolores
Al sepulcro de aquella
Que aun muerta vivo amando,
Y regaré con lágrimas y flores
La tumba dó reposan mis amores.

Luego que torne á mi morada triste,
Cabe la mesa, purpurina rosa
Pondré, y el mirto verde
Como corona con que amor se viste,
Porque su vista hermosa
La imágen adorada me recuerde.
A la derecha añadiré un cubierto,
Y una silla de adelfas adornada:
Ella estará sin duda allí sentada,
Y la diré que para mí no ha muerto.
Y cuando el negro manto
Tienda la noche oscura,
¿Dónde hallaré ventura
Que temple mi aflicción?
¿Quién á mi amargo llanto
Querrá prestar consuelo?
Sol, tierra, mar y cielo,
Sentid mi confusión.
No ha muerto, y es verdad: miéntras yo viva
Existe intacto mi querer constante.
El cuerpo es sólo inútil perspectiva
Para el ávido amante;
Las almas generosas
Amanse solamente por amarse,
Y aun después de la vida son dichosas.
¿Pues qué? dos invariables pensamientos,
Que en secreto su afecto adivinaron,
Y un eterno querer se consagraron
Aun ántes de decirse sus intentos,
Dos almas que formó naturaleza
Iguales, aunque en sexo diferentes,
Dotadas de simpática terneza
Y con extremo ardientes,
Que á pesar del disfraz que las cubriera
De la figura humana,
Siempre se hablaron la verdad sincera.
Libres ya de esta forma engañadora
En la region donde el Eterno mora,
¿Podrán dejar de verse?
Y si hay resurrección, cual asegura
Del Evangelio Santo la Escritura,
¿Podrán ¡oh Dios! dejar de conocerse?
Nó, no es posible que la cruda muerte
Desfigure de Dios la semejanza:
Cristiano soy, y vivo en la confianza
De morir, y tornar por siempre á verte.
Pero en tanto que llega
Momento tan dichoso,
No puedo hallar reposo
Sin escuchar tu voz:

Mi amor, en llanto riega
Tu ya cadáver frio,
Adiós, corazón mio,
Adiós por siempre... Adiós.

A P. G.

En la muerte de Fela.

Bajo esta seiba sombría,
Sobre la mullida grama
En que otro tiempo solía
Brillar mi amorosa llama
Pura cuando Dios quería;
Aquí, donde pasé ufano
Múchas mañanas de estío,
Siestas de invierno tirano,
Las tardes de otoño umbrío,
Y las noches de verano:
Aquí, estimado Pilar,
Como amigo verdadero,
En lúgubre lamentar,
Que me acompañes, espero,
Mis desdichas á llorar.
Yá murió! yá murió, sí,
La-fé que el mundo envidió,
La estrella con que nací,
¡Ay! yo la ví que espiró...
Yá murió... ¡triste de mí!
Ya los pájaros cantores
No darán músicas bellas,
Ni danzarán los pastores,
Ni el cielo vestirá estrellas,
Ni la Primavera flores.
Ni los simples tomeguines
Vendrán por vella en la fuente;
Ni ella al verme en los jardines
Orlará grata mi frente
De claveles y jazmines.
Aquella púrpura fuerte
De sus labios; la belleza
De sus ojos que por suerte
Encendió naturaleza,
¡Ya es despojo de la muerte!
Aquella frente agraciada,
En cuya forma hechicera
Tuvo el placer su morada,
Tornó á lo mismo que era
Antes de ser engendrada.
Pero la pasión crecida
Que Fela me profesó,
Esa sí que la atrevida
Muerte no la arrebató,
Pues que me dejó con vida.
Aunque no con vida entera
Faltando el bien de mi gloria;
Mas con tu amistad sincera
Aguardo que su memoria
No tan facilmente muera.
Yo sé, Pilar, cuanto hacías
En obsequio de mi amada,
Y que amistad le tenías,
Y algo más; pero así en nada
Mi honor ni el tuyo ofendías.
Por ser cosa natural,
Que unánimes dos estén,
Y no porque en caso tal
Quisieras tú á Fela bien,
Debo yo quererte mal.
Antes al contrario, opino
Que por la amistad llevado
Y el amor á tal destino,
De dos causas impulsado
Será tu llanto más fino.
Nuestra situación retrata
Dos cazadores, que en vano
Corren para ver quien mata
La paloma, y un milano
A sus ojos la arrebata.
Solo una pluma dejó;
Córtala y mójala en hiel,
Y acuérdame que murió,
Porque el milano cruel
De la parca, la robó.
Y llórame, que llorando
Quedó al pié del grueso tronco,
Y á lo lejos resonando
Está el mar con ruido ronco,
Y los truenos estallando.
Y en la inclemencia del cielo,
Cercado le oscuridad,
Tornada la sangre en yelo,
Solo podrá tu amistad
Aliviar mi desconsuelo.

LA ESTRELLA DEL SEPULCRO.

En la muerte del S.r Juan Ignacio Rendon.

Hombre justo, juez recto, padre honrado
Desde el empíreo sacro-santo asiento
Acoje grato el lastimero acento
Que con plectro de adelfas coronado
Alza mi musa á la región del viento.
Otros, más poderosos,
Inscribirán en tu marmórea tumba
Tus hechos generosos,
Y esparciendo podrán fragantes flores
Mostrar en luto al mundo su quebranto,
Y dar tambien á tu saber loores,
Y doloroso llanto;
Pero inmortalidad, sólo mi canto.
La plateada Luna
Hija de las regiones del Oriente
Que el ocaso del Sol tiene por cuna,
Se ocultaba en las nubes del poniente;
Cuando yo de tristeza poseído
Dando pasos inciertos
Vagaba solo, errante y sin sentido,
Por la mansión callada de los muertos.
No bien había al Dios Omnipotente
Hecho mi sacrificio,
Y dirijido mi oración ferviente,
Cuando una *estrella* pura y refulgente
Sobre el sepulcro apareció de *Ignacio.*
Luego á mi vista descorrióse el velo
Que el misterioso arcano me encubría,
Midió veloz el dilatado espacio
Sutil paloma, blanca cual la nieve,
Hasta tocar un globo de topacio
Que divinos fulgores esparcía
En su rápido vuelo,
Y la noche tornaba en claro día:
Era su alma que volaba al cielo.
Deudos que lamentais al justo *Agnicio,*
Caros amigos que llorais su suerte,
De la virtud el astro le es propicio;
Templad un tanto vuestra amarga pena,
Él vive en Dios, y para Dios no hay muerte.
Y tú, su *casta esposa*, y *compañera*
De su envidiable y fortunada vida,
Si á mi débil acento dado fuera

El cáliz endulzar de tu amargura;
Dijérate, que ha sido su carrera
Como la linfa de una fuente pura
Que nace en lecho de purpúreas rosas,
Y en tumba de clavel á morir viene
Sin que el viento la turbe ó desordene,
Ni la infesten serpientes venenosas.
Calma el pesar, conserva su memoria,
Él por mi voz te incita.
¿Y tu dolor no cesa al ver que habita
El alcázar celeste de la gloria?
Depon contra el destino la querella,
Que el que viviendo fuera tu alegría,
Desde los bordes de la tumba fría
La luz de su virtud será tu estrella.

EL LLANTO DE LA AMISTAD.

En la tumba del S.r José María Otero.

Deten, deten la inexorable mano,
Ni así descargues tu segur impía,
Parca alevosa, en este buen cubano
Gala y ornato de la patria mía,
Y si sediento tu furor insano
De víctimas está, si es que una vida
Basta á satisfacer tu horrible saña,
Ven y ceba en mi cuello tu guadaña.
Tal en las horas de la noche umbría
En que á mi amigo arrebató la muerte,
Acusando al destino
Yo con doliente acento
Agudos ayes entregaba al viento.
Cuando en fúlgida nube
De ciprés y jazmines coronada
La frente celestial, bello querube
Ráudo bajando desde el alto cielo
A mi vista parece magestuoso.
—«Yo soy, dice, la muerte de los buenos
¿Mi tranquila presencia no te alegra?
¡Ay! serena tu ardiente fantasía,
La muerte de los justos no es sombría.
Píntese así la del feroz tirano,
La del horrendo y bárbaro asesino
Que cercados de vil remordimiento
Rabiosos lanzan el postrer aliento;
Mas el hora postrera de tu amigo,
Hora que le trasmite á la memoria,

Desenlace brillante de su historia,
De su honor perenal conservadora,
¿Porqué tan grande hora
Cubrir de méngua y de baldón se quiere?
¡Harto sabeis que cuanto nace muere!
La patria de los justos, es la gloria;
¿Y cuando llega el término divino
Que de mundanos vicios la recata,
La Omnipotencia acusaréis de ingrata
Que le lleva tan puro como vino?
Ojalá que como él finasen todos,
No hubiera tantos séres desgraciados,
Ni tantos miserables oprimidos!
Si todos sois para morir creados
Y es un incierto préstamo la vida;
¿Cuándo pagais la deuda contraida,
Por eso habeis de importunar los hados? (12)
  Justo será que su ceniza fría
Reguéis con gotas de amistoso llanto,
Y cantadle si sois hijos del canto;
Mas no es razón que me acuséis de impía.
Si quereis presentarle digna ofrenda,
Imitad su virtud, seguid su ejemplo,
Por todo el orbe su candor se extienda,
Y este será de su memoria el templo.»
Dijo así el querubin, miróme atento
Y voló más veloz que el ráudo viento.
  De sagrado fervor sobrecojido
Yo contemplaba tu cadáver yerto,
Y al mirarte caer al fondo abierto
De la tierra postrera del olvido
¡Adiós, adiós...! y para siempre, amigo;
Adiós te queda en el sepulcro triste,
Que ya de luto el corazón se viste
El mismo que testigo
Fuera de tus virtudes venturosas,
Y en horas deliciosas
La copa del placer gustó contigo.
  Feliz quien vivo á la virtud adore
Con tal que nunca á la maldad sucumba,
Y más feliz, si en su modesta tumba,
Halla un amigo que le cante y llore.
¡Ay! perdona si turbo tu reposo,
Elísea sombra de mi amigo amado,
Padre perfecto, inimitable esposo,
Y aunque doy llanto á tu sepulcro helado,
Más te quiero en la tumba virtuoso,
Que mísero en la tumba y desgraciado.

EL LIRIO.

A la memoria del S.r Angel Laborde.

Sombra querida del caudillo ilustre,
Gloria y honor de la Marina hispana,
En cuyo ocaso vierte entristecida
Copioso llanto la inocente Habana;
Recibe ahora en tu postrer morada
Esta flor que en tu fúnebre corona
Coloca un hijo de la ardiente zona
Como prenda de amor inmaculada.
No la ofrezco á tus triunfos militares,
Que mi plácido acento,
Perfumado de rosas y azahares
Que son de Cuba eterno monumento,
Y nacido entre piñas y palmares
Con que Almendar sus ninfas enagena,
Nunca entre horror y mortandad resuena. (13)
Bríndola solamente á las virtudes
Con que le plugo al cielo coronarte,
Muy mas gratos al siglo diez y nueve
Que las hazañas del sangriento Marte.
La Parca, inseparable compañera
Del tiempo asolador por él traida,
El aliento vital, con mano fiera
Cortó cruel de tan gloriosa vida;
Mas tu nombre la historia ya esculpiera
Con áurea pluma á tu bondad debida,
Que quien tan altos beneficios vierte,
Baja á la tumba y triunfa de la muerte.
¿Cuál mísero indigente,
Qué artesano industrioso,
Qué padre de familia,
O qué proscripto de su pátria ausente
A tí llegó solícito y quejoso,
Que no le remediases generoso?
Cuando sus negras alas pavorosas
El mortífero Cólera tendiendo,
Las campiñas frondosas
De luto, estrago y de dolor cubriendo
Las villas y ciudades asolaba,
A no ser por tu impávido desvelo
Y tu noble franqueza, ¡cuántos tristes
Hubieran muerto sin hallar consuelo...!
Laborde generoso, de alma pía,
Jamás te olvidará la pátria mía:

El verde campo y la marmórea losa
Con puro llanto de dolor inunda,
Y oye una voz que baja misteriosa,
Del alto cielo por el aire vano.
—«Adiós, amigo del solaz cubano»
Yo triste, en tanto que mi pátria llora,
Tu sacro nombre eternizar espero,
Brindando grato á tu alma bienhechora
El blanquísimo *Lirio San Juanero.*
Su albo cáliz retrata tu pureza,
Su delicado ámbar, su dulzura,
Y del fecundo tallo, en la verdura,
Tu virtud, tu talento y grandeza.
Su aroma al cielo en tu demanda suba,
Y al doliente sonar del pecho mío
Respíralo feliz, y acoge pío
El puro llanto de la noble Cuba.

EL CIPRÉS.

Duelo de la amistad, en la muerte del S.r G. O.

¡Imponente silencio de las tumbas!
Tu tétrica expresión presta á mi lira,
Calme tu aspecto mi pesar vehemente,
Y el viudo sauce que el dolor inspira
Ciña tu impulso mi afligida frente.
Que no sin causa el corazón suspira
Al ronco son de cítara doliente,
Cuando el hado enemigo,
Acompañado de la horrible Parca,
Con nuevos golpes mis desdichas marca
En la existencia del mejor amigo.
Aun no he pasado de mi edad florida,
Y ya mis años cuento por mis penas:
¿Qué pues me queda para amar la vida?
Lúgubres horas de tormento llenas.
Pasó ya el tiempo juvenil dichoso
En que entregado á los pueriles juegos
Nunca llorara de pesar quejoso:
Si algun deudo espiraba,
Sin pensar más en él me consolaba;
Pero ¡ay de mí! que entónces no sabía
Sentir el bien que por mi mal perdía.
Cual suele de los Alpes desprendida
Porción sutil de transparente yelo
Ensanchar su tamaño en la caida,
Y en forma colosal bajar al suelo;
Tal, el gérmen del mal es en la vida

Del hombre desgraciado,
Prosíguele el pesar desde la cuna;
Crece su cuerpo, crece su cuidado
Donde por suerte algun alivio alcanza,
Se disuelven sus planes infelices
Perece el talisman de su esperanza,
Y aun aquellos que más le favorecen
Por colmo de su mal tambien perecen.
Mas no perece la virtud divina,
Sublime y santa emanación del cielo,
Luz que al mortal impávido encamina,
Y hace que suba con serena frente,
Y llegue en ráudo vuelo
Hasta el trono del Dios Omnipotente.
Así ¡oh Gabriel! tu alma
Volando á la mansión del Sér Eterno
Goza en el cielo la divina palma
Negada á los perversos,
Que el almo Dios con gusto,
Solamente concede al que fué justo.
Fué tu muerte y tu vida
En quietud y reposo parecida,
Viviste como el Sol, luciente y puro,
De tu bondad y tu virtud seguro,
Y tornaste á la nada felizmente
Cual despues de su curso el régio astro
Se sepulta en los mares de Occidente
Tras sí dejando esplendoroso rastro.
De fúnebres adelfas coronada
Cabe tu losa fría,
Con mudo acento llora destemplada
La lira de oro que pulsaste un día.
Cercados de suspiros y dolores
Llegan á tu sepulcro tus amigos
Y en él derraman amorosas flores.
Yo, sólo un ramo de ciprés sombrío
Puedo sembrar en tanto,
Y regar con las gotas de mi llanto
Su rudo tronco y tu cadáver frío.
Queda, verde ciprés, queda plantado
Sobre la fosa de Gabriel querido,
Y este epitafio dejaré grabado
Para memoria de mi bien perdido.
—«Aquí yace un mortal que fué estimado
«Por piadoso do quiera que ha existido:
«Ya la tierra sus restos ha cubierto,
«Mas su honradéz y su virtud no han muerto.»

EN LA MUERTE DE G. DE C.

Genio de la amistad pura
Que en el alto Empíreo estás,
Cuyo sacro fuego, más
Que el oro y la vida dura;
La copa de la amargura
Con tu protección y abrigo
Veré si apurar consigo,
Para verter con ardor
Llanto de pena y dolor
En la tumba de un amigo.
¡Oh si fuera tal mi suerte
Que con lúgubres gemidos
Ablandara los oidos
De la inexorable muerte!
Pero en vano el polvo inerte
Quiere el llanto resarcir,
No retornará á vivir;
Pues sé con harto pesar,
Que no vuelve á respirar
Lo que deja de existir.
Ví un niño, por diversión
Formar un globillo astuto,
Introduciendo un canuto
En misto de agua y jabon;
Del Iris la variación
En sus colores denota,
Y cuando de su derrota
Tocaba al mayor aumento,
Sutil ráfaga de viento
Lo convirtió en leve gota.
Este globillo lucido,
Tan bello cual desgraciado,
Como fué de agua formado
Quedó en ella convertido;
Así el hombre divertido
Sigue la siembra dorada
De bien ó de mal sembrada
Que le prepara la suerte,
Y en nada al fin se convierte,
Porque nació de la nada.
¿Veis cuando la Primavera
Engalanando el Abril,
De ámbares y flores mil
Enriquece la pradera,
Y horrible borrasca fiera
Viene de opuestos confines
Destrozando los jazmines
Y rosas, que en horizontes
Fueron pompa de los montes,
Y adornos de los jardines?
Así su frente amistosa
Mostró Gerino cabal,
Integro, franco y social,
Cual la Primavera hermosa;
Cuando la Parca alevosa
Como horrenda tempestad,
Sepultó en la eternidad
Al que fué por su virtud
Jazmin de la juventud,
Y rosa de la amistad.
No yá las ninfas decoran
Sus rostros con azucenas,
Porque sumidas en penas
Tu ocaso infelice lloran:
De pesares se devoran,
Quéjanse á la adversa suerte,
Y la tristeza más fuerte
Las tiene en fiera agonía
Desde aquel tremendo día
Que te arrebató la muerte.
Ni yá las flores porfían
Vertiendo ámbares suaves,
Ni al alba cantan las aves
Parleras, como solían.
Los cielos que ántes reían
Esparciendo perlas bellas,
Vierten nubladas querellas
Con que al claro Sol engañan,
Y densas nubes empañan
El brillo de las estrellas.
Los arroyuelos y fuentes,
Como sintiendo mis males
Llevan mudos los raudales
De sus límpidas corrientes;
Y por cáuces diferentes
De los antíguos, girando,
Van corriendo y murmurando,
Porque en amargos despojos,
Vén como ríos mis ojos
Eternamente llorando.

¡Y porqué el hombre se afana!
Solo contemplando estoy.
¿Sabe él cuando duerme hoy
Si despertará mañana?
Fantasma engañosa y vana,
Rayo veloz, pasagero,
Meteoro de luz ligero,
Informe copo de espuma,
Y polvo y nada, es en suma
Lo que encierra el mundo entero.
Sólo la pura amistad,
Elevando sus acentos,
Hace llegar sus lamentos
Hasta la posteridad:
Ella, de inmortalidad
Es acreedora en la historia,
Por lo que con fé notoria
Yo tu nombre á inscribir llego,
Con caractéres de fuego
En el templo de memoria.
Quizá de mi muerte el día
Habrá una alma generosa
Que riegue llanto en mi losa
Como yo en tu tumba fría:
En tanto que el alma mía
Con toda sinceridad,
A impulsos de la amistad
Que nos uniera á los dos,
Te envía el postrer adiós
Por toda la eternidad.

A UNA VIRGEN MUERTA.

(5 de Enero de 1839).

¿Es el mundo un jardin de alegres flores
En que vuelan los justos como amores
Para sus bellos cálices libar?
¿Será nuestro existir dulce beleño?
¿De fantasmas y sombras será sueño?
¿Será tal vez de lágrimas un mar
En que surca la nave de la vida,
Teniendo, por borrascas combatida,
Al puerto de las tumbas que arribar?
La tumba es el puerto, la nave es la vida
Que al templo nos lleva de la eternidad.
¡Ay de la que llega con presta corrida
Cual ésta, infelice...! Mortales, mirad
En fúnebre lecho de llanto y tristura,
Como en seco polvo marchito alelí,
Mirad sin aliento la vírgen más pura
De cuantas ha visto brillar Yumurí.
Al verla se desconsuelan
Los que adoran su virtud,
Aún sus gracias se revelan,
Y castos amores vuelan
En torno de su ataud.
Llora el bardo, y tristemente
Su canto de muerte entona:
Cándida palma fulgente
Orna su mano, y su frente
Ciñe divinal corona.

Duerme en la tumba,
Duerme feliz,
Vírgen sagrada
Del Yumurí.
Desde la gloria
Que habitas, sí,
Baja tu frente
De albo jazmin,
Y tu mirada
De serafin,
Más que el Sol clara
Sobre el zenit,
Fíjala, bella,
Fíjala en mí:
En este amigo,
Triste, infeliz,
Que fiel derrama
Lágrimas mil,
Y sin consuelo
Llora por tí.
Cual puro lirio
Nacer te ví,
Y cual temprana
Rosa, morir.
¡Ay! para siempre
Yá te perdí;
Mas no te inquietes
Por mi sentir.
Duerme en la tumba,
Duerme feliz,
Vírgen sagrada
Del Yumurí.

Y en tanto que cubre la fúnebre losa
Tan tierna belleza, tan rara virtud,
Escucha, doncella, mi voz querellosa,
Y el eco que vierte mi triste laud.
Y sonrie á la voz de un amigo,
Que quisiérate al mundo tornar,
O bajar al sepulcro contigo,
O contigo en la gloria morar.

LAS FLORES DEL SEPULCRO.

En la prematura muerte de mi más cara amiga María de las Mercedes Socarras.

(Agosto 10 de 1838).

... Encuentra uno el amigo con quien quisiera pasar su vida, y al momento la suerte los aleja. Descubre uno el corazón, que buscaba, la víspera del dia en que dejará de latir.

CHATEAUBRIAND.

Ven, clavel amarillo de los muertos,
Ven á ceñir mi funeral laud,
Para cantar á los despojos yertos,
De amistad, de inocencia y de virtud.
No ya mis ecos plácidos ¡oh brisa!
Del San Juan por las ondas regarás:
Puede tal vez bañar fugaz sonrisa
Mi rostro, sí; mi corazón, jamás.

¡Jamás! ¿Para qué buscar
Distracción en el placer?
¿Para nuevamente amar?
¿Para tornar á perder?
¿Para volver á llorar?
Será mi festin mayor
Un campo de soledad,
Un recuerdo de dolor,
Un suspiro de amistad,
Y una lágrima de amor.

Si hay un divino placer
Que del penar nos escuda
Con infalible poder
Sobre la tierra es sin duda
La amistad de una muger.

Este afecto puro y fiel
Coloca el cielo entre dos,
Y hay con exacto nivel
Tanto espacio de él á Dios
Como desde el hombre á él.

Cuál me burlaste ¡oh amistad querida?
Pues logro apenas tu candor gustar,
Vaste á la Gloria, y déjasme en la vida
La triste herencia del cruél llorar.

¡Llorar...! ¡siempre llorar! ¿qué, á eterno llanto
Habré nacido condenado yo?
¿Cual humo, el tiempo del gozoso encanto
Ya para mi voló?

¿Será mi pecho de insensible risco?
¿Nunca espirar de pena lograré?
¿Tengo yo corazón de basilisco,
Que mata cuanto vé?

Probé un amor, del alma por fortuna;
Partió presta á los campos del Edén:
Brindo amistad de corazón á una
Y en la flor muere de su edad tambien.

Ya ¿qué es el mundo para mí? un vacío
Sin terso azul, sin astro brillador;
Páramo yermo en la mitad de Estío
Sin verde planta ni aromosa flor.

Perdí mi amor, y en la amistad consuelo
Sólo hallar pudo tan fatal dolor;
Pierdo amistad, ¿y en este triste suelo,
Qué es un mortal sin amistad ni amor?

De dos vivientes que el Eterno inspira
A volar juntos de la dicha en pos,
El que primero por su bien espira
Es el más venturoso de los dos.

Aquél, en cambio de su estrella dura
Mirando muere lo que siempre amó,
Aquél tendrá quien en la noche oscura
Llore en su losa; pero el otro, nó.

Ya para siempre, al cielo en ráudo giro
Voló la amiga que aprecié mejor.
¿Quién á mi muerte exhalará un suspiro?
¿Nadie en mi tumba dejará una flor?

Tengo presente, amiga encantadora,
La vez postrera que el adiós te dí,
Grabado en mi alma cual si fuese ahora...
¡Qué adiós! Jamás se apartará de mí.

Era noche: tu albergue esclarecía
Débil fulgor de lumbre artificial;
Cual suele iluminar gruta sombría
Pálida luz de antorcha funeral.

Gruesa lluvia la atmósfera lanzaba,

Sentíase el viento con furor mugir.
Y aún tu tétrica vista me anunciaba,
Siniestro augurio al tiempo de partir.
— Adiós...» «Adiós...» Dijimos, y corriendo
En alas de la horrenda tempestad,
Cruzó el eco los aires, repitiendo
¡Adiós...! ¡Adiós...! hasta la eternidad!
Trance es amargo, cuando á mundo ignoto
Aquel que amamos para siempre vá;
Quédanos un consuelo harto remoto,
Y es:—¡La esperanza de encontrarlo allá!
¡Allá...! Por fuerza, inspiración divina
Con eco mudo el corazón me advierte,
Que mi alma es como Dios, eterna y fuerte,
Que á su morada celestial camina:
Y que mi cuerpo es sólo peregrina
Arca de barro que se dá á la muerte,
Tributo de esta vida transitoria
Con que abriéndonos paso por la tumba
Volamos á la senda de la Gloria.
¡Ay de vosotros, míseros impíos,
Si de vuestros placeres la esperanza
Es tan pobre y mezquina, que no alcanza
Nada á través de los sepulcros fríos!
¡Religión de mis padres, sacrosanta!
Yo te bendigo cada vez que á oriente
El luminar inmenso se levanta;
Y siempre que se oculta en occidente,
Mi humilde voz tu omnipotencia canta.
¿Y cómo no cantar? por tí en el cielo,
Por tí confío, Religión sagrada,
Verla bajar en grupo de querubes
De cándidos jazmines coronada,
Alzarme leda entre brillantes nubes
Del alto Empíreo á la eternal morada,
Ráuda salvar las diamantinas puertas
De par en par á la virtud abiertas,
Y postrada ante el sol de la justicia,
Cuya bondad propicia
Nunca el oido al inocente cierra,
Grata exclamar uniéndose conmigo:
—«Hé aquí, Rey de Israel, mi único amigo,
El solo sér que me lloró en la tierra,
El que me idolatró, sin el quebranto
De profanos amores,
El que á mi ocaso alzó fúnebre canto,
Mi oscura tumba eternizó con llanto,
Y mi sepulcro embelleció con flores.
Dignaos, Señor, por vuestro trono inmenso
Concedernos el don que os demandamos,

Que os alabemos juntos, y ofrezcamos
A vuestra Augusta Magestad incienso.»
Tal paréceme oirla. El infinito,
Grato concede á sus plegarias puras,
Ella, lanzando penetrante grito,
Dice por celebrar nuestras venturas:
—«¡Gloria al Rey de Israel en las alturas!»
Y contestan los ángeles:—«¡Victoria;
«Vuestra suma bondad males destierra,
«Por eso están los cielos y la tierra
«Rebosando, Señor, en vuestra gloria!»

Pero en tanto que ese día
Se acerca de mi ventura,
Que duerma en la huesa fría
Amaneciendo á su pura
Lumbre de paz y alegría;
Deja que en flores ¡oh amiga!
Tu triste tumba decore,
Porque quien verla consiga,
Tu temprana muerte llore
Y mi inspiración bendiga.
No temas que al fin estén
En ningun tiempo marchitas:
Prodújolas el Edén,
Y si tú en el cielo habitas,
De allá son ellas tambien.

Del jardin divino son,
Sitio encantador y ameno,
Donde no hay murmuración,
Ni vén ojos de veneno,
Ni hablan lénguas de escorpión.
Entre cielo y tierra, un día
Jehová un angel colocó:
De allí jamás se desvía,
Nunca el tiempo le tocó:
Llámase «la Poesía.»
De un vate á los cantos bellos
Los siglos no le hacen mal,
Por que son de Dios destellos,
Y el tiempo cruza por ellos
Como el Sol por un cristal.

Padrones gloriosos de eternas verdades,
De Hermon ¡oh colina! puertas de Salen,
Del Líbano bosques, cipreses de *Cades*,
Pozo del desierto, gruta de Belen;
Haced que con flores de grata verdura,
La *estrecha morada* cubrir pueda yo,
Dó yace marchita la rosa más pura,
De cuantas ha visto nacer Jericó.
Muertos, si en la noche sentís un poeta
Que vaga en las tumbas, atentos oid;
Oiréisle los salmos cantar del Profeta,
Y el arpa sus manos pulsar de David;
Su frente las palmas ceñir de Idumea,
Girar en su torno Saul y Abrahan,
Laureles en Cuba plantar de Judea,
Y el agua en sus ojos correr del Jordan.
Veneranda tierra, sepultura santa,
Que estáis á la diestra del limpio San Juan (14)
Por cuyo poniente su testa levanta
De cañas vestida la cumbre del Pan;
No altere tu calma mi triste querella,
Mis ayes no agiten tu eterna quietud,
Tus sacras relíquias no oprima mi huella,
Ni sones profanos te dé mi laud.

No quiero, sepulcro, que estés solitario,
Deja que en tí plante mi fiel corazón
Los nardos y lirios del Santo Calvario,
La oliva sagrada del Monte Sion.
Este árbol frondoso, precoz y sombrío,
Por mí te defienda del aire boreal,
Y su almo ramaje te pare en Estío
Los rayos ardientes del sol tropical.
Cubiertas las formas de místico velo,
Con voces más dulces que un bardo de Erin,
En urna de nacar me trajo del cielo,
Divinas simientes veloz querubin.
—«Si quieres al mundo legar mi memoria,
«Con estéril llanto no me cubras, no;
«Adorna mi tumba con flores de gloria.»
Dijo, y al Empireo volando tornó.
Y es ella ¡oh sepulcro! sus voces sencillas
Me ordenan hacerte funéreo jardin.
Iréte sembrando celestes semillas:
De aquí, de mi pecho, saldrá la del fin.
Aquestas primeras que vierto preciosas
Son tristes jacintos de negro color,
Albas siempre-vivas, y nitidas rosas,
Emblemas de luto firmeza y candor.
Nevados jazmines del Santo Carmelo,
Imágenes puras del bien que perdí,
Cubridla; ¡quién sabe si este mismo suelo
Será en breve, lecho mortal para mí!
¡Quién sabe si antes que venga la aurora
A lloveros perlas, frescor y salud,
Darán las campanas mi póstuma hora,
Y ni habrá quien cargue mi pobre ataud.

Pero vosotras ¡oh flores!
Cuando me veais llegar
Revuelto en sábana inmunda
Como muerto de hospital,
Perfumaréis el cadaver
De éste que os supo sembrar,
De éste que os ha dado vida
Donde murió su amistad;
Y con el fresco rocio
Que el alba serena os dá
Al sacudiros la brisa,
Bañareis leda mi faz;
No permitais que en mi tumba
Llegue un profano á pisar,
Porque de este corazón
Un árbol veréis brotar
Con tronco celeste y hojas
De color de verde mar;
Seis flores dará por año
Moradas, y en cada cual
De los siguientes, un verso
Con letras de oro, dirá:
«Aquí, vecino á su amiga,
«Descansa Plácido en paz:
«Tres cosas (después de Dios)
«Mentó al punto de espirar:
«La memoria de su Fela,
«Merced y la Eternidad.»

AL S.R BUENAVENTURA ROMERO

en la muerte de su Hijo.

«... ¡Vés? tu desgracia
Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida.»
MARTINEZ DE LA ROSA.

Vástago tierno de mi caro amigo,
De su madura edad dulce esperanza,
Goza en el cielo buenaventuranza
Y la paz del sepulcro sea contigo.
¡Dichoso aquel que súbita dolencia
Arrebata en la cuna,
Y sin escarnio ser de la fortuna,
Cediendo de la parca á la violencia,
Vuela su alma á la eternal morada,
Torna su cuerpo al centro de la nada,
Y se lleva á la tumba su inocencia!
¿Qué es la inocencia? Un ángel que se mece
Cabe un ramo pendiente al precipicio,
Y cuando airado el Noto se enfurece,
Rueda á los antros hórridos del vicio,
O volando á la gloria desparece.
¿Y no más vale, padre cariñoso,
Ver al fruto feliz de tus entrañas,
Antes muerto mil veces que vicioso?
Dirásme que sin duda virtuoso
Iba á ser con tu ejemplo; ¡cuál te engañas...!
Te ciega la pasión. Hermosa fruta
Suele al centro esconder de su semilla
Venenosa cicuta;
Y en una vírgen que hoy modesta brilla,
Se vé mañana que su honor mancilla,
Meretriz degradada y disoluta.
¿Sabes tú si ese hijo que adorado
Viste finar, ansioso de tu herencia
Andando el tiempo hubiera deseado
El término abreviar de tu existencia,
O con mano sacrílega é impía,
Sangriento acero hubiera levantado
Contra la vida de su padre un día?
¡Cuadro horrible en verdad!; mas por desgracia
Verosímil tambien: ya lo hémos visto
Con asombro profundo
Más de una vez representado al mundo.
¿Legar virtud presumes á tus hijos?
El oro les darás, si la fortuna
Traértela gusta en su voluble rueda,

Y no torna por él: mas hombre, advierte,
Que á los tétricos campos de la muerte,
Ni el oro vá, ni la virtud se hereda.
  Esto no es indicarte que no llores
Un bien perdido que estimaste tanto:
Fuera obligarte entónces á insensible,
Y serlo yo á la vez. Hasta las flores
Cuando mustias las miro, en su quebranto
El corazón me oprimen; pero es justo,
Que si pára en sus términos el gusto,
Luego tenga sus límites el llanto.
  Yo he perdido tambien: tambien mi alma
Sintió clavarse con furor horrendo
La espaba del dolor. Yo ví muriendo
A mi adoptiva madre, el mismo día
En que la tumba de una prenda amada
Con llanto y flores de regar volvía.
Y ella espiró cuando mi pecho ardiente
Ornaba con fantástico deseo
El tálamo nupcial. ¡Ay, que ilusoria
Mi ventura y la antorcha de himeneo
Fué blandon funeral...!
                                        ¡Triste memoria,
Ten compasión de mí, no con tiranas
Sombras pasadas mi aflíccion aumente!
Seis breves lustros ¡penas inhumanas!
Aún no cuento de edad, y ya mi frente
Habeis cubierto de amargura y canas.
¿Lo vés? amigo, tu dolor extremo
Ha vuelto á ensangrentar la cruda herida (15)
De mi ulcerado corazón; empero,
¿Amas á Dios y su poder adoras?
¿Conoces su bondad? ¿temes su ira,
Y no moderas tu pesar? Pues mira
Que su inefable Magestad desdoras
Con tu sentir cruento,
Y eres rebelde á Él, si el cumplimiento
De sus decretos inmutables lloras.
  Déjale reposar en paz, cantando
A los piés del Eterno
El himno de victoria
Que hace temblar las furias del Infierno
Desde el excelso trono de la Gloria.

EN LA MUERTE DE LA S.RTA AGUSTINA GOMAR.

«¡Imponente silencio de las tumbas!
Tu tétrica expresión presta á mi lira,
Calme tu aspecto mi pesar vehemente,
Y el viudo sauce que el dolor inspira
Ciña á tu impulso mi afligida frente.
Que no sin cáusa el corazón suspira
Al ronco son de cítara doliente
Cuando la suerte adversa y enemiga,
Acompañada de la horrible parca,
Con nuevo golpe mis desdichas marca (16)
En el ocaso de Vestalia bella,
De su madre consuelo y esperanza,
Sol de virtud, de mi cariño estrella.
De torvas nubes en revuelto manto
Alzó el genio del mal su frente impía,
Amenazando hundir en luto y llanto
Cuanto su horrenda vista descubría.
Bramó el mar irritado,
Tronó su acento fuerte,
Nublóse de repente el claro cielo,
Tembló la tierra, y pareció la Muerte.
—«¿Veis aquella del orbe hermosa parte
En cuya verde pompa
Jamás logrará el sanguinario Marte
Hacer sonar la belicosa trompa,
Ni arbolar su mortífero estandarte?
Allí respira el ángel más humano
Que la virtud corona,
Y vivifica el astro soberano
Cuando al nacer en la abrasada zona
Tiende su luz al Golfo mejicano:
Llega, hiérela y caiga, yo lo quiero;
Pierda así de existir toda esperanza
Vestalia hermosa que de amor lucero
Tanta victoria contra nos alcanza.»
Dijo, y tornando á los oscuros antros
Donde el Eterno le fijó el destino,
Precipitóse con fragor, sembrando
De aterradoras llamas el camino.
El ministro implacable parte luego
Donde su voz le ordena;
La amarillenta faz, los ígneos ojos
Muestra orgulloso respirando enojos:
Presto renueve la funérea planta;
Siguen espectros mil á furia tanta,



Ven, clavel amarillo de los muertos,
Ven á ceñir mi funeral laud,
Para cantar á los despojos yertos
De amistad, de inocencia y de virtud.

 Las Flores del sépulcro.

Y de negro cendal el cuerpo viste,
Como entre fátuos se levanta
Pálida sombra de la tumba triste.
Su diestra empuña el hierro furibundo
De corva hechura y punta penetrante,
Maligno gérmen destructor del Mundo.
¡Ay! que tanta virtud, tanta hermosura,
De sus deudos y amigos, la amargura
De su afligida madre,
No embotan, Muerte, tu guadaña dura.
—«Para mí no hay más voz que sepultura,»
Dice, la hiere, y al momento espira
El más cabal modelo
De belleza y pudor que el hombre admira.
Y ufana, parte, de su inícuo triunfo
Soberbia y engreida,
Dejando á su familia desolada
Y en luto y llanto para siempre hundida.
—«Deten, muerte feroz, deten el paso:
Si algun tirano ó pérfido asesino
Privado hubieses del vital aliento,
Merecieras el lauro peregrino
En recompensa de tan noble intento;
Mas en la ofensa que á Vestalia has hecho,
Tuyo es el crímen, suya la victoria;
Pues le abre el paso del sepulcro estrecho
Ancho camino al templo de la gloria.»
Así diciendo la virtud sagrada
Que siempre de Vestalia á par vivía,
De blancas azucenas coronada,
Tan bella y pura como nace el día:
Tomó su alma en su inocente seno,
Urna divina del mortal bondoso,
De mancha libre y de fragancia lleno.
Con ademán sencillo y majestuoso
Descogió leda las empíreas galas,
Miróme atenta, y dándome consuelo,
Batió risueña sus doradas alas
Y la condujo á la región del cielo.

NOTAS DE LAS ELEGÍAS

(1) Gallego.
(2) El autor ha supuesto que las Pirámides de Egipto son tres, y nosotros no hemos corregido este error temerosos de desfigurar la belleza del pensamiento que encierra el verso; pero advertimos que pasa de cuarenta el número de pirámides que hemos visto en el desierto, á poca distancia de la antigua Memphis, y entre las cuales son más notables por su magnitud y magnificencia las tres siguientes: Chéops: que mide 233 metros de base por 150 de alto, y es la mayor. Chephrem: 215 de base por 133 de alto, y Mycerinus 107 de base por 54 de alto.
(3) Heredia.
(4) Hecho á petición de un amigo.
(5) Esta composición fué hecha por Placido, á petición del Sr. D. S. P. L., y la insertamos aquí porque tiene algunos bellos rasgos propios de la lira del autor cuando inspirado cantaba á los muertos y á los justos.
(6) Esta elegía, modelo de sentimiento y de melancólica ternura; es una de las que más fama han dado á Placido como poeta de verdadera inspiración. Es indudable que el amor de una mujer, hondo y legítimo, que se apodera del corazón y del cerebro, decide casi siempre de todo el porvenir de un hombre. Ese amor purísimo hizo más sentimental á Petrarca, más lírico al Tasso, y más dulce y sublime al tierno Garcilaso. Siempre es el amor ó la amistad de una mujer quien inspira al poeta sus más bellos cantos, y al guerrero sus más atrevidas empresas: las piadosas lágrimas de Mme. de Maintenon inspiraron al gran Racine sus dos mejores trajedias (Esther y Athalia), así como la amistad de Merced Socarrás hizo crear á Placido uno de sus cantos más sublimes; y el amor de Fela le inspiró la «Luna de Octubre.»
(7) Así llamaba Heredia á Delio, cantor de la «Luna del Cuzco.»
(8) Iturrondo, y Valdés.
(9) I. N. Gallego.—10 de Julio de 1839.
(10) Heredia.
(11) Esta composición fué hecha delante del cadáver.
(12) Quintana.
(13) Ventura de la Vega.
(14) Alude al lugar donde estuvo antiguamente situado el cementerio de Matánzas al S. O. sobre la ízquierda del río San Juan, considerando su corriente.
(15) Martinez de la Rosa.
(16) Repite aquí el poeta la entrada de la composición titulada «El Ciprés.» en la muerte de Don G. O.

S. A. M.

UNDÉCIMA PARTE

POESÍAS SAGRADAS

A LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.

Alzado el Sol en el oriente miro
Tan claro y magestuoso, que parece
Cuando en las ondas líquidas se mece
Con esplendente giro,
Rojo granate en campo de zafiro.
Murmura manso el cristalino río,
Viste el cielo del íris los colores,
El campo ostenta en su menudas gramas
Las relucientes perlas del rocío;
Trinan los ruiseñores,
Brilla el oro del pez en las escamas,
Rie la esfera, danzan los pastores,
Y el árbol viste sus frondosas ramas
De bellos frutos y fragantes flores.
Las empíreas y sacras gerarquías
Que ledas cruzan la region del viento,
Van recitando en divinal acento
Los cánticos gloriosos de Isaías,
Y mueven con el soplo de su aliento
Las águas del Jordan ante-gloriosas:
De color de la aurora el aire tiñen;
Ambares brotan, y sus sienes ciñen
De Jericó las palmas y las rosas.
Muy más alegres que al nacer del día
El rostro dejan ver vírgenes puras,
Y hombres, plantas y brutos, á porfía
Exclaman con celeste melodía
Admirando tan plácidas venturas,
«¡Gloria al Dios de Israel en las alturas!»

Tal á la tercer alba
Que presagiaba el astro rubicundo,
Con gozo universal y regia salva,
Del sepulcro profundo
En almo coro de ángeles brillante,
De la impostura y la maldad triunfante
Subió á la Gloria el Redentor del mundo.

MUERTE DEL REDENTOR.

Dedicado al S.r Cura Párroco de Matanzas

D r D. Manuel Francisco García.

Bajo las frondosas ramas
De florecientes olivas,
Oraba el hijo de Dios
Con su santa comitiva.
¡Oh maldad! un iniciado
En sus sagradas doctrinas,
Júdas, al que más amaba
Discípulo, le vendía.
¡Señor de inmensa bondad!
¿Cómo con él no te irritas,
Y al perverso no confundes
Con un rayo de tu ira?
Como Dios, libre te hallabas
De traiciones y perfidias;
Pero como hombre, nadie,
Nadie de un traidor se libra.
La luna ocultó su frente,
Las estrellas no lucían,
Cuando en le *Huerto* prendieron
Al Hijo Dios de María.
De picas y de espadas prevenidos,
Donde oraba el divino Redentor
Entraron los judáicos, revestidos
De purpúreo color.
Formaban un estruendo pavoroso,
Como las ondas del revuelto mar
Cuando azotadas de Aquilón furioso,
Se sienten resonar.
Airado Pedro, suspendiendo el brazo
A un judío malvado se lanzó,
Y la oreja siniestra, de un sablazo
Al suelo derribó.
«¡Ay de vosotros, fariseos y escribas,
Muerte á las armas vuestros libros dan,
Y en el fuego (clamaban las olivas)
Ellos al fin caerán!»
De heridas lleno, el rostro ensangretado,
El pueblo hasta Pilatos le llevó,
Y éste después de haberle sentenciado,
Las manos se lavó.
Dios acató de muerte la sentencia,
Tomó el madero que debía cargar,
Y cubierto de sangre y de paciencia,
Aprestóse á marchar.

Sácale de allí rápido
La homicida turba atroz,
Y á la palmada súbita
De un pérfido sayon,
Desciende á tierra el único
Hijo en carne de Dios,
Corrió la sangre célica
Y de coral manchó
La esplendorosa túnica
De nítido algodon.
Y aquella jente indómita
Aún fuera más feroz.
Si temor no impusiérale
Cornelio el Centurión.
Y oíanse estos fúnebres
Cánticos de dolor,
Que entonaban las vírgenes
Del Carmelo y de Sion.
«Adiós, Hijo de Dios Padre,
De los hombres Redentor,
Míranos desde la gloria;
Adiós, Nazareno, adiós.
Adios, Salvador del mundo,
Que vas á vida mejor;
Adiós, Pastor de Belen;
Adiós, Nazareno, adiós:
Adiós, Hijo de María,
Astro más claro que el Sol;
Espéranos en el cielo:
Adiós, Nazareno, adiós.
Adiós, voz de Sinaí,
Adiós, luz de Sabahot,
Consuélanos en tu muerte:
Adiós, Nazareno, adiós.
En tu sagrado sepulcro
Harémos siempre oración:
Adiós, Santo de los Santos,
Adiós, Nazareno, adiós.»

Siguiendo la calle fatal de Amargura,
Con cinco caidas al Mundo salvó;
Y todos mofaban su atroz desventura,
Y nadie por Cristo á piedad se movió.
A breve distancia, llorosa, María
Observa sus pasos seguida de Juan,
Y en soledad fiera la triste veia,
Que palos, pedradas, y azotes le dan.
Mil ricos judíos holgaban mirarle,
(Los ricos no hubieron jamás compasión)
Un pobre tan solo prestóse á ayudarle,
Nacido en Sirene, llamado «Simón.»
Tal hombre fué honra del pueblo judeo;
Y en tanto que el cielo negaba su luz,
Cargó largo espacio, dolido del reo,
Y al Santo Calvario llegó con la Cruz.

¡Gran Dios! los hombres en ruinas
Yá sus venturas tornaban,
Tú librarlos dederminas,
Y ellos en la *Cruz* te clavan
Y te coronan de espinas.
Hiere tu santo costado
Un descomunal judío,
Y con tu sangre ha lavado
La vil mancha del pecado
En ese del cielo río.
Piadosa Samaritana
Hallas que de tí se duela,
Y aquella muger cristana
Tres veces en blanca tela
Grabó tu rostro de grana.
Entre horribles aflicciones
Morir cordero debías,
Y *cumplir las predicciones*
Lleno de injurias impías
En medio de dos *ladrones*.
Sed tuviste, y por tu mal
Llegó el verdugo cruel,
Y con sonrisa infernal
En vez de agua celestial
Te brindó copa de *hiel*.
No fué tu enojo profundo,
Ni te vengaste de él
Con un rayo furibundo;
Pues que medran en el mundo
Los descendientes de aquél.

Sordo mugido resonar se siente,
Como en el medio de la noche oscura
Las verdi-negras nubes del poniente
Hacen sonar el viento en la espesura:
Ni una estrella se vé resplandeciente,
Ni una flor aparece en la llanura;
Ya sólo el buho por el éter gira,
Cuando del mundo el Salvador espira.
Pastores de Belen, vírgenes bellas
Del Carmelo y Sion, id al desierto
Y allí lanzad tristísimas querellas:
Llorad, llorad, que vuestro Dios ha muerto.
Ya más no tornareis con palmas bellas
A salir gratos en feliz concierto,
Y á coronar su frente centelleante,
Cuando á Jerusalen vuelva triunfante.
Tú, que fuiste del cielo prez y gloria,
¡Oh tríbu de Judá! tríbu malvada,
Ya será para siempre tu memoria
A los hombres odiosa y degradada.
Ya de aquel *Justo* que ensalzó tu historia
Cubre la losa del *sepulcro* helada
El cuerpo santo, inanimado y frio.
¡Maldición sobre tí, pueblo judío...!

A LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA

en la nave de la iglesia parroquial de Matanzas.

(Al D.r D. Manuel Francisco García).

Salve, pastor benéfico y humano,
Que ensanchas el redil dó las ovejas
Con rostro humilde y corazón cristiano,
Himnos entonan llenos de alegría
Al rey de reyes que el Empíreo mora,
Al que la corte celestial adora,
Al Dios, hijo del hombre y de María.
Salve, justo pastor, que desdeñando
Esa pompa fantástica, ilusoria,
Que fascina á los míseros mortales,
Entretejes las flores divinales
Que han de ceñir tus sienes en la gloria.
Bendito una y mil veces aquel día
Que la Aurora vertió su luz primera
Sobre la cuna que nacer te viera,
Que el Sol doraba y la virtud mecía.
Benditos fueron tus primeros años
Porque la senda del Señor seguiste,

Y de los hombres conocer supiste
El fingido oropel, y los engaños.
Y bendición al númen inspirado
Que en cántico sagrado
Tu ardiente celo religioso alabe;
Que bien es digno de sublime canto
Quien da más espansión al templo santo
Con el aumento de una santa nave.

Nave cuya construcción
Te inspirara la virtud,
Y corre sin detención
Por un golfo de salud
Al puerto de salvación.
Nave en cuyo centro suenan
De Sinaí los clarines
Que las borrascas serenan.
Sus brisas son serafines
Que de luz el aire llenan.
Cedros del Líbano son
Sus palos dó al viento vuela
Cruz roja en blanco pendon,
Y es su más preciada vela
El manto de Salomón.
Unidas de cien en cien
Las rosas de Jericó,
En sus grímpolas se ven.
Jehová su tope adornó
Con la estrella de Belen.
Cuando en la navegación
Se vé el faro de los cielos,
Con divina inspiración,
Agitan sus albos velos
Las vírgenes de Sion.

¡Y los grandes del mundo, que ansiosos
Siempre corren de dichas en pos,
En orgías se gastan pomposos
Y desprecian la nave de Dios!
¿Y qué mucho? Si el pérfido, al justo,
Sordo al eco del vil interés,
Hoy le brinda la copa del gusto
Para darle veneno despues!

A LA BENDICIÓN DE LA NUEVA NAVE
construida en la iglesia parroquial de Matanzas.

Sagrada vírgen, de los cielos Reina,
Más pródiga á los míseros mortales
Que oro en los Andes peina
El claro Sol, que el mar guarda corales,
Y en su círculo arenas,
Y blancas azucenas,
Y rosas vierte al despertar, la Aurora:
Oye mi voto cándido y ferviente;
Para ensalzar del Sér Omnipotente
El lugar sacro donde el Hijo mora:
Un rayo de tu luz brille en mi frente,
Templa mi lira, divinal *Señora*.

Dios de Israel que apartaste
Las olas del mar airadas
Y del Jordan á tu vista
Retrocedieron las aguas:
Señor de Jerusalen,
A cuya triunfal entrada,
Ajitando los olivos
Y sacudiendo las palmas:

Hombres, vírgenes é infantes
¡Hosanna!... ¡Hosanna!... cantaban
En la tierra y en el cielo
Las angélicas escuadras:
Tú, que en carro refulgente
Recorres la estensión vasta
Del espacio, y vés los mundos
Que giran bajo tus plantas.
Tiende tu vista benigno
Desde la excelsa morada,
Hoy que un nuevo Aaron humilde
Bautiza tu santa casa.
Depon el rayo tremendo
Y la fulminante espada,
Haz que resuenen en ella
Tus gloriosas alabanzas.
Haz que desciendan del cielo
Tus bendiciones sagradas,
Sobre el pueblo que te adora,
Y tu Omnipotencia canta.
Escucha, Señor, los himnos
De aquesta tríbu cristiana,
Que no te será algun día
Cual la de Efraim, ingrata.
Hoy, Señor, tu *Casta Esposa*
En el tálamo te aguarda,
Velada en mística nube
De aloe, de mirra y ámbar,
Y al verte llegar, risueña
Ante sus hijas se alza,
Refulgente con tu gloria
Y gozosa con tus gracias;
Y como el Líbano fertil,
Émula de Siön casta,
De verdes cedros ceñida
La augusta frente levanta.

Mas los hombres ¿qué harán sino mal?
¿No mataron su mismo Señor?
¿Puede ser á su hermano leal,
El que fué con su padre traidor?
Mas ese sumo Dios que el orbe mira,
Nos dió desde su trono celestial
A tí, un alma feliz, y á mí una lira,
Para hacerme yo eterno, á tí inmortal.

. . . .

Con piedras, sí, que los cantos,
Siempre que por Dios se pongan,
Cual los de Homero y Osian,
Se vuelven himnos de gloria.
Himnos que ensalzan al hombre
Justo, en cuya prez se entonan,
Y hasta los ángeles mismos
En repetirlo se honran.
Himnos que Dios grabar manda,
No de Paros en las losas,
Sino en la historia del cielo
Que es la verdadera istoria.

Yá, Señor, á tu alcázar se aproxima
Todo el redil cristiano,
Para alabar al solo Soberano
De cuanto el Sol anima,
Y el aire guarda en espacioso arcano.

Venid y deponed, grandes del mundo,
La vana pompa que en vosotros brilla,
Y con respeto insólito y profundo,

Doblad ante el Eterno la rodilla.
Dobladla, sí, y acompañad al coro
Que entona al Dios de Isaac, empíreo canto,
Y ángeles mil en aclamar sonoro,
Salve, repiten con sus arpas de oro
Al Milagroso, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al Señor de Abraham, al Rey de Reyes,
Ante cuya increada Omnipotencia
Son humo y polvo las mundanas leyes,
Réptiles las terrenas potestades;
Y á cuya faz divina y refulgente,
Pára el rayo en su curso, y de repente
Refrenan su furor las tempestades.
  Cantad, hombres, al Hijo de María,
Océano insondable de virtudes,
Como la tríbu de Israel un día,
Con címbalos, y sistros, y laudes,
Su grandeza y sus glorias aplaudía.
  Mas si armados de hipócrita malicia
Venís, ¡temblad, temblad de su justicia!
Dejad el templo, pérfidos profanos,
Huid de la estancia del Señor del cielo,
No huellen vuestros piés su santo suelo,
Ni toquen sus columnas vuestras manos.
Alejaos, blasfemos, pues sí acaso
Presumís poseer sublime ciencia
Cuando al hombre burlais, no es excelencia
Porque él mismo se engaña á cada paso.
Pero al que mira el más ignoto insecto
Que los montes ocultan en sus breñas,
Quien os sabe el más mínimo proyecto,
Y conoce las ovas más pequeñas
Que ocultan entre sí los mares fríos;
A ese, no le fascinan los impíos.
  Apartaos, malvados, que aunque excede
A su terrible ira
Su infinita bondad, y su clemencia,
No hay del Supremo Sér á la presencia
Crímen que impune y sin castigo quede.
¡Míseros los que la cólera incitaron
Del que sobre vosotros mandar puede
Las plagas que al Egipto desolaron!
Y bienaventurados los nacidos,
Que de celeste fuego poseidos,
Adoran al *Señor de las alturas*
De Salomón y de David á ejemplo;
Y descansando en sus conciencias puras
Le entonan alabanzas en su templo.

DUODÉCIMA PARTE

ODAS

LA INSPIRACIÓN.

Al pié del trono Empíreo
Del Hacedor Supremo,
Hay una llama pura
Más brillante que el Sol, de sacro fuego
De ella toma una parte
El increado Eterno,
Y á la cuna le envía
Del que nació para llamarse genio.
A ella deben sus Apeles
Y Timantes los griegos,
Sus Fídias y Leónidas,
Su Pausanias, Temístocles y Homeros.
Los Normandos su Milton,
Su Pope Ossian y Nelson:
Los ítalos su Dante;
Y Roma sus Virgilios y Lucrecios. (1)
A ella los lusitanos
Su Camoens debieron:
Los hispanos su Ercilla,
Sus Vivares, Pelayos y Gallegos.
Cuando pasan los siglos
Con presuroso vuelo
Sus cenizas y obras
Son el blason y orgullo de los pueblos.
En vano la procuran
Por mil distintos medios,
Y de optenerla tratan
Los que sin ella por su mal nacieron.
Esas almas sombrías
Como adustos espectros

Que vagan en las sombras
Sin luz, sin voluntad ni pensamiento.
Jamás verán un rayo
De este divino fuego,
Pues son como los brutos,
Vivos al mundo, á la memoria muertos.
Mas el genio inspirado,
Cuando el rápido vuelo
Hasta las nubes alza,
No es dado á los mortales detenerlo;
Porque puede la tumba
Guardar su helado cuerpo;
Pero su nombre sacro,
De la inmortalidad queda en el templo.

AL S.R CLAUDIO MARTINEZ DE PINILLOS.

¿Qué festivo rumor, qué arrebatados
Himnos de bendición y de alegría
Se oyen doquier poblando de armonía
Los espacios del eter azulado?
¿Qué blanca, hermosa y transparente nube
De tropical incienso al cielo sube?
¿Porqué risueña y leda á los fulgores
Del alba pura ostenta sus palmeras,
Y mostrando del iris los colores
Aparece la vírgen de los mares
Vertiendo aromas, derramando flores?
No es un misterio, no, desde la amena
Márgen florida de Almendar sonoro,
Un eco parte que los aires llena,
Y el Sol saluda con un disco de oro
El nombre ilustre que entre vivas suena.
«¡Salve Pinillos...!» resonando dice
Con armónico son el grato acento
Que se dilata plácido y felice,
Llevando en alas del alisio lento.
El sesgo Cauto en su torrente undoso
Remeda el himno, agita sus cristales
El sereno Cacon, el caudaloso
Tínima ledo mueve sus raudales,
Sagua al oir los tonos divinales
Recogiendo el riquísimo tesoro
Que esparcido en su fondo oculto brilla,
En cien lugares de su verde orilla
Grabó PINILLOS con arenas de oro.
El Bélico sonante, su corriente
Suspende sonriente,

Y exclama murmurando:—«Si te placen
Esos laureles que á mi orilla nacen,
Yo los consagro para ornar tu frente.»
Y hasta los matizados pajarillos
Que festejan al fértil Agabama
Imitando los ecos de la Fama
Repiten sin cesar «Salve á Pinillos...!»
  Gózate ¡oh Cuba! tu semblante bello
Al mundo muestra de placer radiante,
Con áureas hojas de laurel brillante
Prendido ostenta el tropical cabello,
Y cuando un día, rica y deslumbrante
En la cumbre mayor, como destello
De la feliz prosperidad te halles
Llevando cual la palma de tus valles
Racimos de oro y de coral al cuello:
Al recorrer tu inmaculada historia
Dos hijos hallarás sin mancha alguna
De opuesta suerte y diferente cuna
Que subieron del templo de Memoria
A la más digna y elevada alteza,
Él, cifrando su gloria en tu grandeza
Yo, cantando los timbres de su gloria.
  Sí, varon ejemplar, prócer ilustre,
Yo pulsaré mi cítara templada
Al son divino de los tonos suaves
Con que en los campos de la pátria mía
Felicitan la Aurora cada día
Sus arroyos, sus flores y sus aves.
Y mis versos serán como tu nombre,
Tal vez nublado por el negro aliento
Que fiero lanza el odio venenoso;
Pero frustrando su maligno intento,
Torna á lucir más fúlgido y radioso,
Como el Sol en mitad del firmamento.
  Cuando el Nilo encrespado,
Su cauce natural dejando airado
Los verdes campos del Egipto inunda:
Se vuelve á sus canales engañado;
Pues presumiendo haberlos asolado,
Con sus propios despojos los fecunda:
Y cuando serenando sus furores
Espera hallarlos mústios y desiertos,
Ellos rien lozanos y cubiertos
De hermosos frutos y gallardas flores.
No de otro modo al terminar la lidia
Que hacen á la virtud los impostores,
Supera siempre el mérito á la envidia.
  Grandes tus hechos son, talento y arte
Juntos requiere la sublime obra

Que cumpla cual mereces ensalzarte.
¿Y yo sin ellos osaré cantarte?
Sí, lo osaré, que inspiración me sobra.
Me sobra y cantaré. Llegará día
Que tus ilustres hijos escuchando
El himno que en tu prez al cielo envía
De honor y admiración mi plectro blando,
Tu saber y virtud eternizando,
Extasiados de insólito alborozo
Tus hechos recitando esclarecidos,
De noble orgullo exclamarán henchidos:
«¡Ése es mi padre...!» y llorarán de gozo.
  Mas entretanto que fortuna esquiva
Mi suerte hollando con su instable rueda,
Tu rostro ver de bendición me priva;
Y á tí, egregio varon, nada te veda,
El néctar sacro de los justos liba;
Y cuando pagues á la tierra el feudo
Que el Supremo Hacedor impuso al hombre,
Graba PINILLOS sin fastuoso alarde
De rico escudo que al viagero asombre,
Pues sobre el mármol que tus restos guarde,
Para hacerte inmortal basta tu nombre.

A MARÍA DE LAS MERCEDES SANTA-CRUZ Y MONTALVO.

CONDESA DE MERLIN.

A una sola voz suya, á una mirada
Apaga Jove el iracundo rayo,
Depone Marte la sangrienta espada.
QUINTANA.

Salve, deidad del Nuevo mundo, salve
A tu risueña cuna,
A tu nombre, á tu majia irresistible,
A tu voz dulce, armónica y sensible,
Cuyo menor cautivo es la fortuna.
Salve á mi pátria, que nacer te viera,
A quien tan puros plácemes arrancas,
Como el disco genial de rosas blancas
Que circunda tu hermosa cabellera.
De mis lares honor, yo te bendigo;
Bendigo el astro pío que alumbraba
Tu feliz nacimiento,
Bendigo de tornar el pensamiento
A tu país natal, que verte ansiaba,
Y aun á las verdes olas que rompía

Alígero el bajel, cuando impetuoso
Tesoro tanto á Cuba conducía
De los mares hendiendo el cauce undoso,
Las bendice tambien el alma mía.
Tu rostro mixto de azucena y grana
Velado en magestad y explendor, brilla,
Cual de Vénus el astro en la mañana
Cuando el alba con perlas engalana
El vasto Edén de la feraz Antilla:
De la Antilla fecunda que te adora,
Y no bien galas por tu vuelta viste,
Cuando presagia querellosa triste
Que á partir vás, y anticipada llora.
¡Vás á partir...! ¿Porqué tan presto, bella,
Del américo mar á la señora
Desempara tu huella?
¿No te aclamó su más brillante estrella?
Te dió sus dones al nacer, y ahora
No halla placer tu corazón en ella?
En ella que de lirios y azahares
Formó el aura balsámica que aspiras;
El fuego y brillantéz está en tus ojos
De su luciente sol; son sus claveles
Breves trasuntos de tus lábios rojos:
De su cielo es tu risa, y el acento
Con que leda extasiar sabes las almas,
Es abreviado en tu meloso aliento,
«La voz de sus arroyos y sus palmas;» (2)
De sus palmas que al verte en la ribera
Del Almendar fecundo,
Clamaron impelidos
Del zéfiro sutil que las meciera.
«¡Salve, Corina, del moderno mundo
«A quien hoy electrizas hechicera,
«Todo es cubano en tí; salve habanera.
¿Angel de Santa-Cruz, y las olvidas?
¿Sorda serás á sus dolientes quejas?
¿Quién, ornato en las fiestas más lucidas
De la Habana será si tu te alejas?
¿Pues qué Camajuaní, cuya vertiente
En nada cede á la hipocrénea fuente;
El Ságua ondisonoro
Que del alto Escambray nace á las plantas
Mostrando en sus riberas, flores tantas
Como arrastra en su fondo arenas de oro:
El Agabama undoso,
Y el Cáuto dilatado y caudaloso
Que de jigantes pinos se corona,
Menos tu pecho generoso estima
Que el nebuloso clima

Donde corren el Sena y el Garona?
¿Porqué temer el tropical estío?
Gózate en este sol resplandeciente,
Que así es tu corazón, sublime, ardiente,
Y así es tambien el entusiasmo mío.
Siempre apacible y trasparente el cielo,
Bañado el aire por la brisa pura,
Siempre del mar serena la llanura,
Siempre de flores alfombrado el suelo,
¿No te deciden á fijar tu estancia
En la ígnea zona que tu extirpe aprecia?
¿Es más diáfano el cielo de la Francia?
¿Son más bellos los campos de Lutecia?
¿Lauros vás á buscar? Tiende la mano,
Señálame á la bóveda azulada,
«A una sola voz tuya, á una mirada,»
Harás que al sacro templo de Memoria
Las alas de oro rebatiendo suba,
Trayéndote al volver uno de gloria;
Aunque hay sábanas de laurel en Cuba.
— Tente, iluso cantor, no es el deseo
De lucir en brillantes reuniones
El que me impele á repasar los mares,
Ni yo desdeño los paternos lares,
Por lucir de París en los salones.
La más noble de todas las pasiones,
El amor maternal, el que me hiciera
Volar tambien á la Siberia fría,
Es quien la vuelta á mi deber reclama.
Pasión eterna, y de tan gran valía
Por el fulgor de su divina llama,
Que ni la puede minorar la fama,
Ni la alcanza á pintar la poesía.
—Por tus hijos...! adiós, parte y perdona,
Busca en el cielo un lauro inmarcesible
Porque hallar en la tierra es imposible
A tan alta virtud digna corona.
Parte, no temas, y aunque el Ponto fiero
Venga la nave á combatir, levanta
Tu voz divina en tono lastimero,
Que la furia del líquido elemento
Tornarás en suavísimo desmayo,
Y verás á tu cántico doliente
«Soltar Neptuno el heridor tridente»
«Apagar Jove el iracundo rayo»
Llega felice, y al pisar la playa
Que te espera de Europa al mediodía,
Ciñe á tus hijos en paterno lazo,
Despues del santo maternal abrazo
Otro les dá que Cuba les envía;

Y no olvides jamás tu pátria amada,
Esta tierra de paz y de ventura
Ante cuya grandeza inmaculada
Su antorcha apaga la discordia impura,
«Depone Marte su sangrienta espada.»
¡Vas á partir, y para siempre acaso...!
Vas á lucir del mar á la otra parte;
Pero tu nombre en la cubana historia,
Se esculpirá con letras diamantinas.
Ya que el hado nos veda contemplarte,
Gozaremos al ménos la memoria
De tus mágicas gracias peregrinas,
Y saboreando del placer la copa,
Con noble orgullo contestar podremos
A los artistas de la culta Europa:
—«Si al Sér supremo conceder no plugo
A la pátria dichosa de Varela;
Un Virgilio, un Byron, ni un Víctor Hugo;
Cuando el acento májico resuena
De la noble Merlin, y su laureada
Frente se ostenta de atractivos llena,
Ni al Támises ni al Pó debemos nada:
Nada tenemos que envidiar al Sena.»

A LOS JÓVENES ALUMNOS

de la cátedra de filosofía de la ciudad de Matanzas.

Tiernos alumnos, que en la edad madura
Llenos de fuego y ricos de alegría
Sumisos acatáis la voz sagrada
De quien al templo del saber os guía,
No desmayeis, seguid la peregrina
Marcha del genio digno de memoria
Que al enseñaros la moral divina
Os prepara una página en la Historia.
Del buen pastor, que como el sol luciente
Las densas nieblas del error quebranta,
Y que ya ciñe á su modesta frente
De sagrado arrayán diadema santa.

No os intimide juventúd amiga,
Los escollos fantásticos que al paso
Os presenta al acaso
La pereza amiga,
Impávidos marchad á la victoria;
Porque no sin trabajo y sin fatiga
«*Se arrebatan sus palmas á la gloria.*» (3)

Luz del entendimiento, yo te adoro,
Alma Filosofía,
Del sumo Dios la emanación más bella,
Del verdadero honor única vía,
Fija, luciente, esplendorosa estrella,
Himnos de bendición con plectro de oro
Te tributa mi ardiente fantasía:
Sin tí no hay religión, virtud, ni leyes;
Sin tu influencia celestial, los reyes
Convierten la justicia en tiranía:
Los pueblos ignorantes
Son á un redil de fieras semejante.
Ni ciencias hay sin tí, ni hay Poesía.

La sana filosofía
Es, alumnos, vuestro astro,
Ella es la egida más fuerte
Que el cielo al mortal ha dado.
Sin ella un hábil pintor
Monta su paleta en vano,
Por que su mente le niega
Lo que le concede el tacto.
Tal vez impúdicos sean
Los asuntos de sus cuadros;
Tal vez funestos y horribles,
Antes que augustos y santos.
Sin ella, el fuerte guerrero
Volará de Marte al campo,
Ageno de sustentar
Su Dios, y sus lares pátrios:
Ansiará emprender conquistas...
Si vence será inhumano;
Vencido será tan debil
Como ántes fué sanguinario.
¿Porqué de Temis al templo
Entran juristas muy raros
A quien la deidad excelsa
No mire con ceño airado?
¿Porqué están inaccesibles
Sus corazones de mármol,
A la virtud oprimida,
Al clamor del desgraciado...
Y al fatal brillo del oro,
O de un título al alhago
El inocente sucumbe,
Y el crímen es puesto en salvo?
Al vate que pulse el plectro
En prez de goces profanos,
El vulgo inmortal en vida
Podrá colmarle de apláusos;
Mas su inspiración perdida
Causa lástima á los sábios:
Antes que él, mueren sus obras...
Con él se entierran sus cantos...
Los que esta ciencia conocen,
Ora artistas, ya letrados,
Ya valientes adalides,
O bien armónicos bardos;
Gustará el mundo los versos,
Honrará los justos fallos,
Hará estátuas á los héroes,
Y dará á los genios lauro.
Jóvenes, seguid las ciencias
Con firme y seguro paso:
El sábio, despues de Dios,
Todo lo tiene en su mano,
Él torna en tierra los mares,
Hace los yermos poblados,
Y roba el fuego del cielo;
Pues quita su fuerza al rayo.
El sabio conduce al pueblo
Como el pastor su rebaño,
Y conquista sin legiones,
Ruinas, incendios ni estragos.
El tiempo y los hombres vuelan;
Pero sus hechos preclaros
No sufren que en hondo olvido
Sepulte jamás al sabio.

Como debeis vosotros algun día
Cánticos entonar de bendición,
Al que afanoso por la senda os guía
De la sana moral y la razón.

Jóvenes, vuestra suerte venturosa
Os ha mostrado un ángel tutelar:
Naves érais en noches borrascosas
Que inciertas vagan á merced del mar.
Él es el faro que os conduce al puerto;
Pues semejante á la columna es él,
Que condujo por medio del desierto
A la tríbu escogida de Israel.
Algunos de vosotros inspirado
El arpa un día pulsará de Osian,
Y veránle de aplausos rodeado
Las bellísimas ninfas del San Juan.
Cuál glorioso, en los campos de Belona
Triunfará por su pátria y religión:
Cuál, ceñirá la fúlgida corona
De Las Casas, Espada y Fenelón.
Cuál de la ley en el recinto sacro
Moderno Cicerón, encantará,
Y quién, de la virtud cual simulacro,
De Esculapio en el templo brillará.
Cada uno entónces de vosotros, fino
Al móvil honrará de tanto bien,
Y con un ramo de laurel divino
Decorará su generosa sien.
Y despues de los siglos, algun hombre
Vuestras obras atento leerá
Y en todas ellas hallárase un nombre
Que hasta el fin de los siglos durará. (4)

AL GIRASOL.

Al licenciando D. Ignacio Valdés Machuca.

Gigante flor, que espléndida apareces
De las campiñas tropical señora,
Dulce amiga del Sol, á quien ofreces
Por saludo tu risa encantadora,
Cuando á merced del céfiro te meces
Bañada con las perlas de la Aurora,
Y hasta que se sumerge en occidente,
No separa tu disco de su frente.
Corona de los prados peregrina,
A presentir en tu existencia llego,
Que al régio luminar quizá te inclina
La ignota mano del destino ciego:
O te formó la Potestad Divina
Compuesto vegetal de aroma y fuego,
Dándote de belleza por tesoro
De esmeralda los piés, el rostro de oro.

Cuando fértil y plácida intercalas
En variados renuevos flores bellas,
A la boreal constelación igualas
Y cual la Osa fúlgida destellas
Entre las otras, que con breves galas
Y menor magnitud, áureas estrellas
Y émulas tuyas son por su apostura,
Sino en tamaño en brillo y hermosura.
Del padre de la luz los resplandores
En tu corola mágica reflejas;
En tí olvidando mil pintadas flores
Se agrupan susurrando las abejas
Como en torno del nardo los amores;
Y en tu faz, virgen índica asemejas,
Cuya dorada piel es siempre hermosa
Sin púrpura, carmin, nieve ni rosa.

No envídies á flor alguna
De cuantas el jardin ornan;
Pues miéntras más celebradas
Ménos su existencia gozan.
Mira al clavel, al jazmin,
Centáura, ambarina y rosa;
Las riegan para que nazcan,
Recien abiertas las cortan:
Marchítanse entre las trenzas
Quizá de alguna traidora,
Que al reclinarse en el lecho,
Segura de obtener otra
En premio de que la hiciera
Parecer más seductora,
O se olvida y la deshace,
O se la arranca y la arroja.
No las envídies: su esencia
Y prestigio ¿qué te importan,
Si es momentánea su vida,
Y fantástica su gloria?
Tú eres más feliz mil veces
Ceñada de agreste pompa,
Siendo la amada del Sol,
Y de los campos corona;
Que ellas en lindas macetas,
O entre flamantes charolas,
Conque en las grandes orgías
Las ricas mesas se adornan.
En tus ramas á trinar
Los ruiseñores se posan,
Y el favonio se recrea
Arrullándose en tus hojas.
En dulce melancolía
Sensible el alma se arroba,
Cuando respira el que exhalas
Grato y suavísimo aroma.
Risueña á tus piés murmura
La clara fuente sonora,
Con sus espumas te besa,
Y te retrata en sus ondas.
¿Qué más, Girasol, anhelas?
¿No es tu suerte venturosa?
Pues goza, flor, de tus galas,
Y no envídies á las otras.
Advierte que al hombre imitan
Las flores que el jardin ornan,
Pues mientras más celebradas,
Ménos su existencia gozan.

Dirán que en vano en tu belleza admiras;
Pues tambien se marchita tu arrebol,
Mas eres venturosa, porque espiras
Firme en tu tallo, contemplando al Sol.
Goza de vida peremnales horas,
Salve mil veces, venturosa flor;
Y el gran planeta que constante adoras,
Conserve ileso tu feráz verdor,

EL INVIERNO.

Salve, estación sombría,
De caprichosas nubes coronada,
La triste faz velada
En dulce y celestial melancolía:
A cuyo aspecto airado el Bóreas zumba,
Pálida como el génio de la tumba,
Como mi corazón, nublada y fría.

¡Cuán pintoresco y vario brilla el cielo
De tus tardes al fúlgido arrebol,
Tus alboradas de punzante hielo,
Tu clara Luna y tu amarillo Sol!
Ora una nube la región hendiendo
Finge alígera y rápida condor
Que del viento á las ráfagas cediendo
Sus alas plega y se convierte en flor.
Ora pueblan las bóvedas etéreas
Gigantes sombras que agrupadas van
Como huestes fantásticas aéreas
Que una batalla en el espacio dan.
Sus espadas, sus lanzas, sus banderas,
Al fulgor del relámpago se vén,
Las plumas ondear de sus cimeras
Y sus adargas suspender tambien.
Mas lánzales con hórridos silbidos
El Artico helador al polo austral,
Y al ocaso descienden confundidos
Como pliegues de un manto funeral.
Así el débil mendigo, el rico fuerte,
Emblemas del poder y la orfandad,
Van mezclados al soplo de la muerte
A perderse en la oscura eternidad.

Salve, estación misteriosa,
De la vejez viva imájen,
Edad de tristes augúrios
Y de recuerdos fatales;
En que si de las pasiones
Tal vez rugen huracanes,
Débilmente silvan, vuelan,
Y perecen al instante.
Cuando tus opacas nubes
Disueltas al Ponto caen,
Y, sereno el firmamento,
Dejan de mujir los mares,

Entónces tus astros brillan
Con luz clara y penetrante,
Y las flores del pensil
Pueblan de bálsamo el aire.
Salúdante los arroyos
Con sus sonoros cristales,
Entre aguinaldos te entonan
Mélicos himnos las aves.
Y el bambú de las llanura
Y la palma de los valles,
Inclinando sus melenas
Parecen decirte:—«Salve.»

Y ¡salve! repiten los bosques umbríos,
Las cumbres que al cielo parecen tocar,
Las fuentes serenas, los límpidos ríos,
Los astros, el aire, la tierra y el mar.
Y tú, sus apláusos desoyes inerte,
Pues sordo á sus ecos de dicha y favor,
Cual débil anciano que espera la muerte
No encuentras en ellos placer ni dolor.
¿Te place que el Bóreas sacuda la selva,
Que el polo desate feróz huracan,
Que enturbie los ríos, y en ellos revuelva
Las cañas sonantes que adornan el Pan?
Pues bien, si te gozas doquier que caminas
En estas escenas de llanto y horror,
Trastorna la tierra, conviértela en ruinas,
Que el mundo no es digno de suerte mejor.
Ye entónces tendréme quizás por dichoso
Y alegre, espirando, podréle decir,
—*Me huelgo en tu ruina, conjunto monstruoso*
De engaño y bajeza...! te he visto morir.

A SELMIRA.

Selmira, no descanses
En esa peregrina
Belleza seductora
Con que á todos los prendes y electrizas.
Mira que el tiempo vuela,
Y con veloz porfía
Le siguen presurosas
Las verdes horas de la edad florida.
Le siguen, y no tornan,
Y esas horas perdidas
Sólo dejan recuerdos
Que envenenan las fuentes de la vida.
Dejan canas y arrugas,
Las fuerzas extinguidas,
Los corazones vanos,
Los cuerpos lacios, y las almas frías.
¿No adviertes en la cumbre
De la feráz colina,
Las piedras y techumbre
Por diferentes rumbos esparcidas?
Pues esos son los restos
De una preciosa quinta,
Donde todas las flores
Que ostenta el suelo tropical nacían.
Bajo sus enramadas

Danzaban bellas ninfas
Coronadas las sienes
De claveles, jazmin y siemprevivas.
Mas pasaron por ella
Unos tras otros días,
Los rosales murieron,
Secáronse los nardos y las *lindas*.
Las paredes temblaron
Del temporal batidas,
Y entre sus anchas grietas
Se anidaron las aves de rapiña.
Un sepulcral silencio
Reemplazó la alegría,
El *jagüey* al naranjo,
Y el cardo y yedra al lirio y ambarina.
¡Ay! Selmira, este ejemplo
Te enseña que no hay dicha
Segura, ni muralla
Que de los tiempos al poder resista.
Y que sin detenerse
Marcha la humana vida,
De la cuna al sepulcro,
Como los ríos que á la Mar caminan.
Quizá llorarás tarde;
Pero en vano, Selmira,
Porque el llanto no vuelve
Las verdes horas de la edad florida.

Á LA AURORA DE UN AMIGO.

Al S.r Fernando De Rojas.

Torne á brillar el astro luminoso
De sacrosanta inspiración, que un día
Al fulgor de su rayo esplendoroso
Mi altiva frente de laurel ceñía:
Vuelva á mi diestra el plectro sonoroso,
Y el arpa de oro que tañir solía
Del San Juan á la márgen entre flores,
Héroes loando, ó discantando amores.
Génios alados del empíreo cielo
Que atentos á las órdenes divinas,
De lo futuro descorriendo el velo
Vislumbráis sobre tablas diamantinas;
Y que al tender el apacible vuelo
Ocultan vuestras formas peregrinas
Como del sumo Sér divos querubes
Místicas vestes de radiantes nubes.
Descended con la vénia soberana
Á estos pensiles de eternal verdura,

Prestad benignos á mi edad temprana
El tono firme, la diccion segura;
Dadme el estro sublime de Quintana,
De Petrarca y Horacio la cultura,
De Anacreonte el ítsmaro hechicero,
Las áureas trompas de Maron y Homero;
Y una diadema de arrayan florido
Para adornar las sienes de Fernando;
Mientras me admira el orbe suspendido
Su grato oriente saludar cantando,
Y cual bajel del zéfiro impelido
Vá el mar, de espumas al correr sembrando
Así pase mi acento á la memoria,
Legando á su virtud flores de gloria.
Librad, ¡oh génios! del olvido airado
Al que guardando de virtud los fueros
Es tipo de bondad, de honor dechado,
Entre los más apuestos caballeros.
Tanta grandeza en cántico inspirado
Trasmitid á los siglos venideros,
Y los vivientes grabarán entónces
Su nombre, en jaspes, mármoles y bronces.
Yo así clamaba en la tranquila hora
Que el Sol tornando á su diurno giro,
Igneo monarca se ostentó, que mora
Bajo un dosel de diáfano zafiro.
Iluminó su faz deslumbradora
La palmífera cumbre de Capiro;
Eran líneas de fuego su guirnalda,
Y era su trono un monte de esmeralda.
Cuando al ruido de música armoniosa,
En presto carro, por la rubia esfera,
Entre banda de cisnes numerosa
Una cándida vírgen descendiera:
Su labio de coral, su tez de rosa
Velada en sombra de carmin lijera,
Superaban los rasgos más brillantes,
De Apéles, Fidias, Zeuxis y Timantes.
«Salve, bardo de Cuba, á quien pretende
En vano intimidar la suerte impía;
De este mortal feliz la dicha atiende,
El Santo de Israel á tí me envía:
Soy la celeste gratitud, enciende
Mi pura antorcha un su natalio día,
Y Dios desde su altísima eminencia,
Bendecirá tu canto y su existencia.
El vivirá cual murmurante fuente,
Que ya besa las suaves amapolas,
Ya plácida en su linfa transparente
Finja de luz cambiantes aureolas,

O ya forme el Favonio sutilmente
Leves arcos de perlas con sus olas:
Dilátase por prados y jardines
Y entra en el mar cubierta de jazmines.
Su memoria tendrá firmeza tanta,
Cual la Seiba, del Norte á los furores,
Que agrupando los pinos á su planta
Presta albergue á los lindos ruiseñores;
Y cuando el Iris la tormenta espanta,
Ya revestida de pomposas flores.
Recibe de las aves parias sumas
En dulces trinos y ondeantes plumas.»
Díjome tal la vírgen peregrina,
Y esparciendo lumínico tesoro,
Cual la brillante estrella vespertina,
Alzóse leda al azulado çoro
Velado el rostro en majestad divina;
Los blandos cisnes con sus picos de oro
El carro ímpelen súbitos cantando:
Salud, felicidad, gloria á Fernando.

LA SIEMPREVIVA.

Al S.r D. Francisco Martinez de la Rosa.

Antes que torne en rojo el horizonte
La clara luz del Sol resplandeciente,
Y con variados trinos el sinsonte
Baje á imitar la murmurante fuente;
En la alta cumbre del vecino monte
Dó el céfiro susurra blandamente,
Al son sublime de las cuerdas de oro
La rama ceñiré del piério coro.
Cual del bélico ardor arrebatado
El desnudo mancebo se presenta
Sólo de noble atrevimiento armado
Es el estruendo de la lid sangrienta;
Así yo vuelo impávido, animado
De gloria al soplo que mi pecho alienta,
Y pulso entre los vates la áurea lira,
Aunque ni el arte ni el saber me inspira.
Mas ya que un rayo puro y esplendente
El ígneo padre de Faeton me esquiva
Para ornar tu aureola refulgente,
Y de tal gloria sin razón me priva;
Séame dado en tu velada frente
Colocar esta roja *siempreviva*,
Indica flor con que Almendar decora
Su clara linfa de cristal sonora.

Destila el alba con su faz serena
Fecundas perlas en risueñas flores,
El manso arroyo por la blanca arena
Límpido bulle convidando amores;
Con voz melíflua de contento llena
Himnos entonan gratos ruiseñores;
Huyen las sombras, y el dolor, y el llanto;
Todo es dicha y placer donde yo canto.
¡Qué importa, empero, que el dolor reinara
Tendiendo la borrasca el denso velo,
O que el rayo abrasante resonara
Y el mar cubriese embravecido el suelo;
Si al dulce acento, cuando yo cantara,
De su apacible claridad el cielo
La faz vistiendo con que rie Mayo,
Calmara el mar, y contuviera el rayo?

. . . .

No tan copiosa lumbre el Sol derrama
Cuando la etérea bóveda ilumina,
Cual de plácido gozo inmensa llama
Vertió la tumba de Colon divina
Al publicar la voladora Fama,
Como ensalzaba la sin par Cristina,
Cercana al sólio de Isabel dichosa
Al inmortal Martinez de la Rosa.
El placer que la alegre Primavera
Vierte en la tierra con gentil semblante,
Nuncio es de paz, que en la turbada esfera
Bonanza ofrece al triste navegante:
El dulce beso que la vez primera
Recibe de su ninfa el tierno amante,
Y el hermoso nacer de un claro día,
Vivos trasuntos son de mi alegría.
Llénase el alma de cabal contento
Al ver fugar de la nación hispana
Los secuaces del déspota violento,
Traidor contra su sangre soberana:
Y exterminado el tribunal sangriento
De hírcanos tigres con figura humana,
Mónstruos que alteran, infundiendo espanto,
La dulce paz del Evangelio Santo.
Sumida en lloro la indomable España,
Víctima noble de discordia impura,
Vió de sus hijos en la horrible saña,
Cercano fin, y perdición segura:
A otros proscritos, que en nación extraña
Lamentaban su fiera desventura,
Viendo su pátria envuelta en precipicios
De crímenes, venganzas y suplicios.
La voz entónces al empíreo alzando

Humilde exclama en suplicante tono:
—«¡Santo Dios de Israel! tú, que mirando
Mi pena estás desde el excelso trono,
Haz que mis hijos su furor calmando,
Por tí depongan el funesto encono:
Que no es el odio timbre de los reyes
Ni sangre piden tus cristianas leyes.»
El almo Dios al escuchar su acento
Plácido envía celestial querube
Que veloz mide la región del viento,
De oro y zafir en transparente nube:
—«Enjuga el llanto, mira al firmamento»
Dice, y al cielo magestuoso sube.
España, al verlo, cándida respira,
El llanto enjuga, al firmamento mira.
Vió en tenebrosa oscura madrugada
Lucir la estrella hermosa matutina,
Nacer la blanca aurora sonrosada,
Mostrando al Sol su frente purpurina;
Resonar la tormenta inesperada
Que débiles centellas aún fulmina:
La discordia cruel tendiendo el velo,
Brillar el íris, y aclararse el cielo.
Cristina fué la refulgente estrella;
Risueña aurora, su ínclita amnistía:
El luminoso Sol, Isabel bella;
Feróz tormenta la ambición impía,
Que lejana lanzó débil centella,
Amagando incendiar la monarquía,
Y tú, La Rosa, el íris reluciente,
Dulce esperanza de la hispana gente.
¿Y quién por tu saber y patriotismo
Más digno fuera de tan alta gloria,
Que tú, cuya aversión al despotismo
Nos asegura peremnal victoria,
Del Tártaro, arrojándole al abismo:
Y cuyo nombre grabará la Historia
De la nación, y de mi canto al ruego,
En tablas de oro con buril de fuego?
Ya más no te verá la cumbre Alpina
Cruzar cercado de dolor y pena,
Y de Pompeya en la asombrosa ruina
Con vacilante planta hollar la arena,
Ni la vista á tu pátria peregrina
Desde las tristes márgenes del Sena
Volver, cubierto en aflictiva calma,
De llanto el rostro y de pesar el alma.
Sutil Favonio que en la esfera exhalas
Bálsamos gratos que la zona cría,
Lleva á La Rosa en tus ligeras alas

La *siempreviva* que mi amor le envía:
Tan desprovista de vistosas galas
Como mi humilde lira de armonía,
Por ser entre las flores tropicales
Emblema fiel de acciones inmortales.
Y tú, del alto Pindo rey sagrado,
Miéntras los prados, fuentes y pastores,
Del ígneo Sur al Setentrión helado
Con mudo acento cantan tus loores;
Deja su heróico rostro coronado
De divino laurel y olímpias flores,
Levantando en tu fúlgida carroza
Al sublime cantor de Zaragoza.

EL ANGEL DE LA GLORIA.

¡El arpa, el arpa de oro resonante
Y el plectro de zafir! que el ansia mía
Pulsarla intenta; y cuando el triunfo cante
Del saber contra infanda Tiranía
Su voz robusta, ardiente y penetrante
Escucharéis, hispanos, aquel día
Estremecer los antros del Averno,
Retumbar ante el solio del Eterno.
Oid mi acento, adalides inmortales,
Modelos de valor y patriotismo,
Unos son nuestros timbres eternales
Humillando al horrendo despotismo;
Pues si el honor con signos celestiales
De ráudo tiempo sobre el hondo abismo
Por vuestros hechos sacros os levanta,
Tambien se inmortaliza quien los canta.
La voz sublime, el alma verdadera
Del Sér Supremo, emanación notoria
Que las nubes arrolla en su carrera
Y no puede parar sino en la gloria:
Tal yo inspirado, á la nación Ibera
La paz predigo; anuncio la victoria;
Y suspendiendo el impetuoso vuelo,
No me es dado cantar sino en el cielo.
Con magestad la noche su funéreo
Velo tendía en el inmenso espacio,
Derramando en el fondo azul etéreo
Igneas flores de fúlgido topacio:
Por el lácteo camino el carro aéreo
Guiaba Febo al celestial palacio,
Y recostaba el Mar su onda serena
En suave alfombra de brillante arena.

Cuando yo con sublime atrevimiento
Clamé del cielo á la Deidad propicia,
Y en alas del heróico pensamiento
Los triunfos del Saber y la Justicia
Subí loando á la región del viento:
El coro de querubes con delicia
Mis ecos armoniosos consonaba,
Y Dios reía miéntras yo cantaba.
Dejando entónces el excelso asiento
El más bello querub que el coro admira,
Vestido del color del firmamento
Sobre mis hombros revolando gira,
Y hablóme así con inefable acento:
—«Al Sumo Sér que la verdad me inspira
Nadie puede engañar, y á nadie engaña;
PLACIDO, mira el porvenir de España.»
Dijo, y colmando al punto mi deseo
El misterioso velo se desgarra,
Correr las sombras de los héroes veo
Que dieron lustre á la nación bizarra,
Y á los pies del soberbio Pirineo
Los asolados campos de Navarra,
Donde vá á coronar próspera suerte,
Al más justo, al más libre, y al más fuerte.
¡Salve! ¡Salve! Olvidando los rencores,
Que de almas nobles es pasión agena,
Al clamor de los roncos atambores
Y al son lejano del cañon que truena,
Unidos van los bravos vencedores
De Oporto, Waterloo, Bailén y Jena:
A la victoria y al valor admiran;
Y por la gloria y libertad suspiran.
Ved el ángel que Milton nos figura
Del Edén puesto á la dichosa entrada
En concha de oro reluciente y pura,
Revuelve por doquier la vista airada:
Al descender de la estrellada altura
Los aires hiende su terrible espada,
Y acercándose á Cárlos infelice,
Así con gesto amenazante dice:
—«¿Qué maléfica sed de sangre humana,
Ansia de ruinas, y ambición rastrera,
Mueve tu corazón, de tigre hircana,
A desolar, herír, matar doquiera?
¿Cómo contra tu patria soberana
De cien héroes legítima heredera,
Vibra tu mano de matanza el rayo?
¿Cómo insultas la cuna de Pelayo?
Tanta inocente víctima inmolada
Por tu ambiciosa rabia seducida,

Tanta triste familia desgraciada,
Y tanta sangre sin razón vertida
Con que se vé tu frente salpicada;
¿No conmueven esa alma empedernida,
Cobarde, aleve, vil, traidora, impura,
Débil en lides, en crueldades dura?
¿Presumes subyugar á un enemigo
Que defiende sus fueros soberanos,
Y que se huelga derrocar contigo
El secreto poder de los tiranos?
Hipócrita feroz, teme el castigo
Que te prepara el Dios de los cristianos:
Ya toca el fin de tu carrera impía,
Cercano está de la venganza el día.
Cercano, sí, que á la feroz matanza
Van los alumnos cuya voz resuena,
De Pedro el Grande, el libre de Braganza,
De Ataulfo, de Essex, y de Turena.
¿No vés, mónstruo, no vés con qué pujanza,
De la tumba á romper tu atroz cadena
Se alza la sombra de Viriato airada
Y vuela á tí con vengadora espada?
«Ya los pueblos á costa de experiencia
Saben ganar por armas su decoro,
Y castigar la pérfida insolencia
Al marcial eco del clarin sonoro:
Ya cesó la feudálica influencia,
Y los hombres no dan diademas de oro
A quien por oprimir prende en la tierra
Llama infernal de fratricida guerra.
Dice, y se torna por la esfera clara
Hasta el templo inmortal donde ha salido.
Absorto Cárlos la visión repara
Silencioso, confuso y aturdido:
Pretende hablar, mas presto resonara
Del mortero el horrísono estampido,
Y de nuevo le asusta y amedrenta
La férrea bomba que á sus piés revienta.
Mas, ¿qué grupo de impávidos guerreros
Salva del monte la enriscada cumbre,
En veloces corceles caballeros
Con rojas teas de funesta lumbre?
¡Oh dolor! al batir de sus aceros
La fanática y torpe muchedumbre
Yace sin vida, ó á la fuga apela,
Y entre barrancos á esconderse vuela.
Yá los ínclitos héroes han llegado
Ante el pendon flamante de Castilla:
Lanuza ilustre, el fuerte Maldonado,
Bravo el tremendo, el inmortal Padilla,

El infeliz y ardiente Empecinado,
Los Leónidas de Mayo, en quienes brilla
El amor puro de la pátria; y luego,
Lacy, Porlier, Beltran de Lis y Riego.
 Pero: escuchad la voz que generosa
Suspende á los campeones peregrinos:
«Tened, no derraméis sangre preciosa,
Templemos el rigor de los destinos.
Sólo merecen muerte rigorosa
Esos dos, esos lobos asesinos»
Dice con voz de fulminante trueno,
Y señala á Don Cárlos y á Moreno.
 ¿No vés, Moreno, cuál ligero avanza?
¿No conoces las armas relumbrantes
De ese guerrero ansioso de venganza
Que corre á tí con ecos detonantes,
Recta la aguda, vengadora lanza,
Y los airados ojos centelleantes
En la siniestra de tu pecho fijos?
¡Tiembla, perverso! ¡tiembla!... él es... Torrijos.
 El campo desparece, noche umbría
Cubre mi vista con su denso velo,
Sólo percibo el himno de alegría
Que suspenden las aves hasta el cielo:
¡Salve! á la ilustre Libertad, se oia
Del polo Sur á la región del hielo,
¡Salve! dijo el nevado Guadarrama,
Y ¡salve! ¡salve! repitió la Fama.
 Marcha luego con bélica arrogancia
La sacra hueste que al placer incita,
Hasta la misma encantadora estancia
Donde Tajo á Jarama el nombre quita:
A Iberia, Lusitania, Albion y Francia,
Allí unidas la Pátria felicita,
Y allí con entusiasmo sin segundo,
Juran las cuatro libertar al Mundo.
 Juran, y un astro de color de aurora
Parece en el cenit, y hermoso brilla
Claro y sereno como el sol que dora
Los verdes prados de la hermosa Antilla,
Música aérea, divinal, sonora,
Regala al viento blanca nubecilla,
De su centro despréndese una estrella,
Dos ráfagas de luz giran en ella.
 Dos ráfagas de luz... Mas ¡oh portento!
Dos génios son de forma peregrina,
El más jóven es signo de contento;
Su diestra ofrece cándida y divina
Las palmas del seguro vencimiento,
Y semeja el mayor una heroina,

Nueva Judith, risueña como el Alba,
Que al Déspota destruye, al pueblo salva.
Era España el zenit que dicha augura,
El astro, emblema del *saber* naciente;
La nube musical ligera y pura,
El aura libre de la *edad* presente;
La Justicia era, el genio de ventura
Que anunciaba con faz resplandeciente
La virtud y la paz y la victoria;
Y el Progreso era el «Angel de la Gloria.»

LA SOMRRA DE PADILLA.

A la S.ra D.a María Cristina de Borbon.

Sábia y excelsa Reina, á quien admira
Extasiado de gozo el pueblo hispano,
Oye la voz de un vate que respira
Aura de Libertad, oye un Cubano.
Alguno habrá que con dorada lira
Más digna de tu oido soberano,
Cuando sus cuerdas diamantinas vibre
Cante más grato; pero no más libre.
Era la madrugada: con dulzura
Trinaban los arpados ruiseñores,
Blanda brisa jugaba en la espesura
Derramando aromáticos olores,
En oriente brillaba el alba pura
Coronada de perlas y de flores,
Y yo cantaba un himno en mi cabaña
A la naciente libertad de España.
Cuando al rumor de musical concento
Animado de un cántico sonoro,
Más suave y dulce que el melífluo acento
De las que habitan en el Cintio coro;
Suelta la blonda cabellera al viento,
Prendida al frente con oliva de oro
Y rojo manto, ante mi vista atenta
Una deidad augusta se presenta.
Viene á su diestra impávido guerrero
Coronada de luz la sien gloriosa,
Cubierto el cuerpo de luciente acero
Salpicado en su sangre generosa:
Y al saludarme afable el noble Ibero,
—«¿Tú vés me dijo, PLACIDO, esa diosa
Que como el rey de los planetas brilla?
Esa es la Libertad, yo soy Padilla.
El que inspirado de su fuego santo,
Grande, animoso, denodado y fuerte,

De barbarie rasgando el negro manto,
Proclamando la Ley, hallé la muerte;
Mas no fué mi desdicha en grado tanto
Que llorar pueda la enemiga suerte;
Pues vale más ser presa de la parca
Que privado de un déspota Monarca.
De los combates el furor sangriento
Por un mal rey arrostra el hombre en vano:
En vano dado á la merced del viento
Tala los campos de un país lejano.
De muerte y oro el déspota sediento
Al fin... procederá como tirano
Recompensando tantos sacrificios
Con destierros, mazmorras y suplícios.
Y bien merece, si en razón se mira,
Quien halaga tan bárbaro deseo,
Del mismo á quien sirvió probar la ira
Recibiendo la muerte por trofeo:
Es el esclavo, mônstruo que respira
Crueldad horrenda con la sed de empleo:
Sólo de pátria y libertad el nombre
Defender debe hasta morir el hombre.
Mira á Sobieski de valor armado
Volar al campo con la frente erguida,
En favor de Leopoldo, que cercado
Contemplara su causa ya perdida.
Por él mira á Tekeli derrotado,
Y á su triunfo inmortal, sobrecojida
De pánico terror la turca tropa,
Salvar á Viena y libertar la Europa.
Y mira el premio con que ingrata Viena
Corresponde á Polonia generosa,
Ayudando á ponerle la cadena
Vil y pesada de la Rusia odiosa.
Bien como aquel que salva con gran pena
Entre malezas tigre sanguinosa,
Del cazador astuto, y fementida
Mata cruel á quien le dió la vida.
Pero en breve el tremendo despotismo
Será humillado por los que hoy infama,
Que ya en el centro de la Rusia mismo
Resaltan chispas de invisible llama:
Por sofocar la voz del patriotismo
Cuenta castigos hórridos la fama,
De infinitos cubiertos en miseria
Que espiran en los yermos de Siberia.
Caerá la tiranía: en todas partes
Será el hombre benéfico y humano:
Florecerán las ciencias y las artes;
Del ancho Obi, hasta el muro Gaditano

Tremolarán los libres estandartes,
Y deponiendo el fanatismo insano,
Del progreso serán á las lecciones.
Justos los hombres libres las Naciones.»
Así el prócer habló, que malogrado
Tornó á nacer en Villalár muriendo,
Y partió de la diosa acompañado,
Dichas sin fin á Iberia prometiendo:
Formaba el ruido de su carro alado
Un armónico acento, que diciendo
Cruza el espacio y en los cielos brilla:
—«¡Gloria á la Libertad! ¡Gloria á Padilla!»

A LA PROCLAMACIÓN DE S. M. DOÑA ISABEL SEGUNDA.

Venga á mis manos por la vez primera
De júbilo feliz la grata lira,
Aunque sus dones esquivarme quiera
Del Pindo, el soberano.
Sobrado aliento al corazón le inspira
Desde el hispano trono al sol hermoso
Puro y brillante de Isabel Segunda;
Cuya luz, con las ráfagas que envía,
De Iberia heróica la región inunda
El claro cielo de la pátria mía.
Que cuando á nombre tan sagrado brindo
Pulsando el plectro de oro,
Para loarlo en cántico sonoro
No necesito inspiración del Pindo.
De la noche las sombras disipaba
Vénus; luciente númen de alegría
Y las parleras aves y las flores
Saludaban con cánticos y olores
Al astro hermoso precursor del día.
Del céfiro halagado en mis oidos
Resonaba el rabel de los pastores,
Que al alba festejaban divertidos
Cantando por la selva sus amores.
Mientras yo desvelado,
Abandonando mi campestre asilo,
Me alejaba tranquilo
Las pintadas conchuelas recogiendo,
Que brillan á millares
En la tumba del límpido Almendares.

De gozo enagenados mis sentidos
Fijé la vista en las serenas ondas,

Y ví las ninfas revolver gallardas
Las rubias hebras de su trenzas blondas.
Y levantando afables y risueñas
Sus bellísimos talles,
Aproximarse á la arenosa orilla,
Donde las llama con acentos graves
Una deidad, que entre las otras brilla
Como el águila en medio de las aves.
Depuesto á un lado el fúnebre vestido, (5)
Marcha al frente con paso majestuoso
De sus náyades bellas,
Revuelta en el azul celeste manto
Tachonado de auríferas estrellas.

La fama en torno gira
De aquel lucido y esplendente coro;
Sus acentos admira,
Y empuña luego su clarín de oro.

La diamantina cítara pulsando
Con grato acento la ilustrada Cuba,
Al entonar sus ecos
Descoje el rico manto,
Hiere las cuerdas, y principia el canto.

CORO.

¡Salve! ¡salve! Isabel adorada,
Nuevo sol que la Iberia ilumina,
¡Salve! ¡salve! adorada Cristina;
Nombres dignos de lauro inmortal.
Así la noble Cuba acompañada
Del lírico instrumento,
La voz soltaba á la merced del viento:
Miéntras yo en una hoja
De la espesa *caleta* verde y roja,
Y una punzante concha que tenía,
Fijando en ella mis sentidos todos
Sus ecos celestiales inscribía.
Llevóselos la Fama hácia el oriente:
No, Reina bella, porque sean mis versos
De que la Fama los encumbre dignos;
Mas la ardorosa é inextinguible llama
De heroicidad que inflama
El feraz suelo de mi pátria hermosa,
Reforzando con vínculos sagrados
Los fraternales lazos nunca rotos,
Y los fervientes votos
Que sus hijos al santo cielo elevan
En tu Real solemnísima proclama,
Son dignos de tu trono y de la Fama.

DIADEMA REGIA.

A la Jura de la Princesa Heredera.

Nunca tan bella la rosada Aurora
Al descorrer la nocturnal cortina,
Con las perlas bordó que el Alba llora
Y flores mil su frente purpurina;
Cual hoy, que apenas cándida colora
La transparente esfera zafirina,
Cuando ya la saludan los pastores
Los cielos y las plantas y las flores.
Mas ¿qué arrebato y general contento
Hiere mi oído? ¿Regocijo tanto
Esparce de la Aurora el nacimiento?
¿No rasga siempre de la noche el manto
Con el propio fulgor y lucimiento?
¿Las aves no la dan el propio canto?
¿Cuál es el móvil que, la misma siendo,
Hoy produce placer tan estupendo?
Absorto así mi corazón decía;
Cuando asomando Febo reluciente,
Rayos de oro y púrpura tendía;
Y de diamantes en el rojo oriente,
El céfiro las flores remecía
Perfumando de aromas el ambiente,
Y al Sol daban con ánsia peregrina,
Salva en la tierra y salva en la marina.
Grupo gentil de náyades hermosas
Nacidas en la culta pátria mía,
Coronadas de mirtos y de rosas
Hácia mi choza en dirección corría:
Salúdanme con voces amorosas,
Y dijéronme:—«Placido, este día
Celebra en fiestas la ilustrada Habana,
A Isabel, su futura soberana.»
Entónces de entusiasmo poseido
Y de gozo y placer arrebatado,
Tomé el blando rabel que en triste olvido
Yacía largo tiempo abandonado,
Y entre el gentío inmenso confundido
Danzando corro el floreciente prado:
¡Viva Isabel! resuena en mi cabaña,
¡Viva! ¡viva Isabel! y ¡viva España!
En pos de la ciudad de ninfas bellas
Van con cestillos de olorosas flores,
Y Delio, y Velez, y Desval entre ellas
Al cielo suspendiendo mil loores

Marchan vertiendo plácidas centellas,
Dando envidia á los dulces ruiseñores,
Y alejando los hórridos pesares
Al grato son de líricos cantares.
Delino llega, y á su voz divina
Redóblase el placer, la dicha crece.
—«¡Salud! exclama, á la inmortal Cristina,
Y al nuevo sol que Iberia nos ofrece,
¡Viva Isabel! estrella matutina
Que tras la negra tempestad parece.»
Y el pueblo le contesta vivas dando,
A Isabel, á Cristina, y á Fernando.
Gozáos de mi pátria en la alegría
Y á mi acento reid, nobles guerreros,
Los que en Bailén y San Marcial un día
Temblar hicísteis á los Galos fieros;
Véd cual se alzan de la tumba fría
Rui-Diaz, Lara, Córdoba, y Cisneros,
Y rie el panteon donde descansa
El vencedor de Lúsara y Almansa.
Sagrados génios que la gloria hispana
Ensalzáis junto al regio Manzanares;
Venid á visitar la culta Habana,
Que en su playa el clarísimo Almendares
Os mostrará la frente soberana
Coronada de piñas y palmares,
Y os dará de sus hijos el acento
Fraternal y benigno acojimiento.
Y luego á vuestros lares retornando
Regalaréis la nueva venturosa
A la esposa del séptimo Fernando,
Como celebra Cuba deliciosa
Su Real Princesa, impávida jurando
Laureár de Isabel la sien gloriosa,
Y á falta de varon, darle la silla
Y el cetro de Leon y de Castilla.
Mas ¿qué pretendes, rústico instrumento?
Deja atrevido el desusado canto;
Pues explicar no puedes mi contento,
Torna al olvido en que por tiempo tanto
Sepultado estuviste: vates ciento
Coronados de rosas y amaranto
Loarán por la Habana peregrina
A la hija augusta de la Gran Cristina.

LA PROFECÍA DE CUBA A ESPAÑA.

En los días de D. Isabel de Borbón.

¡Cómo! ¿en el polvo tú, plácida lira?
Ven y resuena á par de mi entusiasmo,
Darás honor al Genio que te inspira,
Loor á la virtud, al mundo pasmo.
¡Canoros cisnes de la pátria mía!
¿Dó están los ecos que al lejano polo
Llevaba el raudo Eolo,
Y gratos metros que escuchar solía
El límpido cristal de Arroyo-Apolo,
«Dulces y alegres cuando Dios quería?»
¿El corazón no os late? pues en tanto
Que adorna el firmamento
El Alba pura con nevado manto
Himnos de gozo sobre el leve viento
A la región olímpica levanto:
Calle el que tema: yo no temo, y canto.
Como en las aras del supremo Jove
Juró Asdrubal rencor á los Romanos
Y les mostró de Marte la fiereza,
Yo ante el Dios de la gran Naturaleza,
Odio eterno he jurado á los tiranos.
A la temprana luz del sol naciente
Que presagiaba un venturoso día,
Cuando ornaba la blanca Aurora fría
Con festones de púrpura el Oriente,
Sobre la espuma de los anchos mares
Mostró Cuba la frente
Coronada de palmas y azahares,
Y los ojos tornando
A la doliente desgraciada Iberia,
Alzó la voz, hablando
Al nuevo Atila del rebelde bando:
—«¿Cuándo te ocultarás, mortal perverso
Allá en los antros del Averno oscuro,
O exhalarás por bien del Universo
El humor negro de tu sangre, impuro?
¡Qué...! ¿presumes reinar...? ¿Cuál será el trueno
Que aterre y venza del saber los hijos?
Acaso el vil, el pérfido Moreno,
Cobarde atroz, verdugo de Torrijos...?
Tiembla y huye, infeliz: la edad presente
No sostiene traidores coronados,
Y si tu horda vandálica insolente
Lograr pudiera su perverso encono

Fueras siempre un esclavo sobre un trono,
Mas nunca un rey. Tu furibunda saña
No ejercerás jamás, fiera alimaña,
Que humillarse el poder á un cruel vestiglo
No lo tolera la moderna España
Ni lo consiente la opinión del siglo.
¡Huye y tiembla, infeliz! que si fiado
Vés al leon vestido de cordura,
Contener su fiereza sólo es dado
A la regia piedad, y á la hermosura:
Mas ¡ay de tí! si eriza la melena
Y el cuerpo estriba en la potente garra,
Y colérico salta, y ruge, y truena.
Y se lanza en los campos de Navarra,
Al bélico rugido resonante
Verás disperso el fanatismo ciego,
Y al renacer la libertad divina,
Al grito heróico de Padilla y Riego
Alzarse un Bravo, aparecer un Mina.»
Dijo, y un arco en el celeste coro
Apareció esplendente,
Como brillaban las estrellas de oro
Con el fulgor naciente
De las egipcias lámparas de Osiris.
Lució el Genio de la história
Entre los vivas que ostentaba el Iris
De nítido diamante,
Y en el vacío de zafir brillante
Esculpieron las hijas de Memoria.
«Paz á la España, y libertad y gloria.»
El nombre del progreso en áurea nube
Por la Justicia y el honor llevado,
De la inmortalidad al templo sube;
Y reflejando por la esfera, ofrece
Divo conjunto de virtudes raras,
Cual la fúlgida Luna, entre las claras
Serenas ondas del San Juan se mece.
Vencen sus hijos la sangrienta guerra,
Y el Despotismo vil muerde la tierra,
Y rabia, y tiembla, y brama, y desparece.

LA SOMBRA DE PELAYO.

Cuando los altos montes se extremecen
De los airados vientos al silvido,
Y las aves y fieras se guarecen
En cóncavas cavernas, ó perecen
De la centella al súbito estampido:

Miéntras ni el ruiseñor ni el cisne cantan
Y todo es susto y confusión y duelo,
Altiva entónces la condor levanta,
Ceñida de relámpagos el vuelo;
A su brillante lumbre
Desdeña de los Andes la alta cumbre
Impávida y tremenda como Palas,
Y con mirar sereno,
Por la región horrísona del trueno
Bate atrevida sus potentes alas.
Tal yo en mitad del general espanto
Que incertidumbre por do quier respira,
Pulso risueño la sonante lira,
Vuelo á la cumbre del Olimpo, y canto.
En el cántabro mar, cabe una roca
Que del Bóreas los ímpetus contiene,
Y en ondas de cristal Tetis sagrada,
Cuando no ruge airada,
De verde viste como al campo Mayo,
La sombra ví del inmortal Pelayo.
En su noble ademán la acción se mira
Que al hombre imprime potestad suprema:
Su magnánima faz aleja el llanto,
Cubre su noble cuerpo rojo manto,
Su sienes ciñen inmortal diadema.
Al lucir en oriente la áurea llama
Del astro universal que luz derrama,
Desnuda osado la fatal cuchilla,
Y el pendón tremolando de Castilla
Torna ledo la vista á Guadarrama.
—«Nieta de San Fernando, (el héroe dice)
Salud y bendición. Aunque ajitada
Por el fiero huracán de las pasiones
Está tu regia cuna, siempre amada
Serás de los iberos corazones.
Los que sostienen tu gloriosa silla,
Los que combaten al feroz tirano
Que usurpar quiere el sólio de Castilla,
Los que defienden el dosel hispano,
Tus hijos son, y nietos de Padilla.
El cielo hará que de terror se llenen
Los pérfidos que ultrajan tu persona,
Y que los males calmen y serenen,
Cuando justicia y libertad resuenen
Del mar de hielo á la abrasada zona. (6)
Ha dicho el padre de la pátria, y luego
Por la región etérea se ha marchado
Con plácido sosiego,
Cual si el Sumo-Hacedor le hubiese dado
Alma de rayo, inspiración de fuego.

De noble ardor se inflaman
A su voz los alumnos de la gloria,
Y ¡oh, sacro-santa, Libertad! exclaman,
«Solo es tuyo el laurel de la victoria.»

A LA EXC.^{MA} S.^{RA}

DOÑA MARÍA FRANCISCA DEL CASTILLO.

En su día.

Ría el Olimpo, y apacible el viento
Los ecos lleve que mi voz entona.
Estése quedo el Mar, vierta contento
El astro regio de la rubia zona,
Temple mi plectro inspiración suprema,
Luzca en el cielo divinal corona,
Brille en mi frente tropical diadema.
Que cuando á la virtud y á la hermosura
De Cuba el Cisne canta
Dichas sin fin á su natal augura
En los himnos de gozo que levanta.
Cuando con faz serena
Justos loores por do quier derrama,
Ni se oscurece el Sol, ni el Ponto brama,
Ni el Euro ruge, ni el Olimpo truena.
Antes velado de esplendor divino
Los aires y la tierra iluminando,
Aparece el lucero vespertino,
Y el cefirillo blando,
Riega suaves aromas, agitando
La inhiesta copa del gigante pino.
¿Acaso, olvidará Naturaleza
Que eres timbre y honor de tus mayores?
Y yo que tanto debo á tu grandeza
¿No haré trinar los dulces ruiseñores
Al nacer de tu célica belleza?
¿Olvidar puedo que tu noble esposo,
Condesa idolatrada,
Partió de mi destino riguroso
Con mano fuerte la terrible espada?
Jamás olvidaré que su alma tierna
Cual moderno Pompilio
Por la virtud sagrada se gobierna;
Y su memoria en Cuba será eterna
Como en Roma los cantos de Virgilio.
A par tu nombre de su nombre mira
Que de la gloria al templo se levanta,

Oye en tu prez sonar mi humilde lira;
Vé los siglos correr bajo tu planta.
  Meció tu cuna amor, y peregrina
Naciste ornada de guirnaldas bellas,
Y entre las hijas de Colon descuellas
Mostrando gracias de tu faz divina,
Cual la Luna en mitad de las estrellas,
Cual la palma que nace en la colina.
  Cual la Reina de Chipre entre las olas
Sobre el nivel de los tendidos mares,
La sien ceñida de albas amapolas,
Te aplaudieron los índicos palmares
Al volver á las playas españolas.
Apareciste entónces candorosa,
Angelical emblema de ventura,
Como los campos de tu pátria hermosa,
Más que la nieve de los Alpes pura.
  Amores por el éter esparcías
Que con tu suave aliento embalsamabas,
Y jazmines brotar la tierra hacías,
Donde la planta celestial fijabas.
La culta Habana que tu estirpe aprecia,
¡Salve! dijo, y sus ninfas colocaron
En tu frente los lauros que ganaron
En Italia Corina, Safo en Grecia.
Gloria, paz y salud, condesa ilustre,
En tu natalio día
El sacro Jove por mi voz te envía.
Gózalas, pues, de tu preclaro esposo
En feliz y amorosa compañía,
Mientras yo en raudo vuelo,
Tu oriente encumbro á la región del cielo.
  Tales los ecos de mi musa fueron.
«Gloria, paz y salud,» luego clamaron
Las montañas y valles que la oyeron,
Y los montes y mares que escucharon,
«Salud, y paz, y gloria,» repitieron.

A LA S.RITA VIRGINIA PARDI,

por su ejecución de «Los Caprichos» en el arpa.

  No con aquella degradada lira
De ingratas cuerdas y oropel cubierta,
Con que tan sin razón y sin justicia
Apláusos suelo prodigar, malgrado
De mi fiel corazón, en voz ficticia,
Celebraré tu mérito elevado;

Sino con aquel plectro
Libre de la lisonja y la impostura,
De cuerdas áureas y metal electro:
Emblema de ventura
Que el sentido arrebata y enagena,
Tan incorrupto como tu alma es pura,
Tan extasiante como tu arpa suena.
Sombras de los antiguos trovadores
Que con doradas arpas hechiceras,
A imitación de alados querubines,
Del Adda y el Adige en las praderas
Cantas gratos amores,
Y danzando en sus plácidos jardines
Huellas las plantas sin quebrar las flores:
A los fecundos y risueños campos
De mi patria volad: almo el contento
Escuchareis de la índica Virginia.
Sus *caprichos* divinos
Que inspiraron las hijas de Memoria,
Os llenarán de insólito contento;
Y unida mi canción á vuestro acento
Le entonaremos himnos de Victoria
Que sonando en el templo de la Gloria
Pueblen de *vivas* la región del viento.
¿Será que diestro á los remotos siglos,
Del antártico mar al boreal polo
Trasmitirá el pincel tu gentileza?
Vénus pudiera solo
Tus gracias hermanar con su belleza,
Si pulsara la cítara de Apolo.
Púdica vírgen, á los pueblos parte
Que el sacro Tiber riega,
Y á dar placer con tu celeste arte
A los mortales que te adoran, llega.
Pulsa allí tu laúd, nueva Malvina,
Y tu sien ceñirá la culta Roma
Con los lauros del Tasso y de Corina.
Felíz la estrella que marcó el instante
De tu sagrado oriente,
Y con rayos de fúlgido diamante
Cubrió tu cuna y decoró tu frente.
Dichoso tu talento peregrino,
Mortal dichoso el que consiga amarte
Y ser amado de tu sol divino,
Y más dichoso yo, porque el destino
Me reservó la gloria de cantarte.

EL SUSPIRO.

A Doña Inocencia Martinez en el Papel de María de la comedia «La niña abandonada».

Si faltare cadencia en el concento
Dedicado á tu prez, bella María,
Previénete mi fé con grato acento,
Que en un sencillo y nuevo pensamiento,
Más que en el verso está la Poesía.
Un don quiero ofrecerte sin segundo,
Más durable y sublime, aunque sin arte
Que cuantos puede el mundo regalarte;
Porque será cual hoy, claro y fecundo,
Aun después que perezca el Sol y el mundo.
Desde mi creación cuando el Eterno,
Alma inmortal uniera
A mi humana porción perecedera,
Formó del fluido mismo
Un soplo celestial, sonoro y tierno,
El que, ya que exhalarse no pudiera,
Con su mayor hermana unido fuera
De la tumba al Empíreo, ó al Infierno.
Tal como ser debía
Libremente exhalado
Por natural y extrema simpatía
A la presencia del mortal sensible
Que adivinar supiese mi desgracia...
¡Desgracia cruel, que el hado turbulento
Me prohibe explicar! Sí, que al acento:
«Llegad que aquí os aguardo, madre mía.»
. . . .
Lancé un profundo ¡ay! Triunfó María.
Triunfastes, sí: no empero satisfecha
De la fácil victoria conseguida,
Víbrasme en cada sílaba una flecha,
Que al corazón derecha
Parte saliendo roja y encendida
Arrancándome el alma por la herida.
¿Dónde, mágica, dí, dónde aprendiste
Esos gestos de pena y de disgusto,
Que al semblante revela un pecho triste?
Es verdad, que naciste
En el opaco siglo diez y nueve,
Que suelen de oro titular: en tanto
De dolores le nombra el plectro mío,
Por ser tan melancólico y sombrío,
Que hasta su mismo Sol me inspira llanto.

¿Adónde, dí, te llevan los pesares?
¿A quién le ruegas, mísera María?
«Te mald...» No sigas... desgraciada, tente!
¿Eres tú por acaso,
Fanática, soberbia, ó delincuente?
Ellos solos maldicen;
La divina virtud no es maldiciente.
Al recorrer la clásica elegía,
Y acabado el desmayo delirante,
En brazos de una madre, y un amante,
Que perdón de sus yerros te pedía,
¿No miraste al través del tierno lloro
Que tu cándido rostro hermoseaba,
Línea de fuego que por él serpeaba
Cual mínimo relámpago de oro?
¡Ay! estática entónces creerías
Reflejadas las luces en la nieve
De tu líquido llanto,
Tal yerro en tí no admiro;
Sabe, pues, que el fulgor que te bañaba,
Era el áura sutil de mi suspiro.
Ella fué, yo la ví:
Del oprimido
Pecho, rápida alzóse á la garganta
Revuelta en hondo ¡ay! mal contenido,
Y acompañando al eco sonoroso
Rosa ígnea de límpido topacio,
Convirtiéndose en círculo cumplido
Medió veloz el agitado espacio
Por vivas y loores,
Y en el aire dos palmos suspendido,
Como disco de luz resplandeciente
Derramaba sus rayos en tu frente.
Salud, jóven sensible y peregrina,
Dulce y cándida Hebe, Flora lozana,
Que á la modesta sencillez de Diana
Juntas leda las gracias de Ciprina;
Y pues ya del saber á la alta cumbre
Osas subir por tu constancia fuerte,
Toma este rayo de la eterna lumbre,
Que sólo consagrado á la Inocencia
Triunfará de la muerte:
Él es tan puro cual su diva esencia,
É inmortal como el alma que lo vierte.
Por mi Suspiro de eternal memoria
Que altas virtudes místicas encierra,
Te adorarán los hombres en la tierra,
Y yo por él te abrazaré en la Gloria.

ADIÓS A MI LIRA.

EN LA CAPILLA.

(Escrita pocos momentos antes de marchar al suplicio).

No entre el polvo de inmunda bartolina
Quede la lira que cantó inspirada
De laureles empíreos coronada
Las glorias de Isabel y de Cristina;
La que brindó con gracia peregrina
La «Siempreviva» al cisne de Granada
No yazga en polvo, nó, quede colgada
Del árbol Santo de la Cruz divina.

Omnipotente Sér, Dios poderoso,
Admitidla, Señor, que si no ha sido
El plectro celestial esclarecido
Con que os ensalza un querubin glorioso,
No es tampoco el laud prostituido
De un criminal perverso y sanguinoso.
Vuestro fué su destello luminoso
Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Señor: no más canciones
Profanas cantará mi estro fecundo.
Mas ¡ay! me llevo en la cabeza un mundo!
Un mundo de escarmiento y de ilusiones;
Un mundo muy distinto de este sueño,
De este sueño letárgico y profundo,
Antro quizá de un Genio furibundo,
Sólo de llantos y amarguras dueño.

Un mundo de pura gloria,
De justicia y de heroismo,
Que no es dado á los profanos
Presentir: mundo divino,
Que los hombres no comprenden,
Que los ángeles han visto
Y aun con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.
Acaso entre breves horas
Cuando divise el Empíreo,
Postrado ante vuestro trono
Veré mis sueños cumplidos;
Y entónces vueltos los ojos
A esta mansión de delitos,
Os daré infinitas gracias
Por haber de ella salido.
En tanto, quede colgada
La cáusa de mi suplicio,
En un ramo sacrosanto
Del que hicísteis vos divino.

Adiós, mi lira: á Dios encomendada
Queda de hoy más: «adiós»... yo te bendigo.
Por tí serena el ánima inspirada
Desprecia la crueldad del hado enemigo:
Los hombres te verán hoy consagrada.
Dios y mi último adiós quedan contigo,
Que entre Dios y la tumba no se miente.
Adiós, voy á morir... ¡Soy inocente!...

PLEGARIA A DIOS.

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.
Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio:
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al Sol, jiro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.
Todo lo podeis vos; todo fenece
Ó se reanima á vuestra voz sagrada:
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que la insondable eternidad perece,
Y aun esa misma nada os obedece;
Pues de ella fué la humanidad creada.
Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.
Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adan, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mústia y llorosa
Siguió tu muerte como heliaca estrella.
Por aquella de Regla venerada
Que un tiempo en Monserrate apareciera
De refulgente aureola iluminada,
Sobre radiante disco placentera:
Por aquella tu esposa idolatrada
Que en su seno divino te tuviera,
Tiende, Señor, el iris de bonanza
Y al mónstruo horrendo en el abismo lanza...
Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío,
Ultrajen con maligna complacencia ..
Suene tu voz, y acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad, ¡Dios mio!... (7)

NOTAS DE LAS ODAS

(1) Poeta latino rival de Virgilio en la fuerza y elegancia de estilo: escribió el bellísimo poema en seis cantos «De natura verum,» cuya mejor edición es la que en 1725 imprimió en Leyde el célebre Havercamp. Lucrecius Carus, fué amigo y contemporáneo de Ciceron, de Cátulo y de Atiens, y nació el año 95 A. de J. C.

(2) Heredia.

(3) Quintana.

(4) La cátedra de Filosofía, incorporada á la Universidad de la Habana, fué fundada en Matánzas por el cura párroco principal de aquella feligresia Dr. D. Manuel Francisco García: regenteábala el Doctor en Derecho (entónces bachiller) D. Benito José Riera, alumno aventajado del célebre filósofo D. José de la Luz Caballero. De esa cátedra, que Riera desempeñaba con general aplauso y excelente método, salieron la mayor parte de los abogados y médicos que hoy honran á Matánzas con sus talentos y con sus virtudes cívicas.

Hoy el Sr. Riera, que tanto bien hizo á Matánzas, es el catedrático decano del Instituto de 2.ª Enseñanza de la Habana.

(5) Alude al luto de Fernando VII, que se suspendió para la proclamación.

(6) N. Gallego.

(7) Estos magníficos versos los iba recitando el poeta en voz clara, firme y enérgica cuando marchaba al cadalso. Á ejemplo de Andrés de Chenier quiso dar á la lira su postrer «Adiós», y el númen que en sus días de amor, de esperanza y de gloria le halagara, no le abandonó en sus últimos instantes de agonía. Presentamos aquí esta plegária (que por su forma y carácter es una oda) tal cual la escribió en la capilla el desventurado Gabriel, y no como ha corrido impresa y manuscrita, mutilada por los copistas.

S. A. M.

ÍNDICE

*Todas las composiciones marcadas en el indice así: * son las que tienen el carácter de inéditas.*

PRIMERA PARTE. — SONETOS.

SEGUNDA PARTE. — **LEYENDAS.**

TERCERA PARTE. — **ROMANCES.**

CUARTA PARTE. — POESÍAS VARIAS.

QUINTA PARTE. — FÁBULAS.

SEXTA PARTE. — LETRILLAS.

SÉPTIMA PARTE. — EPIGRAMAS.

OCTAVA PARTE. — **ANACREÓNTICAS.**

NOVENA PARTE. — **EPÍSTOLAS.**

DÉCIMA PARTE. — **ELEGÍAS.**

UNDÉCIMA PARTE. — POESÍAS SAGRADAS.

DUODÉCIMA PARTE. — ODAS.